



EL
INVIERNO
MÁS
LARGO

Así como la nieve oculta la tierra,
los habitantes de las montañas de Blackåsen
esconden los más terribles secretos.



Cecilia Ekbäck

Lectulandia

Laponia, 1717. Maija, su marido Karl-Erik y sus dos hijas, Frederika y Marit, han emigrado desde Finlandia a la Laponia sueca, en la zona del monte Blackåsen. Karl-Erik sufre de angustias y miedos incontrolables, y tuvo que abandonar su trabajo como pescador. Ahora la familia vive en una granja. Una mañana, Frederika y Marit llevan a pastar a las cabras a la parte superior del bosque. Allí encuentran el cadáver de un hombre. Maija decidirá avisar de este suceso a los escasos y lejanos vecinos del pueblo que se encuentra a un día de distancia a pie, un lugar tenebroso y solitario que solo parece volver a la vida cuando las campanas de la iglesia convocan a su gente a través de la nieve. Es allí donde incluso los enemigos más antiguos de esa comunidad se reúnen y abandonan su aislamiento para verse de nuevo. Maija irá conociendo a cada uno de los lugareños en su discreta investigación y se dará cuenta de que, así como la nieve oculta la tierra, sus habitantes esconden los más terribles secretos. Todos dicen que la muerte de ese hombre, quien resulta ser un miembro de la comunidad llamado Erickson, solo puede deberse al ataque de un lobo. Pero ¿qué animal salvaje corta un cuerpo de esa manera, con tan limpias y estudiadas heridas?

Lectulandia

Cecilia Ekbäck

El invierno más largo

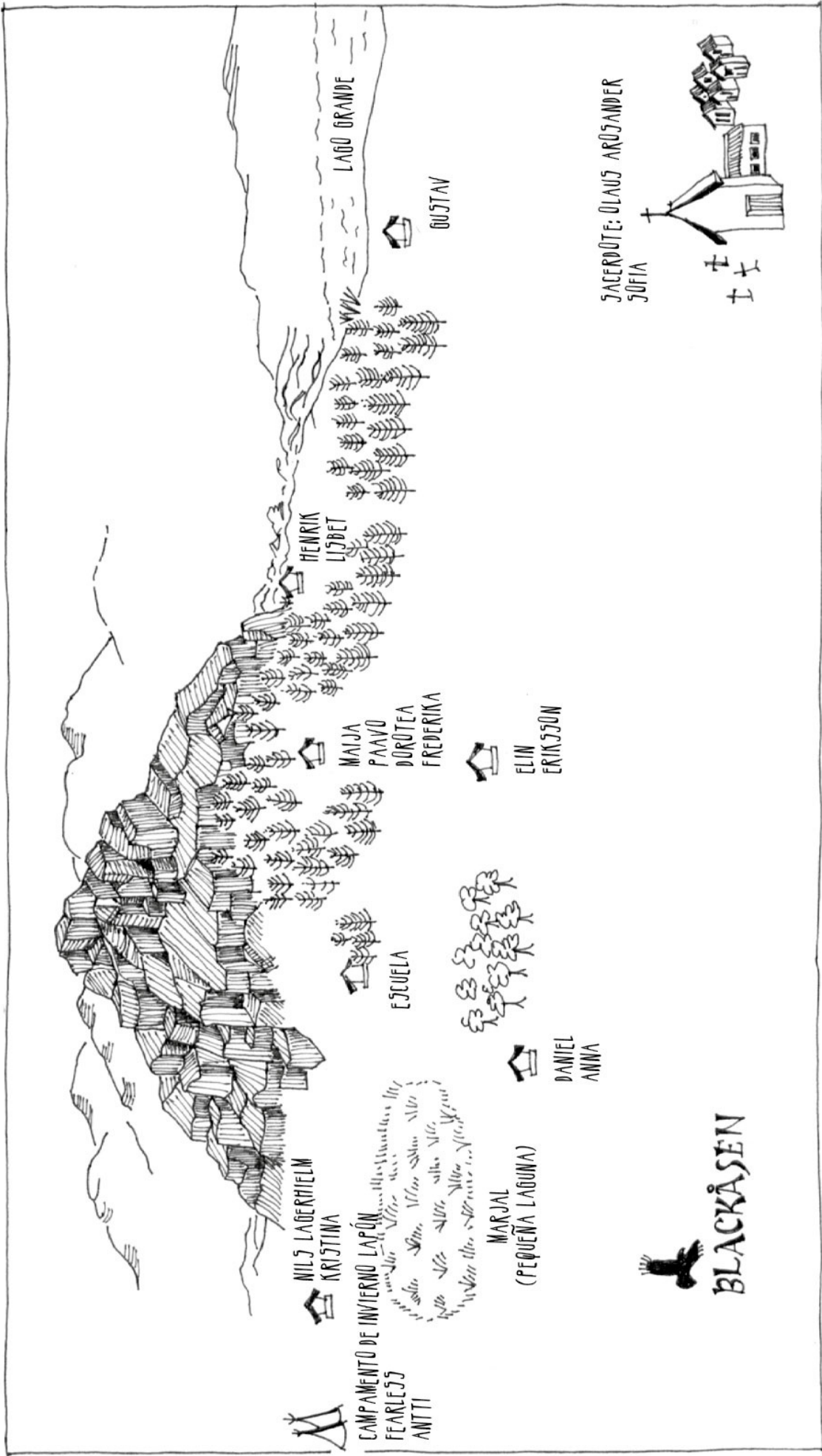
ePub r1.0
Titivillus 18.01.16

Título original: *Wolf Winter*
Cecilia Ekbäck, 2015
Traducción: Santiago del Rey

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A las mujeres de mi familia que no duermen



PRIMERA PARTE



Laponia, Suecia, junio de 1717

—¿**E**stá muy lejos?

A Frederika le entraron ganas de gritar. Dorotea estaba consiguiendo que avanzaran más despacio. Llevaba a rastras la rama que debería haber usado como látigo, y Frederika tenía que esforzarse el doble para que las cabras caminaran. Hacía una mañana radiante. La luz blanca segaba con su resplandor la copa de las píceas y creaba un exceso de colorido. Cada vez Frederika sentía más calor y notaba un picor en la espalda, bajo el vestido. Desde el primer momento, no había querido salir con las cabras; y ahora tampoco las cabras querían seguir adelante. Saltaban a uno y otro lado, entre los árboles, y trataban de burlar su vigilancia para volver corriendo a la cabaña. Sólo se oía el murmullo de los árboles, el chasquido de las pezuñas sobre las piedras y aquellos balidos estúpidos e incesantes.

—Sólo los pobres tienen cabras —le había dicho a su madre esa misma mañana.

Habían salido a sentarse en el porche de madera de su nuevo hogar, en la ladera del monte Blackåsen. Frente a ellas, revoloteaban nubes de insectos sobre la pendiente de hierba. Al pie de la ladera, había un riachuelo y, más allá, un prado. Y rodeándolo todo, el bosque: las negras lanzas dentadas que se recortaban contra el cielo rosado del amanecer.

—Ahí plantaremos nabos —dijo Maija, la madre de Frederika, señalando hacia el establo—. Es un buen sitio, con mucho sol.

—Al menos las vacas y las ovejas se las apañan solas en el bosque. Las cabras dan mucho trabajo para nada.

—Será sólo hasta que tu padre y yo hayamos levantado una cerca alrededor del campo. Lléalas al claro que vimos de camino hacia aquí. No queda lejos.

Se abrió la puerta del establo, y Dorotea salió disparada. La puerta se cerró con un chasquido a su espalda.

—Todo irá bien —le dijo su madre en voz baja. Dorotea bajaba ya por la cuesta a todo correr.

Frederika habría deseado decir que allí nada podría ir bien. El bosque era demasiado oscuro; había hebras de moho entre los arbustos, y en el suelo, bajo las ramas más bajas, todavía quedaban trechos de nieve azulada. Habría deseado decir que esta cabaña era más pequeña que la que habían dejado en Ostrobotnia. Estaba ladeada, y el terreno se veía descuidado. Allí no había mar, ni tampoco gente. No deberían haberse ido. Las cosas tampoco les iban tan mal. ¿Acaso no se las habían

arreglado siempre? Pero el surco que tenía su madre entre los ojos parecía más hondo de lo normal, como si también ella deseara decir estas cosas, así que Frederika se había callado.

—¿Está muy lejos?

Frederika miró a la niña, cuyo raído vestido le ondeaba en torno al cuerpo como una sábana colgada al viento. Dorotea aún era pequeña. Frederika tenía catorce años; su hermana, seis. La niña trastabilló al pisarse el dobladillo.

—Levanta los pies al caminar. Y date prisa —dijo Frederika.

—Es que estoy cansada —replicó Dorotea—. Cansada, cansada, cansada.

Iba a ser un día horrible, un día espantoso.

Siguieron subiendo. Visto desde lo alto, el bosque se convertía en un mar de verdes intensos y crudos azules que descendía sinuosamente hasta el fin del mundo. Frederika pensó en lagos grises, en un cielo acuoso; pensó en una tierra llana y con escasa vegetación que no exigía demasiado, y echó tanto de menos Ostrobotnia que sintió un espasmo en el pecho.

El sendero se estrechaba y estaba lleno de piedras sueltas. A la izquierda, la montaña caía a pico hasta el fondo del valle.

—Camina detrás de mí —le indicó a Dorotea—. Y mira dónde pones los pies. — A lo largo de la base de la roca, brotaban saxífragas moradas con forma de estrella. En el sendero, un montoncillo de bolitas marrones relucía bajo el sol; un ciervo, tal vez. En lo alto, un pequeño abedul retorcido surgía directamente de la roca.

El sendero doblaba a la derecha. Frederika no se había fijado en ello cuando habían pasado por allí, pero en ese punto parecía como si la ladera de la montaña hubiese reventado. Una profunda hendidura se internaba en el espesor de la roca. Los lince vivían en grietas como esa. Y los duendes.

—Date prisa —urgió a Dorotea y alargó el paso.

Había una peña enorme y otra curva. El sendero se ensanchó. Estaban otra vez en el bosque.

—He pisado algo lleno de espinas. —Dorotea alzó el pie y señaló la polvorienta planta.

Entonces Frederika percibió algo. También las cabras lo percibieron, porque vacilaron y la miraron, soltando unos balidos que parecían grandes signos de interrogación.

Era el olor, pensó. El mismo olor que inundaba el patio cuando hacían la matanza para almacenar carne para el invierno. Tierra, heces, podredumbre.

Una mosca le zumbó en el oído; la ahuyentó con la mano. Más adelante, entre los troncos de los árboles, se veía más luz. Era el claro. Se llevó un dedo a la boca.

—¡Chist! —le susurró a Dorotea.

Mirando dónde pisaba entre el musgo y los brotes de arándanos, avanzó hacia la zona iluminada. Al llegar al borde del claro, se detuvo.

Las altas hierbas brotaban en densas matas. Un ramillete de mariposas blancas

danzaba en el aire como un puñado de flores arrojadas al viento. En el otro extremo del claro había una gran roca. Detrás, los pinos crecían tan juntos que parecían formar una empalizada. Había una especie de bulto junto a la roca. Sí, un animal muerto. Un ciervo. O tal vez un reno.

Dorotea se arrimó y le cogió la mano a su hermana. Esta miró en derredor, tal como su madre les había enseñado; escrutó los troncos de los árboles por si detectaba alguna silueta o algún movimiento. En aquellos bosques había osos y lobos en abundancia. El depredador podía estar aún en las inmediaciones, todavía hambriento después de todo el invierno.

Se concentró. Un pájaro carpintero repiqueteaba en la espesura. Notó que el sol le ardía en la cabeza. La mano de Dorotea estaba pegajosa y se retorció en la suya. No captó nada más. Volvió a mirar el cuerpo.

Estaba azul.

Soltó la mano de la niña y se adelantó.

Era un hombre muerto lo que había junto a la roca.

Miraba a Frederika con ojos nublados. Yacía torcido. Destrozado. Tenía el estómago abierto y las vísceras fuera, sobre la hierba: unas vísceras fibrosas, de un rojo violento. Las moscas pululaban por su reluciente superficie. Una se coló volando por el negro agujero de la boca.

Dorotea dio un grito al encontrárselo todo de golpe: el hedor, las moscas, la boca abierta del hombre.

«Señor, ayúdanos», pensó Frederika.

Tenían que ir a buscar a su madre. «¡Las cabras, Dios mío!». No podían dejarlas allí.

Agarró a su hermana de los hombros y le dio la vuelta. Dorotea, boquiabierta, tenía los ojos desorbitados; se le formó una burbuja de saliva que enseguida estalló. Se había quedado sin aliento y boqueaba en silencio.

—Dorotea —dijo Frederika—, hemos de ir a buscar a mamá.

La niña la abrazó y se le subió encima a fuerza de uñas, como un gato trepando por un árbol. Frederika intentó zafarse.

—¡Chist!

El bosque estaba en completo silencio. No se oían crujidos, ni golpes, ni murmullos, ni gorjeos. Tampoco ningún movimiento. El bosque contenía el aliento.

Dorotea dobló las rodillas como para sentarse. Frederika la agarró de la mano y la levantó de un tirón.

—Corre —susurró. La niña no se movió—. ¡Corre! —chilló, y alzó la mano como si fuera a pegarla.

Dorotea sofocó un grito y salió disparada por el sendero. Su hermana corrió hacia las cabras con los brazos abiertos.

Volaron todas juntas por el bosque, con un redoble de pezuñas y pies descalzos resonando sobre el suelo.

Más deprisa.

Frederika le dio un azote en las ancas a la última cabra. Tropezó; se rasguñó las rodillas y se arañó las manos. «Levanta, levanta, no te detengas». Una cabra se salió del sendero. Ella le gritó y le palmeó el trasero.

Cuando llegaron al desfiladero, sujetó a su hermana pequeña del brazo.

—Ahora, despacio. Ve con cuidado. —Dorotea hipaba y sollozaba sin lágrimas. Frederika le dio un pellizco y la niña la miró con la boca abierta.

—Lo siento. Aguanta un poco, por favor. —Le tendió la mano. La pequeña se la cogió y ambas siguieron a las cabras por el estrecho desfiladero. Un paso, dos, tres.

La hendidura de la montaña parecía más ancha. Se oía algo. Habría podido ser una respiración.

«¡Ay, no mires!». Frederika mantuvo los ojos fijos en sus pies. Cuatro, cinco, seis. Con el rabillo del ojo vio los pies descalzos de Dorotea junto a los suyos, medio andando, medio corriendo. Siete, ocho, nueve. Las pezuñas de las cabras resonaban sobre las rocas. «Por favor —pensó—. Por favor, por favor».

El sendero se ensanchó y, tras un ligero recodo, se aplanó y descendió, separándose de la roca. Echaron a correr, primero despacio, luego más deprisa. Ahora cuesta abajo, ya vislumbrando la cabaña entre los árboles. Dorotea, delante de ella, gritaba: «¡Mamá, mamá!».

Al fin llegaron sanas y salvas al patio. Sus padres acudieron corriendo: el padre a grandes zancadas; la madre pisándole los talones. Fue entonces cuando Frederika vomitó.

Su padre la levantó sujetándola del brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Un hombre —dijo Frederika secándose la boca—. En el claro. Está muerto.

Y entonces sintió que su madre la envolvía en sus largas faldas, como si ya nunca más hubiera de salir de allí.



—Hemos de hacer algo —dijo Maija.

Frederika se había separado de su madre. Ahora era Dorotea la que la abrazaba, encaramada a la cadera y hundiéndole la cara en el pecho. La niña apenas pesaba y se quedó allí colgada, como una arañita.

—Tu tío dijo que había otros colonos en la montaña. Tenemos que encontrarlos —instó Maija.

Su esposo, Paavo, se restregó la frente con los nudillos. Se echó el sombrero hacia atrás con el dorso de la mano y volvió a bajárselo con dos dedos. Maija se puso tensa.

—Ese hombre ha de ser de alguna parte —sentenció—. Ha de tener alguna familia.

—Pero ¿de qué claro me hablas? Yo no sé dónde está —dijo Paavo.

Maija hundió la nariz en el fino cabello de su hija menor. Aspiró un aroma a sal y aire puro.

—Ya voy yo —dijo sin apartar los labios del cabello de la niña—. A ver si encuentro a alguien.

«El sol tampoco ayuda», pensó. Como si eso disculpara a Paavo. Su resplandor les daba a todos un aire quebradizo, como hierbas estremecidas por el viento antes de una tormenta.

No habían visto a nadie durante los tres días que llevaban en Blackåsen, pero seguro que hacia el este debía de haber otras personas que habían llegado de la costa como ellos. Gente que llevara viviendo allí más tiempo. Maija caminaba deprisa. Las ramas de los arándanos le rozaban la falda. Como el sol estaba muy alto, su cuerpo no proyectaba ninguna sombra en el suelo. Notaba las narinas dilatadas. Ese leve rictus de disgusto que cada vez se detectaba con más frecuencia en la cara. Arrugó la nariz para relajar los rasgos y aminoró el paso.

«No es culpa de él», se dijo.

Se imaginó a Jutta, su abuela muerta, caminando a su lado: la nariz respingona, la frente inclinada, los dientes de conejo; y aquel modo suyo de caminar con los codos levantados, como si vadease el agua.

—No, no es culpa suya —asintió Jutta—. Está pasando tiempos difíciles.

«Difíciles para todos», pensó Maija sin poder evitarlo.

Los hombres del linaje de Paavo eran de complexión más débil. Pusilánimes, cuchicheaban a veces en el pueblo. El propio Paavo se lo dijo al proponerle matrimonio. Le explicó que algunos miembros de su familia tendían a ser miedosos.

A ella no le importó. No creía en el destino. Y conocía a Paavo desde que era un chico melencólico que le tiraba de la trenza.

—Tú eres recio —le había dicho Maija acariciándole las sienes.

Ninguno de los dos se esperaba lo que iba a suceder.

En cuanto se casaron, habían comenzado los terrores. Como si el mero hecho de estar casado hubiera atraído sobre él una maldición. Por las noches, Paavo se agitaba violentamente. Gemía. Y se despertaba empapado de sudor, oliendo a algas saladas, a pescado podrido.

Solía rehuir la borda de la barca cuando sacaban las redes. Ella trató de advertírselo. «No hagas eso», le decía. Pronto dejó de salir a las aguas saladas de la bahía, donde los arenques nadaban en grandes bancos plateados y donde los aceitosos lomos de las focas grises emergían alegremente. Decidió que no le hacía falta acompañar a los demás hombres. El cabello se le oscureció y se lo dejó más corto. La piel se le empalideció. Engordó. Su mundo se fue encogiendo poco a poco, hasta que ya no pudo soportar la visión del agua, aunque fuera en un barreño, ni el sonido de alguien sorbiendo la sopa.

Y fue entonces, la primavera anterior, cuando su tío, Teppo Eronen, llegó de Suecia para visitarlo y le dijo: «Te cambio la barca por mi tierra». Teppo le contó maravillas de un país que disponía de mineral en cada montaña y ríos repletos de perlas, y despertó en Paavo un deseo desesperado de abandonar las aguas de Finlandia por los bosques de Suecia.

Sí, el tío Teppo no era un hombre muy avisado. Y siempre andaba contando cuentos, todo el mundo lo sabía. Pero, aun así, ¿no habría algo de cierto en todo cuanto contaba? A fin de cuentas, los suecos habían intentado durante siglos apoderarse de las tierras del norte. Además, Finlandia estaba siendo arrasada por la guerra. ¿No les iría bien empezar de cero?

Maija sintió un gran peso en el corazón. Cuando no eran los soldados del zar los que asolaban las costas, incendiando y saqueando sus pueblos, eran los suecos los que lo hacían. Y su marido quería trasladarse a las tierras de aquella gente.

—No es fácil dejar algo atrás —murmuró.

—Ya lo sé —asintió Paavo.

—Aunque es posible, de todos modos —reconoció ella.

Al fin, Maija le puso una mano en la mejilla y lo obligó a mirarla.

—Si nos vamos, has de prometerme que no te llevarás esta obsesión contigo.

La cara del hombre le mostró a las claras lo que sentía. No estaba seguro de que pudiera hacerse una promesa semejante. El miedo tal vez estuviera entretejido en su mismísima sensibilidad.

—La gente se aferra a su pasado mucho más de lo necesario —dijo Maija—. Júrame que no te lo llevarás contigo.

Él, impulsivamente, se lo prometió.

Y ella le había creído.

El trayecto por el hielo de la garganta del mar Báltico debería haberles llevado unos días, como máximo una semana debido a la nieve, pero el viento arreciaba con gran violencia entre las dos masas continentales, y les acribilló los ojos con granos de hielo hasta que no pudieron seguir adelante. Cavaron un hoyo y se acurrucaron con sus hijas; el viento amontonaba sobre ellos una capa tras otra de nieve. Al final, sólo quedó a la vista la piel de reno a la que se aferraban con fuerza. Paavo le gritó algo a Maija al oído. El viento entrecortaba sus palabras.

—¿Qué?

—Perdóname —volvió a gritar él—... te mentí... Había un barco... Yo no podía... en barco.

Y entonces, tan rápidamente como se había enfurecido, el viento se calmó y dejó detrás de sí un cielo azul y un hielo de intenso color verde.

Pero en el corazón de Maija el viento seguía aullando. Con la de cosas que habían dejado atrás... Y su marido había decidido llevarse consigo el miedo.

Maija se detuvo para secarse la frente con la manga del vestido. El calor del mes de junio calentaba los troncos de los pinos y las píceas hasta el tuétano; penetraba en su centro helado y lo ablandaba, y desde allí se transmitía por las raíces hasta el suelo y quebraba la capa de escarcha. Para ser junio, hacía mucho calor. Lo cual constituía un buen comienzo. Si el tiempo continuaba así, la naturaleza sería generosa. Una ráfaga de viento agitó las copas de los árboles. Al nivel del suelo, todo permanecía inmóvil. Olía a resina verde dorada y a madera caliente.

Y entonces, en lugar del silencio, captó el murmullo de una corriente. Echó a andar otra vez, ahora en actitud de escuchar con atención, siguiendo el único sonido que le resultaba familiar en medio del bosque. A medida que aumentaba el retumbo de los rápidos, avivó el paso con la expectativa de llegar al espacio abierto, al aire despejado. Salió a una gran roca situada sobre un río y se detuvo. El agua se agitaba a sus pies, rugía contra las piedras y seguía su curso. Ella conocía aquello, lo había visto antes; y sin embargo, jamás en toda su vida se había tropezado con algo semejante. «En otra época —pensó—, él habría amado todo esto». Es más, casi oyó que su marido decía: «No, a mí nunca me han gustado estas cosas».

Giró a la derecha y caminó junto a las turbulentas aguas del río, que iban a precipitarse a un lago. Un ligero oleaje en su tersa superficie indicaba las violentas corrientes que se movían por debajo. En la ribera sur, como a un kilómetro de distancia, había una cabaña.

El asentamiento se hallaba en una colina cubierta de hierba desde la que se dominaba todo el lago. Por detrás de la casa, el bosque estaba compuesto de altos pinos, en vez de las píceas dentadas de la montaña. Maija llegó a un patio rodeado de cuatro

pequeños cobertizos destinados a almacenar madera y comida para el invierno. Oyó los golpes rítmicos de un hacha y siguió su sonido hacia el fondo del granero. A lo largo de la pared, había una ordenada hilera de utensilios: guadañas, rastrillos, palas, palancas... Pasó junto a unas jaulas donde se ponía a secar carne a principios de primavera, antes de que apareciesen las moscas. Había cuatro gruesos timalos colgados de un gancho con una cuerda ensartada por las branquias; tenían los lomos relucientes y la boca abierta. Este era el aspecto que debía tener una granja. Ella no había dicho nada a nadie, pero se había quedado atónita al ver el estado lamentable en que el tío Teppo había mantenido la suya. Dobló una esquina y vio a un hombre. Él alzó la vista en el acto. Tenía el pelo oscuro y rapado casi del todo; se le veía una sombra de barba en las mejillas y una cicatriz en el labio superior que le torcía la boca. El hombre recolocó el pedazo de madera en el tajo, lo partió de un único golpe y cogió otro tronco del suelo.

—Me llamo Maija —dijo ella—. Nos hemos hecho cargo de la tierra de Teppo Eronen. Llegamos hace unos días.

Él permaneció callado. Tenía los ojos tan hundidos que parecían oscuros agujeros bajo las cejas.

—Esta mañana mis hijas han encontrado algo... bueno, a alguien muerto en un claro, en la cima de la montaña. Frederika, mi hija mayor, dice que tenía el estómago abierto.

El hombre la miró.

—No sabemos quién es —añadió Maija.

Él escupió en el suelo, clavó el hacha en el tajo y fue a buscar algo. Al caminar, movía rígidamente las caderas, como si tuviera que dar una orden a cada pierna para que se levantara. Maija se acercó y observó el tajo de madera. Un tajo era algo que un hombre debía escoger con sumo cuidado. Este había sido utilizado desde hacía mucho; ya no se veían siquiera los anillos del árbol, de tan machacada como estaba su superficie por los golpes. Se parecía al que ellos tenían en Ostrobotnia. En cambio, el que usaban ahora era nuevo, todavía estaba blanco y limpio.

El hombre volvió con una mochila y un rifle en la mano. Echó a andar, y ella dio por supuesto que debía seguirlo.

—¿Ha ocurrido alguna vez algo parecido? —le preguntó Maija a su espalda, conteniendo el aliento.

Él no respondió y la mujer mantuvo la distancia.

El hombre debería haberse interesado por ella, por su marido, por su procedencia, pero no lo había hecho. Desde abajo, la cima del monte Blackåsen parecía redondeada y mullida, como una hogaza de pan puesta al sol en una bandeja.

El patio al que llegaron al pie del lado norte de la montaña estaba completamente desordenado, a diferencia del que acababan de abandonar. Los utensilios estaban

esparcidos por el suelo; había un montón de tablones a un lado de la cabaña y ropa colgada de una cuerda que se combaba bajo su peso. En el huerto, una oveja ramoneaba entre las hierbas. Todo parecía impregnado de un aire letárgico que no encajaba con el duro y sostenido trabajo necesario para sobrevivir.

Salió al porche un hombre rubio, flaco y enjuto. El cabello le formaba una cresta parecida a la de un gallo.

Maija observó que su acompañante se ponía tenso. «No se conocen —pensó—. O se conocen, pero no se caen bien». Vio que hacía un gesto con la cabeza, señalándola, antes de decidirse a hablar. Al hacerlo, la cicatriz le torció la boca en diagonal.

—Un cuerpo en la montaña.

—¿Cómo? ¿Quién? —dijo el otro.

—No lo sé. Quizá mejor que te traigas a tu hijo mayor.

El hombre abrió la puerta de la cabaña y gritó algo hacia el interior. Enseguida apareció en el porche una versión más joven de él: el mismo pelo rubio y ondulado, la misma figura huesuda y unas manos enormes pegadas a los muslos.

—¿Qué es lo que ha visto? —preguntó a Maija el hombre rubio. Aunque no le llevaría más de diez años, su piel era algo grisácea. El hijo tenía una expresión hosca. Era mayor que Frederika; quizá dieciséis o diecisiete años.

—Yo no lo he visto —contestó ella—. Lo han encontrado mis hijas.

Él seguía escrutándola.

—Me llamo Maija.

—Henrik —respondió él.

—¿Y el hombre que ha venido conmigo? —preguntó ella.

—Ese —le dijo Henrik mirando al de la cicatriz, que ya había echado a andar cuesta arriba— se llama Gustav.

Se pusieron en marcha. Él le indicó que pasara delante.

—¿Cómo se encuentran sus hijas? —preguntó.

—Se recuperarán.

Dorotea aún era pequeña. Lo olvidaría. Frederika era fuerte.

—¿Dónde viven?

—Teppo Eronen es el tío de mi esposo. Nos cambió su granja por la nuestra.

—¡Ah! —exclamó Henrik.

Su tono hizo que le entraran ganas de volverse a mirarlo, pero se contuvo.

—La tierra de Eronen es buena —añadió el hombre—. Es mejor la tierra del sur de la montaña que la de aquí. Tendrán más sol.

La umbría de la montaña estaba repleta de matorrales entre las píceas. La tierra era fresca y la hierba estaba húmeda. Maija afirmaba bien cada pie para no resbalar. Respiraba deprisa. Más abajo, el río bordeaba la cara norte de la montaña, deslizándose entre la masa verde como una serpiente. Una serpiente lanzada hacia la cordillera azul del horizonte.

Maija no sabía lo que iban a encontrar en la cima de la montaña. Frederika no

había sabido explicarse demasiado bien. Pero había llorado, cosa que no hacía con frecuencia.

—He pensado que las niñas podían llevar las cabras a ese claro que hay cerca de la cumbre —dijo, a modo de explicación.

—También está el marjal —intervino el hijo de Henrik—. Pero es muy traicionero. Mejor no mandar a las chicas allí.

Cuando llegaron a la cumbre, ella titubeó. Henrik la adelantó. Su hijo lo intentó también, pero Maija siguió caminando delante de él.

El claro relucía de color y de luz. Fue entonces cuando vio el cadáver con sus propios ojos.

El hombre estaba desgarrado de la garganta a los genitales, con todo el cuerpo abierto y las vísceras fuera; tan destrozado que debía de haber sufrido un colapso y haberse derrumbado en el acto.

El chico, todavía detrás de ella, soltó un gemido.

—Eriksson —dijo Henrik.

Gustav salió del bosque y se arrodilló junto al cuerpo.

Maija se apartó y tanteó en el aire buscando un tronco, algo a lo que agarrarse.

Cuando volvió a mirar de nuevo, Gustav estaba examinando con la mano las heridas.

—Un oso —murmuró—. O un lobo.

—¿Un oso? —se extrañó Maija.

¿Qué clase de monstruo podía hacer una cosa así?

—Le llevaremos el cuerpo a la viuda —dijo Gustav.

Maija pensó en Dorotea: el pecho huesudo, el vientre redondeado, la figura todavía de niña. Y pensó en Frederika, en la vena abultada que tenía en la base del cuello, donde la piel se transparentaba de tan fina. Ese trazo azul le daba un aire alegre y asustado al mismo tiempo. «A sólo media hora», pensó. A media hora como máximo de su cabaña.

—Tenemos que rastrearlo —dijo ella.

Los hombres se volvieron a mirarla.

—No podemos dejar suelto a un oso asesino.

Henrik miró a Gustav.

Este se puso de pie.

—Muy bien —dijo. Su torcida boca parecía un agujero negro.

El otro se había encogido de hombros.

—Lo acompaño —dijo Maija.

—No hace falta.

—Voy a acompañarlo.

—Está bien.

—A Eriksson —murmuró el hijo de Henrik— se lo ha llevado la montaña.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maija.

Al chico, de ojos azules, le brillaba el sudor en el bigote. Miraba alternativamente a su padre y a ella.

—La montaña es mala —afirmó.

Gustav se agachó para abrir su mochila de cuero y sacó una lona y unas cuerdas. Extendió la lona junto al cadáver y se puso en cuclillas. Henrik se agazapó a su lado. Ella, tras un instante de vacilación, los imitó. El chico siguió de pie.

Entre los tres, hicieron rodar el cadáver hacía la lona. Pesado y rezumante, el cuerpo se les deshacía en las manos. El chico, detrás de ellos, dio una arcadas sin sacar nada. Maija se concentró en el ribete del sombrero de Gustav y dejó que sus manos trabajaran sin mirar.

—Os esperaremos en la antigua granja de Eronen —dijo Henrik. Echó un vistazo a Maija—. En su granja —se corrigió.

Le dio un empujón a su hijo para que se pusiera en marcha. Cogieron las cuerdas que ataban la lona, se las enroscaron en las muñecas y alzaron el bulto. Pronto se convirtieron en una mancha entre los árboles y se desvanecieron ladera abajo.

Gustav se agachó. Hurgó con un palito en la hierba aplastada. Se incorporó y se acercó a unos claveles que había en un lado del claro. Apartó las diminutas flores de color púrpura, de tallos negros y hojas verde esmeralda, y contempló el musgo plateado de debajo. El ambiente se impregnó enseguida del perfume de las flores, mezclado con un hedor putrefacto.

El rastro los condujo por el flanco oeste del monte Blackåsen. Al pie de la montaña había un marjal de agua negra y matas verdes y esponjosas.

Maija puso un pie con cuidado. El agua se le acumuló en torno al zapato y, sí, enseguida sintió que atravesaba el cuero. Notó su frescor entre los dedos, al tiempo que el líquido se iba filtrando y volviéndose más cálido. Procuró pisar sobre las pisadas de Gustav. Sonaba un chasquido cada vez que levantaba un pie. Era un tipo de terreno que se resistía a soltarte.

—Camine cerca de los árboles —le indicó Gustav sin volverse.

Ella lo hizo así. Se arrimó tanto que iba rozando la corteza de los troncos. Sentía el sostén de las raíces, pero todo lo demás cedía bajo sus pies. El agua del marjal no siempre era negra. A veces lucía un gran manto plateado; a veces reflejaba lo que había por encima. Luego salía el sol y fingía ser azul.

Al otro lado de la ciénaga, la tierra estaba seca y el brezo le daba un aspecto rosado.

—¿Por qué ha dicho el chico que la montaña se lo ha llevado? —preguntó Maija.

Gustav se agachó para examinar las ramitas del suelo.

El sol se iba desplazando por el cielo y el calor cambió. Maija notó que el ambiente se volvía más denso. Era como si le presionaran las sienes con dos pulgares. Iba a entrarle dolor de cabeza. En esta época del año, la luz duraba mucho más.

Solamente el cambio en los ruidos del bosque y la inclinación del sol le decía que había caído la tarde, y más tarde que había llegado la noche.

—¿Es fácil seguir el rastro de ese animal? —preguntó.

Gustav se detuvo. Tardó tanto en responder que ella ya creía que no lo haría.

—Sí —dijo por fin—. Tampoco es que intente ocultarse.

—¿Cuánto hace que pasó por aquí?

—El rastro tiene unos días. —Gustav se frotó la barbilla—. Vamos a dejarlo. Ya se ha ido hace mucho.

No obstante, permanecieron allí un rato mirando atentamente entre los árboles.

Cuando dieron media vuelta, se acumulaban algunas nubes en el horizonte. Iba a haber tormenta. Las nubes, de tonos amarillo enfermizo y azul lechoso, se hinchaban y se entremezclaban, como si aún tuvieran que acabar de formarse.



—No lo soporto —dijo el sacerdote en voz alta.

Le dio una patada a un árbol, y una rama osciló y le golpeó en la pierna, que llevaba desnuda bajo el manto.

—¡Dios de los cielos! —masculló.

No añadió nada más. Era su única oportunidad de que Dios, o el obispo, se apiadaran de él y le permitieran volver al sur. Debía tener cuidado.

Así que ahí estaba, vagando por los bosques para encargarse de que los nombres de los colonos y de su prole quedaran inscritos en el libro de registro de la Iglesia. La región contaba con un pueblo, al menos de nombre. Ya podrían pasarse por allí los recién llegados antes de ir a dejar su impronta en la naturaleza salvaje. La mera idea de que uno de ellos pudiera dejarla en estas tierras yermas... resultaba absurda.

Le salió un enorme bostezo y notó lo cansado que estaba. Probablemente se acercaba el anochecer: imposible saber la hora con tanta luz. Escogió una gran píceca, se arrastró a gatas bajo sus ramas y se envolvió mejor en el manto. Escuchó los crujidos y los graznidos del bosque y no le gustaron. Debería haberse abrigado más. El verano aquí lo era sólo de nombre, aunque el tiempo fresco implicaba por lo menos no había tantos mosquitos. No podía fingir que no se había enterado de que una nueva familia de colonos iba a instalarse en la vieja granja de Eronen, pensó. Escuchó el grito de un búho y se puso tenso un instante. No oyó nada más.

Era mejor pensar en torres con carillón, en nativos ataviados con turbantes y anchos pantalones de vivos colores caminando alrededor con sus puntiagudas babuchas, o en las sobremesas nocturnas con el joven rey, que podían terminar en cualquier momento con una carrera a caballo por las calles iluminadas por la luna. «Te desafío». «¿Me desafías?». Como sacerdote de la corte, había llegado a ser invencible. O eso había creído; y le había costado muy caro creerlo. La Iglesia se había encargado de ello.

Se oyó un violento estrépito de ramas quebradas. El sacerdote se incorporó, pegó la espalda al árbol. Alguien se abría paso precipitadamente por el bosque. Oyó un prolongado gruñido y atisbó una forma oscura entre los troncos. Volvió a instalarse el silencio.

Un animal.

Debía de haberse quedado dormido.

¿Sería un alce?

No: corría demasiado deprisa.

Cuando hubo transcurrido un largo rato en completo silencio, se levantó. Ya no podría dormir más; era mejor seguir adelante. Mientras avanzaba, echó un par de

veces la vista atrás, pero no vio más que árboles y más árboles.

En una curva del río, le entraron dudas sobre el camino que había de seguir y redujo la marcha. Había estado en Blackåsen una única vez para la sesión de catequesis: una auténtica pérdida de tiempo. Los campesinos iban ataviados con sus mejores harapos, repeinados con agua azucarada y con las orejas rojas de tanto restregarlas. Entretanto él anotaba en el libro de registro de la Iglesia, concentrándose para escribir con una caligrafía impecable: «Cierto raciocinio. Perezoso. Poca inteligencia». No recordaba haber pasado por ese sitio. Ahí el río discurría más lento; semejaba un lago, en lugar de una corriente en movimiento. Había un islote cubierto de arbustos junto a la orilla. Aunque el agua era turbia, daba la impresión de que la silueta del islote descendía y descendía hacia el fondo. No se había dado cuenta de que el río fuese tan profundo. La base del islote parecía compuesta de follaje. Una hoja se deslizó por el agua, justo por debajo de la superficie; giraba sobre sí misma en la oscuridad, como atrapada.

Retrocedió unos pasos.

Había dejado atrás el lago; la montaña quedaba más adelante. «Ha de ser por aquí —pensó—; ya no puede estar lejos».

La pequeña cabaña de Eronen, como la llamaban los colonos, se alzaba oscura en mitad del patio desierto. Según la experiencia del sacerdote, tal vez fuese aún de noche. El aire olía a lodo, a ortigas y a... No recordaba el nombre de esas largas flores carmesíes, pero distinguía la leche pegajosa que contenían sus tallos y que le estaba manchando el manto. Oyó voces, palabras sueltas flotando en el aire. Venían de más arriba, junto al cobertizo.

Sentados sobre unas piedras, había tres hombres. Sus siluetas, a la tenue luz, parecían bloques oscuros. Un cuarto hombre estaba de pie; a su lado, había una mujer. Al principio no lo oyeron acercarse. Al percatarse, los cinco alzaron la cabeza a la vez. Los hombres que estaban sentados se levantaron y se quitaron los sombreros. Eran Henrik, uno de sus hijos y aquel otro hombre tan reservado, el que cojeaba... Gustav. El nuevo colono era grueso y lento. La mujer se mantuvo inmóvil.

—Bueno, ¿qué es esto? —inquirió el sacerdote—. ¿Una pequeña reunión parroquial?

—No, no —contestó Henrik—. Sin usted, de ninguna manera.

—Yo soy el sacerdote —les dijo a los recién llegados—; su sacerdote, Olaus Arosander. He venido para anotarlos en el registro.

Se sorprendió dirigiéndose a la mujer. Era baja, pero alzaba la barbilla con decisión. Aunque joven, tenía el cabello entre rubio y canoso, casi blanco. Quizá era un efecto de la luz. A su lado, el marido le daba vueltas al sombrero entre las manos. Vueltas y vueltas.

—Eriksson ha muerto —dijo Henrik.

El sacerdote se detuvo en seco.

—¿Eriksson?

—Lo hemos encontrado en la cima de la montaña —informó Henrik—. Junto al Paso de la Cabra.

El sacerdote sintió como si las tripas se le cayeran de golpe, como si se precipitaran desde lo alto de la montaña hasta abajo. Le entró un mareo. Náuseas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Un oso —dijo Gustav—. Quizá un lobo. El rastro era antiguo. Hemos estado buscando toda la noche.

La mujer miró a Gustav y comentó:

—Es insólito que un oso o un lobo ataquen a alguien. Especialmente en verano.

—La tierra no da nada —replicó Gustav—. Los depredadores también están muertos de hambre.

—¿Qué han hecho con él? —preguntó el sacerdote—. Quiero decir, ¿dónde está ahora?

—Se lo hemos llevado a Elin —contestó Henrik.

—Estaba esperándonos en el patio —añadió el hijo de Henrik.

El nuevo colono salió de su mutismo:

—¿Qué quieres decir? ¿Ella ya lo sabía?

—Ha habido problemas con Elin —dijo el chico.

—Eso son chismes de tu madre —masculló Henrik.

El padre y el hijo se miraron en silencio.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la mujer.

—Nada. Lo que estaban haciendo —dijo Gustav. Y sin despedirse siquiera, descendió por la cuesta.

Cuando seguía a los recién llegados hacia el interior de la cabaña, el sacerdote percibió movimiento entre las altas hierbas y también en el establo. Ya llegaba la mañana.

Tomó asiento en un banco de la cocina, sacó el libro negro de su cartera y lo puso sobre la mesa. Preparó la tinta y, humedeciéndose los dedos, los pasó por la punta de la pluma. Toda la familia permanecía de pie ante él en semicírculo. Las dos hijas eran rubias y de grandes ojos grises como la madre, mejillas redondeadas como el padre, y el mismo aire de solemnidad que él: una especie de rictus alrededor de la boca.

—Tienen que decirme sus nombres. Estarán todos bautizados, ¿no?

El hombre asintió.

—Yo me llamo Maija —dijo la mujer—. El nombre de mi padre era Harmaajärvi. Este es mi marido, Paavo Ranta. Y estas son Frederika y Dorotea —añadió tocándole el hombro a cada una de ellas.

El sacerdote escribió los nombres con grandes letras.

—¿Fechas de nacimiento?

Fue otra vez la mujer quien respondió:

—Yo, en enero de 1680; Paavo, en agosto del mismo año. Frederika cumplió catorce en marzo; y Dorotea, seis en abril.

—¿De dónde son?

—De Ostrobotnia, Finlandia. Los cuatro.

Finlandeses. Claro. Ahora se dio cuenta: la tez pálida, la profusión de pecas...

—Fin-lan-de-ses —silabeó—. ¿Esta es toda su prole?

—Sí —afirmó la mujer.

—¿Y van a cultivar esta tierra?

—Sí —volvió a decir ella—. Aunque yo estoy formada como «mujer-tierra»: como partera. Quizá pueda ayudar a las mujeres de aquí en los momentos difíciles.

El sacerdote lo anotó, cerró el libro de registro y lo dejó sobre la mesa. La mujer le hizo un gesto a su hija mayor, que se apresuró a poner una sartén en el fuego. El hombre le tendió al sacerdote un cazo lleno de agua.

Bebió hasta vaciarlo.

Así que Eriksson estaba muerto.

La primera vez que lo había visto fue en el marjal de Blackåsen, durante el otoño posterior a su llegada. El bosque de pinos del sur estaba en llamas, crepitaba y chisporroteaba desprendiendo un intenso olor a madera quemada. Millones de chispas anaranjadas se elevaban hacia el cielo entre una nube de humo negro. El sacerdote había dado media vuelta para huir corriendo y se había tropezado de frente con Eriksson.

—Estoy despejando el terreno —le dijo.

—Eso está prohibido —le respondió el sacerdote.

—Pues no se acerque.

Así era como se comportaba Eriksson. Sin ningún respeto. A veces Dios sí se llevaba a la gente que se lo merecía.

La sartén crepitaba en el fuego y la cocina se fue llenando de un aroma a mantequilla y pescado frito. Las tripas de Olaus Arosander rugieron.

De pronto recordó su repentino despertar: aquel animal que había pasado corriendo por el bosque. ¿Cómo mataba un oso a un hombre? ¿De un golpe? ¿A mordiscos? Se estremeció. Prefería no saberlo.

La mujer finlandesa le puso un plato delante. Pescado. Tímallo. Cortó un gran pedazo de pan, lo untó de mantequilla y se lo dio. Él se lo agradeció con una leve inclinación.

Cogió el pescado con ambas manos y le dio un mordisco en un lado. Sabía a sal y a carbón. El pan era pan de verdad, sin aditamentos de corteza de árbol o tallos vegetales.

Cuando terminó, se arrellanó en el asiento. Habían limpiado a fondo las paredes y frotado el suelo con ramas de abedul hasta dejar bien blancos los tablones. Observó

que había pedazos de tela nuevos junto a las ventanas.

—¿Y ahora qué? —preguntó la mujer.

Estaba sentada frente a él. La luz cada vez más intensa que se colaba por la ventana convertía sus rizos rubios en la dorada corona de los justos.

—¿Piensa ir a ver a la esposa? A la viuda, digo.

Él sacó del bolsillo un pañuelo y se limpió la boca.

—Por supuesto —dijo de mala gana.

—Entonces voy con usted —determinó ella—. Quizá necesite la compañía de otra mujer.

El aire era fresco, pero el sacerdote estaba empapado de sudor. El manto se le enganchaba con los arbustos y las ramas. Elin enterraría el cuerpo de su esposo en una tumba provisional. Posteriormente, en octubre o noviembre, cuando la nieve permitiera transportarlo, sacarían el ataúd para sepultarlo apropiadamente en el cementerio del pueblo. Así pues, esta excursión era del todo injustificada. Debería haber dicho que no. Había metido la pata e imaginaba que la mujer finlandesa debía de estar riéndose a su espalda. Aminoró el paso hasta que ambos estuvieron a la misma altura y continuaron en silencio por el sendero.

—¿Usted lo conocía? —preguntó ella.

—¿A Eriksson? ¿Por qué lo pregunta?

La mujer lo miró fijamente.

—Pues claro que lo conocía —respondió, enojado—. Era miembro de la congregación.

—Es curioso que lo llamasen por su apellido.

El sacerdote se encogió de hombros. Eriksson era de ese tipo de hombres con quienes los demás prefieren guardar las distancias.

—¿Quién era, exactamente?

—No sé. Todos ustedes vienen aquí huyendo de alguien o de algo, y más bien evitan hablar del pasado.

—Nosotros, no —dijo ella.

—No... ¿qué?

—No huimos de nada.

El sacerdote alzó la vista al cielo. «Los prefiero más quebrantados —pensó—. Quebrantados, humillados. Listos para la cruz».

—¿Cuánta gente vive aquí?

—Hay cinco asentamientos alrededor del monte Blackåsen. Ahora seis, contándolos a ustedes.

Su parroquia abarcaba otras seis montañas. Y en medio, un pueblo vacío.

—Y los lapones —añadió.

—¿Los lapones? —se extrañó ella.

—Pasan el invierno en Blackåsen —explicó el sacerdote con tono casi paternal—. Bajan con los renos desde las grandes montañas para que los animales puedan comer. Los verá en la iglesia por Navidad, si no se los tropieza antes.

—El hijo de Henrik parecía asustado —dijo ella.

Todos los niños de Blackåsen lo estaban.

—Y Gustav es... —añadió la mujer.

Bueno, sí. El propio sacerdote tampoco sabía cómo llamarlo. La mujer asintió, como si él hubiera dicho algo en voz alta.

—El tío Teppo no nos explicó demasiado lo que íbamos a encontrarnos —comentó ella con una sonrisita de complicidad.

—Yo no conocí a su tío. Sólo llevo aquí un año.

Ni siquiera un año. Doscientos treinta y tres días.

—Pero ¿cuándo se fue nuestro tío?

—Si no recuerdo mal lo que dice el libro de registro, hace cuatro o cinco años.

El sacerdote se detuvo para enjugarse la frente. Junto al camino había un montoncillo de piedras en forma de pirámide, con un palo grueso en medio apuntando hacia el cielo. Una señal de algún tipo. Se limpió las manos con el pañuelo. Los regueros de sudor de sus palmas estaban salpicados de puntos negros. Volvió a limpiárselas, se guardó el pañuelo en el bolsillo y se alisó el alzacuello con dos dedos.

—¿Qué va a pasar con ellos? —inquirió la mujer finlandesa.

—¿Con quién?

—Con la esposa y los hijos de Eriksson.

—¡Ah, ya! No lo sé.

Una mujer sola con cuatro hijos no podía llevar una granja. O tendrían que irse al asilo de la costa, o deberían entrar en la lista rotatoria de indigentes y pasar unos días en cada granja. Los campesinos protestarían, no obstante. Dirían que ya había demasiados. El sacerdote no iba a tratar ese asunto con la viuda ahora. Ella todavía tendría esperanzas, pensó, aunque era consciente de que no hacía más que aplazar el asunto. Cuando llegara el invierno y enterrarán el cuerpo en el cementerio, debería arreglar las cosas para que los granjeros se encargasen de la viuda y de su prole.

Más adelante, esperando entre las píceas, había una mujer pálida y delgada, cuyo cabello rizado, de un color pardo rojizo, casi no parecía humano. Aguardó inmóvil, con la cabeza muy alta, hasta que llegaron junto a ella.

—Elin... —saludó el sacerdote.

—Tiene que verlo, por favor. Antes de que lo enterremos.

Él negó con la cabeza.

—Quiero que vea su cuerpo —insistió la mujer.

El sacerdote volvió a mover negativamente la cabeza antes de comprender que Elin no lo miraba a él. Miraba a la mujer finlandesa.



Las largas faldas de la mujer que caminaba delante de ella iban barriendo el sendero. El hijo de Henrik había dicho que había habido problemas con Elin. Maija recordó que el padre se había apresurado a hacerlo callar. Lo había hecho con brusquedad, pero no con tono de reprimenda. No, Henrik más bien le había rogado que se callara.

Elin chasqueó la lengua.

—Me alegra que no sea de aquí.

—¿Ah, sí? —dijo Maija, sorprendida.

El sacerdote, que iba detrás, trastabilló.

En el porche había cuatro niños flacuchos sentados, muy pegados unos a otros. Maija contuvo el aliento. La cara del sacerdote siguió impassible. «Aquí los seres humanos no son nada —pensó ella—. En estas tierras, pasaremos desapercibidos».

Elin se volvió hacia ella y musitó:

—Henrik ha dicho que había sido un oso.

—Yo también estaba allí, Elin —dijo Maija—. He visto el cuerpo de su marido.

—Pero... ¿lo ha visto? —insistió la mujer, subrayando la palabra, como diciendo que había más de una forma de ver.

Olaus Arosander se mostraba inquieto y desplazaba continuamente el peso de un pie a otro. Murmuró:

—Hay que dejar reposar a los muertos.

—Por favor —rogó Elin.

La siguieron hasta el establo. Los niños no se habían movido de su sitio en el porche. Sintiendo un escalofrío, Maija notó que le clavaban los ojos en la espalda.

No había animales en el establo. El silencio era tal que parecía resonar allí dentro. El techo estaba lleno de grietas y los rayos de luz se mezclaban con el polvo formando anchas franjas blancas. Elin descolgó un farol de un clavo de la pared. Cuando lo encendió, Maija ya no pudo evitar mirar el bulto que había sobre la mesa, envuelto en lona y atado con unas cuerdas embarradas. «Has de ser mayor de lo que eres», le había dicho la otra mañana a su hija, de catorce años, cuando despertó toda temblorosa de un mal sueño. «Debes hacerlo por tu hermana pequeña, por todos nosotros. Has de ser mayor».

Qué consejo tan estúpido. No volvería a dárselo a nadie.

Elin le pasó el farol y se dedicó a soltar las cuerdas y a apartar la lona. La parte interior de la tela estaba llena de manchas marrones. El hedor de la putrefacción

volvió a impactar a Maija que notó un gusto a cobre en la boca, como si hubiera probado la sangre humana. El sacerdote se cubrió la cara con el brazo. Elin remitió la lona por debajo del cuerpo para sostenerlo de una pieza. Trataba de mantener entero lo que en su momento había sido un marido, un padre, una vida.

Maija se sintió inundada por una oleada de náusea o de pena. Le devolvió el farol a Elin, sacó un pañuelo y se lo colocó sobre la boca y la nariz. La piel de la cara del muerto colgaba flácidamente. Tenía un trapo bajo el mentón para mantenerle la boca cerrada, y una piedra sobre cada párpado. La muerte llegaba con muchas apariencias distintas. Aunque malo, aquello no era lo peor que Maija había visto.

Percibía la presencia de la mujer al otro lado de la mesa. «No sé qué quieres que haga —pensó—. Un lobo lo atacó y...». Se detuvo. Elin señaló el cuerpo con un gesto y ella se acercó un poco más. Con un dedo, apartó la camisa desgarrada de la herida y se inclinó para mirar.

—¿Tiene un poco de agua? —pidió—. Y un trapo.

Elin dejó el farol sobre la mesa y se alejó del círculo de luz. Volvió con un cuenco y un harapo. Maija lavó la sangre seca a ambos lados de la cavidad abierta. Interrumpió su tarea un instante. Alzó las pesadas manos de Eriksson —primero una, luego la otra— y examinó sus callosas palmas. Había una pequeña marca roja, como una quemadura, en un lado del dedo índice derecho; nada más. Apartó lo que quedaba de la camisa para examinarle los hombros y la garganta. Le retiró las piedras de los párpados, le hizo una seña a Elin y empujaron el cuerpo hasta colocarlo de lado. La nuca se le había ennegrecido por la sangre acumulada. Pero la camisa por detrás estaba entera.

Volvieron a acostar el cuerpo. Maija cogió otra vez la mano derecha para observar la marca del dedo. Miró a Elin. La mujer hizo un gesto de ignorancia; no sabía nada. Debía de ser una herida cotidiana, de las que normalmente pasan inadvertidas. En la manga había unas briznas pegadas. Maija las rascó sobre su palma; eran como las agujas secas de pino, pero más recias y de un tono grisáceo. Las olió. Incluso en medio del hedor a muerte, desprendían una fragancia lo bastante intensa como para provocarle picor en la nariz. ¿Hierbas? Se puso una entre los incisivos, la mordió; tenía un fuerte gusto amargo.

Elin se inclinó para mirar. Cogió un par de briznas, las frotó y se olió los dedos. De nuevo hizo un gesto de ignorancia.

—No son de esta zona —susurró.

Maija atisbó los ojos azules del sacerdote que estaba detrás de Elin. Se apartó de la mesa y le hizo una seña a la mujer. Esta le pasó el farol y cubrió el cuerpo con el lienzo.

Una vez, en Ostrobotnia, Maija había presenciado el ataque de unos lobos grises. Era en invierno, en pleno día. Estaba tratando de pescar algún lucio a través de un orificio practicado en el lago helado, y daba pequeños tirones al sedal para incitar a los peces a picar el anzuelo. Hacía sol y reinaba el silencio. Al otro lado del lago, un

ciervo avanzó dando saltos por el hielo. A Maija se le escapó el sedal, pero lo pisó antes de que se colara por el orificio. Cuando se agachaba para recogerlo, llegaron los lobos. Eran cinco: un trazo de plomo sobre la nieve. De colmillos amarillentos y pezuñas mullidas que pisaban silenciosamente las pisadas del primero. Uno de ellos se lanzó al ataque con la cabeza gacha. El ciervo se tambaleó. Los otros saltaron sobre él. A ella le sorprendió, aún lo recordaba, que la carne al ser desgarrada no hiciera más ruido que un pedazo de tela.

En cuanto a un oso...

Observó cómo ajustaba Elin las cuerdas en torno a los restos de su marido. No, Maija nunca había visto el cadáver de un hombre atacado por un oso, pero estaba segura de que no era ese el caso. En el cuerpo del hombre no se veían las marcas que quedan cuando alguien ha tratado de protegerse, ni tampoco desgarrones de colmillos o de garras. Tan sólo aquel limpio tajo vertical. Saltaba a la vista, incluso para una observadora inexperta como ella, que aquello no era obra de un oso.

Estaban sentadas en el porche. El sacerdote había ido a lavarse las manos. Elin estaba pálida. Ahora Maija no veía a los niños. A la derecha del patio, crecía un grupo de abedules. Demasiado juntos; deberían haber despejado un poco el terreno. Los más altos ocupaban mucho espacio y la luz no llegaría a los árboles más jóvenes.

—No ha sido un oso —concluyó.

Elin miraba hacia delante con una expresión vacía. Era como si también se hubiera marchado a otra parte, ahora que había conseguido que Maija viera lo que ella quería.

—¿Cómo se le podrían haber pegado las hierbas en la manga si no son de esta zona? —planteó Maija.

Elin movió levemente la cabeza.

—No lo sé —dijo.

—¿Cuándo desapareció su marido?

—Pensaba ir al marjal. Había hablado con Gustav para intentar cultivar más terreno este año en las zonas húmedas. Hace tres días, creo. Quizá hace tres días.

—¿No estaba preocupada?

Elin alzó los hombros un poco y los dejó caer.

—Con frecuencia pasaba largos períodos fuera.

—¿Para qué?

—Se iba a la costa a comerciar. Cuando estaba aquí, hacía lo mismo que los demás: cazar, pescar...

La herida no podía ser fruto de un hachazo, pensó Maija. Era larga y angosta. Más bien parecía hecha con un cuchillo. No, tampoco. No había cuchilladas. Más bien algo blandido con mucha fuerza. Un estoque. Los demás, sin embargo, también lo habrían notado en cuanto habían visto el cuerpo.

—¿Pasó algo antes de que se marchara? —preguntó—. ¿Algo fuera de lo normal?

—No, nada. —Elin la miró a los ojos y respondió cortante—: Solamente iba al marjal.

La tensión pasó y la mujer se fue relajando.

Una ligera brisa barrió el patio. Las altas hierbas se inclinaron como si rezaran. El sacerdote reapareció secándose la boca con un pañuelo. Su espigada figura y sus largas zancadas resultaban demasiado decididas para aquella quietud, y su expresión, demasiado severa. Se alisó el cabello. «Es joven —pensó Maija—. Más de lo que habrías dicho de entrada».

—Su hermano... —La voz de Elin se apagó.

Olaus Arosander había llegado junto a ellas. Maija vio con el rabillo del ojo que él movía la cabeza, así que le dijo a la mujer:

—Si me dice dónde vive el hermano de su marido, yo puedo ir a hablar con él en el camino de vuelta. —Vaciló un instante—. ¿Qué piensa hacer ahora?

Elin no respondió.

Cuando ya se iban, Maija se giró una vez. Ahora sí vio a los niños. Estaban en el grupo de abedules, corriendo entre los pálidos troncos como fantasmas.

«Nada —pensó—. No somos nada».



Frederika se sentó en el porche con las piernas extendidas delante. Notaba la madera caliente contra las manos y la tierra húmeda bajo las plantas de los pies. Metió la yema del dedo índice en un nudo de la desgastada madera que, probablemente, había estado allí desde siempre.

Dorotea, en cuclillas junto al establo, hurgaba en la tierra con un palito. El padre estaba en la leñera, recolocando la leña por especies. Una tarea que no era necesaria, pero con la que un hombre podía llenar muchos días si quería. Frederika se lo imaginó con el sombrero de fieltro calado, con expresión seria y la mano suspendida en el aire. Abedul... ¿había más abedul? Sí, dos trozos. Entonces sacaba los dos, uno con cada mano, y los arrojaba a la nueva sección de abedul: ¡clonc, clonc!

Su madre aún no había vuelto. Frederika se estremeció, puso los pies en el escalón sobre el que estaba sentada y presionó los dedos contra la cálida madera.

Su padre no se iba a llevar bien con el bosque, eso ya estaba claro. El bosque lo observaba, pero no lo hacía con buenos ojos. Su madre había dicho una vez que el elemento de él era el agua; que había sido pescador, el mejor que había, y que no temía a las olas, por grandes que fueran, ni a ninguna criatura marina. «Siempre se reía —decía su madre, sonriendo ante las imágenes de su memoria—. Llevaba el pelo largo, blanqueado por el sol, y tenía la piel curtida. Y siempre se reía».

Frederika trataba de imaginarse a su padre con el pelo largo, riéndose en la proa de un barco, pero le costaba.

La sonrisa había desaparecido de los ojos de su madre antes de extinguírsele en los labios.

—¿Qué sucedió? —preguntó Frederika.

—Esa no es mi historia, no debo contártela yo —dijo Maija—. Tal vez algún día te la cuente él mismo.

Aunque la historia tampoco fuese suya, la bisabuela Jutta sí se la había explicado:

—Se trata del trastatarabuelo Ranta. Él lo visita.

Jutta y Frederika estaban sentadas junto al lago, sobre un abedul caído, remendando las redes. La naturaleza allí era de un verde irisado, pero no producía nada. La tierra seguía siendo negra por más que intentaran cultivarla. Los dedos con los que ambas manipulaban las redes eran tan flacos como huesos de pájaro.

—¡Ah! —exclamó Frederika—. Pero ¿no está muerto?

Jutta frunció los labios, como si chupara algo.

—No del todo —dijo—. O no lo bastante —se corrigió, y se concentró en la red.

—Pobre gente... Estaban obligados a abastecer a los hombres del rey cuando ni siquiera tenían para ellos mismos. Al llegar la paz, siguieron alimentando a los

soldados, siguieron vistiéndolos y alojándolos. Hasta que al final se sublevaron. Lucharon con lo que tenían, con palos y barras de hierro. Perdieron, claro.

—¿Y qué ocurrió?

—El ejército incendió sus granjas y los mató. Ya ves: los hombres a los que habían acogido en sus propios hogares, los atacaron. —Eché la cabeza atrás y su diminuta trenza blanca dio un salto sobre la espalda—. En cuanto al trastatarabuelo Ranta... Obligaron a sus hijos a cortar un agujero en el hielo; lo ataron a otros granjeros y los ahogaron a todos allí. Desde entonces, se aparece a los varones adultos Ranta, generación tras generación.

»Ocurre cerca del agua. Ven a ese hombre flaco, de pelo largo como la crin de un caballo y los ojos más azules que el cielo en verano. Está atado a los demás hombres por la cintura con gruesas sogas, y forcejea para liberarse. Los ruidos son lo peor, dicen. Como los crujidos de los pedregales del bosque, donde el hielo quiebra y tritura las rocas. Gritos. Chirridos.

Guardó silencio.

—No se debe intentar liberarlo. —La trenza le volvió a saltar—. Se debe dejarlo en paz. Él no oye nada; tan asustado está. El que intenta echarle una mano acaba siendo arrastrado al fondo por él.

Frederika pensó en la mirada serena de su madre, en cómo se adelantaba a su padre con movimientos enérgicos.

—¿Mi madre lo sabe? —preguntó.

Jutta asintió.

—No lo parece.

—Lo sabe.

Había tenido la impresión de que Jutta iba a decir algo más, pero en cambio había apretado los labios e inclinado la cabeza sobre las redes.

En lo alto, una golondrina entraba y salía de un alero del tejado. Piaba y piaba. Desde algún lugar de la montaña le llegó a Frederika el tañido solitario de un cencerro. Quizá era la vaca, *Mirkka*, a la que dejaban suelta.

—Frederika —le gritó Dorotea desde el establo.

—¿Qué?

—¿Hay serpientes en Laponia?

—Sí. Vete con cuidado.

—Cuidado, cuidado. Siempre con cuidado —rezongó la niña.

¿Había serpientes en Laponia? Por supuesto que sí. No estaba tan lejos de Ostrobotnia; y no obstante, era como otro mundo. Cuando llegaron a Suecia, habían pasado tres meses en la costa aguardando la primavera. Estaban todavía tan cerca de su antiguo hogar que, si Frederika subía a la peña situada frente a la cabaña donde vivían, siempre que el tiempo estuviera despejado, podía contemplar su vida anterior

al otro lado del inmenso espacio blanco: otra Frederika bajando al corral a recoger los huevos; otra Dorotea abriendo la puerta y diciendo que ella también quería ir; un padre en el porche, retorciéndose las manos, una madre pasando por detrás de su marido, con un cubo de leche todavía humeante. A veces, también se iban encendiendo fuegos, uno a uno, hasta que la costa se convertía en un collar de perlas ardientes. Y si el viento contenía el aliento, sonaba el retumbo —pum, pum, pum— de un millar de pies, cada vez más fuerte, que estremecía la tierra. Y entonces los huevos acababan rotos en el suelo, las yemas preciosas se mezclaban con el polvo y la leche se derramaba por los escalones del porche. Y veía huir a la familia.

Su madre decía que no era bueno entregarse a la fantasía. Su padre prefería no hablar. Se dedicaba a cortar troncos; salía antes del alba y volvía después del anochecer. Decía que necesitaban ese dinero para adquirir semillas y cabras; estaba seguro de que no tendrían suficiente para comprar una vaca. Había sido una suerte que su madre convenciera a un mercader para que les cambiara una vaca por unas pieles de reno.

—Esta es estéril —le había dicho el mercader—. Cada ternero que tiene se muere en cuanto le da la luz del sol. Imposible sacarle leche a esta vaca.

—Entonces la llamaremos *Mirkka* —dijo su madre—, «mar de amargura», porque eso es lo que debe de llevar dentro.

Llegó la primavera. La nieve se fue fundiendo. La otra Frederika palideció, su hogar se desdibujó y Ostrobotnia se encogió hasta volverse tan pequeña que se confundió con el mar.

Fue entonces cuando emprendieron la marcha por los bosques de Suecia. Hacía cuatro días que habían llegado a la cabaña abandonada del tío Teppo.

Frederika hundió la nariz en el regazo. No estaba triste. No. Era más bien como un vacío. Ese tipo de vacío inquietante que sientes cuando termina el verano, cuando el invierno te abrumba, o cuando te quedas sola por la noche y todos los demás ya se han acostado.

La lana de su vestido olía a limpio. Tenía los pies sucios, en cambio, y pringados de polvo oscuro. Ahora ya era mayor; debería llevar zapatos. Pero a ella le gustaba sentir el suelo bajo los pies, el suelo áspero y blando a la vez: mullido. Como andar sobre una hogaza de pan.

Entonces, claro, vio frente a ella lo que había estado tratando de ahuyentar todo el rato: el cuerpo deshecho de un hombre. Se irguió de golpe e intentó eludir la imagen. Y al ver que no lo lograba, se esforzó por seguir mirando, por ver el cadáver con todo detalle.

Dentro de un hombre no había nada. Ella creía que un hombre muerto sería distinto de un animal muerto, aunque no sabía muy bien en qué sentido. Pero no: estaba vacío. En ese momento, cuando se abrazó a sí misma y se inclinó hacia

delante, casi pudo tocar el vacío de dentro.

No creía que se hubieran comido ninguna parte. Quizá el depredador se había asustado. Era una herida enorme, sin embargo. De una violencia innecesaria. Los hombres morían por heridas mucho más pequeñas que esa.

Su padre emergió de la leñera y se detuvo a su lado, parpadeando frente a la luz.

—¿Por qué estás sentada sin hacer nada? —preguntó.

Frederika se encogió de hombros.

—No te quedes ahí. Hoy te toca preparar la cena.

—¿A mí? ¿Hoy?

¿Acaso no había cocinado ayer? ¿Y el día anterior?

—Hoy especialmente. Vamos.

Se tendieron sobre la hierba con el estómago lleno y las tareas terminadas. Un breve descanso antes de acostarse. Las golondrinas perseguían los insectos nocturnos. Se lanzaban en picado, chillaban con alegría o enojo, ascendían volando en círculo y descendían de nuevo. Su madre no había regresado. Nadie lo decía en voz alta, aunque de vez en cuando alguno echaba un vistazo hacia el patio. Dorotea estaba tumbada junto a Frederika, con las piernas levantadas; las flexionaba como si caminase por el cielo. Frederika se rascó la cabeza, se examinó el pelo e hizo una mueca: olía a cabra. Se giró hacia un lado.

Su padre tenía el sombrero de fieltro negro caído hacia delante, y el brazo sobre la cara. Pero no se había dormido. De eso estaba segura.

Y entonces su mirada, por propia voluntad, se dirigió de nuevo hacia el patio vacío. Nunca había acusado de ese modo la ausencia de su madre. Tal como la vaca debía de haber acusado la pérdida de sus terneros: una sensación tan física en sí misma que era como si le rascara y le molestara en el flanco.



En el valle el bosque era anárquico: había abedules, álamos, alisos grises, además de sus retoños y de las malas hierbas. Las hojas lucían un verde más estridente que el de las píceas. Los pájaros eran más ruidosos. Había bichitos invisibles que picaban, y Maija no paraba de rascarse y de darse palmadas.

—Vaya hacia el sur —le había dicho Elin—. Es una hora de camino. El hermano de Eriksson es el único colono del valle.

Maija se dio otra palmada en la pantorrilla.

Y el sacerdote... Olaus Arosander, ¡bah! Más bien sería Olof. Un Olof que tal vez había vivido o estudiado en una ciudad llamada Aros, o algo parecido. En cuanto habían salido del patio de Elin, le había dicho que no la acompañaría. No veía la hora de marcharse, de alejarse cuanto antes con sus largas zancadas y con aquel manto ridículo flotando sobre el suelo.

—A Eriksson no lo ha matado ningún animal —le dijo Maija—. Lo ha matado otro ser humano.

—Eso no lo sabemos.

Ella sí lo sabía.

—Tal vez un viajero —concedió el sacerdote—. Un vagabundo.

La incisión había sido lo bastante enérgica como para segar el hueso y rajar el corazón.

—No —replicó Maija—. No ha sido un viajero. Ni un desconocido.

—Eso no lo sabemos —repitió el sacerdote—. Pero enviaré un mensaje a las autoridades de la costa.

—Alguien le quitó la vida. Y quién sabe qué va a ser ahora de Elin y de sus hijos.

Pero él se había ido de todos modos. Maija se mostró apesadumbrada. Ese sacerdote no se preocupaba por la gente.

A su lado, Jutta se burló y murmuró:

—Dime algún sacerdote que sí se preocupe.

Y si alguien sabía de lo que hablaba era ella. Al fin y al cabo, se había casado con uno.

Un perro ladró; primero una vez, luego varias veces más. Sonó un crujido de ramas quebradas y arbustos desgarrados, y el perro emergió de la espesura justo delante de ella, con las orejas pegadas al cráneo e hilos de saliva colgándole de las fauces. Bajaba la cabeza hacia el suelo sin dejar de taladrarla con sus amarillentos ojos. Gruñó. A ella los perros no la asustaban, pero ese era distinto. Parecía un lobo, en

lugar de un perro. Dio un paso y el animal se irguió y volvió a ladrar, manteniéndola a raya. Maija aguardó. El corazón le palpitaba.

Alguien gritó un nombre.

—¡Karo!

El perro vaciló; aguzó las orejas, escuchando, y se escabulló de nuevo entre los matorrales. Maija esperó un poco antes de continuar. Todavía le resonaba el corazón en los oídos.

Un hombre la esperaba en el patio: cara flaca, pestañas transparentes; las orejas le sobresalían del cráneo. El perro estaba tendido en el suelo, bien arrimado a la pierna del hombre. El animal tensó las mandíbulas como para soltar un gruñido, pero no emitió ningún ruido. No podía gruñir ahora, estando sumisamente a los pies de su amo.

—¿Es usted Daniel? Me llamo Maija. Maija Harmaajärvi.

Junto a la casa, una mujer los observaba, cruzada de brazos; un pañuelo le ceñía la cara.

—Me temo que traigo malas noticias —dijo Maija—. Es sobre su hermano. Eriksson. Su hermano ha muerto.

Al principio, no sabía si él lo había oído, si lo había entendido. Poco después el hombre dio un paso a un lado y se afianzó sobre las piernas separadas. Se le veía más alto. Se rascó la barbilla.

—Su hermano ha muerto —repitió ella.

Y entonces el hombre se echó a reír.

Se habían sentado detrás de la cabaña de Daniel. El aire desprendía un olor frutal, como a tierra removida. Junto al huerto había varios picos y un saco de semillas. Estaban plantando cuando ella había llegado. Al final del huerto, se extendía un campo. Habían despejado más de cien metros cuadrados entre los árboles de hoja ancha. Maija no podía ni imaginar el trabajo que aquello representaba. Había cuatro niños, dos chicos y dos chicas, sacando piedras del campo. Trabajaban sin descanso, pero esas tierras tan al norte eran malas. Seguían saliendo piedras incluso cuando creías que habías llegado al meollo del subsuelo; y los matorrales surgían otra vez en el terreno ya despejado. Por la noche, si Maija aguzaba el oído, lo oía; débilmente, pero lo oía: la maleza avanzaba, lo devoraba todo.

—Así que ha muerto.

Cada vez que Daniel lo decía, su voz parecía impregnada de algo peculiar: una mezcla de asombro, de aire pensativo y de otro matiz que ella habría jurado que era alegría.

La esposa, dándoles la espalda, estaba encendiendo fuego. A su lado, había una olla de cobre. El vestido se le tensaba sobre los hombros y los zapatos se le habían embarrado. «Anna», había dicho Daniel señalándola con un gesto, mientras ella se

volvía a medias para coger la olla; y entonces la mujer se había interrumpido y llevado la mano al costado.

—Elin dice que el funeral se celebrará en invierno —comentó Maija.

Anna puso la olla sobre las piedras dando un golpe brusco. Maija aguardó, pero no ocurrió nada más. La mujer se dio la vuelta hacia ellos. Sus ojos eran claros, castaños o verdes: agua de mar entre las tablas de un muelle. Tenía la nariz gruesa, y el cabello que le asomaba bajo el pañuelo era castaño. En la mejilla se le adivinaban un par de marcas diminutas, aunque no se debían a la viruela; eran demasiado pequeñas.

Daniel estaba sentado sobre un cubo boca abajo, con los codos en las rodillas y los pies bien afirmados en el suelo.

—¿Usted nació aquí? —le preguntó Maija.

—Sí. Mi hermano y yo nos criamos un poco más al norte, junto al río. —Hizo una seña con la cabeza—. Entonces sólo estábamos aquí nosotros y los lapones.

Anna observaba atentamente a su marido. Quizá era de esos hombres que únicamente hablaban en presencia de extraños.

—Me imagino que debía de ser todo muy distinto —dijo Maija, aunque pensaba que debía de haber sido igual.

Daniel se giró para escupir en el suelo.

—¿Y ustedes acaban de llegar? —preguntó él.

—Hace unos días. Nos hemos instalado en las tierras de Teppo Eronen. —Maija titubeó. Pero debía preguntarlo—. ¿Sabe cuándo se fue Teppo de Blackåsen? —Procuró decirlo con tono informal.

—Hace cuatro años —respondió Daniel—. ¿Verdad, Anna?

—Sí.

Cuatro años... ¿Cómo era que el tío Teppo no les había dicho algo tan importante? La granja podría haber sido ocupada por otros mientras tanto, y entonces... ¿qué habrían hecho ellos?

—¿Cómo ha muerto Eriksson? —preguntó Anna.

—No lo sé —contestó Maija.

La mirada de Daniel rozó la suya, pero la desvió enseguida.

—Tenía una gran raja en el estómago —dijo ella.

—Algún animal, pues —aventuró el hombre.

—Parecía como si no hubiera intentado defenderse.

Daniel se encogió de hombros.

Su esposa se había dado la vuelta otra vez y se agazapaba sobre el fuego. «Encubriendo secretos», pensó Maija.

—No os quedéis ahí parados —gritó Daniel. Las pequeñas figuras que estaban en el campo se dieron la vuelta al oír su voz.

—No podemos sacar esta piedra, padre —chilló uno de los niños.

Daniel masculló algo. Se levantó a regañadientes y caminó hacia ellos por el

barro dando zancadas.

—Debo irme —dijo Maija.

Anna se puso derecha.

—¿De cuánto está? —le preguntó Maija.

A la luz del sol, los ojos de Anna eran de color verde claro.

—De un mes o dos. Él ni siquiera lo sabe —dijo señalando con la cabeza a su marido.

—Yo soy mujer-tierra. Me resulta fácil notar lo.

—Esta vez no va bien. Estoy enferma.

—¿La puedo palpar?

Anna asintió y Maija se le acercó, de espaldas al campo. Puso la mano en la curvatura del vientre y sintió el pellizco habitual de la nostalgia. Ella también había querido tener más hijos; al menos uno o dos más. Lo habían intentado, pero no pudo ser. Se concentró en el pequeño bulto que tenía bajo la mano. Era demasiado pronto. No notaba nada.

—Muchas mujeres enferman durante este período —dijo.

—Con los otros, nunca me había pasado.

De camino hacia casa, Maija se dio cuenta de lo cansada que estaba. «Tendré que sentarme —pensó—, y tal vez habré de quedarme aquí hasta que vengan a buscarme». Pero no, no lo hizo. Atisbó la cima del monte Blackåsen y procuró no pensar en cómo le dolían los pies. Las altas hierbas le rozaban las piernas por debajo de la falda. Se detuvo a examinar un extraño roble cuyo enorme y retorcido tronco se bifurcaba más arriba en cuatro árboles distintos.

—Bueno, ¿tú qué eres? —dijo—. ¿Un árbol que se cansó de ser uno y se convirtió en cuatro, o cuatro árboles que decidieron crecer juntos para ayudarse unos a otros?

El árbol no respondió. Maija alzó la mano para tocarlo y al final se apoyó en el tronco. Una esposa a la que no le importa que su marido desaparezca tres días; un hombre que se echa a reír cuando se entera de que su hermano ha muerto, y un sacerdote que no quiere saber nada de nada.

Se acordó del hijo de Henrik diciendo que la montaña era mala, y también del montoncillo de piedras, con el palo apuntando hacia el cielo, junto al cual había pasado con el sacerdote. Había visto cosas parecidas, pero hacía mucho: antes de que prohibieran venerar nada que no fuese el Dios único de la Iglesia.

Y pensó también en el tío Teppo. Intentó recordar el aspecto que ofrecía cuando había ido a verlos. Él no había cesado de hacer aspavientos, de fanfarronear y bromear. Pero sus ojos... Recordó que parecía como si la mirase siempre a la altura de la boca, evitando su mirada. ¿Acaso estaba atemorizado?

Notó que le subía un frío por las piernas.

«Bueno, te has pasado de la raya —se reprendió a sí misma—, si tú también te dejas asustar. El tío Teppo quizá decidió viajar una temporada, simplemente. Tal vez se estableció en otra tierra. Y en cuanto a la muerte de Eriksson, aparte del hijo de Henrik, nadie parece afectado. El sacerdote, desde luego, no lo parecía en absoluto».

Pero Jutta, junto a ella, frunció los labios.



Como si lo hubieran hablado y acordado previamente, cosa que Frederika dudaba, pues siempre estaba con ellos, sus padres no volvieron a decir nada en los días siguientes sobre el hombre muerto. Su padre cortaba troncos y se dedicaba todo el día a llenar la leñera hasta muy tarde. Su madre pescaba y les asignaba a las chicas las tareas que debían realizar en las inmediaciones de la granja. Las noches eran cálidas e iluminadas. La hierba crecía en el pequeño campo con un verde exuberante y el agua del riachuelo bajaba limpia y clara, alimentada por la nieve fundida de las montañas.

La noche de Midsummer^[1] caía a finales de junio. Era la noche anterior al nacimiento de Juan el Bautista; seis meses antes que el de Cristo. Y sin duda el momento más mágico del año.

—Siete flores diferentes bajo la almohada —decía Jutta cada vez que llegaba esa fecha—. Esta noche, pon siete flores distintas bajo la almohada y verás cómo sueñas con el hombre con el que te casarás.

La expresión de Maija se endurecía al oírla. La de Jutta también, pero en su caso era de temor, y no de rabia. Jutta afirmaba siempre que la magia del Midsummer no era sólo de la buena: era en esa noche cuando los duendes se volvían más malos.

Durante el día iban a bajar al río. Había que lavar todo lo que fuese de tela. Blanco, negro, azul. Vestidos, camisas, alfombras, cortinas... Era el día en el que había que deshacerse de todo lo viejo. La mitad del verano. Antes de que el invierno diese media vuelta e iniciara el camino de regreso.

—Espera —advirtió Frederika—. Estás mezclando la ropa con las sábanas.

—¡Ah! —Su madre desenterró una blusa y la metió en otro saco. Se apartó el cabello de la frente con la mano; sacó otra prenda, pero volvió a meterla y se levantó—. Lo separaremos todo en el río —dijo—. Cuando lo tengamos extendido al aire libre.

Su madre era así: todo a la vez, y abiertamente.

El río estaba de color azul oscuro, salpicado de puntitos y franjas de luz. La corriente era veloz, aunque no tanto, ni mucho menos, como en los rápidos.

Encendieron un fuego, llenaron de agua el barril grande y lo colocaron sobre las brasas. Cuando el agua hirvió, Maija vació en ella el saco de cenizas de abedul que habían llevado para preparar agua de sosa. A continuación metía la colada. Dejaba que hirviera un poco y luego removía los tejidos con un palo, los alzaba y los arrojaba sobre una piedra plana. Frederika y Dorotea golpeaban la colada con palos. ¡Cloc, cloc, cloc! Afuera todo lo viejo.

Hacía fresco y soplaban viento. Frederika tenía las manos muy frías. Aun así, era mejor lavar ahora que en invierno. Entonces debían fundir nieve para obtener el agua, hervir la ropa en el granero en una olla grande de hierro y trasladar las prendas mojadas a un agujero recortado en el hielo para enjuagarlas. Y cada prenda había de enjuagarse tres veces. Cuando terminaban, las faldas se les habían congelado y pegado al suelo, y no les quedaba otro remedio que arrancarlas para levantarse.

—El agua está sucia —gritó su madre.

Frederika se miró las rodillas. Las tenía blancas y rugosas por la presión de la grava.

—Ponte a mi lado —le indicó Maija—. Cuidado con los pies.

Empujaron el barril hasta volcarlo. El agua espumosa abría en la tierra riachuelos ardientes que luchaban para unirse a la corriente principal que fluía más abajo.

Esperaron a que hirviera el agua nueva. El río olía a barro y a piedra mojada.

A media mañana, Frederika enseñó a Dorotea cómo encender una pequeña hoguera. Su madre se había sentado junto a ellas y se había enroscado el cabello alrededor de la frente. Cuando cerraba los ojos, sus párpados parecían los pétalos de color azul rosado de la achicoria, que se cerraban por la noche. Sobre el labio superior tenía una arruga fina como un cabello. Frederika nunca se la había visto, pero a la luz del día resultaba tan visible como una cicatriz. ¿Acaso estaba envejeciendo su madre? Jutta sí que había llegado a ser vieja: la cabeza se le había ido encorvando más y más hasta que su figura acabó pareciendo un pequeño gancho de hierro. Al final, tenían la misma estatura, Frederika y ella, y, cuando hablaban, Jutta debía ladear la cabeza hacia arriba para mirarla.

«No quiero que te mueras», pensó. No había sido consciente de albergar esa idea y sintió un dolor tan hondo que casi le resultó placentero. Mantuvo el pensamiento de su madre muerta hasta que ya no le resultó placentero en modo alguno.

—Dorotea puede encargarse de hervir el agua. —Descubrió que su madre la estaba observando—. Y tú, de preparar el pan.

Frederika se inclinó hacia delante y removió las ascuas con un palito. Todavía no resultaban fiables; eran demasiado pequeñas y se esparcían por todas partes.

—No fue un lobo, ¿verdad? —preguntó.

Maija echó un vistazo a Dorotea. La niña estaba llenando un cazo de agua, asomándole la lengua por una comisura.

—No —respondió.

—¿Y ahora qué pasará?

—Ahora es cosa del sacerdote. Él averiguará lo ocurrido.

La hija mayor dividió la masa en trozos y los aplanó directamente sobre las ascuas: *Glödhoppor*, pan sobre las brasas.

—Ya sé que fue horrible encontrarlo, pero esa historia no tiene nada que ver con

nosotros —le dijo su madre.

Frederika cogió los panes con los dedos y les dio la vuelta.

—No hemos de dejarnos vencer por el miedo —prosiguió Maija—. En Ostrobotnia, te conocías el pueblo y los bosques como la palma de tu mano. ¿No crees que también acabarás haciendo tuya esta región, cuando estés preparada?

Sacaron los panes de las brasas y los cubrieron con una gruesa capa de reluciente mantequilla amarilla. Los carbones les dejaron tiznados los dedos. En la orilla opuesta se alzaba silenciosamente la masa grisácea del monte Blackåsen. Frederika se lamió los dedos, uno a uno, saboreando la mantequilla.

Cuando regresaron, *Mirkka* aguardaba deambulando por el patio. Frederika la llevó al establo, se sentó en un taburete y tiró de las hinchadas tetillas. Ella estaba toda mojada y tenía frío, y quería terminar deprisa. Con lo cual, claro, la vaca no respondía. El animal volvió la cabeza y la miró, con el húmedo hocico tembloroso.

—Es como cuando estás apurada por hacer pipí —le había dicho Jutta—. Tienes demasiadas ganas y entonces no funciona. Piensa en el silencio del invierno, en cómo cae la nieve.

Frederika hizo lo mismo que su madre había hecho cuando le enseñó a ordeñar la vaca: apoyó la frente en el flanco del animal y tarareó una canción. Se sintió ridícula, pero tanto ella como la vaca se fueron relajando y entonces el cálido chorro de leche fue cayendo en el cubo.

Llevó la artesa a la cabaña. Más abajo, Dorotea y su madre estaban colgando la ropa en el tendedero. La cocina estaba en silencio. Habían quitado el musgo de las juntas de los troncos para que la cabaña respirase el aire veraniego, y la luz que se filtraba entre la madera blanqueada hacía que se sintiera como en un sueño. Había en el ambiente un olor irritante a agua de sosa. Maija y su hija pequeña habían colgado los vestidos de la rejilla del techo, y las gotas iban cayendo al suelo. A Frederika no le gustaba el aspecto de los vestidos vacíos.

Bajo los pies, notaba el suelo fresco y liso. Se quitó el vestido y dejó que cayera al suelo con un chasquido. Se miró las heridas que le había dejado el agua de sosa en las manos. Pero ahora ya se habían desprendido de todo lo viejo. Y la noche de Midsummer pronto habría pasado. El día había transcurrido casi por completo, y todo seguía bien.

Cogió el vestido y se subió a una silla para colgarlo de la rejilla de hierro junto a los demás. Procuró alisarlo; si no, no se le secaría y al día siguiente lo lamentaría.

Sonó un golpe. Se apresuró a taparse, pero no entró nadie.

Volvió a sonar.

Un cuervo negro estaba posado en el alféizar de la ventana. Daba golpecitos en el vidrio con el pico. Un segundo cuervo llegó volando y se posó junto al primero. Los dos se pusieron a picotear el cristal. ¡Toc, toc, toc! Como si quisieran entrar.

«Los pájaros transportan las almas de los no nacidos y de los muertos», le había dicho una vez su padre. En aquella ocasión estaban observando una gran bandada de estorninos, una nube negra en el cielo que cambiaba de forma, se retorció, descendía y volvía a elevarse. A su padre le había entrado un tic en la comisura de la boca.

—Uno tiene que aprender a leer los signos —había dicho él.

—¿Qué signos?

—¡Uy, hay muchísimos! —Hizo un gesto con la mano—. Cientos. Quizá miles.

Ella no le había preguntado nada más. Había pensado que se lo preguntaría a Jutta.

Se bajó de la silla. Los cuervos no se movieron cuando ella se acercó a la ventana.

Al principio no se hizo cargo de lo que veía. Cuando lo comprendió de golpe, sofocó un grito. Entre los árboles había un oso pardo alzado sobre las patas traseras, con las garras en el aire.

Los ojos de la muchacha giraron enloquecidos: el establo, el campo, la leñera. ¿Dónde estaba su madre? ¿Dónde estaba Dorotea?

Antes de que consiguiera dominarse, el oso se dejó caer a cuatro patas y se alejó atropelladamente.

Frederika corrió por el campo. El sol le ardía en la coronilla. El espacio entre los troncos de los pinos estaba vacío; redujo la marcha. Junto al establo, chocó de bruces con una telaraña y tuvo que detenerse para limpiarse la cara con los dedos. Entonces, desde el interior de la leñera, le llegó un ruido insólito: su padre ahogando una risita. Por una rendija entre las planchas de madera, lo vio abrazar a su madre. Titubeó, retrocedió de puntillas. No quería estropearle a su padre ese momento. El peligro, de todas formas, ya había pasado.

Más tarde, por la noche, reflexionó en lo que había visto. No sabía lo que significaba, pero una cosa estaba clara: su madre se equivocaba. De algún modo, la muerte de Eriksson sí que tenía que ver con ellos.

Y ellos no lo habían encontrado, no. Él los había encontrado a ellos.



—¿Todo listo? —Olaus Arosander le dio una palmada a un libro de salmos que sobresalía de un anaquel situado junto a la entrada de la iglesia.

—Todo listo —dijo el sacristán. Bajo el lacio flequillo, las espesas y arqueadas cejas le conferían un aire asustado que siempre lograba inquietar al sacerdote, aunque a estas alturas ya sabía que aquel hombre era imperturbable.

—¿La plata está limpia?

—Por supuesto.

—Encárguese de que el cementerio y el prado de la iglesia estén despejados.

—Sí.

—Nada de gente comerciando ni bebiendo.

—No.

Olaus echó un último vistazo: los dorados del púlpito relucían y había velas de sebo nuevas en los candelabros situados bajo la cruz. Husmeó el aire. No subían olores de los cadáveres sepultados en el subsuelo. Bien. Aunque te hubieras criado con ese olor, nunca te acostumbrabas.

—Y nada de tocar la campana.

—No.

El sacerdote se dirigió al primer piso subiendo los peldaños de dos en dos. La escalera se curvaba hacia la derecha. Allí donde la gente pisaba con más frecuencia, el blanco reluciente de la madera asomaba entre la pintura marrón. No había velas en la escalera, y en cada escalón acechaba una esquina sumida en la oscuridad. La iglesia ya era vieja. El techo, en tiempos negro, se había oxidado y vuelto de color verde. Aunque él no podía hacer nada: imposible arreglarlo sin contar con fondos y con el favor del rey. Por no hablar de la campana del templo. Esta había sido fundida durante su breve período en el cargo, pero qué cantidad de problemas había acarreado. Por tres veces había mandado a buscar al fundidor a la costa para que corrigiera el problema. La primera vez el hombre había acudido y tenido al sacristán tocando la campana una mañana entera mientras él permanecía bajo la torre, con las manos alzadas y la cabeza gacha —la viva imagen de un grueso Jesucristo en la plaza vacía— para manifestar finalmente que el timbre de la campana era «agradable».

—No lo es —había dicho el sacerdote.

El orondo fundidor había asentido hasta hundir casi la barbilla en el pecho, y preguntó:

—¿Cuál es el problema?

—No lo sé. El sonido es horrible. Como un quejido. No es nada elegante.

El otro siguió asintiendo.

—Suenan a cascado —especificó el sacerdote—. Eso es. A cascado.

Entonces el fundidor montó a caballo y desapareció dos días. Regresó al tercer día y declaró que había escuchado la campana desde todos los puntos de la región, y que su sonido era armonioso y compacto.

Pero la campana le ponía a Olaus los nervios de punta, y volvió a mandar a buscar al fundidor. Esta vez el hombre estuvo mucho tiempo trabajando en el campanario, puliendo el metal con un cincel. Pero el primer domingo después de que se hubiera ido, sonaba exactamente igual.

El sacerdote le envió otra vez un mensaje, pero el mensajero regresó diciendo que el problema no era la campana, sino otra cosa. Algo relacionado quizá con el propio sacerdote.

En la habitación del primer piso, los libros de registro reposaban sobre su escritorio. Dio un par de pasos y corrigió la posición de la cortina de terciopelo verde para que cayera recta. Atisbó su rostro en el reflejo del cristal: las mejillas hundidas, la nariz afilada. Al bajar la vista, vio que entraban en el prado de la iglesia unos coches de caballos. El obispo había llegado.

El sacerdote había visto anteriormente al obispo en dos ocasiones. Una, cuando él era una estrella ascendente en la corte, y otra, mucho más tarde, cuando el prelado fue a destituirlo. No recordaba su primer encuentro con él. La segunda vez, había sido el obispo el elogiado y elevado a la nobleza por el rey, quien lo había nombrado, además, miembro del Consejo Privado. Posteriormente, ambos habían pasado juntos dos semanas viajando hacia el norte, pero ya no tenían nada que decirse: no había nada que estuvieran dispuestos a compartir.

Olaus inspiró hondo, palpó los bordes de las cintas de la pechera para asegurarse de que le quedaban bien lisas y entonces giró el pomo de hierro. El aire se las revoleó hacia un lado, como si fuese una bandera ondeando.

El obispo se hallaba de pie junto al carruaje, contemplando el campanario.

—Olaus... —lo saludó. Había envejecido; su ralo cabello, ahora alborotado por el viento, era más canoso; su panza, bajo la túnica negra, más prominente.

El sacerdote le hizo una reverencia.

—Bienvenido.

—Ha quedado bien el campanario.

El obispo se expresaba como un hombre aplomado que no se dejaba apresurar por el viento, ni perturbar por la edad.

—Sí —afirmó el sacerdote, dándole la espalda a la iglesia—. Le hemos preparado una comida.

El obispo agitó la mano en el aire.

—Los lobos hambrientos cazan mejor. Echemos un vistazo a los inventarios antes de sentarnos a la mesa.

Ya había caído la tarde cuando se sentaron por fin a cenar, aunque había tanta luz como si fuese de día. Las ventanas estaban abiertas de par en par y las cortinas flotaban bajo una imperceptible corriente de aire.

—No tengo ninguna observación que hacer en cuanto al edificio en sí. —El obispo se sirvió más pan.

El sacerdote miró al sacristán, que se hallaba al fondo de la sala. Eso debía anotarse en el libro de registro.

—La conservación es correcta, los interiores están en perfecto orden —dijo el prelado, hablando con la boca llena—. ¿Qué tal la asistencia a la iglesia?

—No hay más que cuatro hogares en el pueblo donde viva gente todo el año: el mío, el del sacerdote anterior, el del vigilante y el de una pareja de viejos. Pero todos los demás vienen, como está prescrito, a pasar el tiempo comprendido entre la Navidad y la misa de la Candelaria; y de nuevo para el sermón del día de la Anunciación de Nuestra Señora.

Durante esas semanas, el pueblo se convertía realmente en un pueblo. Los colonos, los mercaderes y los lapones llegaban y se instalaban en las casas construidas expresamente para acogerlos. Y a fe que la Iglesia los poseía en cuerpo y alma a lo largo de ese período. Les predicaba, les cobraba tributos y los juzgaba, si era necesario, en el transcurso de aquellas semanas. Al fin todos partían otra vez, dejando al sacerdote y a su sacristán solos, enfrascados en largas e interminables conversaciones en esa casa fantasmal de madera oscura.

El obispo se arrellanó y se pasó la lengua por los dientes.

—¿No ha habido problemas con los lapones?

—No.

Asintió, pensativo.

—Anvar, el sacerdote anterior, hizo un buen trabajo con ellos. ¿Algún incidente relacionado con... sermones privados?

—¿Aún dura ese problema?

—Ahora incluso hay algunos sacerdotes que están a favor. El rey considera cualquier infracción como algo personal.

Naturalmente. El monarca lo había prohibido de un modo tajante. Cualquier plegaria de creación propia, cualquier intento de explicar las Sagradas Escrituras por parte del vulgo, o de proclamar una conexión personal con Dios, era un error y una afrenta a la auténtica y exclusiva relación entre el rey y el Todopoderoso.

El obispo se removió en la silla y esta crujió bajo su peso.

—Hemos hecho muchos progresos en las sesiones de catequesis —dijo Olaus, procurando centrarse de nuevo—. Ya lo verá en los registros. Cuando yo llegué, la falta de nociones básicas de lectura constituía una dificultad, pero ahora hemos conseguido aumentar la asistencia a la escuela.

El obispo eructó.

El sacerdote señaló con un gesto al sacristán.

—Mañana, nuestro sacristán, Johan Lundgren, le explicará su labor de enseñanza entre los niños de las montañas. También le mostraremos el estado de cuentas.

—Sí, y las obras de beneficencia y la difusión de las proclamas reales.

El rey, siempre omnipresente.

—¿Cómo está su majestad? —preguntó el sacerdote, aunque se había prometido a sí mismo no hacerlo. Habría deseado saber si el obispo le explicaría al monarca que se habían visto.

Al alzar la vista, descubrió que el obispo lo estudiaba.

—Nuestro soberano está bien —dijo—. Parece resignado a permanecer en Suecia tras tantos años fuera del país. Se encuentra en el sur. Haciendo planes incansablemente, claro.

En su fuero interno, Olaus vislumbró las altas y regias botas cubiertas de barro; el ensortijado pelo, blanco por el polvo; el abrigo azul impregnado de olor a humo y pólvora...

—Corren rumores —dijo— sobre cómo van las nuevas guerras para nosotros.

El obispo se levantó.

—Le acompaño a su habitación —dijo el sacerdote.

—Eso seguro que puede hacerlo la criada.

El obispo se envolvió en su negro manto y salió.

Olaus Arosander estaba sentado en un banco frente a su casa, apoyando las yemas de los dedos en la suave cubierta de piel de la Biblia que tenía en el regazo. Al otro lado del prado, la puerta de la cabaña del sacristán estaba abierta. Había movimiento en la cocina de la casa parroquial donde todavía vivía la viuda del sacerdote anterior. Un niño salió corriendo de una de las cabañas del fondo y entró en la siguiente.

Los oscuros aleros de las casas vacías de cada barrio (el Barrio de los Colonos, el Barrio de los Mercaderes y, un poco más lejos, el Barrio de los Lapones) resaltaban sobre el cielo azul claro. Flotaba un aroma a hierba en el aire. Y ahí, en medio de la nada, estaba él: un sacerdote para nadie.

El muro de piedra de la iglesia era de un blanco impecable. Junto a la entrada, la campana de hierro colgaba de su estructura de madera. Tenía un aspecto amenazador. Extraño.

—Nada de tocar la campana —le dijo el sacerdote al sacristán por la mañana.

—Desde luego —replicó el hombre.

Olaus no tenía tiempo de ocuparse de una posible insubordinación. ¿Dónde estaba su Biblia? No había dormido nada bien. Le dolía la cabeza.

—¿Ya ha sacado los libros?

—Sí —dijo el sacristán—. Me los ha pedido el obispo.

—¿Cómo?, ¿ya está en la iglesia?

—Me ha dicho que se levanta siempre al alba.

—¡Por Dios bendito!

El sacerdote lo apartó y subió la escalera. El sacristán debería haberlo despertado. Era evidente. Se le había olvidado la Biblia. ¿Y el pelo?, ¿se lo había cepillado? No se acordaba. Se peinó con los dedos. Le dio la sensación de que lo tenía sucio.

Al entrar, vio al obispo sentado en su propia silla. Estaba de cara a la entrada; sus largas manos descansaban sobre la tapa de cuero del escritorio, dando golpecitos con los índices.

—Buenos días —saludó Olaus. Sacó la silla de madera situada frente al prelado y se sentó de lado.

—Veo que no ha pedido nada de grano a los feligreses para mantenerse durante el pasado año —observó el obispo.

Nada como un ataque por sorpresa. El obispo habría logrado que el rey se sintiera orgulloso.

—No. —Olaus volvió a pasarse los dedos por el pelo. El obispo no le quitaba ojo—. Estoy yo solo. Despejé la tierra de detrás de la casa parroquial provisional para sembrar cebada.

—Me preocupaba que, con la viuda todavía aquí, las demandas a la congregación se hubieran doblado.

—No, no hacía falta.

—El año de gracia de la viuda terminará pronto.

El sacerdote asintió. La mujer tendría que abandonar la casa parroquial y sus tierras.

—Es una pena que no tuvieran hijos.

El obispo pasó unas cuantas páginas.

—Veo que ha conseguido resolver una disputa entre las mujeres a propósito de los asientos en el templo.

—¡Ah, sí! —El sacerdote cruzó una pierna sobre la otra. Se dio unos golpecitos en el manto para que cayese bien recto.

—¿Cómo lo logró? —Los ovalados ojos del prelado lo observaban sin parpadear.

—Pronuncié un sermón sobre el motivo de que todos los discípulos de Jesús fuesen hombres.

El obispo se echó a reír, con una ronca risotada que le sacudió la prominente barriga. Hacía tiempo que Olaus no oía una risotada semejante.

—Tenemos un grave problema —dijo el obispo—. En toda Suecia. El país se halla desgarrado por la guerra, y las mujeres se rebelan contra su situación y se pelean por sentarse bajo el púlpito. ¡Que Dios nos ayude!

Alzó la vista hacia el techo, como si esperase que Dios fuera a levantarlo y a intervenir en ese preciso momento.

—Muy bien —añadió—. ¿Qué novedades hay entre los feligreses?

—Han nacido veintidós niños desde el año pasado; todos ya bautizados. Diez de ellos, lapones a los que se les ha puesto nombre sueco. El pasado invierno hubo veintiocho funerales; esta primavera, ocho. Hay cuatro cuerpos enterrados en distintos lugares que serán transportados a la iglesia cuando haya nieve. Dos son de la zona de Storberg, uno de Vanberg y uno de Blackåsen.

—¿De Blackåsen?

—Un colono. Eriksson. Un lobo... —añadió.

—¿Eriksson ha muerto?

El sacerdote asintió.

—¿Lo atacó un lobo?

Él vaciló, pero dijo:

—Hay una o dos personas que opinan otra cosa.

El obispo se levantó con una agilidad asombrosa para sus años. Se acercó a la ventana. Su corpachón tapó prácticamente toda la luz que entraba.

—¿Qué significa «opinan otra cosa»?

—Hay una mujer nueva, una finlandesa, que cree que alguien mató a Eriksson. Todos los demás dicen que fue un lobo.

El sacerdote no sabía muy bien por qué había explicado tantas cosas. Se trataba siempre de hallar un delicado equilibrio entre no callarte algo, de manera que más tarde pudieran acusarte de ocultarlo, y otorgarle a tu superior un excesivo margen para opinar sobre cómo administrabas tu congregación. Era uno de los inconvenientes de estar en un lugar tan remoto: perdías la astucia.

—¿En qué parte de Blackåsen lo encontraron? —preguntó el prelado.

—En la cima.

—¿Cerca del llamado Paso de la Cabra?

—Eso creo. —Olaus no había caído en la cuenta de que el obispo conocía Blackåsen muy bien. Era comprensible: había pasado en la región mucho más tiempo que él. Pero aun así, le sorprendía que la conociera con tanto detalle...

El obispo giró en redondo.

—Su capacidad de juicio me preocupa —dijo con un principio de cólera en la voz: un ronco retumbo que el sacerdote sintió, más que oyó—. Cualquier cosa, absolutamente cualquiera, relacionada con Blackåsen y, en particular, con el Paso de la Cabra, es de la máxima prioridad.

—No comprendo.

—Sé que su predecesor murió antes de que usted llegara, pero ya debería haberse familiarizado con su parroquia.

—He leído los libros de registro.

—No todo está en los libros. Especialmente, lo que se refiere al Príncipe de la Oscuridad y a aquellos que han establecido un pacto con él.

El Príncipe...

—¿Qué quiere decir?

—Hubo un proceso contra Elin, la esposa de Eriksson.

—Eso lo sé. Por actos de brujería. Usted presidió la investigación. Fue declarada libre de culpa, por fortuna.

—Libre de culpa. —El obispo movió su enorme cabeza—. Ella no negó nada: alegó que había recibido su sabiduría de Dios. Yo juzgué que no podíamos permitirnos rumores de brujería en Blackåsen, y cerré la investigación.

Olaus desvió la mirada un instante para recomponerse. Era como si el obispo le estuviera diciendo que creía en la magia. Pero ambos sabían que los juicios del siglo anterior habían constituido una equivocación. El obispo se había vuelto otra vez hacia la ventana, y dijo así:

—Blackåsen está lleno de vestigios antiguos. Antiguos y atroces. La montaña era un lugar de culto para los lapones. Entre los relatos de los misioneros, se cuenta que uno de estos se los encontró cuando acababan de erigir una columna orientada hacia el sol; yo mismo he leído ese relato. Lo que no está escrito, pero la gente cree, es que durante el tumulto que se produjo a continuación, una de las viejas laponas empujó la columna y la derribó. Al caer, la columna golpeó el flanco de la montaña y abrió una gran grieta. La mujer se agachó, cogió al diablo por la cola, lo ató a una de las rocas de la grieta y le lanzó un hechizo para que no abandonase la montaña. «¿Crees que tu dios es todopoderoso? —dijo, al parecer—. Pues vamos a ver lo fuerte que es». La quemaron en la hoguera. —El obispo se giró hacia él—. Así fue como surgió el nombre del Paso de la Cabra. Y ahora, siempre que sucede algo en la montaña, la gente dice que ha sido obra del diablo. Afirman que en esa montaña no manda Dios. Afirman que todo lo que se ha dicho en la montaña se repite como un eco durante generaciones.

—También hablan de... desapariciones, ¿no? He oído rumores de que han desaparecido niños. —Olaus soltó una risita.

—Lo estuve investigando cuando vine por primera vez a la región. En diez años han desaparecido dos niños. No son más que en cualquier otro sitio. Lo más probable es que se perdieran, o que se produjera un accidente que los padres deseaban ocultar. Pero ha bastado para mantener vivo el temor. —Hizo una pausa—. Quiero saber con certeza qué ocurrió con Eriksson.

—Enviaré un mensaje a los agentes de la justicia de la costa.

El obispo dio un puñetazo en la mesa. Lo hizo tan repentinamente que sobresaltó a Olaus; entonces se quedó agazapado mirándolo, con los nudillos apoyados sobre el escritorio.

—No. No quiero que se extienda el pánico. Quiero que averigüe usted lo ocurrido, pero con discreción. Me informará a mí personalmente. —Se incorporó—. La viuda de Anvar, Sofia, habría podido explicarle estas cosas. Ella era la mano derecha de su esposo. En ninguna parte he visto a una mujer que contribuyera tanto al servicio del Señor. ¿La ha conocido usted?

—Sí, claro. —La casa parroquial estaba al otro lado del prado.

—Quiero decir si ha llegado a conocerla a fondo. No es normal que un sacerdote de su edad no esté casado. Y para las finanzas de la Iglesia sería también más conveniente que hubiera una casa parroquial, y no dos.

Entonces la campana de la iglesia repicó en las alturas. Incrédulo, el sacerdote se levantó. El seco repique resonaba desde el campanario, martilleándole con su vibración hasta las entrañas. Abrió la boca, pero su voz quedó ahogada por el estruendo.



Maija se hallaba en el borde del marjal. Los patos revoloteaban de aquí para allá entre las cañas. El tío Teppo había dicho que la parte del marjal que les correspondía era la situada más al este, la que quedaba pegada a la montaña. Sin embargo, las juncias no estaban a punto para ser cosechadas: los brotes verdes apenas asomaban sobre el agua. Siete carretadas de juncias equivalían al pasto necesario para que una vaca y una oveja pasaran el invierno, según había dicho Teppo. Pero ellos nunca habían cultivado juncias. Paavo pensaba que la hierba de su campo, una vez recogida la cebada, bastaría para alimentar a *Mirkka* y a las cabras durante el invierno. «Si podemos evitar los humedales...», había dicho.

Una grulla, curvando el cuello hasta formar un gran arco y separando mucho las patas, picoteaba entre las matas. Un poco más lejos, el agua estaba negra. Al parecer, Eriksson había dicho que quería ver si se podían extender los cultivos en las zonas húmedas. Maija se preguntó hasta dónde se internaban ahora para segar las juncias.

Se agachó y se rascó la pierna. Tenía una picadura de insecto y no conseguía calmar la comezón. A su espalda sonó el chasquido de una rama. La cara de Gustav se contrajo al verla. El hombre se sentó en el suelo, no muy lejos de ella, y se desató los cordones de los zapatos. Movía los labios como si hablara, pero no emitía ningún sonido.

Sus pies: muñones rojos, destrozados, llenos de cicatrices.

Maija desvió la mirada. Cuando se volvió de nuevo hacia él, el hombre ya se había metido en el marjal, pisando como una grulla, o sea, alzando mucho las piernas. Se dirigía hacia unas planchas de madera. Las empujó y las colocó entre las matas, construyendo una especie de camino.

Así que Gustav había sido soldado... Muchos habían perdido algún miembro por congelación. Había habido inviernos tan fríos que los pájaros caían al suelo muertos, congelados en pleno vuelo.

Una voz enérgica dijo:

—Este marjal había sido un lago.

La mujer se giró en redondo.

El recién llegado era un hombre de rostro completamente rasurado y pelo corto y canoso. Profundas arrugas le surcaban la frente y las comisuras de la boca, y lo que tal vez habría sido una sonrisa se convertía en una expresión ceñuda. Era alto y erguido; tenía los ojos veteados de rojo. «Ha estado bebiendo», pensó Maija. Aunque el reflejo del sol en el agua también podía irritar los ojos de ese modo.

—Nils Lagerhielm —se presentó el hombre.

—Maija —dijo ella, haciéndole una reverencia antes de poder contenerse.

La piel de la mano del hombre era suave, no estaba avezada al trabajo duro. Claro que eso ya lo había dicho de entrada de modo implícito, pues su apellido era nobiliario.

—Los campesinos lo llamaban Pequeña Laguna —continuó él—. Pero no tenía la fuerza suficiente; el bosque la invadió y se convirtió en una ciénaga. Una parte se volvió insondable. El musgo no deja de crecer hacia arriba, alimentándose de sí mismo. Es imposible saber por el aspecto de la superficie dónde hay suelo firme y dónde no lo hay. Las planchas se ponen para que nadie se aventure más lejos de la cuenta y se ahogue.

Nils observó a Gustav con un rictus de desprecio, y añadió:

—A veces, las inundaciones de primavera las desplazan. He venido a inspeccionarlas antes de que llegue la gente a recoger la cosecha, pero veo que Gustav ya se ha ocupado de ello.

—No hay mucho que cosechar —opinó Maija. Aún estaba enfadada consigo misma por haberle hecho una reverencia.

—Ha sido un verano frío... —le dijo el hombre—. ¿Dónde está su esposo?

—En la granja.

—Voy a verlo y me presentaré yo mismo. Deduzco que fueron sus hijas las que encontraron a Eriksson.

Maija alzó la cabeza.

—He de hablar del asunto con su esposo —dijo él.

Paavo estaba sentado en un banco de madera junto al establo, afilando las guadañas. Aplicaba la piedra al filo con largas y lentas pasadas, y la hoja de metal emitía su chirrido. Entre la ropa colgada del tendedero, Maija atisbó a Frederika en el campo tratando de levantar una roca con una vara de hierro.

Paavo se puso de pie.

Nils lo saludó con un leve gesto.

—Me llamo Nils Lagerhielm.

Maija vio que su marido se limpiaba la mano en la pechera de la camisa y musitaba algo indiscernible. Nils le echó un vistazo a ella, como diciéndole que ya podía retirarse. Al ver que no lo hacía, tensó los labios. Se giró entonces hacia Paavo y le dijo:

—He oído que sus hijas encontraron a Eriksson.

El hombre asintió.

—He venido a ver si están bien.

—Ya se encuentran mejor —dijo Paavo.

Maija buscó a Frederika con la mirada. «¿De veras te encuentras mejor?», pensó. La roca era grande y su hija apoyaba todo su peso sobre la vara de hierro. «Cuidado —se dijo Maija—. Si aplicas tanta presión, algo acabará cediendo». Su hija, como si

la hubiera oído, soltó la vara y la introdujo en otra dirección.

Nils carraspeó antes de hablar:

—Me gustaría saber si había... ¿si había algo extraño?

—Estaba muerto —afirmó Maija—. Eso era lo más extraño.

Los dos hombres fruncieron el entrecejo.

—¿No había nada de apariencia... mística? —preguntó Nils.

—¿Mística? —repitió Paavo.

—No es la primera vez que ha habido problemas en la montaña.

Problemas, otra vez. Pero por alguna razón Maija estaba segura de que Nils iba a contarles a qué se refería.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Paavo.

Nils bajó la voz al decir:

—Desaparecieron dos niños en la montaña. La primera, una niña, hace diez años. Fue a coger arándanos rojos y no volvió. El segundo, hace cinco o seis años, desapareció durante la siega. No es que sea tan raro. Esta es una tierra salvaje. Pero los hermanos de ambos parecían enloquecidos y dijeron haber visto cosas en el bosque. Y el año pasado, una familia entera, los Jansson, se esfumó de la noche a la mañana. Un día estaban aquí y, al otro, ya no estaban.

—La gente no desaparece así como así —dijo Maija.

—Precisamente —respondió Nils.

Paavo parpadeó.

—Antes de ser cristianizados —explicó el noble—, los lapones venían desde muy lejos para ver al chamán que vivía aquí. Se decía que poseía unos poderes extraordinarios. Yo me considero un hombre instruido, pero en esta montaña hay... algo. Y no es algo bueno.

El sol centelleaba en las copas de las píceas. Una mosca se posó en el brazo de Maija; la ahuyentó con la mano.

—Allá, en nuestra tierra, nosotros al menos teníamos el pueblo —dijo su marido, y ella supo que la estaba mirando.

—Un pueblo —repitió el noble.

Lo dijo lentamente.

—Allí estábamos a salvo —afirmó Paavo.

—Quizá lo que debemos hacer es juntarnos —sugirió el hombre—. Si viviéramos todos en un pueblo, podríamos contar unos con otros. Siempre, claro, que no nos lleváramos el problema con nosotros.

El noble frunció la frente y asintió.

«Está pensando en alguien en concreto —se dijo Maija—. Alguien a quien no quiere tener viviendo cerca».

—Vamos a pensarlo —dijo Nils—. Hablaré también con los demás. —Saludó con un gesto seco y se fue.

Maija vio que Frederika estaba junto a ella. No sabía cuánto tiempo llevaba allí.

La chica esperó un momento para ver si se enteraba de algo; se alejó sin prisas.

Paavo volteó la piedra de afilar un par de veces en la mano.

—No lo digas —murmuró Maija.

—No deberíamos haber venido aquí —musitó él.

—Paavo...

—¿Cosas en el bosque? Esto no me gusta nada.

«¡Ay, Paavo!», pensó ella. Le puso la mano en el brazo.

—La viuda me pidió el otro día que examinara el cadáver de Eriksson...

El brazo de Paavo se puso rígido bruscamente. La miró arrugando la nariz y abriendo la boca.

—Nos lo pidió a mí y al sacerdote —añadió ella.

—¿Examinaste el cuerpo?

—Sí.

—Pero ¿por qué lo hiciste, Maija? ¿Por qué?

—A Eriksson no lo mató un oso ni un lobo.

—Eso ha insinuado también ese hombre —dijo Paavo señalando en la dirección por la que Nils se había alejado.

—Yo puedo asegurarte que Eriksson tampoco fue víctima de la brujería ni de un poder maléfico —continuó Maija—. Lo mató un hombre de carne y hueso.

Su marido le advirtió con una especie de gruñido:

—Déjalo correr.

—Escucha, Paavo. A la gente como Nils le tienen sin cuidado los colonos como nosotros. Pero él, por algún motivo, quería hablarnos del pasado de Blackåsen. Y ha dicho que algunas personas no deberían ser acogidas si se creara un pueblo. ¿Lo has oído? ¿Eso no te recuerda nada?

—Sé muy bien lo que me recuerda. Déjalo. Piensa en nuestras hijas.

Maija se rio, aunque no sonó como una risa.

—Como si ese fuera el motivo —dijo ella sin poder reprimirse.

Hubo un silencio.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—No, dilo. Por una vez, dímelo en voz alta. —Su marido casi gritaba—. ¿Crees que no sé lo que estás pensando?

—Paavo...

Pero Maija respondió demasiado tarde. Él ya se alejaba.



El terreno del claro estaba amarillento. El otoño había empezado a cubrir con su manto la cima del monte Blackåsen sin que nadie se enterase. No lucía el sol, convertido en una pequeña mota blanca, como en invierno. Maija se detuvo sobre las marcas parduscas que había dejado el cuerpo de Eriksson. La muerte desgastada y caída en el olvido. La naturaleza no se dejaba impresionar. Se agachó y pasó los dedos entre la hierba, palpando la tierra esponjosa de debajo.

Los ojos vigilantes de un pueblo... Los pueblos eran algo bueno, pero no lo eran si se construían sobre cimientos equivocados. Porque esos ojos enseguida podían dejar de vigilar el peligro exterior para mirar hacia dentro, y entonces nunca se sabía a qué extremos llegarían las cosas.

«Hemos de averiguar qué ocurrió antes de que todo esto se nos escape de las manos —pensó—. Nuestra familia no volverá a mantenerse al margen entretanto se extiende el temor».

Le echó una mirada a Jutta. Ya lo habían hablado todo acerca de eso. Mucha gente guardaba algo parecido en su pasado: el pesar, el remordimiento de no haber estado a la altura durante una época de la vida... Pero Jutta rehuyó su mirada.

Maija se arrodilló y recorrió el claro a rastras, examinándolo palmo a palmo y hurgando en la tierra con los dedos. Nada fuera de lo normal. Ni rastro de las extrañas semillas. Ahora el sol apretaba sobre sus hombros. Le dolían las rodillas. Se acuclilló. ¿Quién anda con un estoque por el bosque? Alguien que lo lleva siempre encima, o que lo ha cogido expresamente para la ocasión.

Miró en derredor. El claro no se hallaba cerca de ningún lugar en particular; estaba en mitad del camino. Del camino que iba del valle al río, o al revés. Del camino para pasar de una ladera a otra de la montaña.

Se levantó. Eriksson había aparecido con la cabeza enfocada al sur y los pies, al norte. No se había defendido. El hombre que lo había matado —pues, por la extensión de la herida, tenía que haber sido un hombre— debía de estar de pie... Dio dos largos pasos. «Por aquí más o menos —se dijo—. En mitad del claro, con el mismo cielo azul y el mismo sol sobre su cabeza». Observó los troncos de los árboles hasta arriba de todo: se mecían tranquilamente, como si la cosa no fuese con ellos.

Se giró en redondo. Quien hubiera matado a Eriksson podría haber venido de esa dirección. Se metió en el bosque y rodeó el claro, cruzando primero el sendero que bajaba al río y, en segundo lugar, el que conducía al valle por el desfiladero. Le llegó desde el claro el canto de un pájaro: trinos y gorjeos. Un pechiazul. Maija estiró el cuello para mirar. Se quedó inmóvil. Justo ahí se abría un hueco entre las ramas del pequeño alerce que tenía al lado. Bastaba avanzar un paso para disponer de una

panorámica de todo el claro. Entonces captó un destello azul por debajo de las ramas más bajas. Se agachó. Había un trozo de vidrio azul, como el de los vitrales de la iglesia, con los bordes redondeados. Ahora sí le hablaron. El alerce dijo, sí, ha habido una grave transgresión. Las copas de los árboles susurraron que la vista desde ese punto era casi tan buena como la que disfrutaban ellas desde lo alto. Sí, alguien había estado allí.

Alguien podía haber estado allí justo antes, o durante, o tras el asesinato.

En el caótico patio de Henrik no había nadie. Se oyó una tos húmeda procedente del interior de la cabaña. En la barandilla del porche, junto a una pala y una vieja picadora de carne, cuya manivela oxidada apuntaba directamente hacia el cielo, había apoyada una caña de pescar rota. Maija siguió por el sendero de hierba que bajaba hacia el río.

Atisbó una cabeza rubia entre las cañas. Al acercarse, vio a Henrik. Esgrimía un cuchillo en la mano. De repente lanzó un golpe, apuñalando el agua; alzó el cuchillo y lo sacudió.

El lucio cayó justo frente a ella con un chasquido, azotando el suelo con la cola, manchándose de tierra las verdes aletas, abriendo y cerrando la enorme boca. Maija cogió una piedra y le dio un golpe en la cabeza. El pez se estremeció. Se quedó inmóvil. Ella volvió a incorporarse y tiró la piedra.

Henrik se acercó vadeando. Alzó una mano.

—Perdone.

Se agazapó junto al pez, lo puso panza arriba sobre la hierba y lo abrió en canal de un solo tajo. Tiró las tripas al agua y se sentó en cuclillas, protegiéndose los ojos con una mano para evitar la luz del sol.

—¿Qué la trae por aquí?

—Vino a vernos un hombre llamado Nils.

Henrik limpió el cuchillo entre la hierba. Se levantó, se acercó a la orilla y acabó de limpiar el pez por dentro con los dedos. Maija captó un destello rojo amarillento.

—¿Es un noble? —preguntó.

Henrik asintió. Se volvió a poner de pie, con el pez sujeto con dos dedos por las branquias.

—Pero... ¿son colonos?

Él volvió a asentir.

—Me sorprende —dijo ella—. Los nobles no suelen ser colonos.

Henrik se rio entre dientes.

—Esa familia sabe valerse por sí misma —aseguró—. Voy a contarle una historia. Cuando Kristina y Nils llegaron aquí, un mercader quiso aprovechar la ocasión. Les vendió carne de rata diciendo que era faisán. Alguien se lo contó a Nils; y dicen que cuando el mercader llegó a la costa después de un largo viaje, se encontró las alforjas

llenas de gusanos. Alguien, al amparo de la noche, había reemplazado sus pieles por ratas muertas.

«Con eso debía de haberle bastado a Nils —pensó Maija—. Así consiguió que nunca más volvieran a molestarlo».

—He vuelto a inspeccionar el sitio donde mataron a Eriksson. He encontrado esto.

Sacó del bolsillo del vestido el trozo de vidrio. En la palma de su mano, carecía de brillo.

Henrik lo cogió.

—¿En el claro, dice?

—En el lindero del claro.

—¿Dónde?

—Bajo unos arbustos. Al sur, del lado del desfiladero.

Él le dio la vuelta y se lo devolvió haciendo un gesto de duda. Echó a andar. Maija lo siguió.

—A Eriksson no lo mató un lobo —dijo ella.

—No —admitió Henrik.

—¿Y por qué dijo Gustav que fue un lobo? —le preguntó, queriendo decir en realidad: «¿Por qué lo dijo usted?».

—¡Henrik!

Una voz femenina lo llamaba desde el patio.

—¡Henrik!

Él alargó el paso.

En el porche, había una mujer flaca que llevaba un vestido blanco y largo.

—Te he dicho que no te alejaras. Los niños han salido y estoy sola. —Se puso a toser y se sujetó en la jamba de la puerta. Entonces reparó en Maija.

—¿Usted quién es?

La cabaña olía a leña y a fiebre.

—No recibimos muchas visitas aquí. —Se había presentado como Lisbet. Tenía el pelo largo y oscuro; los ojos azules enmarcados por unas cejas arqueadas y la piel blanca y delicada. Maija había cruzado los brazos sobre la mesa, sus brazos de piel basta y cubierta de pecas, pero se apresuró a retirarlos.

Lisbet tosió otra vez y, poniendo las manos sobre la mesa para incorporarse, dijo:

—Se me olvidan mis modales.

—No, no se mueva —contestó Maija.

Henrik se apresuró a sujetarla por la cintura. Lisbet tosió y tosió hasta que su delgada figura quedó colgada de su marido como una capa flácida. Cuando él volvió a sentarla, la mujer tenía la piel alrededor de la boca de color verdoso.

—¿Hace mucho que está enferma? —le preguntó Maija.

—Mucho. Pobre Henrik. Él me cuida de maravilla.

El hombre cogió el lucio y lo metió en un cubo de agua, sin mirar a su esposa.

Resultaba duro verlos a los dos juntos. Encontrar a un hombre como Henrik en Blackåsen no era insólito; en cambio, Maija se imaginaba a Lisbet más joven, bailando con un vestido de volantes, charlando animadamente. Debía de haber sido muy bella, y seguramente a Henrik le costaba creer, en su momento, la suerte que había tenido. Ahora, sin embargo, su esposa estaba marcada. No se trataba de una de las dolencias más obvias, pensó Maija. Quizá la peste del cangrejo. Era una enfermedad que se parecía al odio: iba consumiendo a la persona por dentro, sin que se viera nada, hasta que se desmoronaba.

—Lo siento —dijo Maija.

La mujer hizo un gesto como para quitarle importancia.

—¿De dónde son ustedes? —preguntó Maija.

—Nosotros llevamos mucho tiempo aquí —contestó Henrik—. Este es nuestro hogar.

—Veinte años —dijo Lisbet—. Fuimos de los primeros en llegar.

Lo dijo con orgullo. Maija pensó en el patio atestado de trastos. No le cabía en la cabeza que la gente pudiera vivir en un sitio tanto tiempo sin organizarse mejor. Pero Lisbet estaba enferma. No era tan fácil arreglárselas en ese caso.

—¿Y los demás colonos?

Henrik la miró, arqueando las cejas, sin comprender.

—Es curioso —dijo Maija— que todos tengan unos antecedentes tan distintos.

Lisbet contó a los colonos con los dedos.

—Daniel y Eriksson nacieron aquí —dijo—; Nils y Kristina llegaron hace algunos años de Estocolmo. —Sonrió al decirlo, y le aparecieron unos hoyuelos junto a la nariz: un recuerdo de la belleza que había poseído—. No creería la cantidad de equipaje que trajeron.

—¿Por qué vinieron aquí?

Lisbet se encogió de hombros. No parecía encontrarlo raro.

—¿Y Gustav? ¿Él estaba en el ejército? —inquirió Maija.

—Gustav no se relaciona con el resto de habitantes —explicó Henrik—. Se mantiene aparte.

—Una vez le oí decir a Eriksson que era soldado. Él debía de saberlo —apuntó Lisbet.

—¿Cómo era Eriksson? —quiso saber Maija.

Lisbet soltó una risita y dijo:

—Un hombre intrépido. Conocía Blackåsen como la palma de su mano; hacía que vivir aquí pareciera muy fácil. Era galante, amable... —Se interrumpió y miró a su marido—. No quiero quedarme nunca sola —le dijo, volviendo a la queja de antes—. La gente aquí desaparece.

—Nils nos lo ha dicho —intervino Maija.

Lisbet seguía mirando a su marido.

—Y ahora ella ha matado a Eriksson.

—¿Ella? —Maija hizo un gesto de sorpresa.

Lisbet la miró con fijeza a los ojos y dijo:

—Elin.

—Su esposa... ¿Por qué?

—Es una bruja.

—La sometieron a investigación hace mucho tiempo por brujería, pero fue declarada inocente —explicó Henrik, corrigiendo a su mujer.

Pero todos los juicios por brujería habían cesado. Ah, ¿qué le pasaba a la gente? Maija se alegraba de no haberle hablado a nadie de las extrañas hierbas que había encontrado en la ropa de Eriksson. Todo el mundo empleaba hierbas con fines curativos, pero algunas personas se apresuraban a señalar que los expertos en la materia poseían otras facultades que iban más allá de la simple restauración de la salud.

—Hasta el propio Eriksson deseaba que el juicio se celebrase —le replicó Lisbet a su esposo.

—Para que fuese exonerada oficialmente —contestó él.

Saltaba a la vista que la discusión no era nueva.

—El obispo no nos escuchó —dijo Lisbet. Estaba demacrada—. La soltaron. Y esa decisión la pagaremos todos ahora. Acabará con nosotros, uno a uno...

Henrik se había vuelto a mirar por la ventana.

—¿Consiguen comida suficiente? —le preguntó a Maija.

Ella entendió lo que pretendía y procuró seguirle la corriente y hablar de cosas ordinarias, como los timalos que habían pescado y salteado, o las perdices y las liebres que tenían colgadas de las vigas de la despensa, o los nabos que habían plantado y la cosecha de cebada que aguardaba en el campo.

—Sí. Hasta ahora, todo va bien.

—El mes de la podredumbre pronto terminará —anunció Henrik.

Antes de llegar a la montaña, Maija no conocía la putrefacción de julio: el olor a carroña que flotaba por todas partes. Si no podías terminarte la cena y querías guardarla para el desayuno, por la mañana estaba irreconocible. Se te encogía el estómago al pensar en lo que te habías comido. Sí: el mes de la podredumbre; a continuación la siega y, por fin, el invierno.

—Tenga cuidado —le dijo Lisbet cuando se iba, mirándola con ojos desorbitados—. No deje que sus hijas salgan solas.

Al llegar a casa, vio que *Mirkka* ya estaba allí, pese a que era sólo mediodía. Maija se acercó. Le apoyó los brazos en el lomo, le acarició el suave pelaje y pegó la mejilla a su cálida piel. Olía a pasto, con un ligero rastro de estiércol.

—También aquí hubo un proceso por brujería —le dijo a la vaca—. ¿Puedes creerlo?

Quizá por eso los demás habían dicho que había sido un lobo el que había matado a Eriksson. Las personas sabias temían el miedo. Maija pensó en la advertencia de Lisbet y sintió que se le encogía el corazón. Era difícil no dejarse atrapar en las redes de los temores de la gente, en especial cuando afectaban a tus propios hijos. Pero era precisamente entonces cuando debías mantener la serenidad y recordarte que tú no te dejabas intimidar. «Guárdalas y protégelas», pensó, como siempre que existía algún peligro para sus hijas que resultaba doloroso considerar siquiera. Envió el pensamiento hacia lo alto, tal vez a un dios: «Protege a mis hijas, presévalas como son ahora, sin que todos nosotros las pervirtamos».

—Qué suerte, qué suerte que te encontramos —le dijo a la vaca dándole unas palmadas en el flanco—. Mi pequeña *Mirkka*.

Y pensó en la leche y en la mantequilla que tendrían todo el invierno.



A veces te asaltaba un pensamiento y se negaba a marcharse. Lo rechazabas, lo repudiabas, lo ahuyentabas y, al cabo de un momento, descubrías que seguías dándole vueltas. Quizá con un aspecto distinto, o con otras palabras, pero no cabía duda: era exactamente el mismo. A su madre le ocurría continuamente, y entonces se llenaba de inquietud y de mal humor. Su padre lo notaba, y las arrugas de la cara se le volvían aún más hondas. Ahora Frederika entendía lo que debía de sentir su madre. En cuanto se descuidaba un poco, el cuerpo de Eriksson volvía a surgir frente a ella, y la imagen la hostigaba como la punta de una navaja en el pecho.

Frederika se hallaba en el lindero de la granja. Su madre había dicho que ahora les hacía falta corteza para estirar la harina que quedaba, y le había pedido que saliera a buscarla al bosque. En lo alto, las píceas apuntaban hacia el cielo azul a una altura de treinta, cuarenta o quizá cincuenta metros, no lo sabía: lo suficiente, en todo caso, para empequeñecer todo lo demás. Tenía la sensación de que los árboles se habían adelgazado y ennegrecido. Sus grandes ramas caían casi verticalmente y los espacios entre ellos hacían que pareciesen como perdidos, aunque permanecieran juntos. Se giró. La cabaña era una mancha marrón claro entre los troncos de los árboles. Aún estaba a tiempo de regresar a casa. No hacía falta que dijera que tenía miedo. ¡Oh, no, ya veía a su madre fruncir el entrecejo! O podía decir que se le había olvidado el encargo.

«Utiliza la velocidad del viento —pensó—, y estarás de vuelta en un abrir y cerrar de ojos». Le vino a la mente un recuerdo. Había sido un otoño. Ella y Jutta, ocultas en el bosque. El miedo hacía que se le secase la boca y le palpitaban los oídos. Los soldados estaban tan cerca que debían de percibir su presencia. ¿Cómo era que no la notaban? Ella sentía un impulso demencial de levantarse y gritar: «Estoy aquí». Ya no podía soportar más la tensión. Pero Jutta la sujetaba con firmeza y le susurraba letanías: «La astucia del zorro, la sabiduría del búho, la fuerza del oso...».

Y entonces, tendido en el suelo, detrás de la figura agazapada de Jutta, otra vez: el cuerpo de Eriksson.

Frederika suspiró.

Corteza. Corteza de abedul. Prefería la de abedul. El pan sabía más a pan, no tanto a árbol. Había visto un abedul junto al río. Echó a correr.

Llegó a un recodo del río, no lejos de donde habían lavado la ropa. La corriente era rápida. Más abajo, vio troncos pálidos inclinados sobre el agua, unas garras verdes retorcidas en el aire. Hierbas de ribetes rojos entre una niebla rosada.

Una vez, cuando era pequeña, la habían dejado salir en barca. Entonces vivían allá en su tierra y su padre todavía pescaba. Él le había enseñado a pescar timalos desde la borda de la embarcación. Ella se impacientaba un poco con tanta explicación, pero notó que a su padre le temblaban las manos y procuró contenerse. Temía que si él creía que no lo estaba escuchando, no permitiría que lo acompañara. Finalmente, habían subido a la barca. Mientras surcaban el agua, su padre cerró los ojos. Su expresión se relajó; las angulosidades del rostro le desaparecieron. Parecía un hombre distinto del que ella conocía. Al relajarse, se le veía más viejo. El agua del río caía chorreante de los remos produciendo el ruido de una cascada.

Ahora oyó otra clase de chapoteo. Había alguien en el agua: una mujer nadando. De cabello rojizo y rizado: pelo de elfo. Las céreas curvas de su cuerpo relucían bajo el agua. La mujer dio un par de brazadas, se giró y se quedó flotando boca arriba. Frederika nunca había visto a aquella mujer y, no obstante, la conocía. Estaba segura.

—¿Me puedo meter yo también? —gritó, sabiendo de sobra que su madre no se lo habría permitido ni perdonado, y sintiendo de golpe, sin embargo, que no sería capaz de soportarlo si aquella mujer le decía que no.

Pero la mujer gritó:

—Sí. ¡Ven!

La muchacha se quitó la ropa, cuidando de doblar bien el vestido sobre una roca. El agua estaba helada y bajaba con tanta fuerza que por un momento pensó que aquello era demasiado, que era un error. El pánico y también una sensación de travesura la impulsaron a gritar, expresando un estallido de alegría, tal como más adelante recordaría. La mujer la miró riendo con la boca abierta y también gritó. Las dos aullaron con todas sus fuerzas, espoleadas por el temor y la felicidad de estar vivas.

Al fin, agotadas, se sentaron en las rocas para secarse.

Los pechos de la mujer se desplegaron como soles rosados, con toda la piel extendida sobre la roca. Tenía unas telarañas azules en los muslos. Una brisa onduló el agua y barrió la orilla del río. A Frederika se le erizó el vello de las piernas y los brazos. Cogió el vestido y se lo pasó por la cabeza.

La mujer se levantó, se puso su blusa blanca y se abrochó los corchetes. Sujetó una horquilla entre los labios al mismo tiempo que intentaba desenredarse el pelo con los dedos, pero se dio por vencida enseguida y se lo enroscó en la coronilla. Se puso la falda y se ajustó las anchas cintas alrededor de la cintura. Se agachó y alisó las arrugas con enérgicas pasadas.

—Esta mañana he visto un garras-de-miel: un oso —dijo—. Ha llegado casi hasta la cabaña. —Abrió los ojos con asombro al captar algo en la cara de Frederika—. ¡Ah, tú también lo has visto! —Asintió para sí—. Sabes lo que significa ver un oso, ¿no? Es un antepasado que viene a avisarte. Ahora se me ocurre que tal vez haya venido por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—Ah, tampoco soy tan buena.

—Entonces ¿cómo sabes que no ha venido para avisarte a ti?

—Muy lista... —La mujer se rio—. No lo sé. Pero sí pienso que lo que hubiera de sucederme a mí ya ha sucedido. Los signos funcionan así. Una parte la sabes y la otra, la inventas. Y la mayoría de veces, aciertas.

—Yo vi unos cuervos negros. ¿Qué significa?

—Lo que tú creas que significa.

La mujer se volvió hacia el río. Permaneció largo rato contemplándolo con los ojos entornados. Suspiró. Frederika a veces también sentía que le gustaba tanto un sitio que habría sido capaz de comérselo con los ojos.

—¿Y qué te ha traído por aquí? —preguntó la mujer.

La chica ya lo había olvidado. Se incorporó torpemente.

—He de recoger corteza para el pan. La quería de abedul.

—Pues no estás en el sitio adecuado. Ve al valle. Yo voy para allí. Te mostraré el camino.

La mujer echó a andar río arriba y Frederika la siguió. Enfilaron un sendero que llevaba a la cima de la montaña. Frederika no había caído en la cuenta de que habrían de pasar por el claro. Se preguntó si la mujer estaría enterada de lo que había ocurrido, pero no sabía cómo decirlo y no dijo nada. Cuando alcanzaron la cima, la mujer se detuvo a admirar el valle, protegiéndose los ojos con la mano. El paisaje estaba salpicado de puntos de intenso colorido, pero por lo demás parecía más apagado que la última vez que la muchacha había estado allí.

—Este lugar es sagrado —dijo la mujer—. Al menos, es lo que decía la gente que vivía en estas tierras al principio. Y se entiende por qué. —Señaló una roca plana situada a unos cuantos metros—. Eso lo llamamos el Trono del Rey —dijo, y se rio—. Es el sitio a donde vienen nuestros hombres para sentarse y contemplar el mundo como si fuera suyo.

Frederika no lograba concentrarse. El claro, a su espalda, insistía en perturbarla. Se giró un poco para vigilarlo con el rabillo del ojo.

—Aquí ocurrió algo —musitó.

—Aquí han ocurrido muchas cosas. Es de ese tipo de lugares: tiene un poder de atracción. Tal vez sea la vista.

—¿Es malo?

—¿El lugar? Todo lo que encuentres de malo aquí no será de la peor especie. Las cosas más obvias raramente lo son.

—Mi madre dice que he de intentar hacer mío todo esto: todo Blackåsen. Pero hay un tremendo montón de cosas en Blackåsen, ¿no?, suponiendo que una persona pretenda hacerlo suyo.

—Y además, quizá no esté en tu mano decidirlo —sentenció la mujer—. Ven. Voy a enseñarte una cosa.

Caminó hacia el desfiladero. Cuando el sendero se estrechó, avanzó con la mano

apoyada sobre la pared de piedra. Al llegar a la hendidura, hizo un alto, le echó una mirada a Frederika y se internó directamente en la penumbra. La muchacha se detuvo.

—Vamos —le dijo la mujer.

Frederika la siguió hacia el interior de la montaña. Muy por encima de ella, había una rendija azul entre las paredes de roca. Al fondo, se alzaba un gran peñasco y la grieta giraba a la derecha. Se había producido un desprendimiento. Una serie de rocas y piedras formaban una pendiente que ascendía hasta la rendija azul.

La mujer se subió a una de las rocas y buscó asidero con las manos para continuar trepando.

Frederika tocó la roca. Se dispuso a trepar.

Llegaron arriba, donde había un trecho nivelado. En torno a ellas, la montaña caía a pico. Frederika sofocó un grito. La mujer la observaba con los ojos entrecerrados.

—Los hombres del Trono del Rey no conocen esto —dijo—. Me da risa que se sienten allí a contemplar un pedazo de tierra, cuando sólo un poquito más arriba, está el mundo entero.

La mujer fue señalando:

—Al oeste, nuestro marjal, el bosque, Noruega y, además, los océanos.

Los bosques azules pasaban a ser montañas azules y estas se convertían en una gran extensión de cielo azul.

—Al sur, el valle.

Frederika lo contempló asombrada. Era de un verde vibrante, y desplegaba en todas direcciones los dedos plateados de varias vías fluviales.

—El pueblo queda detrás de la colina.

La mujer puso las manos en los hombros de Frederika y la ayudó a darse la vuelta.

—Al este —indicó—, nuestro lago, bosque, el mar. Finlandia.

En el horizonte sólo había neblina. Aire.

—Al norte: nuestro río, más bosque, las montañas. Dicen que allá arriba, donde el verde se vuelve marrón, todos somos lo mismo: Noruega, Suecia, Finlandia y Rusia.

La mujer fue girando sobre sí misma.

—Desde aquí puedes ver las granjas —dijo señalando los trechos diminutos de tierra despejada que se abrían a intervalos regulares en el bosque—: Henrik, junto al río; Nils, junto al marjal; Daniel, en el valle; yo, en las profundidades del bosque; tú, junto al campo; Gustav, pegado al lago. Todos nosotros cerca de la montaña. Ninguno en la montaña misma.

—Árboles, árboles, árboles —había oído Frederika mascullar a su padre esa misma mañana.

Y sí, pensó. Esta tierra no era otra cosa: viejas píceas que se inclinaban sobre

ellos con sus ramas desgreñadas, y retoños de pino de apenas un palmo que les arañaban los tobillos. Árboles huecos, tocones resecos, troncos caídos que ponían al descubierto una maraña de raíces y terrones...

Pero más aún, y sobre todo, esa tierra era cielo, puro cielo.

El bosque, en la zona del valle, dormitaba bajo el calor. Se alteró un poco cuando las dos mujeres llegaron, como si despertase momentáneamente de un sueño, antes de sumirse otra vez en la modorra. Entre las píceas, el marjal centelleaba: musgo verde con largos brotes amarillos; y más allá, el agua negra. Si ahora torcía a la izquierda, Frederika llegaría a casa.

Los abetos habían quedado atrás para dar paso a otros árboles más jóvenes y lozanos.

—Aquí hubo una vez un incendio —dijo la mujer—. Por eso este trecho del bosque es más frondoso. Habrá de pasar mucho tiempo antes de que las píceas vuelvan a crecer. Malas hierbas del obispo, helechos, ortigas... Aquí lo encontrarás todo. A finales de otoño, hay un montón de bayas de serbal.

—¿Un incendio?

—Fue el verano más seco que nadie recuerda. Una mañana apareció una columna blanca que se alzaba hacia el cielo. Así se inició. Una línea llameante dividía la zona sana de la carbonizada. Había explosiones amarillentas, el humo borboteaba entre los árboles como si ascendiera de la tierra... —Frunció la nariz—. Hacia el oeste, el fuego se extinguió por el marjal. Los pinos de la montaña, claro, se las apañaron para salvarse. Pero el valle... Era vulnerable, siendo tan llano, y estaba lleno de píceas.

»Intentaron crear un cortafuegos, talaron árboles... —La mujer giró en redondo— ... por allí. —Trazó un camino con los brazos rectos—. Pero el fuego prendía tanto los arbustos como las copas de los árboles. Había una gran niebla parda tapando el sol, pavesas girando en el aire por todas partes como negras mariposas recortándose contra la luz. Y tuvieron que dejar que el fuego se apoderase del valle.

»Al día siguiente, desde la montaña, aún se veía el resplandor del valle: un millar de demonios asomándose desde el interior de la tierra negra.

Frederika se estremeció y le preguntó:

—¿No pasaste miedo?

La mujer relajó su rígida postura y, sonriendo, replicó:

—Yo no había llegado todavía. Todos hablamos de ese incendio como si hubiéramos estado aquí cuando se produjo. Es el único recuerdo que fingimos tener en común. Ese, y el de las desapariciones.

—¿Las desapariciones?

—Ahora debo irme. Por aquí encontrarás mucha corteza de la que tú quieres.

—Gracias por ayudarme.

—De algún modo, creo que me devolverás el favor.

—Espera —le dijo Frederika cuando la mujer ya se daba media vuelta—, ¿cómo te llamas?

—Elin. Me llamo Elin.



—**Y**a están todos allí. —Paavo abrió la puerta del establo. Maija parpadeó ante la repentina luz. El cuerpo escuálido de la cabra se retorció bajo su brazo. La había visto cojear y le había puesto una correa en el cuello para poder examinarle la pata de cerca. Podía tratarse de una piedra o de una espina. Con tal de que no se hubiera podrido la herida. La cabra pataleaba y Maija la soltó, aunque mantuvo sujeta la correa.

—¿Quiénes son «todos»? ¿Y que significa «allí»? —preguntó.

—Los he visto desde la montaña. El marjal está lleno de gente —dijo Paavo. La frase sonó como una acusación—. Están cosechando las juncias.

—Entonces será mejor que vayamos —opinó Maija; ahora también había una nota de hostilidad en su voz.

Paavo cerró el establo de un portazo. La cabra dio un salto, asustada, y tiró de la correa con fuerza. ¡Ay! Maija alzó la mano y se miró el dedo índice. Tenía una marca; la correa de cuero le había quemado la piel. Sangre, no. Sólo una... quemadura.

«Quizá —pensó—, poco antes de morir, Eriksson tenía algún objeto de cuero en la mano y se lo habían arrebatado de un tirón. Quizá ese objeto contenía hierbas, y algunas se le habían quedado pegadas en la manga».

Ellos no estaban preparados, y Maija no sabía bien lo que les hacía falta.

—¿Tienes las guadañas? —le preguntó a Paavo, pese a que él las llevaba al hombro.

—Sí.

—¿Y los rastrillos?

¿Qué hacía? El marjal no estaba tan lejos. Podían mandar a las niñas a casa si se les olvidaba alguna cosa. Paavo masculló entre dientes; ella sintió una punzada en el estómago.

«Respira hondo», se dijo. Se acordó de Anna, la mujer embarazada de Daniel, y cogió una bolsa de cuero con las semillas de hinojo que había puesto a secar.

—¿Crees que los demás lo han hablado entre ellos y han decidido ponerse a segar? —preguntó su esposo.

—Claro que no —contestó Maija, aunque en realidad no podía saberlo—. Pero ellos llevan aquí más tiempo que nosotros y conocen los signos para saber cuándo está lista la cosecha. Ya se lo preguntaremos para saberlo también nosotros la próxima vez.

Hicieron todo el camino en silencio.

—Mamá —susurró Dorotea.

Las figuras del marjal parecían surgidas del barro. Tenían la piel negra. Las hojas de las guadañas centelleaban al sol. Sonaba el silbido de sus filos al cortar el aire. Sonaba con fuerza, como las alas de un centenar de libélulas.

Una de aquellas figuras se alzó el sombrero para secarse la frente; debajo, apareció una mata de pelo rubio. Henrik.

—Se han puesto algo en la piel —observó Maija con una calma que no sentía.

—Brea. —Su marido soltó una risa extraña—. Había oído que la usaban. Es contra los mosquitos.

—¡Por Dios! —exclamó la mujer.

Ahora le resultó más fácil identificarlos: estaban Henrik y sus cinco hijos, Daniel y Anna con cuatro niños, y, un poco más lejos, Nils y lo que debía de ser su familia. En medio, allí donde el marjal parecía más un lago que una ciénaga y donde las matas eran más escasas y dispersas, estaba Gustav. Una parte del marjal se hallaba vacía. «La de Eriksson y Elin», pensó Maija.

Estuvo observando un rato.

—Tú y yo segaremos —le dijo a Paavo—. Frederika y Dorotea pueden rastrillar y llevar las juncias a terreno seco. —A sus hijas les ordenó—: Amontonadlas en pilas. Las dejaremos secar un poco y entre todos ayudaremos a colgarlas de los secaderos, ¿los veis? Esas rejas son los secaderos.

No era fácil trabajar. El agua entorpecía el movimiento de la guadaña y aumentaba su peso al alzarla de nuevo. La hoja no parecía hacer mella en las juncias. Los mosquitos eran un incordio, pero todavía peores eran los *sviarn*, los pequeños jejenes negros que desgarraban la piel a cada picadura. Maija se agachó para arrancar la hierba húmeda con los dedos, pero era recia y viscosa, y no se partía. Al avanzar, el vestido chapoteaba y se le arremolinaba entre las piernas, irritándole los tobillos. A su lado, Frederika forcejeaba con el rastrillo. Dorotea daba grititos y se palmoteaba las piernas y los brazos.

Nils se acercó vadeando.

—Has de ponerte esto. —Llevaba en la mano una vasija llena de una mugre negra—. Ven —le dijo a Dorotea, y le untó las mejillas y la nariz con el mejunje—. Y bájate las mangas —le mandó—. O te comerán viva.

Se giró hacia al marjal, con la vasija en una mano y la brea chorreándole de la otra, y gritó:

—¡Ya es hora de hacer un descanso! ¡Vamos a encender fuego!

A lo lejos, dos figuras bajaron las guadañas y echaron a andar. Los demás los siguieron.

Nils volvió a interpelar a Dorotea:

—Átate el pañuelo más bajo. Cubriéndote la frente.

Se dirigió hacia Frederika con la mano alzada, pero titubeó un momento y

carraspeó.

—Tu madre te ayudará —dijo, y le puso a Maija la vasija en las manos.

Esta le aplicó la brea a Frederika en la frente y en la nariz. Tenía un olor acre, y los ojos de su hija se anegaron de lágrimas. Cuando estuvo bien embadurnada, continuó con Paavo y también se untó ella misma. Echó un vistazo a la linde del bosque, donde se habían reunido los colonos, y se encogió de hombros mirando a su esposo.

—Será mejor que vayamos con ellos —sugirió.

La hoguera ardía con grandes llamas de un anaranjado reluciente, ennegrecido en los extremos. Era una hoguera excesiva. Un derroche. Nils estaba de pie junto al fuego, y los demás se habían reunido alrededor en un círculo informal. Gustav se había quedado aparte, vuelto hacia el marjal, en vez de estar frente a la gente; tenía en la cara una contracción nerviosa. Maija los recorrió a todos con la vista: la curvada espalda de Gustav; la silueta de Daniel, sobresaliéndole las orejas; la cabeza rubia de Henrik y, de nuevo, la figura erguida de Nils, el noble. «Si no me equivoco —se dijo—, el que mató a Eriksson era una persona que él conocía, lo más probable es que haya sido uno de vosotros cuatro».

¿Por qué iba a equivocarse? Desde luego no lo habían matado unos poderes maléficos.

Nils arrojó otro tronco a la hoguera.

«Han de hablar de la muerte de Eriksson —pensó Maija—. Acaban de matar a uno de ellos. Tendrán que hablar sobre lo sucedido».

—Lo que necesitas es un herrero —estaba diciendo Daniel—. Conozco a uno bueno. Va al pueblo cuando hay mercado.

Todo resultaba demasiado ordinario. Aunque quizá ya habían comentado lo de Eriksson antes de que ella llegara con su familia.

Maija trató de imaginarse al muerto entre aquellas gentes, sentado sobre alguna de las piedras, o de pie junto a Nils. Alto, fornido, calvo y de rasgos que la muerte había aflojado, pero que debían de haber sido angulosos. No resultaba fácil visualizar la escena. El problema era Nils. Maija no se imaginaba a este y a Eriksson en el mismo sitio. Intentó visualizar también a Elin con ellos, y casi percibió cómo se oscurecía el ambiente. No, si ella hubiera estado en el marjal, pensó, no habrían hecho este descanso todos juntos.

Anna se sentó sobre una roca. Tenía la cara grisácea.

—¿Todavía se encuentra mal? —le preguntó Maija.

La mujer hizo una mueca y escupió en el suelo.

Maija se cambió de mano la vasija de brea, hurgó en el bolsillo y le dio la bolsa de cuero con semillas de hinojo.

—Ponga unas cuantas semillas de estas en agua caliente y bébala con tanta

frecuencia como se le antoje. Le calmará los vómitos.

Se acercó una mujer rubia. Aunque era alta y corpulenta, se movía con la agilidad y la precisión de una persona menuda. A Maija le vino el recuerdo del reloj que había visto en una ocasión en Ostrobotnia, tictac, tictac, tictac: era como si su mecanismo regulara los movimientos de aquella mujer. Tuvo que morderse los labios para no reírse.

—Me llamo Kristina —dijo—. Soy la esposa de Nils.

—Maija —dijo ella, y le devolvió la vasija de brea dándole las gracias con una leve inclinación.

La vasija parecía muy pequeña en la mano de Kristina.

—Preparamos la brea con corteza de abedul —explicó la mujer.

—Es un árbol muy útil.

Kristina no era como Maija había supuesto que sería una noble. No había nada frágil en ella: cara ancha, labios carnosos, la punta de la nariz curvada hacia abajo... Ella también examinó a Maija, como si la estuviera evaluando, y le dijo:

—Ustedes nunca habían cosechado juncias.

—No. Mi esposo, Paavo, era pescador. Yo recibí formación como mujer-tierra. Si alguna vez...

A Kristina le brillaron los ojos.

—Ah, los días fértiles ya han pasado para mí. Pero me alegra saberlo. Para las mujeres jóvenes será bueno tenerla aquí.

—¿A qué distancia se encuentra el pueblo? —La voz de Paavo resonó en el aire.

—Está a un día a pie. —Nils le indicó la dirección con la mano.

Paavo y Daniel se habían acercado a charlar con él.

Anna, entretanto, se agachó y metió la cabeza entre las rodillas. «Pobre mujer», pensó Maija. Algunas pasaban enfermas toda su edad fértil, y, por si fuera poco, el niño, en su interior, se aferraba a ellas con uñas y dientes para nutrirse.

—Tiene suerte de conservar todavía a su lado a una hija crecida —dijo Kristina mirando a Frederika.

—No he tenido ningún varón, así que no quiero que se vaya aún. —Maija contempló a los robustos muchachos que se habían quedado detrás de su padre—. ¿Y usted tiene tres hijos?

—También tengo hijas, pero las envié al sur en cuanto aprendieron a andar.

—¿Ah, sí?

—Insertar a una joven en cierta posición social lleva su tiempo. Ellas se criarán con mi hermana en Estocolmo.

Maija se imaginó a una serie de chicas rubias con vestidos blancos, sombrero y parasol, y miró a sus propias hijas, con la cara tiznada de negro, los pañuelos calados hasta las cejas y los vestidos de tela recia que ella misma había tejido. Ambas confinadas en una tierra que olía a orines de alce en celo. «Pero vosotras —pensó—, recibiréis un montón de amor».

—¿Cómo es que han venido aquí? —le preguntó Maija—. Quiero decir... contando con sus posibilidades.

—Hay quince años de exención de tributos por establecerse en estas tierras.

Maija se sorprendió. Pero quizá en Suecia también los nobles estaban necesitados de fondos. Las narinas de Kristina se dilataron: no le gustaba esa conversación.

—¿Y ustedes por qué han venido? —preguntó a su vez.

—Mi esposo intercambió la casa con su tío. —Maija estaba segura de que ahora también ella tenía las narinas dilatadas.

—¿Y qué le parece? ¿Piensan quedarse?

Como si pudieran trasladarse a su antojo de un sitio a otro.

—Sí. Aunque no estoy segura de que nos vayamos a vivir con todos ustedes a un pueblo, si deciden construirlo.

Kristina alzó las cejas, asombrada.

—No tengo nada en contra de los pueblos —se excusó Maija—, pero sí en contra de que la gente se deje gobernar por el miedo.

—¿Un pueblo? —se extrañó Kristina.

¿Acaso no sabía nada?

—Exacto —terció Nils, interrumpiéndolas—. Cuanto más lo pienso, más me convengo de qué debemos hacer. Cuando llegue el invierno, podemos talar árboles para construir las casas. Nos instalaremos en algún lugar cerca del lago. Ya no habremos de tener miedo. Estaremos a salvo.

Kristina miraba fijamente a su marido.

—¿Usted no está de acuerdo? —le preguntó Maija.

—¿Por qué lo dice? Me parece una gran idea —respondió ella.

Kristina tenía ese tipo de sonrisa que no florecía espontáneamente, sino que siempre estaba ahí. Pero había algo más en su rostro al mirar a su marido. ¿Una advertencia?

—¿He oído bien? —preguntó Nils—. ¿Ha dicho que es una mujer-tierra? ¿Tiene alguna sugerencia para librarse de un dolor de muelas? —Hizo una mueca señalándose la boca.

—Yo, normalmente, recomiendo arrancar la muela —contestó Maija.



La viuda del anterior sacerdote fue a abrir ella misma la puerta de la casa parroquial. Las comisuras de los labios se le curvaron levemente, como si se divertiera.

Olaus la veía cada domingo en la iglesia, pero entonces estaba sentada, con la cabeza gacha y cubierta con un gorro de lino. Ahora, en su casa, alzaba la cabeza y el cabello le caía sobre los hombros. Una cabeza dorada. Joven. Su pose erguida y su tono divertido le trajeron el recuerdo de las mujeres que había conocido en la corte. Por un momento se imaginó al rey detrás de ella, guiñándole un ojo con complicidad.

La viuda le indicó uno de los sillones. Mientras él se quitaba el abrigo, ella guardó silencio. Una novedad agradable. La mayoría de la gente no paraba de charlatanear cuando se lo encontraba. Era como si le corretearan por la mente con los pies sucios: preguntas estúpidas, inquietudes nimias.

La mujer cogió una botella, sirvió dos copas, le ofreció una y fue a sentarse en el sillón opuesto. El sacerdote observó que los ojos de la viuda eran azules. La bebida que le había servido tenía un olor a ratos dulce y a ratos agrio. ¿Flor de saúco?

—He pensado —dijo él— que ha pasado mucho desde la última vez que hablamos.

Ella sonrió, y se le formaron dos hoyuelos junto a la boca. Olaus no estaba seguro de que hubieran hablado nunca, en realidad. Conociendo como conocía la costumbre de los nuevos sacerdotes de casarse con la viuda del sacerdote anterior, no se había apresurado a relacionarse con ella.

—Bueno... ¿y cómo van las cosas? —le preguntó él.

—Nos estamos preparando para el invierno.

El sacerdote registró el «nosotros».

—Con suerte, la cosecha será buena este año.

—Roguemos para que así sea.

Sí, roguemos. Hacía un año los campesinos estaban tan muertos de hambre cuando acudieron al sermón del día de la Anunciación que los ojos se les hundían como cráteres en las esqueléticas caras. Todos lo miraban ávidamente. Como si fueran a comerse las palabras que caían de sus labios; o algo peor. Le habían contado que algunos se habían visto obligados a sacrificar su propio ganado. Afortunadamente, los colonos que había visto este verano tenían mejor aspecto. Debían de alimentarse con hongos y similares. Y ahora la cosecha estaba creciendo de nuevo. El día anterior, al pasar junto al campo, se había agachado para tocar los brotes que surgían de la tierra, y su vigorosa promesa le había raspado la palma de la mano.

—Hace unos días estuvo el obispo de visita —comentó.

—Sí. Karl-Erik vino a saludarme.

¿Karl-Erik? Costaba ver al obispo como un hombre normal y corriente, con nombre de pila.

—Me dijo que quería usted hacerme algunas preguntas sobre Blackåsen.

—Así es.

La viuda dejó la copa sobre la mesa. El sacerdote cruzó las piernas. Aquello era absurdo. No sabía cómo abordar la cuestión.

—¿Ha ocurrido algo? —cuestionó ella.

Olaus no veía motivo para ocultárselo.

—Uno de los colonos de Blackåsen ha muerto.

—¿Muerto... cómo?

—Hay discrepancias sobre ese punto.

—Ah, por eso Karl-Erik está preocupado. Mi esposo solía decir que los colonos de Blackåsen eran como perros salvajes y que había que mantenerlos sujetos con cadenas.

Él se quedó atónito. Había oído que el antiguo sacerdote era un hombre culto; firme, pero afable.

—El obispo parece inquieto por una supuesta maldición —dijo al fin.

—¿Ah, sí? —La sorpresa de la viuda parecía sincera—. Tal vez lo que le inquieta es que lo crean los campesinos, ¿no? Ellos siempre tienden a exagerar. ¿Quién ha muerto?

—Eriksson.

La viuda alzó la mano y se tiró del lóbulo de la oreja.

—Bueno —dijo—, seguro que ya estará informado acerca de su esposa, Elin.

—He leído sobre el proceso en los libros de registro. ¿Qué opinaba su esposo del dictamen final?

—Comentó que Karl-Erik... que el obispo le había dicho que era mejor intentar curar las heridas y no abrirlas más. A Anvar no le pareció bien que la declarasen inocente sin hacerle un juicio. Pensaba que era como tapar una olla cuando el agua ya está hirviendo. Al principio Karl-Erik parecía tener el mismo punto de vista, pero una vez que el proceso se puso en marcha, cambió de opinión y decidió cerrarlo.

El sacerdote se preguntó cuál habría sido exactamente la relación entre el obispo y Anvar. El uno, severo; el otro, afable. Y sin embargo, en lo tocante a Blackåsen, ambos parecían haberse comportado en contra de su naturaleza.

Él mismo no sabía muy bien lo que el obispo deseaba que hiciera. La viuda cambió de postura. La piel de su cuello era de un blanco azulado. Había pasado casi un año desde la muerte de su marido, y aún seguía viviendo allí.

—Mi marido era un hombre mayor —dijo la viuda con una sonrisa fugaz—. Sus métodos eran a veces... arcaicos. Pero en circunstancias similares, le habría intranquilizado que la histeria se propagara. Que la gente culpase al diablo o a una

maldición; que se refugiara en viejas supersticiones para protegerse.

—¿Y qué habría hecho?

—Habría convocado reuniones parroquiales o pronunciado un sermón extraordinario. Habría procurado restaurar el orden.

El sacerdote asintió. Ella tenía razón. Era vital mantener la calma. Recordar a los fieles que debían temer a Dios; que Él, y sólo Él, era su Señor.

Ambos alzaron sus copas para beber. El brebaje sabía a flores de verano.

—Tengo entendido que estuvo usted en la corte, ¿no es así? —preguntó la viuda, poniendo en guardia otra vez a Olaus, que dejó de inmediato la copa.

—Ejercí allí como sacerdote.

—¿Conoció al rey?

—Por supuesto.

—¿Cómo es?

Él lo evocó mentalmente: el rey galopaba en cabeza montando un caballo empapado de sudor, saltaba de su montura sin previo aviso —¿se habría hecho daño? —, rodaba por el suelo y su estoque aún enfundado salía despedido. Y entonces el caballo que iba detrás de él tropezaba y caía violentamente, partiéndose el cuello. Un silencio absoluto. El otro jinete se levantaba con torpeza del polvo, y el rey le daba unas palmadas en la espalda. «Y ahora, atácame».

Más tarde, esa misma noche, el rey bailaba con una de las muchas mujeres fogosas que lo rodeaban —alguna princesa o alguna duquesa—, exhibiendo una sangre fría que bastaba mirarlo para que se le helara a uno el corazón.

Vicarius Dei.

—Es el representante de Dios en la tierra —dijo con una punzada de dolor—. Tiene un hábito peculiar: cuando habla contigo, va retorciendo un botón del abrigo hasta que se le cae en la mano.

«Y se lo lleva —pensó— como si fuera un trofeo».

—Qué divertido —exclamó ella.

Olaus se levantó. La viuda cambió de tono.

—Hay algo de lo quería hablarle —dijo, obligándole a sentarse de nuevo—. Al parecer, Lena Rolfsdotter, la hija del vigilante, ha entablado una relación con mi jornalero Joel.

Él no pudo evitar un suspiro. Ella asintió.

—Sí, ya lo sé. Pero en esta región, cuanto más severo lo consideren, tanto mejor. Lo esencial es el orden —le recordó la viuda, y apretó los labios con firmeza.

Sí, el orden.

Cuando ya se disponía a irse, la mujer decidió contárselo:

—Justo antes de morir, mi esposo visitó Blackåsen. A la vuelta, no parecía el mismo. Estaba... —Movié con pesar la cabeza—. Le pregunté qué le ocurría y me dijo que jamás se había tropezado con un mal como el que había encontrado en ese viaje. Era como si estuviera conmocionado.

La luz de la casa parroquial flaqueaba.

—¿Tenía algo que ver con la maldición? —se sorprendió preguntando el sacerdote.

—No. Creo que se refería a una persona. Anvar me lo contaba casi todo, pero en esa ocasión estaba muy perturbado. Y al día siguiente, cuando iba a arreglar el tejado del establo, se cayó de la escalera. Ya no pude volver a preguntárselo.

Olaus Arosander deambulaba de una ventana a otra de la casa parroquial provisional y observaba los recuadros iluminados de las otras ventanas. Comprendió que para cualquiera que estuviera mirando, debía de parecer un animal enjaulado. Se sentó.

La primera vez que había visto al rey había sido en el campo de batalla. El ejército se estaba preparando para el ataque del día siguiente. A mediodía, él había tenido una inspiración. Junto con los otros sacerdotes, ordenaron formar a los soldados —recuadros de miles de hombres—, y les hicieron cantar un salmo: *Wår Gudh är oss en wåldig borg. Han är wår sköld och wårja.*

Con el rabillo del ojo, vio llegar al rey a caballo. Los faldones de su chaqueta azul ondeaban. Iban con él Stenbock y el Pequeño Príncipe, dos personajes legendarios por propio derecho. Olaus abrió los brazos en cruz para que los soldados cantaran con más fuerza. El rey lo observó. Esa noche llegó la invitación para que fuese a cenar con él.

Vicarius Dei.

El sacerdote se frotó con lentos círculos la zona del corazón.

Pensó en lo que le había dicho la viuda.

¿Una persona tan maligna como para dejar conmocionado a un sacerdote? Eriksson debía de haber sabido de quién se trataba... Él lo sabía todo de todo el mundo. O quizá se había tratado de él mismo. Era un hombre vil, sin duda. Aunque su predecesor no tendría que haber tardado tanto en descubrir la verdadera naturaleza de ese hombre. A él le había bastado con aquel único encuentro para que se mostrara sin ambages.

La viuda tenía razón. Debía cerrar el asunto enérgicamente. Ordenaría al sacristán que convocase a todos al sermón.

Y también se ocuparía de Lena y de Joel.



—**P**ero ¿el sacerdote se da cuenta de lo que nos está pidiendo? —planteó Maija—. La cebada pronto estará a punto para la siega, y a él se le ocurre convocarnos en la iglesia.

El hombre que había ido a transmitirles el mensaje había tenido la cautela de encogerse de hombros, como disculpándose. Incluso él había comprendido la enormidad de lo que el sacerdote les exigía.

Frederika y Dorotea miraron a su madre; el marido, en cambio, hizo oídos sordos a sus palabras.

La niebla había descendido por la noche y persistía. Era una niebla sin disimulo, una palidez lenta y perezosa que envolvía los árboles, y también a ellos, en una especie de vacío. A lo lejos, había nubes deshilachadas. La lluvia estaba en camino. Maija se ciñó mejor la bufanda. Por la mañana, cuando se había levantado, estaba todavía más oscuro aunque no del todo: un leve matiz ámbar había flotado fugazmente en el ambiente, pero se había desvanecido enseguida, antes de que los demás despertaran. Ella no pensaba decírselo. «Que crean que el verano no ha pasado; que crean que todavía sigue aquí, vigoroso y brillante».

Abajo, en la llanura, rodeada de un pueblo de casas de madera, se alzaba la silueta blanca y orgullosa de la iglesia, rematada por los aleros dentados que la distinguían ante los cielos. Maija se conmovió muy a su pesar. La iglesia llevaba allí más de doscientos años; había presenciado todo cuanto podían ofrecer los humanos — nacimientos, muertes, risas, lágrimas, incluso guerras—, y seguía allí, silenciosa e impertérrita, como un refugio orientado hacia la luz de la gracia que venía del este. No tenía nada que ver con la religión. Era el pasado de todos ellos. La iglesia mantenía vivo el pasado de todos.

Frederika frunció la nariz.

—¿No te parece preciosa? —le preguntó Maija.

—Es demasiado grande.

Ella sintió el deseo de demostrarle que se equivocaba.

—Mira el resto de las casas —añadió Frederika—. Es demasiado blanca. No encaja aquí, entre nosotros.

La gente descendió de las montañas y confluyó en una sola corriente que discurría hacia la iglesia. En el pueblo, las ventanas estaban abiertas, pero vacías. Junto a las paredes de las casas crecían malas hierbas. No había niños jugando en las calles, ni perros buscando desperdicios, ni olores de comida o de aguas residuales: olores de un

lugar habitado. El tío Teppo ya se lo había explicado en su momento: durante unas semanas al año tendrían que vivir en el llamado Barrio de los Colonos para cumplir sus deberes con la Iglesia y con el Estado, y compartir una casa con una o dos familias. El resto del año no quedaba casi nadie en el pueblo, salvo el sacerdote y el sacristán. En el prado frente al templo, la hierba estaba muy crecida. Había un solo árbol: un roble enorme.

Maija se vio obligada a hacer un alto. Nunca en su vida había visto un árbol tan hermoso. Era muy viejo. Sus ramas se elevaban a tal altura que parecían tocar el cielo; las más bajas, en cambio, casi rozaban el suelo. La copa era ancha; el tronco, grueso y retorcido. Era de esos árboles que habría que acordonar para evitar accidentes, pues ya había perdido vigor y en cualquier momento se le podía caer alguna rama. Se preguntó quién habría decidido mantenerlo allí. Resultaba esperanzador que alguien hubiera apreciado su belleza. La campana colgaba inmóvil del campanario. Quizá no la tocaban porque no se trataba de un sermón ordinario...

Al entrar en el vestíbulo de la iglesia, los hombres se quitaron el sombrero y las mujeres se ciñeron el pañuelo a la cabeza. El eco de sus pasos resonaba contra los muros de piedra. Olía a plegaria, a moho tal vez. Dos hileras de bancos de madera oscura recorrían la nave en toda su longitud. Sonaban crujidos cuando iban tomando asiento; murmullos amortiguados al saludarse después de meses sin verse, al mismo tiempo que se giraban para comprobar si faltaba alguien. En el techo abovedado, muy alto, había escenas pintadas y enmarcadas como si fueran medallones. Maija identificó algunas escenas: Jesús enseñando a sus discípulos, Jesús resucitando a Lázaro de entre los muertos... Una de las pinturas parecía sacada de una cámara de torturas: gente desnuda rodeada de llamas y hostigada por las horcas de unos demonios marrones; la amenaza eterna del infierno. Se mofó. En la parte de delante, suspendido por encima de los feligreses, revestido de oro, con techo y cortinas de terciopelo rojo, y rodeado de velones encendidos en candelabros macizos, había un púlpito enorme. Parecía un carro a medio camino del cielo.

Sintió frío.

Había una mujer joven arrodillada en un reclinatorio en mitad del pasillo central. Apoyaba las manos en el pecho y mantenía la cabeza gacha cubierta con un gorro de lino blanco. La gente se apartaba y la rodeaba para pasar. Un hombre le escupió en el vestido.

Dorotea tiró de la manga de su madre y quiso saber:

—¿Qué pasa?

—Eso que ves ahí, Dorotea, es un reclinatorio para putas —le dijo ella en voz alta.

—¡Chist! —siseó Paavo.

—El sacerdote pone ahí a la gente para castigarla y asustar a los demás.

—Pero ¿qué ha hecho esa mujer?

—Algo que el sacerdote considera un pecado. Observa, hija, que está sola. No

hay ningún hombre castigado con ella.

Paavo la arrastró a un pasillo lateral y, sentándola en un banco, le ordenó:

—Basta. Cállate ya.

—Es de locos —protestó Maija señalando a la mujer.

—¿Es que quieres acabar como ella?

Maija se miró las manos. Las tenía enlazadas en el regazo: la piel agrietada, las uñas cuadradas. Manos feas. Manos honradas. Manos trabajadoras. Las abrió. Volvió a cerrarlas. Paavo no cesaba de mirarla. Ella no le hizo caso. Le ardían las mejillas. Le vino el recuerdo de cuando su marido había interpelado a gritos al sacerdote del pueblo por las prácticas de la Iglesia. Entonces era sólo un chico. Le cayeron cuatro días en el cepo. Ella había pasado por su lado una y otra vez, llena de admiración. Lo había recordado infinidad de veces. El valor de Paavo había sido como un faro para ella. Ahora, en cambio, su temor era como una mutilación.

Pensó en Henrik y Lisbet, y se reconoció a sí misma y a Paavo en la imagen que ofrecían. Aunque en el caso de ellos, era la mujer la asustada y el marido el que trataba de calmar los ánimos. Era como lo que le había explicado Nils sobre el pequeño lago que se había convertido en el marjal, y, por el contrario, el lago grande había seguido siendo un lago. Sucedió igual con todos los seres: o eran lo bastante fuertes para mantenerse firmes, o se volvían cada vez más pequeños e insondables, y se nutrían de sí mismos; se convertían en algo que nunca habrían imaginado, en algo que nunca habían pretendido ser.

No debía sentir odio, se dijo a sí misma.

—Lo que te está diciendo tu madre —le explicó Paavo a Dorotea con voz aguda — es que esa mujer podría haber recibido un castigo mucho más duro. Que su pecado podría haberle costado incluso la vida.

Nils estaba con Kristina en la parte de delante. Daniel entró seguido de Anna, que caminaba un paso por detrás, y el noble les sonrió y saludó como si el templo fuera suyo y estuviera dándoles la bienvenida. Henrik y Lisbet ya se hallaban sentados entre el océano de cabezas descubiertas y de pañuelos ceñidos. Maija no entendía cómo había soportado Lisbet el viaje. Entonces entró Elin con sus hijos.

Nils la miró. Sin saludarla. A ella, no. Elin se sentó en el mismo banco que Henrik y Lisbet. Esta le dio un codazo a su esposo, y ambos se levantaron y fueron a sentarse unos bancos más atrás. Los niños de Elin se removían y agolpaban en torno a ella, forcejeando para sentarse a su lado. Uno de los niños le puso una mano en el hombro, pero Elin no reaccionó.

Se abrió la puerta del fondo y apareció el sacerdote. Llevaba una Biblia en la mano. Subió la escalera dorada del púlpito e inclinó la cabeza. Maija notó una corriente de aire y, al volverse, vio que entraba Gustav. Se hizo el silencio en la gran nave. Entonces el sacerdote alzó la cabeza y los recorrió lentamente con la mirada sin ver a nadie en particular.

—Arrepentíos —susurró—. Arrepentíos —volvió a susurrar.

»Eva en el Jardín del Edén. Ah, vosotros los caídos, ¿no la veis? Es la creación de Dios, perfecta en todos los sentidos. A ella se le ha otorgado todo. Los animales y las plantas están a su servicio. Nunca tiene frío, nunca pasa hambre. Tiene permitidas todas las cosas en un universo de placeres; todas, salvo una: el fruto del árbol del conocimiento del Bien y del Mal.

»“¿Y por qué no puedes comer de ese árbol?”, le pregunta la serpiente, asombrada.

»Ella mira el árbol. Le parece hermoso.

»“Es deslumbrante, ¿verdad? —susurra la serpiente—. No hay ninguno con un aspecto tan magnífico”.

»Eva descubre entonces que, esté donde esté, le gusta tener ese árbol siempre a la vista. Y pronto empieza a ponerse a su sombra: sólo un rato. Se tiende bajo sus ramas, mira el cielo a través del follaje y le parece hermoso. Sus frutos son rojos y rollizos. Si cae uno a su lado, lo toca.

»“¿Qué mal podría hacerte?”, susurra la serpiente.

»Y al poco tiempo, la mujer coge uno de los frutos, lo mira, lo huele... Y ella y todo su linaje quedan condenados.

En ese momento hubo una interrupción. El motivo fue uno de los grandes velones que había bajo el púlpito. La llama amarillenta tembló, como para atraer la atención de los presentes, creció de golpe y alcanzó tal altura que amenazó los flecos de terciopelo del púlpito mismo. Y por fin se extinguió. Sonó un ruido en el vestíbulo: como una ráfaga de viento soplando entre los arbustos y arrastrando las hojas secas.

El sacerdote alzó la barbilla y echó los hombros atrás, como satisfecho del efecto de sus palabras.

—¿Y cuál fue el castigo? La condenación de todos nosotros. Y será la condenación eterna si no escuchamos la voz de Dios.

Ahora hablaba con un tono normal. Como un hombre que se dirige a sus iguales. A Maija le dolía el brazo, pues Dorotea se lo agarraba con fuerza, clavándole sus uñas sucias en la piel. Su mano parecía la de una chica mayor, pero el consuelo que buscaba era todavía el de una niña.

—Se han producido ciertos hechos entre nosotros —continuó diciendo el sacerdote—. Un colono murió en el monte Blackåsen. Un trágico percance. Además, aquí en el pueblo, ha habido quien ha pecado gravemente, arriesgándose a atraer la cólera de Dios sobre todos nosotros. La Iglesia ya se está ocupando de ambos asuntos. Vuestro deber es llevar a cabo vuestras tareas y servir al Reino con energía y diligencia, poniendo en ello lo mejor de vuestras capacidades.

Hizo una pausa.

—Arrepentíos —repitió, volviendo a fustigar con la voz a los feligreses que se hallaban a sus pies—. Arrancad de vuestro corazón la suciedad de la carne. Alejad la tentación de vosotros. Si vuestra mano o vuestro pie os incita a pecar, cortáoslo y tiradlo, pues es mejor entrar mutilados o lisiados en la vida eterna que conservar las

manos y los pies y ser condenados al fuego eterno. Si vuestro ojo os incita a pecar, arrancáoslo y tiradlo, pues es mejor entrar en la vida eterna con un solo ojo que conservar los dos y ser condenados al fuego del infierno.

»Pero si no os entregáis a Él, si os apartáis de Él, si ponéis cualquier cosa por delante de Él, si os rebeláis contra Él, si el pecado anida en vuestros corazones, entonces Él os destruirá y lo que os espera es una eternidad lejos de su Seno.

»*Kyrie eleison*, Señor, ten piedad de nosotros.

Ya había concluido el sermón. Maija separó los dedos de Dorotea de su brazo, le dio un apretón en la mano y se levantó.

—He de hablar con él —dijo.

—No. —Paavo intentó sujetarla, pero ella se apartó.

Se abrió paso entre la gente, sorteando a los que ya se dirigían hacia la salida. No miró a la chica que permanecía en el reclinatorio del pasillo central. Los ojos del sacerdote se encontraron con los suyos a pesar de la multitud. Él se alejó de quienes lo rodeaban para recibirla a solas.

—¿Un percance? —le dijo Maija.

Ambos se miraron en silencio.

«Cuidado —pensó ella—. No sabes de lo que es capaz».

—Quería pedirle que viera esto. —El trozo de vidrio parecía en su mano un charco de agua verde. El sacerdote se acercó un poco más. Se inclinó para mirarlo y volvió a erguirse.

—¿Y? —dijo.

—¿Sabe lo que es?

—Un trozo de vitral. —Se encogió de hombros.

—Lo encontré en el lugar donde murió Eriksson. Me planteé si usted sabría de dónde podría haber salido.

—De alguno de los mercaderes, tal vez.

Una mujer de cabello rubio, cubierto apenas por un gorro, pasó junto a ellos con la mirada baja y abstraída, como si no los hubiera visto y, sin embargo, pasó tan cerca que le rozó el brazo al sacerdote. Él se distrajo y la siguió con la vista. Maija volvió a guardarse el vidrio en el bolsillo e hizo una leve inclinación para retirarse.

—El sermón servirá para calmar las cosas —aseguró el sacerdote.

Maija soltó un bufido y replicó:

—¿Es que no ha visto la vela? Se ha apagado una durante el sermón.

Olaus no pareció reaccionar. El muy imbécil.

—Si se apaga una vela es que va a morir alguien que está cerca —murmuró Maija—. Es uno de los signos más obvios que hay; al menos, en mi tierra. Los colonos ahora deben de creer que va a morir alguien más.

No dejaba de haber cierto placer en observar cómo el sacerdote abría la boca,

atónito.

Maija caminaba dando zancadas, estirando bien las piernas.

—¿Qué te ha parecido el sermón? —le preguntó Paavo, cuando se disponían a subir la cuesta. La miraba con aquellos ojos negros y redondos como los de un petirrojo.

Ella redujo la marcha para examinar el rastro de un animal en el barro.

—Un lince tal vez —dijo señalando las huellas, pero se encogió de hombros—. El sacerdote es un hombre de la Iglesia, pero predica como un pietista.

Debería haberse reído de sí misma: como si ella conociera la diferencia. Únicamente había visto a un pietista en su vida. En un mercado. Y más tarde había visto cómo se lo llevaban preso, todavía proclamando a gritos que el Reino de Dios estaba cerca.

No obstante, había algo de cierto en lo que acababa de decir. El sacerdote era engreído, pero cuando predicaba había en él algo más que arrogancia y desprecio. ¿Fervor? Hambre.

—No es así como yo me imagino a Dios —dijo ella.

Paavo asintió y le preguntó:

—¿Has visto la vela?

Por encima de sus cabezas, pasó una bandada migratoria de pájaros negros, formando una «uve», que volaba hacia el sur. El cielo estaba gris. La gente lo ignoraba, pero el gris podía ser el color más violento de todos. Todo prosperaba calladamente bajo el gris.

Notó una salpicadura en la cara. Empezaba a llover.



Los cielos se abrieron. Caía una densa cortina de agua y el mundo se disolvió en borrosos fragmentos. La lluvia repiqueteaba sobre el tejado de la casa. Alguien cruzó corriendo el prado para cobijarse.

—¿Algo más? —preguntó el sacristán.

El sacerdote lo despidió con un gesto. Se quedó un rato junto a la ventana, observando cómo penetraba la lluvia en la tierra, creando ríos y lagos imposibles. Durante los meses del invierno que él había pasado con el ejército en Sachsen, había llovido todos los días. Incluso el rey, que, según se rumoreaba en los campamentos enemigos, gozaba de una protección mágica, había caído enfermo. Y los suyos, claro, presentían el fin del mundo y la venida de Cristo.

La mujer finlandesa había dicho que una vela se había apagado durante el sermón.

Olaus se lo había preguntado a la viuda.

—Yo no lo he visto —había dicho ella.

—¿Está segura? —Tampoco era que le preocupara.

—Sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Sabe si la gente lo considera un signo? Quiero decir, que una vela se apague.

La viuda se echó a reír. Los ojos le centellearon.

—No lo sé. Se lo puedo preguntar a mi criada, si quiere.

—No, no. —Él había sonreído.

Tenía que meter en cintura a la mujer finlandesa. Había algo en ella, sin embargo, que lo incomodaba, aunque no sabía qué era. Él estaba procurando cerrar el asunto y ella, aun así, había seguido insistiendo y le había mostrado el trozo de vidrio que había encontrado. ¿En el sitio donde yacía el cuerpo de Eriksson, había dicho? Bueno, sí, él lo había reconocido, pero ahora el asunto ya estaba concluido.

Pese al fuego encendido, la habitación parecía oscura. A veces, aquella casa gruñía y gemía como si estuviera viva. La lluvia seguía retumbando en el tejado. Ya era hora de acostarse.

Olaus se despertó con un sobresalto. Había tenido un sueño: algo sobre la tierra. Como buscar algo a lo que aferrarse, palpar el suelo y notar que la tierra se transformaba entre sus dedos en una especie de moco. El olor que había en la habitación le dijo que el fuego se había apagado. Tenía la nariz fría. Se tocó la punta: helada. Tiró de las mantas, metió bien las manos bajo la colcha y cerró los ojos. Pero entonces su mente comenzó a divagar y volvió a pensar en la vela de la iglesia.

Ya no se dormiría más. Estaba completamente despierto.

Se sentó en el borde de la cama. La habitación estaba muy fría. La criada tenía que poner más leña en el fuego por la noche. Tanteó en el suelo con los pies para buscar los zapatos, cogió su manto de la silla y, pasándoselo por la cabeza, se lo puso sobre la camisa de dormir. Se acercó a la ventana. Entrelazó las manos a la espalda y se desperezó. Sintió un escalofrío, bostezó. La ventana estaba empañada; la limpió con la mano.

Había nubes bajas y compactas. La tierra negruzca y la hierba amarillenta relucían con un brillo intenso. Volvió a desperezarse.

Entonces comprendió lo que estaba viendo.

¡Oh, no!

Bajó precipitadamente la escalera. Cruzó volando el vestíbulo, abrió la puerta y salió disparado al porche.

Desde el otro lado del campo, el sacristán se acercaba a todo correr, aleteándole los faldones del abrigo.

Olaus resbaló en la hierba, se incorporó antes de caer del todo y continuó corriendo. En el campo ribeteado de blanco, se postró de rodillas. Arrancó con dedos temblorosos los granos diminutos de una espiga. Estaban helados, duros como piedras. Muchas espigas ya estaban vacías.

El cielo, sobre ellos, era un manto blanco. Le asaltó el impulso demencial de echarse a reír. No habría cosecha.

—¿Qué reservas nos quedan? —preguntó el sacerdote.

En la chimenea ardía un gran fuego. El sacristán estaba sentado frente a los libros.

—La leñera está completamente llena —dijo siguiendo las anotaciones línea a línea con el dedo—. Quedan tres barriles de grano del año pasado, y el granero está repleto de heno para el ganado, así que habrá leche.

—¿Qué más?

—Hay pescado en salazón, carne. Los nabos deberían sobrevivir a la helada. Hay cuatro vacas y cinco ovejas. En el peor de los casos, puede sacrificar algún animal. Se las arreglará.

A Olaus le sobrevino un recuerdo. La población local de Rawicz (¿seguro que había sido allí?) había atacado al ejército del rey un invierno cuando la hambruna se había vuelto insostenible. Ahora vio otra vez en su mente a la multitud bajando por las laderas. «No los matéis», había gritado el rey. Los soldados usaron la parte plana de las espadas. Pero los atacantes, armados con palos y piedras, o con las manos desnudas, estaban dispuestos a matar. Eran mujeres y niños en su mayoría. Las imágenes de sus rostros desencajados —la cara del hambre— permanecerían en su interior para siempre. «Somos enviados de Dios», había dicho el rey esa noche a la abatida compañía. «Si no disponemos de comida, no podremos cumplir nuestro

deber. Y esta gente necesita que salgamos victoriosos. Es duro, pero no debemos olvidarlo. De ahora en adelante, pondremos guardias para proteger los víveres».

—¿Hay candados en los graneros? —preguntó el sacerdote.

—No.

—Ocúpese de ello. También en la casa. —Caminó hasta el extremo de la habitación—. ¿Y qué ocurre en la casa parroquial? ¿En que situación se encuentra?

—Eso habrá de preguntárselo a la viuda.

Iría a verla. Tal vez este año se verían obligados a pedir ayuda a los campesinos para que las dos casas parroquiales pudieran resistir todo el invierno.

Desde el exterior, le llegó un relincho de caballo y un traqueteo de carruajes. Olaus se giró hacia la ventana. También el sacristán fue a atisbar por encima de su hombro.

—Pero si el obispo ya estuvo aquí hace poco —murmuró.

El obispo contempló el campo cubierto de escarcha.

—Quería volver a verlo antes de que llegase el invierno, y me encuentro con esto. —Se llevó la mano a la nuca y la mantuvo ahí—. Ya es el tercer año seguido —dijo—. ¿Qué pasará ahora?

—Me las arreglaré —respondió el sacerdote.

El obispo lo miró. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—Yo estaba pensando en su congregación, Olaus Arosander. En los campesinos y en los colonos. ¿Cree que ellos también saldrán adelante? Pienso en su rebaño, en todos los que se han visto desangrados por las guerras, la escasez y las enfermedades. ¿Cree que también se las arreglarán?

El sacerdote deseaba explicarle al obispo lo ocurrido en Rawicz, contarle lo que el rey había dicho entonces. Pero incluso en su mente, aquellas palabras sonaban extrañas.

—¿Ha averiguado lo que le ocurrió a Eriksson? —preguntó el obispo con severidad.

—Ayer oficiamos un sermón y abordé el asunto.

—Oficiaron un sermón. —La voz del prelado rebosaba desdén—. No debo de haberme expresado con claridad. Quiero saber qué sucedió. Quiero un nombre. Eso es lo que tendrá que darme.

El obispo lo sujetó por el alzacuello y se le acercó aún más. El sacerdote captó el hedor a estiércol de su aliento.

—Cuando vuelva la próxima vez, me dirá ese nombre, o pongo a Dios por testigo que usted habrá de pudrirse aquí para siempre.

Su mano, sobre el pecho de Olaus, temblaba.

Este se la apartó con brusquedad.

—Nunca le he gustado, ya lo sé. Ni a usted ni a los demás obispos. Desde el

principio estuvieron contra mí.

El obispo lo miró con desprecio.

—¿Y por qué habríamos de estar contra usted?

—Por mi amistad con el rey. No veían la hora de arruinarla. Y no se cómo, pero lo lograron.

El obispo negó con la cabeza.

—Consiguieron que perdiera su favor. Hicieron que me destituyeran —se quejó el sacerdote.

El obispo seguía negando con la cabeza.

—Nosotros no lo apartamos del rey —dijo fríamente—. Fue el soberano quien lo decidió así. Y yo me limité a decir que nosotros nos ocuparíamos de ofrecerle un puesto aquí.

Al sacerdote esta explicación le causó un impacto más fuerte que si lo hubiesen abofeteado.

—No es cierto —musitó.

—Olaus, usted lo conocía —replicó el obispo. Ahora había otro matiz en su voz. ¿Compasión?—. ¿Por qué no iba a ser cierto?



El final del otoño traía este año una furia violenta en su cabellera roja, anaranjada y amarilla. Los árboles forcejeaban para liberarse de sus mantos; estrujaban las hojas viejas y las arrojaban al estrepitoso viento, en vez de dejarlas caer. Y la hojarasca corría por el patio con el crujido crepitante de una hoguera.

Frederika observaba a sus padres en silencio.

Su madre sostenía unos granos helados en la palma de la mano que parecía azulada.

—Tendré que irme a la costa —masculló su padre— y buscar un trabajo remunerado. Cuando llegue la primavera, traeré comida y semillas para el próximo verano.

Su madre ladeó la mano; los granos cayeron al suelo.

—Esta vez no nos queda dinero ni para el hospedaje —añadió él.

Ella contemplaba el campo cubierto de escarcha.

—Tienes razón —dijo al rato—. Las niñas y yo podemos arreglarnos con lo que hemos recogido, y con la leche de *Mirkka*.

—No estoy seguro de que sea lo más acertado.

A su padre le entraban dudas. Separarse, qué idea tan absurda.

—Es la única salida —dijo Maija.

—Aún hay guerra —objetó Paavo.

—Siempre hay guerra —replicó ella con hastío.

Frederika se miró los zapatos ajados y embarrados. Parecían los zapatos de otra persona.

—Tal vez alguno de los colonos vaya también —aventuró Maija.

Paavo alzó la vista. Quizá no tendría que ir solo. Su esposa le arrojaba una brizna de esperanza: como cuando tiras al suelo las migajas de una mesa, fingiendo que así ya les dejas a los perros una comida decente.

El establo olía a pellejo, a serrín. Había un cubo de madera junto al corral. Frederika le dio una patada. ¡Clonc!

Se recordó a sí misma, en otra ocasión, dándole una patada al tocón reseco de un árbol. Jutta la observaba.

—No la soporto —había gritado Frederika—. Es tan... fría.

Jutta se había sentado entonces encima del tocón, apoyando las manos en su superficie, como para aliviar el dolor causado. Tenía la piel de las manos arrugada, casi transparente, y debajo de ella abultaban las gruesas venas azules.

—Antes de que tu madre viniera a vivir conmigo, vivía con su padre en una aldea, tierra adentro —explicó.

Historias. Como si siempre bastara con otra historia.

—Fuera de la aldea, estaba Näkki, que te arrastraba al fondo si te asomabas demasiado a las profundidades; estaban los Hiisi, en las grietas, junto a los peñascos, que te atacaban si te acercabas más de la cuenta; y estaba Ajatar, que te provocaba una enfermedad si te aventurabas demasiado en el bosque.

»Pero en la aldea estaba el padre de Maija, Ari, y sus cuatro hermanos mayores, que se turnaban para llevarla en una mochila trenzada con delgadas tiras de corteza.

»Y tú te preguntarás: ¿por qué la cargaban en una mochila? Verás, Frederika, tu madre había nacido con unas piernas flacas y retorcidas como cordeles, que no servían para nada.

»El padre de tu madre tenía un hermano que navegaba por los mares. Siempre que lo visitaba, el tío Erkki traía regalos. Una vez, trajo de Turquía un asador y una bolsa de cuero con pequeñas alubias negras. Asaron las alubias, hicieron un jugo con ellas, y el líquido negro y caliente les quitó el sueño durante varios días. Otra vez, trajo de Bengala una tela con estrellas amarillas tan preciosas y delicadas que ni siquiera la noche era capaz de superarlas. Y en otra ocasión lo que trajo fue una raíz amarilla de China. Aquel era un regalo importante. Cocieron la raíz, la machacaron, se la aplicaron a Maija en las flacuchas piernas y observaron los efectos. Hubo picores y contracciones, pero nada más. El padre de Maija la obligó a comerse lo que quedaba de la raíz y ella salió a vomitar junto al porche.

»La última vez que el tío Erkki los visitó, trajo una enfermedad de Calcuta.

»Diez días después de su partida, a los hermanos de tu madre les salió un sarpullido: unos puntitos rojos en la frente. Maija y su padre vieron con fascinación, luego con terror, que los chicos iban adelgazando, como consumidos por dentro, y que los bultitos de la piel les crecían y crecían hasta que la tuvieron toda cubierta de unas medusas relucientes. Las medusas se inflaban como globos y se deshinchaban, dejando círculos de piel reseca. Y entonces les salía un líquido claro.

»Ari cogía a Maija en brazos y la sacaba al porche. Y ella permanecía allí día y noche. Al principio los aldeanos se acercaban a preguntar cómo iban las cosas. Al cabo de un tiempo pasaban de largo bajando la cabeza. Al final nadie cruzaba por esa parte del camino. Maija a veces se agarraba de la barandilla de madera y se incorporaba. Se asomaba a mirar por la ventana, pero su padre le decía con gestos que no lo hiciera. La enfermedad arreciaba a su alrededor como una tormenta. Y también lo atacaron a él las medusas.

»Una mañana, su padre salió de la cabaña. Tenía la cara tan llena de piel reseca que parecía la corteza de un tronco. Maija distinguió todavía sus ojos redondos y parpadeantes, pero el hombre se había convertido en un árbol. Y se desmoronó en el porche. Fue entonces cuando fui allí a buscar a tu madre.

Frederika se acercó; Jutta la atrajo hacia sí. Su bisabuela olía a sudor, a amor, a

cebolletas.

—Pero mi madre ahora camina —dijo con la boca pegada a la chaqueta de lana.

Jutta se echó hacia atrás para mirarla.

—¿Y sabes qué? Lo consiguió ella sola.

»Un día, encontré a tu madre mirándose las piernas. “Por lo que veo, aquí hay dos piernas”, dijo.

»Bueno, sí las había; era innegable.

»Yo observaba por la ventana cómo se levantaba agarrándose a la barandilla del porche e intentaba mover aquellas piernas esmirriadas. Cuando se caía, me apartaba de la ventana. Más tarde me la encontraba en el establo, masajeándose las, como si amasara un bloque de masa madre. Se las masajeaba, las estiraba, las retorcía.

»Y las piernas le crecieron, se volvieron más recias y también más rectas. Hacia el final de ese verano, tu madre se puso de pie. Y antes de las primeras nieves, ya caminaba.

»Una vez le pregunté cómo había sabido que podía. Ella me dijo que lo más aterrador había sido creerlo. Muchas personas habrían preferido no intentarlo. La mayoría de ellas nunca lo intenta.

Jutta le dio a Frederika unas palmadas en los muslos.

—No se me ocurre otro modo de explicarlo que decir que tu madre se curó a sí misma. De ahí que a veces... se impacienta un poco con los demás. Ella lo que quiere es verlos luchar.

—Mmm —murmuró Frederika, que aún no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer—. No todo el mundo es tan fuerte.

—Es cierto. Y tu madre solía ser más tolerante con los demás, pero...

Jutta se interrumpió y volvió a darle unas palmadas en los muslos, ahora para que se levantara. Frederika se puso de pie.

Antes de echar a andar, Jutta se agachó junto al tocón y acarició su superficie, moviendo los labios como si rezara.

Le llegó un ruido amortiguado de cencerros, ladridos y voces. Frederika salió corriendo del establo y cruzó el patio, al mismo tiempo que su madre abría la puerta de la cabaña.

—El invierno —dijo Maija cuando Frederika llegó a su lado. Estaba escrutando el bosque con los ojos entornados—. El invierno ya está aquí.

Entonces emergió del bosque un grupo de hombres y mujeres. Frederika contó cinco hombres y cuatro mujeres, además de varios niños y de un rebaño de renos de largas astas. Los perros daban pequeños ladridos. Los renos redujeron la marcha, hicieron un alto y fueron a beber al riachuelo.

Dos hombres se separaron de los demás y subieron por la cuesta hacia ellas. El más viejo, de cabello y barba plateados y cara curtida y bronceada por el sol, llevaba

un abrigo de trozos de cuero cosidos con grandes puntadas de fibra de tendón. El otro era muy joven. No debía de ser mucho mayor que ella. De nariz afilada y cabello negro que le llegaba hasta la cintura, las escrutaba a ambas.

Lapones.

—Saludos —dijo el viejo.

Su voz la sorprendió. Era suave.

—Así que ya están aquí —musitó Maija.

Había una expresión peculiar en la cara de su madre. No era de miedo ni tampoco de asombro. De alegría, advirtió Frederika. Su madre se alegraba de tener a los lapones allí, en su patio.

—Se acerca el tiempo oscuro. El *čakčadálvi* casi está aquí.

—¿Ssakca...? —balbuceó Maija.

—El principio del invierno —aclaró él.

Los lapones tenían seis estaciones, pensó Frederika. Alguien se lo había explicado. ¿Jutta, tal vez?

—Me llamo Maija.

El hombre inclinó la cabeza y dijo:

—Yo, Fearless.^[2] Este es Antti.

Se observaron unos momentos.

—¿Nos cuidarán unas cabras durante el invierno? —preguntó Fearless—. En nuestro campamento invernal no aguantan bien.

Su madre permaneció en silencio. Estaba echando cuentas, pensó Frederika. Calculando si tenían suficiente forraje.

—¿Qué recibiré a cambio? —preguntó al fin.

—Un reno para sacrificar.

—¿Cuándo?

—Antes de que se funda la nieve.

Su madre asintió.

—Nos las quedamos.

Antti dio media vuelta y bajó la cuesta corriendo. Fearless esperó sin decir una palabra hasta que el joven regresó llevando a dos cabras negras de una cuerda. Le tocó la cabeza a una de ellas, como acariciándola, y esta pareció calmarse.

—Frederika, llévalas al establo —ordenó Maija.

Antti se desenrolló las cuerdas de la mano. La chica las cogió, procurando no rozarle la piel al joven lapón.

—Este año hay algo más que nieve en el aire —dijo Fearless—. Este año, mejor andarse con cuidado.

—Invierno-lobo —dijo Antti.

Frederika eludió su mirada.

—Pasaremos la noche junto al riachuelo —dijo Fearless—. Nos marcharemos mañana.

Dorotea estaba tan pegada a la ventana que la empañaba con el aliento. Trazó una línea con el dedo. Afuera había una luz extraña: rosada y oscura a la vez.

—¿Cuánto tiempo han dicho que iban a quedarse? —preguntó Paavo bajando la voz, como si los lapones fuesen a oírle.

—Una noche —respondió Maija.

—No estoy seguro de si debíamos haber aceptado.

—Yo no estoy segura de que nos lo hayan pedido exactamente. Además, toda Laponia es su tierra.

Frederika notó, más que vio, que su padre fruncía el entrecejo. Entonces preguntó:

—¿Qué es un invierno-lobo?

—Un invierno muy frío —le contestó su madre.

A ella le había sonado mucho peor. Como una amenaza. Iba a volver a preguntar, pero vio que su madre le hacía un gesto disimulado con la cabeza, mirándola a los ojos.

—Henrik dijo que los lapones pasan por aquí unos días antes de las primeras nieves —dijo Paavo—. Como si pudieran olerlas en el aire. —Retrocedió unos pasos—. He de preparar la mochila y tenerlo todo listo.

—¿Alguno de los demás se va también? —preguntó Maija.

—Ninguno.

Él la miró con ansiedad. Pero ella tenía los ojos fijos en las figuras que se movían abajo, en el campo.

El viento otoñal se abalanzaba contra la pared de la cabaña con golpes sordos y aullidos amortiguados. Una rama dio un latigazo en la parte trasera. Frederika yacía de lado con el camisón que su madre le había teñido de rojo.

Se puso boca arriba. La sábana de debajo estaba húmeda; la paja del colchón, llena de grumos.

Invierno-lobo. Paladeó las palabras. Invierno. Lobo. Se mordisqueó un padraastro hasta que notó un sabor salado y le dolió. Flexionó las piernas para tocarse los dedos de los pies, que tenía calientes, y volvió a extenderlas. Si una no tenía sueño, no debían obligarla a permanecer acostada.

«No tengo por qué quedarme en la cama», se dijo.

El pecho de su padre subía y bajaba. Frederika se apoyó en el codo y atisbó por encima de él. Vio que su madre se había vuelto de espaldas. Se sentó y aguardó, inmóvil. Nada. Cogió el vestido de la silla y metió la cabeza y los brazos sin hacer ningún ruido. Se levantó conteniendo la respiración. Dio unos pasos de puntillas con los pies descalzos. Uno. Dos. Tres.

La puerta del vestíbulo rechinó. Se agachó, encontró los zapatos a tientas, abrió la puerta principal y salió afuera.

Esperó un rato en el porche, por si acaso, pero no salió nadie a buscarla. Se sentó y se calzó. Notó el viento frío en las piernas desnudas y el tacto áspero de los zapatos en los pies. El cielo era de un tono negro rosado y las copas de los árboles oscilaban en lo alto, llenando el aire con sus murmullos.

Cruzó el patio corriendo. El viento la empujaba y le inundaba los pulmones de aire puro.

Al llegar a los árboles, aminoró el paso. Abajo, junto al riachuelo, se atisbaba la luz de una hoguera. Caminó hacia allí, protegida por la espesura. Cuando estuvo más cerca, percibió un canto ronco y rítmico.

Su bisabuela ya se lo había explicado: las canciones de los lapones captaban la esencia de un objeto; más aún: captaban el objeto mismo. Pero ahora ya no les estaba permitido cantarlas. «Brujerías diabólicas», decían los sacerdotes.

Se agazapó y avanzó a gatas.

—No sigas —dijo alguien. Ella se quedó paralizada.

Era la voz de Fearless. El canto cesó.

—¿Te acuerdas de cuando me lo enseñaste? —dijo la voz de otro hombre—. Yo era pequeño. Era mi primera caza. Y estaba muy asustado.

—No sigas —repitió Fearless.

La voz del otro se alzó colérica.

—Todos hemos percibido los signos. Tú podrías protegernos, si quisieras.

Las voces se fueron alejando hasta que Frederika ya no pudo distinguir lo que decían. Permaneció agazapada largo rato sin moverse. Las piedras del suelo se le clavaban en las piernas. Se estremeció. Se puso de pie y se dispuso a regresar de puntillas hacia la cabaña.

Echó un vistazo a la derecha. Una figura. Inmóvil. De pronto dio un paso. Ella estuvo a punto de gritar.

Tragó saliva.

—Sólo iba...

Antti guardaba silencio. Ella no le veía los ojos, sólo la línea recta de la nariz.

—Sólo quería preguntar...

Él siguió impertérrito.

—Invierno-lobo —susurró Frederika con voz vacilante—. Quería preguntar... bueno, qué significa.

Antti todavía permaneció callado mucho rato.

—Es la clase de invierno que nos recordará que somos mortales —dijo por fin—. Que somos mortales y estamos solos.



Maija caminó hacia el lago. Se detuvo a contemplar un viejo roble de tronco roto, hueco y lleno de cicatrices. Un rayo. Del tocón brotaban aún unas hojas verdes del verano. Como si el roble ignorase que ya no tenía centro; como si no comprendiera que carecía de futuro.

El viento la empujó a continuar. Tenía un corazón helado ese viento. La nieve no estaba lejos. Quizá era así como la olía el reno. Se alegraba de que los lapones hubieran decidido dejarles las cabras. «Cuando vengan a buscarlas esta primavera — se dijo—, intentaré conocerlos». Pensó otra vez en la nieve. Paavo tenía que ponerse en camino antes de la primera nevada. Si no, resultaría difícil cruzar las montañas.

«Sería bueno que se marchara», pensó. Qué espanto. No debería pensar algo así. Pero las cosas ya eran bastante complicadas sin que alguien se dedicara a propagar el miedo.

—*Mirkka* —gritó.

Aguzó el oído, pero no oyó el cencerro de la vaca. No recordaba cuándo lo había oído por última vez. Su sonido siempre estaba presente, mezclado con el canto de los pájaros, el rumor de la hierba y el zumbido del bosque. Si llevara mucho tiempo sin sonar, se habría dado cuenta, ¿no?

El viento levantaba espuma en la oscura superficie del lago. El cielo, en lo alto, estaba morado. A lo lejos, divisó la cabaña de Gustav. Salía humo del respiradero, pero las ráfagas de viento lo impulsaban otra vez hacia el vértice del tejado. Ni rastro de la vaca por ningún lado. La llamó de todos modos:

—¡*Mirkka!*

Dio media vuelta y se adentró otra vez en el bosque. Se detuvo junto a un riachuelo y se agachó a beber. El agua estaba tan fría que no sabía a nada. Ya había estado en la cima de la montaña, en el claro y en el desfiladero. El único sitio que quedaba era el marjal. O el valle, quizá. Pero no: *Mirkka* no habría ido tan lejos; las vacas solían quedarse cerca de su establo. A menos que otro la hubiera ordeñado. No era algo inaudito: había vecinos que se robaban ordeñando el ganado del otro. Pero sería en invierno cuando la leche haría falta de verdad, y entonces la vaca estaría encerrada en el corral.

Las aves ya habían abandonado el marjal. Habían dejado su superficie de un lúgubre color negro.

—¡*Mirkka!*

Ahora sonó un grito. No provenía de *Mirkka*, pero era un grito animal.

Maija echó a correr. Avanzó a grandes zancadas, con la cabeza ladeada, escuchando, repitiendo el nombre de la vaca.

Otra vez. Aquel sonido horrible. No se trataba de un lamento: era un chillido. Un chillido animal. Tuvo que dar un gran rodeo para sortear unas matas de gruesos juncos.

La vaca yacía en el suelo. Esto... esto sí era cosa de los lobos. De lobos rabiosos. La habían atacado por detrás. La cabeza y el pecho de *Mirkka* seguían intactos, pero tenía varios mordiscos en el flanco y la zona del ano, desgarrada y abierta. Le habían sacado las tripas por el orificio y las habían devorado, aunque la vaca todavía estaba viva.

Maija se tapó la boca con ambas manos.

Y entonces *Mirkka* alzó la cabeza.

¡Oh, no!

No llevaba nada encima para rematarla, ni había piedras en las inmediaciones. Maija corrió hacia un árbol y pateó una de las ramas. Pero el árbol se mantuvo firme.

Volvió corriendo junto a la vaca, se dejó caer en el suelo y acunó la enorme cabeza entre los brazos, meciéndola suavemente. Lloró pegada a su hocico. Sentía en la oreja el calor del aliento entrecortado de la vaca.

Se levantó de nuevo. Recorrió toda la orilla del marjal, tratando de buscar algo, cualquier cosa, pero fue en vano.

Cuando regresó, la vaca ya estaba muerta.

Al llegar a la granja vio la sangre que tenía en los brazos y la suciedad que se le había pegado a la falda. Cojeó hasta el establo. Seguramente, se había lastimado el pie al tratar de romper la rama del árbol. En el corral, cogió un trapo, lo humedeció con el agua del bebedero y se limpió la falda. Frotaba con tanto brío que el trapo se desgarró, y se arañó los nudillos contra los maderos del corral. Observó cómo le surgían en la piel unas diminutas rayas rojas y azules. Se llevó los nudillos a la boca y se sentó, con la frente pegada a las rodillas. Olió a sudor. A orina. Notaba palpitations en el tobillo. Y ahora ¿qué? ¿Cómo iban a arreglárselas sin cebada y sin leche?

Habrían de marcharse a la costa con Paavo. Quizá alguien se apiadara de ellos y les diera cobijo hasta que ganasen algo de dinero.

Captó de reojo un destello y levantó la cabeza. Procedía de una de las cabras de los lapones.

Se acercó cojeando y la agarró por el pellejo. Alrededor del cuello, colgados de un tendón animal, había unos trozos de vidrio azul que tintineaban sordamente.

Paavo llevaba puesto el sombrero negro de lana, de ala flexible. La mochila, combada

y medio vacía, estaba en el suelo. Maija fue a lavarse las manos.

—No encuentro nada —dijo él, riendo con ganas.

Hacía mucho que ella no oía su risa; casi se le había olvidado cómo sonaba.

—Mi gorro de invierno. Mis mitones. Necesito que me ayudes a preparar la mochila.

El agua que goteaba en el cubo estaba teñida de rosa. Maija se secó las manos.

—Paavo... —dijo.

Él le cogió la mano.

—He de hacer esto —afirmó él—. Tú tienes razón. El pasado, pasado está. Dijimos que lo dejaríamos atrás. Todo este miedo... Ya empezaba a sentirme como si no fuese un hombre.

Paavo le estrujó los dedos hasta hacerle daño.

Y entonces vio ante ella a un chico fogoso de pelo largo, al chico que la tiraba de las trenzas, y ya no pudo contarle lo de *Mirkka* ni lo del trozo de vidrio, y dejó que se fuese libremente.

Desde el porche lo miró mientras atravesaba el patio. Agitó la mano y le sonrió, deseándole buen viaje. Cuando se desasíó de la barandilla, notó que le dolía la mano. No sabía si era por la fuerza con que la había aferrado, o por el apretón de Paavo.

Esa misma noche, nevó.



Al principio sólo son copos aislados que caen de un cielo liso sobre el monte Blackåsen: primero uno, luego un par más. La montaña los repele, como tentada de impedir que las cosas sigan su curso. Con sus píceas y sus pinos, detiene los copos antes de que alcancen el suelo. Junto al río, los disuelve en el agua. Sobre el lago, los copos de nieve parecen tan esponjosos como jirones de niebla.

En el pueblo, el soldado de Dios ha ido a ver a su sacristán.

—Voy a tener que subir a Blackåsen —dice.

El sacristán está sentado, remendando un paño del altar, con la cabeza ladeada y las piernas y el regazo ocultos bajo la tela sagrada. Contesta:

—Ahora, imposible. Nosotros llamamos a este período «tiempo de decadencia». Las primeras nevadas. La escarcha tiene que penetrar en el espesor de la tierra antes de que la nieve se endurezca lo bastante como para soportar el peso de un hombre. Hasta entonces, las montañas son inaccesibles. Tendremos que quedarnos aquí.

El soldado de Dios mira por la ventana. Lo único que ve es su propio reflejo en el cristal.

Al norte, un colono está de pie junto a la ventana. Mira cómo cae la nieve. A su espalda, la mujer a la que solía encontrar tan bella, un auténtico regalo de los dioses, yace dormida en la cama. Respira ruidosamente, con estertores.

—Medio metro —murmura el colono—. Antes de mañana por la mañana, habrá al menos medio metro.

La mujer tose; él se pone rígido. «Muérete pues —piensa—. Muérete».

Aguarda sin volverse. No. Está durmiendo. Sigue durmiendo.

A media tarde, los copos que flotan en el aire sobre la montaña son tan grandes como unos mitones lapones, tan blandos como la lana del pecho de un cordero. La nieve se asienta en las ramas de los árboles. Cubre las rocas del río. Junto al lago, ya no se ve la orilla opuesta.

Los árboles se despojan de sus últimas hojas. La vida se enrosca sobre sí misma y descende por los bulbos y por las raíces. Las plantas anuales se disponen a morir, sabiendo que sus simientes están sepultadas bajo tierra y pensando, pues, que habrán de regresar. Los animales se quedan inmóviles. Todo se halla en silencio.

Junto al lago, un hombre está en el porche de su cabaña, con las manos pegadas a los muslos. Mira cómo se desploma el cielo alrededor. Pega la cabeza a la pared helada; alza las manos, las apoya sobre la superficie de madera, respira hondo. Y entonces se golpea la frente contra la pared con todas sus fuerzas. Acto seguido coge la nieve recién caída en la barandilla y se la aplica en la frente. Siente que el dolor se disuelve y se convierte en agua en sus manos.

Día tras día la nieve va cayendo, hasta alcanzar un metro al tercer día. Flota y vuela impulsada por el viento. Agitada, pero no ligera. Las ramas ceden bajo su peso. Gimen, se comban y se parten por fin, dando lugar a que la nieve caiga en la montaña con un golpe sordo y dolorido. En el río, los cristales de hielo se unen entre sí y forman islas flotantes. El hielo de la orilla del lago avanza sigilosamente hacia el agua. El marjal está todo blanco.

En los tejados de las escasas cabañas, la nieve se acumula en gruesas capas. En las ventanas hay velas prendidas cuya luz se ha vuelto más suave. Es un cambio casi imperceptible, pero la oscuridad ya está en camino. Adentro, ya se forman zonas de penumbra en los rincones de las habitaciones.

Hay un hombre contando historias. Su esposa hornea *knäckebröd*, pan crujiente de centeno. Esta y otras cosas las ha aprendido desde que llegaron a ese lugar. Con la ayuda de sus hijos, ha colgado un palo en el techo para secar el pan.

—Los lapones, para domesticar a los renos y formar un rebaño, han de castrar primero a un reno.

Habla como si lo supiese por experiencia. «Que hable —piensa su esposa—. Con tal de que esté distraído...».

—Le envuelven los testículos con un trapo y se los arrancan de un mordisco con sus propios dientes.

Sus hijos ya son demasiado mayores para este tipo de historias pero, no obstante, gimen de espanto.

—Ese reno queda aplacado para siempre, y pueden llevarlo atado con una cuerda. Pero el reno más importante es el que sigue al primero. Ese todavía es salvaje, es un líder, y arrastra consigo a muchos otros.

—¿Y por qué sigue al primero? —pregunta uno de los hijos.

—Eso depende de su carácter —dice él, inventándose—. Tal vez sea por lealtad al castrado. Tal vez se siente obligado.

Su esposa está preparando gachas. Camina con pasos cansinos. Es el niño que lleva

dentro lo que la vuelve más lenta. Él recuerda que su madre decía que las gachas calmaban los nervios. No está seguro de que calmase los suyos, los de su madre. Era difícil que pudiera calmarse teniendo a un marido borracho como su padre, y a dos hijos como él y su hermano.

Su esposa cuelga la olla de hierro del gancho. Remueve el contenido. Saca la olla del fuego. En el rato en que la comida se enfría, ella se sienta a esperar. Suena el quejido de la rueca. Nunca descansa. «Es una buena mujer —piensa—. Una mujer estoica». De golpe, el hombre nota que se le pone rígido el pecho, que le resulta imposible respirar.

Como si le faltara el aire. Le viene en oleadas.

El tiempo se vuelve más cálido, más frío, más cálido otra vez. La nieve se derrite, vuelve a congelarse, se ablanda y se convierte en granulosa. Las islas flotantes de hielo se juntan en el río unas con otras. Sobre el lago hay una fina capa de hielo, transparente como un cristal. El marjal duerme bajo varios metros de nieve. Los árboles han doblado su envergadura. Al alba, los cristales de las ramas captan los reflejos de la poca luz que queda todavía y relucen como un millón de estrellas diminutas.

Una mujer se halla sentada junto a una mesa doblando ropa. «Qué extraño —piensa—. Tras tanto tiempo y tanta lucha, crees que tienes un nuevo comienzo y resulta que es un final».

Los niños corretean alrededor, persiguiéndose, dando gritos. Son demasiado jóvenes, demasiado pequeños. Y pronto crecerán y serán demasiado mayores. No le servirán de nada.

Los días son cada vez más cortos. La oscuridad del anochecer perdura a lo largo del día; acecha y observa bajo las ramas más bajas de las píceas. Junto al río y el lago, persiste en el aire como una niebla tiznada.

Llega el frío de verdad. Las casas cobran vida. Suenan crujidos y chirridos. El viento y la nieve erosionan todas las partes pintadas. Lo que quede será apenas un recuerdo del color original: pequeños recuadros desconchados en algunas partes; gotitas diminutas, casi coloreadas, en otras. Cuando los colonos entran en casa después de dar de comer a los animales, tienen los rizos plateados. Es fácil quebrar el pelo que está así de helado, notar cómo se te queda una trenza entre los dedos sin oír un chasquido siquiera.

Sus hijas han rebañado con los dedos los últimos restos de comida de los platos. «Más pobres o menos pobres», piensa. Así ha sido siempre su vida. Se niega a experimentar ningún sentimiento. Como si el no sentir nada cambiase algo.

La hija mayor está limpiando la habitación, separando la colada, doblando ropa.

Encuétralo, vamos. Ahí está, pálpalo. ¿Qué hay en el bolsillo de la falda de tu madre?

La chica tantea y sus dedos, finalmente, lo atrapan. Lo saca del bolsillo y lo sostiene ante la luz. Lo que tiene en la mano es un tosco trozo de vidrio azul.

SEGUNDA PARTE



Maija no oyó el primer disparo; percibió algo tal vez, pero no identificó el sonido. Estaba en el establo atendiendo a los animales. Las cabras balaban, quejándose del frío recién llegado.

El segundo disparo podría haber sido cualquier cosa: el golpe de un postigo, el hielo agrietándose, una rama partida...

Fue al oír el tercero cuando la mujer reconoció el sonido. Salió corriendo del establo. Cinco disparos en total multiplicaron su eco por la montaña como chasquidos de un látigo.

Venían del sur.

«Elin —pensó—. O Daniel y Anna».

Corrió con todas sus fuerzas, susurrando a cada paso: «Ojalá me equivoque, por favor». La noche estaba oscura, pero la nieve relucía y desprendía luz. Los zapatos le rechinaban al quebrar la costra blanca. Cuando llegó a la zona despejada del marjal, redujo la marcha y fue rodeando la orilla bajo una media luna dentada.

En el lindero de la granja de Elin, se detuvo. Le dolían la nariz y la frente. Jadeaba. La cabaña estaba a oscuras en medio del patio vacío. No había el menor movimiento. Todo permanecía en silencio. Dejó atrás el cobijo de los árboles y caminó por el claro con pasos cautelosos. Había un gran montón de nieve en el porche. Llamó a la puerta, tanteó el pomo, pero la puerta estaba congelada herméticamente.

—Elin —llamó.

Nadie respondió.

Con una luz tan escasa, no veía ningún utensilio. Pateó el montón de nieve para partirlo en pedazos. El ruido resonaba en el patio y reverberaba contra los árboles. Siguió dando patadas a las planchas de hielo y tirando del pomo, pero la puerta no se movió.

—¡Elin! —gritó de nuevo.

Se puso a cuatro patas y escarbó entre la nieve con las manos. Se quitó los mitones, metió los dedos por debajo de la puerta, hurgó en el marco... De vez en cuando, para calmar el dolor, se estrujaba las yemas de los dedos con la otra mano. Volvió a probar el pomo.

—Elin —susurró en el vestíbulo, y entró con paso vacilante.

La cocina estaba en completo silencio. La nieve se amontonaba contra la ventana, arrojando en el alféizar y en el suelo un tono azulado.

Le costó un rato llegar a ver algo. Pero al final lo consiguió: puntos, rastros sinuosos, manchas, regueros negros.

Se acercó al dormitorio. En el umbral se detuvo en seco.

Estaban ataviados con sus mejores ropas. Cualquiera habría dicho que se disponían a ir al mercado del pueblo —los niños llevaban camisas de lino de cuello redondo y las niñas, vestidos blancos bordados—, de no haber sido por esas manchas, por esas grandes flores marrones marchitándose en pechos y brazos. Sus rostros ya tenían el tono grisáceo de la escarcha; sus ojos vacíos relucían con un brillo azulado. Yacían unos junto a otros sobre la cama. Debían de haberlos arrastrado hasta allí.

Y sus manos... Oh, Dios, sus manitas estaban enlazadas sobre cada pecho en actitud de oración; colocadas con el mismo amor y la misma precisión con que doblarías la camisita de un recién nacido.

La propia Elin yacía en el suelo, detrás de una silla volcada, con la espalda arqueada en una posición imposible y el cuello destrozado. El rifle le había caído al lado. Su cuerpo no era mucho más voluminoso que el de los niños tendidos en la cama.

Maija se tapó la boca con la mano. «¿Por qué no viniste a pedirnos ayuda? —pensó, llenándosele los ojos de lágrimas—. ¿Por qué? Seguro que tenía que haber otra salida».

La puerta principal se abrió a su espalda. Se dio la vuelta. Un remolino blanco entró y se abrió paso a través de la oscuridad.

—No —gritó Maija—. No entre.

Pero los jadeos entrecortados le dijeron que ya era tarde.

El cuñado de Elin, Daniel, reclinaba la cabeza sobre el brazo que apoyaba contra la pared. Había vomitado en el suelo. Ahora estaba inmóvil; excepto su mano, que tocaba el marco de la puerta como acariciándolo, una y otra y otra vez. A Maija ese gesto le hizo pensar en Dorotea, en su actitud cuando había llorado por algún motivo y la emoción ya había pasado, aunque las lágrimas seguían fluyendo porque había quedado atrapada en ese llanto y no sabía cómo pararlo.

Maija se hallaba detrás de él, respirando con agitación. Cada vez que espiraba era como si soltara una bocanada de ceniza en la penumbra.

Daniel carraspeó, inspiró hondo y se irguió por fin. Se limpió la cara con el dorso de la manga y se marchó sin decirle nada. Su silueta se dibujó en la ventana y desapareció.

Maija creyó ver las almas suspendidas bajo el techo: unos velos delgados e inquietos. Sintió que se le revolvía el estómago. Abrió las dos ventanas del dormitorio y la de la cocina. No quería pensar a dónde irían las almas. A partir de ahora, la gente consideraría encantada esa parte del bosque.

Notó que las piernas no la sostenían. Se desplomó en una silla. ¿Cómo podía una madre quitarse la vida y matar a los hijos que había llevado durante nueve meses en las entrañas y durante años en el corazón?

Todavía se le revolvió el estómago. Se concentró en los detalles: sobre la cama, la manta y la sábana encimera estaban dobladas en pico, como en una pulcra invitación; había florecillas rojas bordadas en las fundas de las almohadas; las sábanas tenían algunos trechos finos como gasas, de tan desgastados. En torno a la ventana, alguien había dibujado un marco de hojas rojas sobre los troncos de madera clara, pero no había cortinas. Afuera, más allá de un montón de nieve, las ramas de un árbol negro arañaban el cielo. Maija no conseguía ver cómo había sido ese hogar cuando había habido vida en él. Pensó en dos hermanos, en un hombre y en su esposa. Miró las paredes de madera, como si fuesen a abrirse y a contarle las historias que ardían en su interior como una hoguera sin llama, pero las paredes permanecían silenciosas.

¿Qué podía impulsar a una madre a matar a sus hijos?

Sólo la locura. De ninguna manera una debilidad mental vulgar y persistente. No, más bien un salto repentino a una oscuridad indescriptible.

La noche comenzaba a retirarse. Habría que dejar abiertas las ventanas durante días. Pero como podían entrar animales salvajes, decidió cerrarlas.

Durante el camino de regreso, surgieron las primeras luces. Las criaturas que correteaban por allí desde el amanecer ya no existían. Había pequeñas pisadas y rastros de juegos alegres en la centelleante nieve, pero no se sintió conmovida. «Supongo que la gente se alegrará de que Elin esté muerta», pensó.

Gustav estaba en el marjal tanteando el hielo con un palo. A Maija le habría gustado que hubiera sido alguien con quien poder hablar; o sea, cualquiera excepto él. Sobre todo, le habría gustado que hubiera sido su esposo.



El sacerdote estaba en su despacho. Hacía frío allí dentro. Le dolían los huesos. Todo muy apropiado. Iba a escribir sobre la helada en el libro de registro de la Iglesia.

«La mortífera helada de 1717. Sabíamos que debíamos ser fuertes».

Dio unos golpecitos con la pluma sobre el escritorio.

«La mortífera helada de 1717. La cólera de Dios en nuestra región por tercer año consecutivo. Sabíamos que debíamos ser fuertes».

A cada año que pasaba, la mano con la que empuñaba la pluma se parecía más a la de su padre: el dorso alargado, la piel blanda bajo los nudillos aplanados, el dedo anular ladeado... Incluso se le estaban combando las uñas como a él.

Arrojó la pluma sobre el escritorio. Se levantó y se acercó a la ventana.

Había dejado de nevar. Durante tres semanas no habían podido ir más allá del prado. Con toda la inmensidad de las tierras del norte a su disposición y, sin embargo, se hallaban confinados en los márgenes del predio de un templo. Había imaginado que soportaría el aislamiento fácilmente. Recordaba haber dicho una vez en un sermón que el encarcelamiento de Pablo, el apóstol, había sido una bendición de Dios: un período para recogerse en la oración y la meditación ante el Señor. A pesar de todo, mientras que el ama de llaves y la criada, e incluso el sacristán, se habían adaptado y centrado en tareas domésticas como hilar o tejer, Olaus Arosander no hacía más que deambular por el corredor con ansiedad, como si las paredes de madera estuvieran a punto de venírsele encima. El sacristán decía que ahora la nieve ya estaba lo bastante asentada y endurecida como para soportar el peso de un hombre. Gracias a Dios, el enclaustramiento había concluido. Qué parroquia tan miserable. Qué castigo tan severo.

El rey no podía haber pedido que lo relevaran de su puesto. El sacerdote había formado parte de la reducida camarilla que se codeaba con su majestad. Todavía sentía el peso de la mano del monarca en el hombro. Como en aquella ocasión en la que él —Olaus— se había caído a un río con el caballo y, una vez que lo habían sacado del agua, se había negado a cambiarse de ropa pese a que estaba a punto de helar. «Exactamente igual que yo», había dicho el rey.

Otro recuerdo: en pleno invierno, varados en un campamento a las afueras de Minsk, en una Rusia blanquísima, aguardaban la batalla. Soldados inactivos de rostros macilentos. Sin comida, sin agua. Tan sólo aquella eterna espera, pensando que no tenías nada que comer ni que beber.

Una noche, yacía despierto cuando oyó que se aproximaban unos pasos a la tienda. Hubo un momento de silencio. Entonces se abrieron los faldones de la entrada

y se coló una sombra. La silueta se acuclilló junto a las ropas apiladas. Mientras removía y hurgaba entre las pertenencias del rey y de su séquito, sonaba un ruido de raspado. Como si hubiese una rata en el interior de la tienda.

«No —recordaba el sacerdote que había pensado—. Me equivoco: es esta la rata».

Ya basta.

Se levantó de golpe y cogió su estoque. Quien roba a nuestro rey le roba a Dios. Se puso completamente de pie y, con el arma enfundada, le dio un golpe al ladrón en la cabeza. El hombre cayó hacia atrás. El sacerdote volvió a golpearlo.

—Más soldado que los propios soldados —dijo el rey más tarde, cuando enterraron al traidor, refiriéndose a él.

Y Olaus sabía que era cierto. Cualquier rastro de temor a la muerte que quedara en él había sido purgado durante las marchas con el ejército sueco. Ahora era un nuevo ser; uno más de ellos. No, el rey jamás habría pedido que lo relevasen.

Recordó cómo le temblaba al obispo la mano cuando se la había puesto en el pecho. No, no podía quedarse aquí; debía ir a donde el monarca lo viera. Este tenía demasiadas preocupaciones, pero bastaría que lo viera para que interviniese y lo restituyera en su puesto, estaba seguro.

El obispo no había visitado la parroquia ni una sola vez durante casi un año, y ahora, de golpe, había ido dos veces seguidas. «Está preocupado —pensó Olaus—. La muerte de Eriksson le importa mucho». Tal vez, si él encontraba al asesino, el prelado se volvería más generoso. Tal vez incluso apoyara su solicitud para obtener un puesto en el sur.

Fue a buscar los antiguos libros de registro. Los depositó sobre el escritorio. Las gruesas tapas de piel estaban heladas. Echó dos troncos al fuego y se sentó.

El sacerdote anterior había llenado cuatro volúmenes durante su estancia en la parroquia. Abrió cada libro para comprobar las fechas y los colocó por orden cronológico. Los había hojeado por encima a su llegada, deteniéndose en lo que entonces le pareció importante. Cogió el primer tomo y lo abrió. Sintió el tacto reseco y polvoriento en los dedos.

Su predecesor no había sido precisamente un hombre verboso: «Primavera 1705. Llegada. Reclutado sacristán. 1706. Niño perdido en el monte B.å.».

El incendio del bosque de Blackåsen del año siguiente se reducía, en palabras del religioso, a: «Fuego en el monte B.å.» Nada sobre el alcance y la extensión de los daños, aunque Olaus había oído decir que fueron enormes. Más adelante: «Vera Fearless e hijo, desaparecidos». Unas líneas más abajo: «VF e hijo no encontrados». Sí, también eso lo había oído contar. Alguien le había dicho que Fearless había sido visto vagando durante meses por Blackåsen, buscando a su esposa y a su hijo, antes de recuperar la cordura y hallar consuelo en el Señor.

«1710. Informes de peste en el sur. Muchos muertos». Bueno, era un modo muy suave de decirlo. Había perecido un tercio de la población.

Olaus se detuvo a pensar en su predecesor. Una cosa era venir aquí y otra muy distinta quedarse —calculó con los dedos— diez años, nada menos. ¿Qué era lo que había movido a aquel hombre? Los sacerdotes que ocupaban destinos similares lo hacían o bien por afán de aventura, o bien por un impulso supremo de rectitud, por el sentimiento de haber sido llamados a ejercer una misión. Sospechaba que en el caso del viejo sacerdote había sido más bien esto último.

En 1710 Eriksson había contraído matrimonio con Elin. Tres años más tarde, desapareció otro niño en Blackåsen; y al poco tiempo, tuvo lugar el proceso de Elin. No había más detalles. «Elin Eriksson, investigada por actos de brujería». La siguiente referencia hacía alusión a la llegada de Nils Lagerhielm, su esposa Kristina y sus hijos, Petrus, Erik y Jacob. Y la siguiente, escrita con una tinta diferente y letras mayúsculas, a modo de exclamación, o acaso de queja: «ELIN – INOCENTE».

Olaus se había quedado estupefacto la primera vez que había visto esa anotación. Todavía se producían acusaciones de brujería de forma esporádica, y la Iglesia se las tomaba muy en serio —debía tomárselas en serio—, pero él ni siquiera recordaba la última vez que las acusaciones habían desembocado en un proceso.

En el otoño del mismo año del proceso de Elin, los lapones habían presentado una queja contra Eriksson. Lo acusaban de quemar más bosque del que podía cultivar y de no dejarles forraje suficiente para los renos. La anotación no indicaba quién había presentado la queja. El sacerdote pasó unas cuantas páginas: nacimientos, muertes, nacimientos, muertes. Al año siguiente, la misma disputa en torno a la misma época. Y esta vez sí figuraba el nombre del acusador: Antti. Olaus vio ante sí unas cejas negras: un joven lapón de pelo largo que lo miraba en la iglesia con expresión de desdén. Y Fearless a su lado, en el banco, con aire impertérrito, como compensando la actitud del joven revoltoso.

La mujer finlandesa había dicho que había encontrado el trozo de vidrio en el lugar donde mataron a Eriksson. Él había visto a uno de los lapones con vidrios de colores parecidos, pero no recordaba cuál de ellos era, ni tampoco en qué ocasión. No obstante, Fearless mantenía controlada a su gente.

Pero se estaba haciendo viejo.

Al año siguiente, Antti había vuelto a quejarse. Esta vez figuraba también en el libro otro agravio. Se había escrito así: «K contra la Iglesia». Eso no quedaba aclarado. Sólo decía: «Investigado. Desestimado».

La última anotación era: «¿Los Jansson se han ido?».

La viuda estaba sentada ante su escritorio con un carboncillo en la mano. Lo dejó y se levantó. Llevaba un vestido ceñido de color claro y el cabello recogido en una trenza a un lado.

—Quizá tendré que subir a Blackåsen para tratar de averiguar qué pasó con Eriksson —dijo el sacerdote.

—¿De veras?

—El obispo quiere saber qué ocurrió.

Ella alzó las cejas.

—En cualquier caso, antes de partir —dijo Olaus—, quería preguntarle por algunas entradas de los libros de registro. ¿Hubo una queja contra la Iglesia hace unos años? La inicial de la parte agraviada era una K.

—No me suena —contestó ella, intentando recordar—. ¿Cuándo dice que fue?

—Hace dos años. La demanda fue desestimada.

—Qué raro. No sé nada del asunto.

—Y los Jansson, ¿quiénes eran?

—Una familia que vivía en Blackåsen. Se marcharon sin decir nada a nadie.

La mujer recogió sus papeles y le dio al fajo unos golpes sobre el escritorio para igualarlo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el sacerdote.

—Es un pasatiempo más bien extravagante que me permito.

—¿Puedo verlo?

Olaus extendió la mano y ella le dio la hoja de encima. Era un boceto del sacristán sentado en lo que podría haber sido uno de los sillones del despacho del sacerdote: el flequillo recto, las cejas arqueadas... Estaba captado en unos pocos trazos.

—Pero si es excelente —dijo él—. ¿Ha hecho muchos retratos?

—Debo confesar que, con los años, he ido dibujando a la mayoría de la congregación. —Hizo una mueca, como burlándose de su propia locura—. ¿Cuánto tiempo cree que pasará fuera? Si acaba yendo, quiero decir.

—No más de lo estrictamente necesario.

—Cuídese. —La viuda metió las hojas en un cajón del escritorio y lo cerró.

—¿Cómo es que no figuraban en los libros la fecha ni el lugar de nacimiento de Elin? —preguntó el sacerdote.

—Porque no los sabemos. Anvar mantenía buenas relaciones con todos los demás, pero con Elin... Ella ni siquiera estaba dispuesta a decirle dónde había nacido.

En efecto, Elin también había rehuido las preguntas del sacerdote. ¿Cómo no había reparado en ello? Sin embargo, en la reunión de catequesis había mostrado unos conocimientos intachables. Imposible pillarla en falta en ese terreno.

—Tampoco me permitió ataviarla para su boda —añadió la viuda—. Me dijo que, ante Dios, ya estaba bien como estaba.

—¿Y su esposo qué opinaba de Eriksson?

—Siempre había habladurías sobre él. Se peleaba con todo el mundo. Su propio hermano no le hablaba desde hacía años.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros, como diciendo que lo ignoraba. A Olaus, de hecho, no le sorprendía lo que acababa de escuchar. Daniel le había parecido un hombre

juicioso, aunque Eriksson... Bueno, Eriksson había sido todo un personaje.

Ya en el umbral, él vaciló y, notando que se ruborizaba, preguntó:

—¿Cómo están sus reservas de comida?

Ella le sonrió, ahora con calidez.

—Estoy bien aprovisionada. Gracias.

—Bien. Bueno... adiós.

Al bajar los escalones del porche, Olaus volvió a pensar en el trozo de vidrio. Podrían haber sido los lapones quienes habían matado a Eriksson, tomándose la justicia por su mano. Había muy pocos colonos en Blackåsen. Él preferiría mil veces que fuesen los lapones los implicados. Sería mejor así, siempre, naturalmente, que se tratara de un hecho puntual y que Fearless conservara la cordura.

De pronto captó algo de soslayo y redujo el paso. Un movimiento en la zona por lo demás inmóvil de la base de la montaña. Se protegió los ojos con la mano y aguardó hasta que los puntitos crecieron y se convirtieron en cuatro esquiadores. Cada hombre tiraba de un trineo.

—Es Elin —gritó uno de ellos cuando se deslizaron por la nieve de la plaza—. Se ha quitado la vida y ha matado a sus hijos.

Nils se hallaba en el despacho del sacerdote. Este a duras penas podía respirar. Los bultos de los cuerpos de los niños eran tan pequeños... Como si al morir se hubiesen encogido y convertido otra vez en bebés. Se acercó a la ventana, pero abajo seguían aguardando Daniel, Gustav y Henrik junto a los trineos y su luctuosa carga. ¡Destruirse a sí misma y a sus vástagos! Por Dios, ¿qué podía haberla impulsado a hacer una cosa así? Olaus fijó la vista en el horizonte. Preguntó:

—¿Todos los niños?

—Sí —respondió Nils—. Le hemos traído los cuerpos. Y también el de Eriksson.

—¿Por qué razón habrá cometido un acto semejante? La Iglesia hubiera cuidado de ellos.

—Las cosas no van bien en Blackåsen. No van bien.

Eran palabras muy medidas. El sacerdote se dio la vuelta.

—No estoy seguro de que la muerte de Elin tenga nada que ver con la de su esposo —dijo Nils—. Quizá estaba tan asustada que no vio otra salida.

—Asustada, ¿de qué? Nils, debemos conservar la sensatez.

—Claro que sí. Y usted y yo somos hombres sensatos. Pero esto tiene que ver con ellos y con sus creencias —afirmó el noble señalando con un gesto a la gente que aguardaba en la plaza. Su voz seguía sonando serena.

—¿De qué está hablando exactamente?

—De un pueblo. Quiero su permiso para construir un pueblo en la montaña con los demás colonos. Así podremos controlar la situación y mantener la calma.

—¿Los demás están de acuerdo?

—Sí.

Por un momento, el sacerdote sintió la tentación de conceder su permiso sin mayor reflexión. Cuando él se había enterado de que los niños de Blackåsen no contaban con ningún edificio para la escuela, había sido Nils quien se había encargado con sus hijos de restaurar una granja abandonada y de ofrecérsela a la Iglesia con ese propósito. Ahora podía cederle igualmente toda la responsabilidad a él: hablarle del trozo de cristal y de los lapones, y pedirle que hiciera averiguaciones. Él manejaría el asunto con la misma eficacia y discreción.

—Lo pensaré —dijo, no obstante.

Nils bajó la cabeza. Al sacerdote no se le escapó, sin embargo, que fruncía el entrecejo. Y añadió:

—No puedo enterrar a Elin en el cementerio.

A Eriksson y a los niños sí. A Elin, no. No se enterraban asesinos ni suicidas en el cementerio, las normas eran bien claras. ¿Había sido consciente Elin de que no recibiría cristiana sepultura? Por supuesto que sí. Esa era toda la distancia que mediaba entre la salvación y la condenación eterna.

Nils se puso el gorro. Las grandes orejeras de piel le daban un aire extraño a su cabeza.

—Ya nos encargaremos nosotros de llevarle los cuerpos al vigilante —dijo, ahora con sumisión.

—Pídale que entierre a Elin en el bosque cuando lo permita la escarcha del suelo —dijo el sacerdote—. Que lo haga con discreción. Dígale que no trocee el cuerpo. —No era necesario hacer el asunto más truculento de lo que ya era—. Y que si descubro que ha comerciado con cualquiera de las partes, sean huesos, dientes, grasa o sangre, yo me encargaré en persona del desmembramiento de ese mismo segmento de su propio cuerpo.



El mundo entero se hallaba en silencio.

Frederika estaba junto a la ventana de la cocina. La ventisca era tan fuerte que todo el patio había quedado engullido por la niebla. Pero si la mirabas fijamente, te dabas cuenta de que estaba compuesta por miles, quizá por millones, de puntitos blancos.

No llevaba mucho rato dentro, pero tenía las mejillas encendidas. Le había tocado a ella sacudir las esterillas fuera. En invierno lo hacían todos los días. Las ponían sobre la nieve y las golpeaban para sacarles el polvo. Su madre había ido a la leñera. Dorotea estaba dando de comer a las cabras.

Se apoyó en el cristal y contempló los copos de nieve hasta que el costado derecho se le enfrió tanto que parecía que ya no fuera suyo. Fue a sentarse en una silla y se envolvió por completo la cabeza con la bufanda. «Así es estar muerta», pensó. Se imaginó que el rostro se le descomponía y caía a trozos, semejantes a grandes láminas de nieve que se sueltan de un tejado con un brusco ¡chac! y resbalan con un prolongado ¡chssss! Muerta como Eriksson, allá tirado en el suelo. Y como Elin, ahora.

Su madre les había explicado lo de Elin y sus hijos.

—Prefiero que lo sepáis por mí y no por cualquier otra persona —había dicho. Como si hubiese un montón de gente por allí que les contara las cosas. Al terminar, su madre las había abrazado a las dos con tal fuerza que ella, al final, ya no podía respirar y había forcejado para soltarse.

Frederika no se sentía bien. Se tocó la frente, pero no sabía si estaba más caliente de lo normal. Había tenido un sueño extrañísimo la noche anterior. Las imágenes ya se habían disipado, pero las emociones que habían desenterrado seguían intactas. En el sueño, había visto a un hombre que llevaba una chaqueta azul de largos faldones, unas botas que le llegaban a los muslos y un sombrero triangular en la cabeza. Caminaba por lo que parecía una tumba. Sonaban disparos: era una trinchera. El hombre parecía impávido, pese a todo. Pasaba junto a otro hombre, que se cuadraba, y, dándole una palmada en el hombro, le decía: «Mañana, a la luz del día, serán nuestros». Continuaba caminando. Entonces Frederika reparó en las sombras que lo seguían. Las figuras sin rostro le iban ganando terreno. Eran muy rápidas, y eran muchas. Las paredes de la trinchera se desmoronaban, pero el hombre no se daba cuenta. Él caminaba y caminaba, y pronto avanzó con el barro hasta los tobillos. Pero no se daba cuenta. Y entonces las paredes de tierra de ambos lados crecieron. Ella sabía que enseguida se desmoronarían sobre él y lo sepultarían. La muchacha se había despertado gritando, dando un susto de muerte y despertando también a su

madre y a su hermana.

Todo esto era por culpa de los ruidos, estaba convencida. La perseguían desde antes de que llegaran las nieves. ¡Pom. Ratatapom! Como si vinieran del interior de la montaña. Como si hubiese un corazón gigantesco palpitando en ella.

A veces, cuando hablaba con su madre o con Dorotea, el ruido no estaba tan presente; era como un tictac silencioso. Otras veces, cuando caminaba, sonaba con tal fuerza que notaba incluso las vibraciones en el aire.

Y al llegar la nieve, la cosa había empeorado. Todos habían despertado: todos. Era difícil explicarlo. Pero ella sabía, y no sólo sentía, con la misma certeza con la que sabía que se llamaba Frederika y que tenía catorce años, que los árboles y las piedras y los copos de nieve habían cobrado vida. Que la observaban, aunque no de un modo amenazador, ni tampoco protector. La observaban, simplemente, para ver qué ocurría a continuación.

—Cálmate —habría dicho su madre con voz cortante y mirada firme—. Recuerda todo cuanto sabes.

Y Frederika sabía que los árboles y las piedras y la nieve no estaban vivos; al menos, en ese sentido.

—Saluda al mar —solía decirle Jutta siempre que iban a pescar—. Saluda al campo, a la colina, a las plantas.

Cálmate, no están vivos. Pero cómo titilaban. Y ella, además, los oía. Susurraban. Deseaban.

Sobre todo, sufrían.

Oyó a alguien en el porche. Frederika se quitó la bufanda de la cabeza y se irguió en la silla. Se abrió la puerta. Era un hombre al que no conocía. Tenía el cabello castaño cubierto de nieve; las cejas anchas y, debajo, unos ojos de color gris azulado. De esa clase de azul apagado que impedía captar nada.

—Tú debes de ser Frederika —dijo.

Ella aguardó.

—Soy el sacristán de la iglesia del pueblo. ¿Dónde está tu madre?

—Ha ido a buscar leña.

—Bueno, en realidad venía a ver a tu hermana. Yo le daré clase a ella y a los demás niños este invierno. Lectura y escritura.

A Frederika le había encantado la escuela. Pero como todos los niños, había tenido que dejarla a los once años.

El hombre la observaba. Su mirada se ablandó.

—Si algún día te da tiempo, puedes venir también. Una alumna más o menos...

Lo decía para ser amable. Frederika recordó sus modales.

—Dorotea volverá enseñada. Siéntese, por favor. Le prepararé algo caliente.

—Te lo agradecería.

El sacristán fue a sentarse junto a la mesa. Ella llenó un pote de agua y lo colocó sobre el fuego.

—¿Qué edad tiene tu hermana?

—Seis años.

—¿Sabe leer y escribir?

—Sí. —Su madre les había enseñado.

—La escuela estará en la granja abandonada... ¿La conoces? Queda hacia el este.

—No, creo que no la conozco.

Al darse la vuelta, vio que el sacristán estaba mirando por la ventana, tal como ella lo había hecho un rato antes. El hombre sintió su mirada y se giró de nuevo, sonriendo.

—Es preciosa, ¿verdad? —dijo—. La nieve, claro. El mundo se vuelve inmaculado.

—Supongo que sí —respondió ella, encogiéndose de hombros. «Y da un montón de trabajo», pensó.

—Qué pena que no podamos retenerla. Pero las cosas siguen su curso, llega otra estación y, con el deshielo, vuelven a aparecer las imperfecciones. —Lo dijo casi con amargura.

Dorotea apareció en el porche. En vez de patear el suelo para quitarse la nieve de los zapatos, ella daba saltitos. El pomo de la puerta giró. La niña se detuvo con la boca abierta al ver al desconocido.

—Este es tu maestro —anunció Frederika—. El señor...

—Johan Lundgren —dijo él—. En clase habrás de llamarme señor Lundgren, pero fuera de clase bastará con Johan. Tú debes de ser Dorotea.

Sonaron más ruidos en el porche. Alguien pateaba el suelo esta vez. Entró Maija, quitándose la bufanda de la cara.

—Este es mi maestro —dijo Dorotea con voz altiva—. En clase es el señor Lundgren, pero fuera de clase bastará con Johan.

Su madre le lanzó una mirada severa, pero el hombre se echó a reír. La cocina estaba, de repente, llena de ruidos, como si el sacristán los hubiera traído consigo. Las gotitas de debajo del pote silbaban sobre el soporte de hierro. El fuego crepitaba. E incluso su madre reía.

—¿La encontró usted? —inquirió Johan en voz baja.

—Sí —dijo Maija.

Estaban hablando de Elin. Frederika, sentada junto a Dorotea, miraba fijamente el fuego con la frente fruncida. Su hermana se quitó los calcetines, extendió los dedos de los pies y los movió.

—No me lo quito de la cabeza —murmuró Johan—. Qué tragedia. Y pensar... —Se quedó callado.

Maija echó un vistazo a sus hijas. Quería hacerle varias preguntas al sacristán, pero no ahora, delante de ellas.

—Habrás que pagar una tarifa para la escuela, ¿no? —preguntó ella.

—Las familias se turnan para dar de comer al maestro. ¿Será un problema para ustedes?

—Ya nos las arreglaremos.

—No deje de decírmelo, si no. Es un año muy malo.

—Ya nos las arreglaremos —repitió ella, y se levantó.

Entretanto Maija les daba la espalda, Johan se tropezó con la mirada de Frederika; le dirigió una sonrisa. Todavía pasaría mucho tiempo antes de que les tocara a ellas alimentar al maestro. También él se puso de pie y propuso:

—Quizá Dorotea pueda acompañarme. Así sabrá dónde está la escuela cuando empecemos las clases. Yo mismo la traeré para que no tenga que andar sola por la montaña.

Maija iba a decirle algo, pero asintió.

—Casi se me olvidaba lo más importante —añadió él—. Uno de los mercaderes ambulantes me dio un mensaje de su esposo. Por lo visto, se encontraron cuando el mercader partía hacia nuestra región y, al saber a dónde se dirigía, Paavo le pidió que le dijera a usted que ha encontrado un empleo en la costa.

—¿No le dio ninguna... carta? —preguntó ella.

—No, pero dijo que estaba bien.

Las cabras balaban cuando Frederika entró en el establo. Había un farol en un gancho junto a la puerta, pero no lo cogió. Entró en la penumbra y aspiró la fragancia a paja y a pellejo. Los animales yacían en el corral. Ella no distinguía sus siluetas; sólo un bulto indistinto, respirando con agitación.

—Soy yo —dijo en voz baja. Su madre le había dado una excusa tonta para poder quedarse sola: le había dicho que fuera a comprobar si Dorotea les había dado de comer a las cabras. Pues claro; Dorotea sabía hacerlo perfectamente.

Su madre se había puesto triste, pensó. Habría deseado recibir una carta de su padre. Pero pronto escribiría, Frederika estaba segura. Él era muy cumplidor.

Percibió un movimiento en un rincón y, de pronto, surgió un hombre de la penumbra. Alto, calvo, de hombros anchos y porte de soldado. Entreabría la boca. La última vez que Frederika lo había visto, las moscas entraban y salían por ese agujero negro.

¡Dios mío!

Dio media vuelta, pero los pies se le enredaron en la paja y cayó al suelo. Se arrastró hacia atrás hasta que quedó sentada contra los maderos del corral.

«Está muerto —pensó—. Muerto».

Él le clavaba los ojos. Unos ojos pequeños y muy separados.

—Una niña —dijo, ceñudo.

Frederika no podía moverse. Los latidos del corazón le retumbaban en los oídos.
El hombre suspiró.

—¿Cuántas veces viste a Elin? —preguntó.

Ella no podía respirar.

—¿Cuántas veces viste a Elin? —volvió a preguntar, esta vez más despacio—.

¡Responde!

Frederika sofocó un grito.

—Dos —susurró—. Una vez en el bosque y otra, en la iglesia.

Eriksson sonrió. No era una sonrisa, de hecho, sino una forma de enseñar los dientes.

—Así que sabes hablar —dijo—. Eso está mejor. Bueno, ¿y qué viste?

—No entiendo.

—Debiste pensar algo al verla. Como todo el mundo.

Frederika tuvo que carraspear.

—Era sabia —musitó.

Con un dedo, él le indicó que prosiguiera.

—Conocía bien la montaña.

Eriksson puso los ojos en blanco.

—No sé qué más quiere que le diga —murmuró ella.

—Compara las dos veces que la viste.

Frederika recordó a Elin en la iglesia. Había intentado captar su mirada, pero la mujer no la había visto.

—Estaba diferente —dijo—. La segunda vez estaba diferente.

Los ojitos de Eriksson destellaron.

—Diferente... ¿cómo?

—Parecía... triste. No, más aún. Era como si no estuviera allí. Parecía estar muy lejos.

—¿Qué era lo que la había transformado?

—¿Lo echaba de menos? —apuntó Frederika, dubitativa.

Él soltó una sonora y repentina carcajada. Su risa no lo volvía más agradable, pero resultaba... impresionante. Era la clase de persona a la que prefieres complacer, y no sólo por miedo. Nunca se te olvidaría un encuentro con Eriksson, pensó Frederika: ni siquiera cuando estaba vivo.

—No me hago muchas ilusiones en ese aspecto —dijo él, y se puso serio—. La segunda vez que la viste, Elin no sólo estaba cambiada. Estaba destruida. ¿Qué es lo que destruye a una persona?

Frederika negó con la cabeza.

Él gimió, se dio unos golpecitos en la cabeza con el canto de la mano, y la instó:

—Piensa.

La chica reflexionó. Eran muchas las cosas que podían destruir a una persona.

—Ella había descubierto algo —sentenció Eriksson. Y desapareció.



«Es inútil», pensó el sacerdote, ya bien avanzada la tarde. Trataba de lograr que sus pasos se encadenaran uno tras otro, tal como había visto hacer a la gente, pero los esquís se negaban a obedecerlo. Los pasos le salían entrecortados, con paradas y acelerones. Procuró concentrarse. Uno, dos. Uno, dos.

No. Por más que lo intentaba, no le salía un movimiento uniforme, sino varios a la vez. Caían copos de nieve; pequeños pero enérgicos. Agachó la cabeza y avanzó trabajosamente. El sacristán le había dicho que el campamento de invierno de los lapones estaba cerca, más allá de los marjales que quedaban al oeste de Blackåsen. Nunca había visitado en invierno a los lapones. Habría de quedarse en una de esas chozas en las que vivían, de gruesas ramas clavadas sobre la nieve, reunidas en un cono y cubiertas con pieles de reno.

Debía de haber tomado un camino equivocado, pues lo que tenía ante sí era el río: la corriente congelada y convertida en una cinta blanca entre las orillas de tono azulado. El sacristán le había advertido que no se aventurase por ninguna extensión de hielo. «Todavía no son sólidas», le había dicho. Más abajo, se elevaban nubes de vapor del agua negra libre de hielo. Notaba las piernas débiles; llevaba mucho tiempo sin hacer ningún ejercicio físico intenso. Admiró la vista hasta que el frío de sus ropas congeladas le hizo mella. Entonces tomó conciencia de cómo sonaba su respiración. Tenía que seguir moviéndose.

Dejó de nevar. La luz del cielo menguó y se volvió grisácea. Olaus no perdía de vista la montaña para asegurarse de que la iba bordeando. La oscuridad se intensificó, y pronto ya no distinguió el contorno de la ladera. Se detuvo. El marjal tenía que estar ahí mismo, pero no le llegaba ningún ruido de voces humanas ni de animales. Estaba todo tan oscuro que no veía ni sus propios pies atados a los esquís. Tal vez debiera volver atrás. Si lo hacía, llegaría al río y podría seguir su curso hasta alguna de las granjas de los colonos.

Si no encontraba el campamento lapón y pasaba de largo, ya no hallaría nada más.

Giró en redondo con los esquís, describiendo un gran abanico y se dispuso a regresar por donde había llegado. Seguía percibiendo sus resonantes jadeos.

Sonó un aullido.

Se detuvo otra vez y contuvo el aliento. El cielo se había vuelto del todo negro. Una sombra se escabulló bajo un árbol. Cambió de forma. El sacerdote se escoró bruscamente, perdió el equilibrio y cayó de lado. Sintió un agudo dolor en la mejilla. Se le había enganchado el pie en el esquí. Trató de quitárselo de una patada; intentó levantarse.

La sombra tomó una forma definida. Olaus gritó. Una voz femenina dijo:

—Hace tanto ruido que se le oye por toda la montaña.

Era la mujer finlandesa, que llevaba un pájaro muerto colgado del cinturón. Se acercó esquiando, se agachó a su lado y le soltó el pie con una rápida torsión del lazo del esquí. Le tendió la mano y lo levantó. Todo lo hizo con una brusquedad innecesaria.

—¿Qué hace por aquí? —preguntó.

—Voy al campamento de los lapones. —El sacerdote se sacudió la nieve del costado.

Permanecieron callados unos instantes.

—Es tarde —dijo él—. Tendré que pasar la noche con ustedes.

—Paavo no está en casa.

—Será necesario, aun así.

La mujer sonrió, pero no era una sonrisa agradable. Era desprecio, advirtió el sacerdote. Como si pensara que su conducta era inapropiada, pero no esperase otra cosa de él.

Siguieron adelante en silencio hasta que vislumbraron la luz de una vela en la ventana de una cabaña.

Ya habían terminado de comer; el sacerdote ignoraba a las dos niñas, que no dejaban de mirarlo, y la mujer lo ignoraba a él en apariencia. Después de haberse calentado junto al fuego, la mejilla dolorida le palpitaba y el pelo se le había descongelado y lo tenía húmedo. Le escocía la piel del dorso de las manos. Las abrió y cerró varias veces. Las tenía rojas. Sopló sobre ellas; su aliento era cálido.

—Son «picotazos de cuervo» —dijo la más pequeña—. Soplar no sirve de nada. No sirve para que se vayan.

—¿Cómo tiene los pies? —le preguntó la mujer.

—No mucho peor que las manos.

—Entonces está perfectamente —murmuró ella, y se dedicó a quitar la mesa—. Usted puede acostarse en la cama. Pondremos una separación para que tenga algo de intimidad.

El sacerdote observó cómo la mujer y las niñas dejaban la colcha y las sábanas en el suelo y ponían otras nuevas en la cama. Entonces colgaron una manta grande de los ganchos del techo. Él se levantó para echar una mano, pero la mujer lo ahuyentó con un gesto. Finalmente, cuando la cama estuvo preparada, le dirigió una leve inclinación y se retiró.

Olaus se tendió y oyó cómo cesaban al otro lado de la manta los ruidos cotidianos: una vela apagada de un soplido, un murmullo al quitarse la ropa, un carraspeo... Notó que la luz del fuego se reducía a un resplandor. Se quedó con toda la vestimenta puesta, con los ojos abiertos y las tripas revueltas.

No había rezado. A pesar de que se había perdido en el bosque, a pesar de que se había caído y llevado el mayor susto de su vida, ni siquiera había pronunciado el nombre de Jesús.

No le había dado tiempo, se dijo a sí mismo. Había sucedido todo muy deprisa.

Pero, con toda sinceridad, él sabía que eso no era cierto. No, no había invocado a Jesús en ese momento porque había sentido que Jesús no tenía ningún poder en la montaña. Como si Dios no estuviera en Blackåsen. Como si Blackåsen perteneciese a otro, pero a Dios, no.

Volvió la cabeza y miró la manta. Colgaba inmóvil del techo. Detrás, no había el menor movimiento.

Se sentó en la cama y se agachó para abrir su mochila. Sacó el libro de registro de la Iglesia y pasó las páginas hasta que encontró sus nombres. Maija. La mujer se llamaba Maija. Y sus hijas, Frederika y Dorotea.



—Tendrá que venir conmigo, Maija —dijo el sacerdote.

—¿Qué? —Ella dejó de cortar el pan en el acto. Pronunciado por aquel hombre, su nombre sonaba raro. Torpe. Como si él estuviera probando una verdura o una raíz nueva, y no quisiera que le rozara siquiera el interior de la boca. Estaba casi a punto de amanecer. Ya tendría que haberse puesto en camino, en vez de estar allí sentado, diciendo tonterías como que debía acompañarlo.

Dorotea y Frederika habían dejado de comer y los observaban con los ojos muy abiertos.

—Sí; al campamento de invierno lapón. Necesito que me muestre el camino.

Maija se puso otra vez a cortar pan.

—¡Ah, no! Yo no sé dónde está. Además, no puedo dejar solas a mis hijas.

—¿Se acuerda del trozo de vidrio que me enseñó? Yo les he visto a los lapones vidrios similares. Y en los libros de registro hay quejas de esas gentes contra Eriksson. Un año y otro año.

Se le estaba descamando la piel del entrecejo: blanca, reseca. Alguien debería decirle que se untara la zona con manteca.

—¿Qué clase de quejas? —preguntó ella, muy a su pesar.

—Cuestiones de tierras —dijo, y le centellearon los ojos—. Decían que Eriksson quemaba demasiado bosque.

—¡Bah! —exclamó ella—. Los lapones no matarían por un litigio de tierras. Es lo único que tienen en abundancia. —Pero su voz se había elevado por sí sola al final de la frase, trazando un interrogante.

—Hemos de averiguar qué ocurrió.

Ella habría deseado preguntarle si eso significaba que ya no consideraba la muerte de Eriksson «un trágico percance». Y no sé a qué viene ese «hemos», le habría gustado añadir. Entonces recordó la expresión de Nils cuando había dicho que en la montaña había algo malo.

—¿Aún tiene ese trozo de cristal? —preguntó Olaus.

Ella lo sacó del bolsillo del vestido y se lo enseñó.

—No sé dónde está su campamento —insistió Maija.

—Pero lo encontrará. Estoy seguro de que lo encontrará.

Y volviéndose hacia las dos niñas, añadió:

—Frederika y Dorotea saben esquiar, ¿no? Ellas también pueden venir con nosotros.

Enrolló varias veces las bufandas de lana en torno a la boca y la nariz de cada una de sus hijas; le caló bien el gorro a Frederika y le subió un poco más la bufanda a Dorotea. Confiaba en que los lapones les permitieran pasar la noche con ellos. No creía que el campamento estuviera muy lejos, pero sí lo bastante como para que no fuese posible ir y volver en un día. El sacerdote deambulaba por el porche pateando el suelo. Maija no le hizo caso y aguardó hasta habituarse a la oscuridad.

En el establo, las cabras se inquietaron como preguntando qué sucedía, pues ella iba tanteando las paredes para buscar los esquís.

—¡Chist, chist! —siseó—. Volved a dormir. «Apenas ha amanecido, y ya estoy haciendo idioteces», masculló para sí.

Sacó los esquís afuera y se quitó los mitones para ayudar a insertar las puntas de los zapatos de las niñas —primero Frederika, luego Dorotea— en los lazos de cuero. Al tocar la nieve con los dedos, sintió el dolor de un pinchazo. Se los sopló para darles calor con el aliento y se los secó en el jersey antes de volver al establo a recoger sus propios esquís.

Olaus Arosander se les acercó torpemente. Las dos niñas aguardaban, mirando a su madre. Maija abrió la marcha por el bosque. Tenía frío y se sentía agarrotada, pero pronto entró en calor y dio zancadas más largas. Redujo el ritmo para que sus hijas se pusieran a su altura.

—Deslizaos sobre cada esquí —les indicó—. Apoyad todo el peso en él cuando avanza, inclinaos de ese lado y utilizad su impulso. Así os cansaréis menos.

El sacerdote la escuchaba en silencio.

Maija atravesó la zona despejada del marjal. Aminoró el paso para observar la posición de las estrellas, ya casi desvanecidas, pues se acercaba el amanecer, y corrigió la dirección que estaba siguiendo. Henrik había dicho que los lapones se hallaban a un día de camino hacia el oeste: hacia el oeste del marjal y de la granja de Nils.

—No puedes obligar a un rebaño a quedarse en el mismo sitio —le dijo mentalmente la voz de Jutta—. Los animales siempre siguen su instinto y, al final, es su dueño el que debe seguirlos a ellos. Si quieres encontrar a un pastor, tú también debes seguir tu instinto, en lugar de un camino.

Maija no iba a seguir ningún instinto. Harían un día de camino hacia el oeste, y seguro que encontrarían el rastro del rebaño o del campamento. No le satisfacía nada el motivo por el que iban a ver a los lapones, pero le parecía mejor cerrar de una vez el asunto.

Habían pasado horas desde la comida del mediodía cuando ya estuvieron cerca. Maija se alegró. Frederika y Dorotea estaban cansadas y se movían con torpeza. El

sacerdote gruñía, mascullaba entre dientes. Pero había algo más.

La mujer se detuvo y le pidió que se callara. Aguzó el oído.

Había ruidos en el bosque: unos gritos nasales, como de criaturas lastimadas, pero no más sonoros que los ecos desvaídos de las pesadillas. Maija se dispuso a esquiar otra vez, más deprisa, siguiendo aquel murmullo que se iba tornando real, que se abría paso entre la nieve y los troncos, estremeciéndola hasta el tuétano y revolviéndole las entrañas.

Emergió entre las píceas en una hondonada, junto a los primeros refugios del campamento de invierno lapón.

Frente a ella se abría un panorama de devastación. La gente corría, los hombres gritaban; la nieve estaba roja de sangre humeante y salpicada de bultos de piel blanca y negra. Un hedor a hierro y a sudor impregnaba el aire. Por todas partes se veían renos destrozados. Algunos de ellos con una cría en el vientre. Algunos todavía vivían. Una cuchillada en el cuello. Una cuchillada en el corazón. Los lapones los estaban sacrificando.

Frederika abrió unos ojos como platos, Dorotea se tapaba la boca con ambas manos. El rostro del sacerdote era una mancha blanca en la oscuridad.

No podían hacer nada, salvo mirar.

Fearless se les acercó.

—Veintidós —dijo con una risa amarga—. Los lobos han matado a veintidós antes de que los ahuyentáramos. Si hubieran sido carcajúes... Pero ¿lobos? Los lobos nunca matan reses sanas. No cogen lo que no necesitan. El cuervo no nos ha avisado, y eso que siempre lo hace.

Se frotó la frente con los nudillos. Sus dedos ensangrentados le dejaron una mancha.

—Era como si estuvieran matando por gusto —dijo con incredulidad.

—Lo siento mucho —musitó Maija—. Vuelva con su gente. Hemos venido en mal momento.

Él se encogió de hombros sin mirarla.

—Ahora ya no se puede hacer nada, de todas formas.

—Hemos venido en mal momento —repitió ella.

—Sí. —La voz del lapón sonaba cansada—. Y con acusaciones.

Echó a andar hacia una de las tiendas, indicándoles con un gesto que lo siguieran. Al llegar junto a la *Lapp kâta*, apartó la colgadura de piel de la entrada.

El interior estaba oscuro, pese al fuego encendido en medio de la tienda y al orificio del techo para la salida del humo. Fearless no se sentó; nadie lo hizo. Al quedarse de pie, el humo flotaba demasiado cerca de sus caras. Maija guiñó los ojos. El sacerdote, a su lado, tosió. Fearless, cuyo cabello era de color peltre, no pareció notarlo. En las sombras, la mancha de sangre que se había hecho en la frente recordaba las pinturas de guerra de los cosacos.

—Han venido a preguntar por el segador-gris —murmuró—. Así llamábamos a

ese campesino suyo del sur de la montaña. Todos los años, cuando íbamos a ver la tierra que le prestábamos, descubríamos que había quemado más bosque; no dejaba lo suficiente para que comieran los renos. Tenía cinco hijos pequeños y una esposa, pero se apropiaba de tanta tierra como si cultivara para un pueblo entero. Cada año intentábamos hablar con él; le pedimos que nos devolviera nuestra tierra. Todos los años íbamos a quejarnos en vano al sacerdote. Pero dejamos la cosa ahí. Nuestra gente no mata a los colonos.

—Ha aparecido también un trozo de vidrio —dijo Olaus, y miró a Maija.

Ella apretó los dientes, pero abrió la mochila.

Fearless le echó un vistazo.

—Nosotros damos uno de estos vidrios con nuestra palabra, cada vez que hacemos una promesa.

No había nada en su mirada, tan sólo una expresión vacía.

Maija comprendió que quizá se había engañado al creer que ella se parecía un poco a los lapones. A su modo de ver, estas gentes encarnaban a los auténticos nobles, y ella había albergado el deseo de agradarles. Pero ahora se sentía indignada consigo misma.

Fearless apartó una esquina de la colgadura de la entrada.

—Pueden quedarse aquí hasta que estén listos para regresar.

—Lo siento —dijo Maija.



Frederika seguía despierta. Notaba rígido el flanco de su madre. De haber estado sola, Maija ya se habría ido y habría hecho el viaje de vuelta de noche. Si estaba allí era por ellas, por Frederika y por Dorotea. Su madre no se dormiría. No, permanecería tendida, mirando el orificio del techo y consumiéndose de rabia. Esta vez no había una manta entre ellas y el sacerdote, sino sólo el fuego. Y Maija estaba rabiosa con él.

Frederika cerró los ojos. El interior de sus párpados tenía un tono anaranjado a causa de las llamas.

Cuando les llegaron los ronquidos del sacerdote, la respiración de su madre se calmó, y ella vio que se daba la vuelta y se ponía de rodillas. Todavía arrodillada, se pasó el jersey por la cabeza, cogió el gorro y los mitones, y salió con sigilo de la tienda.

La piel de reno era muy cálida. Frederika no quería levantarse. Quería hundirse aún más profundamente en aquel calor. El cuerpo le pesaba; había estado todo el día esquiando y no apartaba de la mente las reses muertas. Pero el deber la llamaba, de manera que se sentó, buscó a tientas por el suelo el jersey y el gorro, y salió a hurtadillas detrás de su madre.

Aguardó a que los ojos se adaptaran a la oscuridad. Se estremeció. Su madre, cuando estaba disgustada, se iba. Como los animales cuando estaban heridos: los gatos se escurrían por debajo del establo, las ovejas se escondían detrás de un arbusto y su madre iba a sentarse sola y se quedaba un rato con la mirada perdida. Se aislaba. Hasta que volvía a sentirse entera.

Aunque los animales, si estaban malheridos, ya no volvían; morían en su escondite. Tú no podías saberlo, porque no había ninguna diferencia en su actitud: se iban como de costumbre, pero era para siempre. Por eso Frederika tenía que vigilar a su madre. Por si acaso. Maija era más frágil de lo que parecía.

La chica echó a andar. El frío le agujijoneaba la piel como si le pinchara con agujas diminutas. Las tiendas de los lapones eran manchas difusas en la oscuridad, iluminadas por las hogueras que ardían dentro. En el profundo silencio, se oía el chasquido característico de los tendones de los renos, delatando sus movimientos.

Encontró el trozo de vidrio azul sobre un montón de nieve, donde su madre debía de haberlo tirado (o acaso se le había caído). Se agachó a recogerlo. Siguió caminando sobre la nieve por los márgenes del campamento, sujetando bien el vidrio con la mano. La nieve estaba seca y crujía bajo las suelas de sus zapatos. Se le estaba entumeciendo la piel de la cara y le costaba moverla, pero era mejor así que cuando dolía.

Y entonces alguien se plantó frente a ella y la sujetó con fuerza de los brazos.

Sintió que la alzaban y se encontró mirando directamente la cara de Antti. Aunque lo reconoció en el acto, dio un grito. Él se apresuró a depositarla otra vez en el suelo.

—Perdona —dijo él—. Creía que estabas...

A ella el corazón le retumbaba. Tenía la boca seca.

—Creía... —él inició de nuevo la frase—. ¿Quieres comer? —preguntó.

—¿Este es tu hogar?

El suelo estaba cubierto de pieles de reno. En un lado de la tienda, estaban colocados todos los utensilios del lapón: cañas de pescar, raquetas de nieve, un rifle... A lo largo del otro lado, había fardos que parecían ropas envueltas en pieles. Olía a ahumado. Frederika sujetaba con las dos manos una taza con una bebida caliente; era clara, pero sabía a carne salada. Pensó en los renos muertos. Pero tenía mucha hambre.

Antti se hallaba agazapado junto al fuego. La larga melena le caía por delante, cubriéndole la cara. Los pantalones de cuero que llevaba estaban rígidos y mugrientos; a la altura de los muslos había roña negra o tal vez sangre. Miraba fijamente las llamas.

—¿Este es tu hogar? —volvió a preguntarle ella.

—Nuestro hogar es el bosque —contestó—. Sólo los colonos tienen la necesidad de poseer. Como si los humanos pudieran llegar a poseer algo.

—Siento lo de vuestros renos.

Antti se mantuvo en silencio.

—Yo pensaba que el lobo atacaba a los animales debilitados.

Antti se incorporó tan bruscamente que la chica volcó la taza, y la bebida caliente le quemó el muslo. Se lo quedó mirando fijamente, pero él no se movió de su sitio. El líquido derramado se enfrió en unos instantes. Ella se frotó la mancha húmeda de los pantalones.

Antti se acuclilló de nuevo. Alargó la mano sin mirarla, cogió la taza que Frederika le tendía, la llenó en la olla que tenía en el fuego y se la ofreció de nuevo.

—Ya no nos protegen los espíritus —dijo—. Esa es la razón.

—¿Los espíritus?

Él chasqueó la lengua y explicó:

—Fearless viajaba entre el mundo de los espíritus y el nuestro para asegurarse de que estuviéramos a salvo. Los espíritus lo conocían. Pero ya no lo hace desde que su esposa y su hijo desaparecieron. Y nadie más se ha ofrecido.

El pobre Fearless había perdido a su esposa y a su hijo, pensó ella; no era de extrañar que ya no ejerciera esa misión. La pena consumía a las personas por dentro y acababa cambiándolas. Su madre le había dicho que muchas emociones malignas

podían producir ese efecto: la pena, el odio, el miedo...

—Ahora todo eso está prohibido. Puede costarte caro seguir con las prácticas de los antiguos —dijo ella sin pensar. Eran palabras de su padre, pero tenían un gusto rancio en su boca.

—Estará prohibido por vuestros sacerdotes; por los nuestros, no. A nosotros nos tienen sin cuidado vuestras leyes.

Antti atizó el fuego.

—A Eriksson —musitó— lo mataron en un lugar sagrado. Esa sangre clama venganza. Los espíritus buscarán a alguien para vengarse.

Frederika pensó en el hombre alto y erguido del establo. Procuró tragar saliva y preguntó:

—¿Por qué?

—Así es como funcionan las cosas. Los espíritus necesitan un instrumento, a un ser humano.

—¿Y cómo escogen a alguien?

—Lo llaman. Algunas personas oyen.

¡Pom. Ratatapom!

El redoble había reaparecido. Sonaba bajo, pero insistente. ¿Él lo oía? ¿Cómo era posible que no lo oyera?

—¿Y por qué no lo haces tú? —inquirió Frederika. Le salió un tono irritado—. ¿Por qué no te conviertes en su instrumento?

Él se quedó callado un momento e hizo una mueca.

—Yo no tengo el don —dijo.

Frederika bajó la cabeza y pensó en su padre. Era duro desear algo y no poseer las facultades necesarias.

—No entiendo que Fearless os haya recibido amablemente, a pesar de que habéis venido a acusarnos —masculló Antti.

—Yo creo que nosotros sólo queríamos preguntar.

Él escupió a la hoguera. Ella prosiguió:

—Fuisteis vosotros los que os quejasteis de Eriksson. Y esto (sacó del bolsillo el vidrio azul) estaba justo donde apareció muerto... Donde yo lo encontré —añadió, subrayando el «yo».

Antti miró el vidrio que ella tenía en la mano y apretó los labios.

—Eriksson era un hombre malo —afirmó—. Buscaba el mal.

—Pero a Elin le gustaba. —Frederika había estado pensando en ello durante el camino. Elin se había casado con él. Daba por supuesto, por tanto, que lo había amado tal como su padre amaba a su madre, y que por eso le había dado hijos. De modo que Eriksson no podía haber sido un hombre tan malo.

—Ella vino aquí con el otro, con el hermano: Daniel. Eriksson la robó, tal como robaba todas las cosas.

Frederika no sabía que se podía robar una persona.

Antti seguía mirando el trozo de vidrio.

—Además, este vidrio no es nuestro, sino de aquel al que se lo dimos.

La muchacha todavía estaba pensando en el hecho de que Elin hubiese sido robada.

—Y este... yo mismo se lo di a Nils —aclaró Antti.



El sacerdote se había despertado muy pronto. Maija estaba tendida contemplándole la espalda —una forma oscura—, al otro lado del fuego. Estaba segura de que tenía los ojos abiertos. Siguió mirándolo hasta que casi no pudo respirar.

«Sólo un poco más —se reprendió—. Hoy haremos el trayecto de vuelta. Y cuando llegemos, se marchará, y ya no tendremos nada que ver con él». No era justo, lo sabía. Lo que ella sentía, fuera lo que fuese, no era culpa de él.

El sacerdote se dio la vuelta.

—¿Está despierta?

—Nuestras mujeres nunca duermen.

—¿Qué piensa de lo que dijo Fearless sobre el pedazo de vidrio?

Maija se sentó, se puso las prendas de lana y se calzó.

—Pienso que la persona que estaba mirando cuando mataron a Eriksson podría haber sido cualquiera.

Abrió la lona de la entrada. Estaba nevando. Una nieve ligera y dispersa que danzaba en el aire. Los lapones habían colgado las pieles de los renos para que se secaran. Cuadrados blancos y grises que parecían navegar como pequeñas velas en una ola salpicada de rojo. Alguien les había dejado leña en la entrada. Maija sacudió la nieve de los troncos con la manga y los metió dentro. Aún había un leve resplandor entre las brasas. Sacó su cuchillo, arrancó de la leña unas tiras de corteza y las colocó junto a las brasas; a continuación sopló para que prendieran, cuidando de no sofocar las primeras chispas.

—Con lo cual es difícil saber lo que hay que hacer ahora —dijo el sacerdote con voz monocorde.

Frederika, que había dormido junto a Maija, se incorporó perezosamente y se abrazó las piernas; se arrimó a su madre. Esta notó que despedía un olor extraño, un olor a carne.

—Supongo que ahora debería ir a hablar con los colonos de Blackåsen —continuó el sacerdote—. Aunque podría haber sido igualmente algún viajero que pasara por allí.

—Eriksson era un hombre malo —dijo Frederika. Se estremeció y bostezó—. Robó a Elin —añadió levantándose.

—A ver, siéntate —le ordenó Maija—. ¿Qué has dicho?

—Que robó a Elin. Se la robó a su hermano.

—¿Cómo lo sabes?

Hubo un silencio.

Frederika estaba sopesando cuánto iba a contarle a su madre.

—Lo dijo uno de los lapones —contestó—. Y yo lo oí.

Maija se volvió hacia Olaus.

—¿Usted lo sabía?

—No —dijo él, y al negar con la cabeza, el cabello se le alborotó.

—Habríamos podido ir a ver a Daniel, en lugar de hacer todo este camino para acusar a los lapones —se quejó Maija.

—¿No le parece que yo también lo habría preferido?

—Frederika —dijo Maija con severidad—, si sabes algo más, debes contárnoslo.

La muchacha puso una cara inexpresiva hasta que se calmaron los ánimos.

—Es lo único que oí.

Cuando Maija se agachó para tensarse el lazo del esquí alrededor del pie, se presentó el joven lapón de larga melena que acompañaba a Fearless cuando le habían dejado las cabras.

—Se acerca una tormenta —anunció.

No lucía el sol y había un misterioso resplandor blanco, pero el cielo no parecía tormentoso.

—Tal vez —dijo ella.

—Será la primera del invierno. Y será una gran tormenta.

Frederika lo miró mucho rato mientras él se alejaba.

Así pues, era él el lapón que había hablado con su hija de Elin y Daniel. Maija volvió a mirar el cielo. En las montañas, el tiempo cambiaba en un abrir y cerrar de ojos. Podían quedarse allí, pero ella quería volver a casa. Era un impulso más fuerte que cualquier otra consideración: quería volver a casa. Pero como ahora ya sabía dónde se hallaba el campamento, tomarían una ruta más corta, cruzando en línea recta el gran cerro que se alzaba entre el campamento lapón y el marjal. Y si el tiempo empeoraba, tampoco sería la primera vez que ella y sus hijas esquiaran bajo una nevada.

En el cerro, el bosque era menos tupido, y la nieve, libre de estorbos, se había acumulado junto a los troncos de los árboles y se había congelado formando una especie de ondas puntiagudas. Como un mar paralizado bruscamente. Avanzar por allí costaba más de lo que había previsto.

—Me sorprende que nadie me haya explicado lo de Daniel y Elin —murmuró el sacerdote detrás de ella.

Maija pensó en lo que había dicho Frederika. Quizá Daniel todavía amaba a Elin. Después de Dios sabía cuántos años. Y su pobre esposa... la pobre Anna, ¿había sabido siempre que su marido amaba a otra mujer? ¿Ella misma se habría dado cuenta si se hubiera tratado de Paavo? ¡Oh, sí! Al menos, tiempo atrás. Ellos habían tenido una relación muy estrecha. Le parecía absurda la mera idea de que Paavo pudiese amar a otra.

—Hablé con algunas personas antes de venir aquí —informó Olaus—. Me dijeron que los dos hermanos no se relacionaban, pero no me explicaron por qué. Claro, es posible que esas personas hubieran llegado posteriormente y desconocieran el motivo. Pero es un tipo de conflicto sobre el que la gente sigue hablando mucho tiempo. Sí, estoy sorprendido.

Se había levantado viento. Eran ráfagas del este y traían un aire más frío. El sol se insinuó en el cielo, pero estaba tapado bajo una densa capa blanca. Desde esta altura, se divisaban unos grandes nubarrones oscuros que iban amontonándose rápidamente y cubriendo toda la región.

El campamento lapón todavía estaba cerca. Maija apretó los dientes.

«No», decidió. A partir de donde estaban, todo era cuesta abajo y avanzarían más aprisa. Además, tardarían casi lo mismo en desandar el camino que en llegar a casa.

—¿Podemos hacer un descanso? —preguntó Dorotea.

—No.

Frederika, detrás de Dorotea, estaba muy seria. También ella había visto las nubes.

Pese a las apariencias, bajar por la ladera no resultaba más fácil, pues la pendiente estaba helada. Maija fue trazando en zigzag una pista menos empinada. Los copos eran grandes y húmedos. Y caían con tal abundancia que se le llenaban los ojos de agua. No paraba de parpadear.

—Es nieve líquida —gritó.

—Horrible —dijo, también a gritos, el sacerdote. Se hizo de nuevo el silencio y solamente se oyó el zumbido de los esquís.

El viento arreció. Era un viento helado. Los blandos copos se congelaron y cayeron con fuerza. Llegaban en oleadas furiosas, y Maija sentía que le acribillaban la frente.

—Hemos de seguir —gritó, pero el viento ahogó su voz.

Se detuvo, colocándose de espaldas a las violentas ráfagas, e indicó por señas a las niñas y al sacerdote que se acercaran.

—Ya no estamos lejos del marjal, pero va a ser difícil. Esquiad pegados unos a otros para no perderos.

Todos la miraron con atención para ver si añadía algo más, pero ella apenas podía hablar, pues el viento le metía nieve en la boca. Giró en redondo y les indicó que la siguieran.

Maija esquiaba con la cabeza gacha, aunque las ráfagas continuaban acribillándole la cara con trozos de hielo. Cada dos zancadas, se giraba a medias para comprobar que Dorotea iba pegada a su espalda. «Excava un refugio en la nieve —dijo una voz en su interior—. Ya, ahora mismo». Sí, deberían hacerlo, pero no había cogido ninguna pala. Se volvió de nuevo. Dorotea seguía allí.

Esquiaron horas y horas contra el viento: un viento que soplaba con tanta fuerza que Maija temía que se los llevara por los aires. Ella se echaba hacia delante para

contrarrestar el impulso de la ventisca, desplazando trabajosamente una pierna y luego la otra, y aun así no estaba segura de si se había movido de sitio. Demasiado tarde para refugios. Estaban todos sudados y con la ropa congelada.

Ya era de noche cuando llegaron a la granja. Maija se dejó caer de rodillas para ayudar a sus hijas a quitarse los esquís. Les aflojó los lazos y ambas corrieron hacia el porche.

—Rápido. Quitaos la ropa en el vestíbulo. —Pronunció las palabras, pero no sintió que le saliera ningún sonido de los labios.

Se arrastró a gatas hasta encontrar los esquís del sacerdote y se los quitó. Él trató de decir algo, pero ella le hizo una seña: «Entre. Vaya adentro».

Dorotea se tropezó con la mesa cuando intentaba sentarse. Frederika estaba preparando el fuego. Olaus, agazapado a su lado, le iba pasando la leña. Maija cogió las piedras de sílex. Le ardían los ojos. Los dedos le temblaban tanto que tuvo que soltar las piedras y sacudir las manos para tratar de recuperar algo de movilidad. Prueba otra vez. ¡Tac, tac, tac! Una llamita. Se agachó y sopló sobre la hierba seca. Tenía los labios estremecidos. Con dedos trémulos, acercó unas astillas a la llama. «Cuidado. No lo vayas a estropear».

—Sacad todas las pieles y las mantas —dijo sin reconocer su propia voz—, y ponedlas aquí.

Cubrió a Dorotea con una manta. La niña tiritaba. Frederika la tumbó, se tendió junto a ella y la abrazó.

«Podríamos haber muerto», pensó Maija. Sentía la cabeza turbia y obnubilada.

«Pero no nos hemos muerto», se dijo.

Se quitó las prendas de lana. Estaban mojadas y le costaba moverse. Se tendió junto a sus hijas frente a las llamas, que ya lamían las piedras del hogar.

Afuera, la nieve se arremolinaba y se lanzaba contra los cristales en oleadas; producía un ruido de guijarros.

—Vamos a tener que despejar el porche esta noche —dijo Maija—. Nos turnaremos. —Hizo ademán de incorporarse, pero el sacerdote, que se hallaba junto al fuego, se ofreció:

—Empezaré yo.

—Mire la ventana. Cuando se acumulen dos dedos de nieve por encima del alféizar, tiene que salir afuera con la pala. Despiérteme cuando esté cansado.

Maija se tumbó otra vez.

—¿Qué le pasa a usted con la Iglesia? —le preguntó él a bocajarro.

—¿Cómo?

—Usted odia a la Iglesia por algún motivo. O a los sacerdotes. No sólo a mí.

Apareció Jutta de inmediato. Junto al fuego. Dándole la espalda a Maija, erguida, escuchando.

—Quiero decir... —murmuró él.

—Ya sé lo que quiere decir —le espetó ella. Le sorprendió que aún le quedasen energías.

Dorotea se agitó a su lado.

—Ya sé lo que quiere decir —repitió Maija en voz más baja—. Pero no quiero hablar de ello.

—Yo soy sacerdote —le dijo él, al cabo de un rato—. Conmigo puede hablar.

«Pero ahora ya no practicamos la confesión», pensó Maija.

«Podríamos haber muerto», le insistió una voz mentalmente.

«Pero no nos hemos muerto».

«Los pies de las niñas. Levántate —pensó—. Levántate».

Se obligó a levantarse. Se acercó a Frederika y le quitó los calcetines. Le alzó los pies. Dedos rosados. Cinco. Diez. Rosados.

Nunca se lo habría perdonado.

Se los tapó nuevamente y buscó los de Dorotea. La niña agitaba las piernas bajo la manta. Maija se las sujetó con ambas manos, para inmovilizarlas, y le quitó los calcetines.

Los pies de su hija pequeña tenían un aspecto irreal, como si fuesen de cera amarillenta. El dedo medio de un pie todavía asomaba por encima de los demás, recordando que aquello había sido un pie, pero ahora era todo como un bloque endurecido.

El sacerdote le sostuvo la mirada y no desvió la vista esta vez.

—Dorotea —dijo Maija clavándole una uña en la carne—, ¿cómo sientes los pies?

—Bien, mami —musitó la niña.

La mujer cerró los ojos; volvió a abrirlos.

—Nieve —dijo, y se levantó—. Le frotaremos la piel con nieve.

Olaus la sujetó del brazo.

—No. Lo he visto hacer en la guerra. Todavía lo empeora. —Y se agachó para taparle los pies a Dorotea—. Esperemos.

Maija volvió a tumbarse. Se apretó los párpados con los dedos. En esa posición, tomó conciencia del silencio. Últimamente, el silencio había permanecido oculto bajo las tareas domésticas y las estaciones sucesivas. Pero en lo más profundo, bajo las palabras y los pensamientos, continuaba allí.

Como un bloque de hielo, presionaba la ventana, aguardando el momento de irrumpir y colarse dentro.



Se fueron turnando. Se sentaban junto a la mesa de la cocina y, cuando la nieve subía un par de centímetros en el cristal, se vestían, abrían a trancas y barrancas la puerta y salían con la pala a mantener a raya aquel infierno blanco; hecho esto, despertaban al otro y caían sobre las mantas como muertos.

—Hemos de mantener el porche despejado —repetía Maija.

Al principio Olaus no comprendía por qué, pero cuando una de las veces esperó un poco más de la cuenta (oh, Dios, estaba tan extenuado, sólo un minuto más), ya no pudo abrir la puerta. Entonces sí lo entendió, sobresaltado. Él estaba seguro de conocer el invierno mejor que ella. No podía existir nada peor que lo que habían sufrido en Rusia. Y sin embargo, ella había previsto ese problema y él, no.

Frederika apareció a su lado y se dedicó a empujar la plancha de madera con el hombro a intervalos regulares. Olaus la imitó, y entre ambos abrieron poco a poco la puerta.

—Gracias —murmuró, aunque lo que habría deseado decir, en realidad, era: «No se lo digas a tu madre».

La luz que salía de la cabaña convertía la nevada en una especie de muro que se alzaba frente a él, que se arrastraba lentamente y parecía dotado de vida. Salió, cerró la puerta a su espalda y sintió como si se zambullera en aquella vida. Reinaba una oscuridad total. Estaba completamente solo.

Ya cerca del alba, la pequeña se puso a gemir. Era su carne, que se iba descongelando. Eran sus músculos, sus ligamentos, sus vasos sanguíneos y sus nervios, despertando y descubriendo los daños. Cuando él y Maija volvieron a echarle un vistazo, los pies de Dorotea estaban inflamados y de color morado. Pronto aparecerían las ampollas.

Debía de haberse quedado dormido, porque un ruido de hielo partido hizo que se sentara de golpe, con un sobresalto. La niña, apretada contra su cuerpo, rodó y ocupó su espacio.

—Perdón. —Maija alzó la mano sosteniendo el cucharón—. El agua para beber se ha congelado.

A él le palpitaba muy rápido el corazón.

—¿Sigue nevando? —preguntó, aunque las ráfagas de viento azotaban la cabaña de tal modo que tuvo que alzar la voz.

Ella asintió. Sus ojos parecían más grandes.

—No nos queda mucha leña —dijo la mujer—. Está en la leñera. No traje la

suficiente. No pensé...

Él se levantó y se acercó a la ventana. El suelo estaba helado. Fue desplazando el peso de un pie a otro al mismo tiempo que se inclinaba para mirar. Afuera, seguía todo negro. No se veía nada.

—Esperaremos a que haya algo de luz —dijo él—, y entonces saldremos a buscar la leña.

Ella asintió. Por el momento, y dadas las circunstancias, se había producido una especie de tregua entre ambos.

Maija apretó los labios con firmeza.

—No tiene los pies negros —dijo, refiriéndose a su hija pequeña, y asintió una y otra vez para sí, como si hubiese tomado una decisión por su cuenta.

El sacerdote no dijo nada. No tenía consuelo que ofrecerle. No sabrían el alcance de los daños que había sufrido Dorotea hasta dentro de muchas semanas, e incluso de meses.

Al romper el alba, vieron la cara de la tormenta: la nieve caía en abundancia y arrojaba una cortina blanca que el vendaval desviaba oblicuamente. No distinguían los árboles ni los cobertizos, aunque supieran que estaban ahí.

—Cuanto más esperemos, peor —dijo el sacerdote.

—Frederika, vigila a tu hermana —pidió Maija.

Olaus abrió la puerta y el viento se la arrebató y la estrelló contra la pared. Volvió a sujetarla y, una vez que hubieron salido ambos, la cerró de nuevo.

Se abrieron paso por el patio, inclinándose contra el viento. Él se hundía hasta las rodillas a cada paso que daba. La mujer estaba ahí, a su lado, o detrás, apenas una silueta o una sombra, pero la verdad era que nunca se había sentido tan solo.

Ella se adelantó y señaló con el brazo: la leñera. Cuando llegaron, el sacerdote se apoyó en la pared y, palpando con la mano, por fin encontró la puerta. Ya estaba cubierta de nieve hasta la mitad. La fue despejando con la pala. Por cada palada de nieve que él apartaba, la tormenta parecía arrojarle otras dos. En lugar de pensar en el proceso entero, se concentró en esa palada en particular y en la siguiente. Descubrió que había un silencio en medio de la tempestad. Ella le quitó la pala un rato más tarde, y él se frotó los dedos dentro de los mitones, y también movió los de los pies para mantener el flujo de la sangre.

Pasó otro rato y volvió a coger él la pala.

No sabía cuánto tiempo trabajaron así. Tal vez fueron horas, o tal vez no. Cuando lograron abrir la puerta, Olaus siguió dando paladas, sabiendo que no sólo se trataba de entrar en la leñera, sino de llevarle la delantera a la nevada.

Adentro, el montón de leña llegaba al techo. Suspiró con alivio. Alguien había hecho un buen trabajo.

Cuando salieron, Maija miró a cierta distancia. Debían hacer lo mismo con el

almacén de víveres. Él le tocó el hombro y asintió, pero acto seguido negó con la cabeza. Más tarde. Lo harían más tarde.

Al entrar en la cabaña, la niña estaba chillando.



—Érase una vez un pajarito...

—¿Qué clase de pajarito?

El sacerdote le acarició la cabeza a la niña. La tenía pegajosa de sudor.

—Piensa en otra cosa —le había gritado Maija, exasperada, al ver que no paraba de chillar.

No era tan fácil. Él la acarició otra vez, le apartó con los dedos los rubios mechones pegados a la frente.

—No lo sé —dijo él—. Uno normal. Pequeño, gris...

—El pájaro estaba hambriento. Hurgó entre la tierra buscando lombrices, pero no encontró ninguna. Muy arriba, en el cielo, un halcón flotaba en una corriente de aire. «¡Ay, si yo tuviera la vista de un halcón —pensó el pajarito—, podría encontrar a las lombrices aunque se escondieran!».

»Y Dios lo oyó y le dio la vista de un halcón.

»Ahora el pajarito veía cada brizna de hierba, los puntitos de musgo de las piedras, las venas de las hojas... El mundo era tan rico y sus colores tan vivos, que tuvo que cerrar los ojos. “¡Ay, si pudiera volar tan alto como un halcón —pensó el pajarito—, entonces sí estaría a la distancia adecuada para mirarlo todo!”.

»Dios lo oyó y le concedió la capacidad de volar tan alto como un halcón.

»El pajarito se desplazó por el cielo. Abajo, en el suelo, distinguía muchas lombrices e insectos. Pero el pajarito se estremeció: allí arriba hacía frío. “¡Ay, si tuviera las plumas de un halcón —pensó—, entonces estaría calentito en el cielo!”.

»Dios lo oyó y le dio el plumaje del halcón.

»Pero aquellas plumas no eran adecuadas para un pájaro tan pequeño. Y aunque aleteó con todas sus fuerzas, tan rápidamente como pudo, pronto tuvo que darse por vencido, y cayó en picado y se estrelló contra el suelo.

»Cuando yacía agonizante, apareció a su lado una lombriz. El pajarito la vio. Pero ahora ya le tenía sin cuidado.

¿Quién le había contado a él ese cuento? Era obvio: su padre. ¿Quién, si no, iba a contarle un cuento como ese?



¡Pom. Ratatapom. Pom. Pom. Pom!

Frederika.

Respóndeme.

Frederika intentó respirar normalmente. Uno. Dos. Ellos habían pasado muchas tormentas. Quizá más de cien. Las tempestades en Ostrobotnia eran de mar. Húmedas, con sabor a sal.

Pero aquí el viento azotaba la cabaña de un modo... Era como si fuese a derribar las paredes para que algo indefinido pudiera entrar y atraparla.

Era una tonta. Las tormentas no hablaban. No tenían vida. Las tormentas ocurrían cuando se juntaban demasiadas nubes y vientos en el mismo sitio. Era su mente la que le estaba jugando una mala pasada, lo sabía porque ella se lo había imaginado muchas veces: ese instante de vacío y la sensación de ser apresada violentamente. Los rusos robaban niños. A los adultos les hacían cosas mucho peores, pero a los niños los robaban. Se te llevaban a rastras y tú eras consciente de que ya nunca más verías a tus seres queridos. El dolor sería tan grande que te morirías. Pero no, no te morías. Seguías viviendo con un agujero negro dentro: un agujero que iba creciendo y creciendo hasta que te engullía entera. Y entonces te volvías como ellos. Todo el mundo conocía la historia de unos padres que habían visto a su hijo (diez años después de que se lo hubieran arrebatado) entre las filas de los asesinos. Él no los había reconocido. Sus ojos estaban muertos.

«Concéntrate en tu hermana —se dijo Frederika—. Dale fuerzas. Está gritando. Está sufriendo».

¡Pom. Pom. Pom. Pom!

No puedes esconderte.

El perfil de su madre se recortaba lúgubremente a la luz de las llamas. El sacerdote estaba sentado con la cabeza gacha. Ninguno de los dos se movía ni hablaba. Podrían haber estado muertos, pensó. En ese caso, ella estaría sola con su hermana, y esta vez no vendría Jutta en su ayuda, ni tendrían ninguna posibilidad frente a lo que acechaba afuera. No, aquello atravesaría flotando las paredes, y ya no habría nada más, salvo una oscuridad creciente, esa oscuridad en la que descubriría que se hallaba sumergida y que tendría un rostro: un rostro que al mirarlo, resultaría ser su propia cara...

La nieve se alzó en un violento remolino y golpeó el cristal. Frederika gritó. Había un olor nuevo allí dentro. Un olor que estaba fuera de lugar. «Huele a tierra», pensó. El ambiente estaba frío y húmedo pese al fuego. Era como cuando habían terminado de excavar el almacén de víveres y ella se había colado en su interior por

primera vez. La tierra de las paredes aún se desmigajaba; las raicillas que salían del techo parecían lombrices: las habían cortado al excavar y sus terminaciones eran lisas y blancas. Las plantas buscaban sus extremidades amputadas, sabiendo que sin ellas habrían de morir...

Abre.

¡Pom. Pom. Pom!

Ábreme.

Pensó en la historia de Jonás narrada en la Biblia. Jonás estaba en un barco y, al desatarse un temporal, los demás lo arrojaron al agua para que el mar se apaciguara. Si ella salía fuera, tal vez la tormenta se calmaría. Quizá se la llevaría a ella y dejaría en paz a los demás. Su hermana estaba sufriendo. Y su madre también. ¡Cómo quería Frederika a su madre!

Basta. Para ya. Para.

La muchacha se irguió. Ya no era una niña pequeña. Era mayor, y sabía lo que sabía: las tormentas existían. Las cosas podían parecer vivas, podían hacer ruidos, pero mientras estuvieras con adultos, mientras estuvieras con tu madre, te encontrabas a salvo. Su madre siempre sabía lo que había que hacer. Ella...

Entonces el mundo explotó.

¡Dios mío!

La tormenta estaba dentro de la cabaña. La oscuridad y los gritos del viento los rodeaban por todas partes.

El sacerdote cogió la plancha de metal sobre la que cocinaban. Entre él y su madre la apretaron sobre el agujero abierto de lo que había sido la ventana. Ella la sujetó al tiempo que él ponía una silla sobre la mesa para mantener la plancha en su sitio.

¡Pom. Pom. Pom!



Maija se mantenía despierta, escuchando. La diminuta cabaña gemía y crujía. Se preguntaba si el techo aguantaría el peso de la nieve.

«Está construida para esta clase de clima», pensó.

La ventisca no daba muestras de amainar. En el establo, las cabras no estaban atadas y podían alcanzar los montones de hierba seca. El agua sí podía constituir un problema, aunque las cabras no necesitaban mucha.

Lentamente, para no hacer ruido, volvió la cabeza hacia la pila de leña. Quedaba para dos días, quizá tres. Tenían que salir a buscar más. Pero lo que era aún más importante: necesitaban comida. Ya no quedaba nada que comer.

Dorotea yacía pegada a su costado. Estaba ardiendo. Los cabellos de las sienes se le habían curvado por sí solos. Maija sintió el impulso de ponerle la mano en la frente, sabiendo de antemano que la encontraría caliente y fría a la vez. Frederika estaba tendida al otro lado de Dorotea. Su pelo rubio derramado sobre la almohada parecía un nido de pájaro. Todo era culpa suya. ¿Por qué se las había llevado al campamento? ¿Por qué...?

—Hemos de salir a buscar comida.

Dio un respingo. En la oscuridad, por detrás de Frederika, el sacerdote no era más que una silueta oscura.

—Sí —dijo susurrando para no despertar a sus hijas.

—Podríamos ir ahora, ya que estamos los dos despiertos.

—Aún está oscuro.

—Cuanto más esperemos, más débiles nos encontraremos.

Ella quería quedarse con sus hijas, pero el sacerdote tenía razón. Se pusieron las chaquetas en silencio. Maija se ató los zapatos, los cubrió con los bajos de los pantalones y lo sujetó todo con una cuerda alrededor de los tobillos. Confiaba en que así no le entraría nieve. El sacerdote asintió.

En cuanto ella abrió la puerta, el frío y el viento irrumpieron en la cabaña. Sintió, ya del todo despierta, que se le encogía el corazón. Olaus salió también, se colocó a su lado y entre ambos empujaron la puerta hasta cerrarla. El viento los obligaba a moverse lentamente. Maija escrutó la oscuridad, pero agachó la cabeza porque los copos de nieve le acibillaban la cara. Trató de deducir en qué dirección se encontraba el almacén y empuñó la pala. Por suerte se la habían llevado adentro. Ella se encargaba de comprobar cada vez que no se la dejaban fuera, porque en ese caso no volverían a encontrarla entre la nieve. Extendió el brazo, buscando a tientas la barandilla del porche. Cuando la encontró y localizó el arranque de la escalera, bajó un peldaño y se hundió en la nieve hasta la cintura. El sacerdote intentó sujetarla,

pero ella negó con la cabeza y le indicó por señas que debían continuar.

La nieve era demasiado profunda, sin embargo. Resultaba imposible avanzar. Maija pensó que debía salir de su espesor y subirse encima de algún modo. Se inclinó para ponerse a gatas, usando la pala para sostenerse, pero el otro brazo se le hundió de golpe y le entró un montón de nieve en la boca.

No daría resultado.

«Los esquís», pensó, antes de recordar que los habían dejado en el suelo al regresar del campamento lapón. Ya no había forma de recuperarlos. Intentó subirse otra vez sobre la nieve.

Olaus se había agazapado en el porche y le hizo señas. Maija se volvió, le tendió el brazo. Él la izó a su lado.

—Raquetas de nieve —le gritó él al oído—. Necesitamos raquetas de nieve.

Claro. Raquetas de nieve. «Las ramas», pensó Maija. Tenían una gran pila de ramas de píceas que habían recogido para restregar el suelo. Quizá todavía no estuvieran secas, y algunas tal vez fueran lo bastante grandes para tejer algo con ellas. Señaló hacia la puerta. La abrieron y entraron tambaleantes.

Maija se quitó la bufanda y se limpió la nariz. Se despojó de todas las prendas de lana. El silencio que reinaba en la cabaña le dolía en los oídos en comparación con el estruendo de la ventisca.

—Estuvimos recogiendo ramas de píceas antes de que usted llegara —dijo, y abrió la puerta del armario. Se puso en cuclillas. Escogió las más grandes y más verdes.

—Necesitaremos cuerda —indicó él—. Mucha cuerda, porque deberíamos hacer dos pares para cada uno —añadió.

Tenía razón. Si las raquetas se les rompían o se deshacían por el camino, necesitarían un par de reserva.

Se sentaron a la mesa de la cocina. Ella había visto usar raquetas de nieve muchas veces. No entendía cómo no se les había ocurrido confeccionar unas cuantas cuando habían tenido el tiempo necesario para ello. La parte más ancha debía estar situada delante, pensó. Y las reforzaremos con cuerdas.

Trabajaron en silencio, a la luz de las velas de sebo, echando de vez en cuando un vistazo al trabajo del otro, y corrigiendo el propio sobre la marcha. Maija procuró olvidarse del aullido del viento. Ojalá hubiera tenido a Paavo a su lado. Él sí habría sabido fabricar unas raquetas de nieve.

—Eso no es un nudo —le había dicho una vez riéndose, al ver cómo ella intentaba unir dos cuerdas para formar una más larga para el tendedero. Acababan de mudarse a la casa de Ostrobotnia. Él le quitó las cuerdas de las manos; hizo un nudo en una de ellas, introdujo en él la segunda cuerda e hizo otro nudo por encima.

—Esto sí es un nudo —había dicho Paavo—. Un auténtico nudo marinero.

Maija había soltado un bufido. Al alzar la vista, él la estaba mirando con los ojos fijos en sus labios.

—También está el nudo de cinta —dijo en voz baja, acercándose más. Ató las dos

cuerdas con un nudo simple, y pasó los extremos por dentro en la dirección contraria.

Ella sintió el calor de su hombre contra el vientre y contuvo el aliento.

—Y el nudo del amor verdadero... —le dijo él al oído. Maija observó cómo se movían las manos de su marido para hacer un nudo simple y luego un segundo nudo dentro del primero. Mientras trabajaban, las manos de Paavo le rozaron el pecho—. Es un nudo flexible —musitó él—, pero las cuerdas nunca se separan.

El sacerdote la arrancó de sus recuerdos cuando, mostrándole algo que parecía una escobilla, le dijo:

—Nos las ataremos a los pies con tiras de tela.

Maija examinó lo que ella misma tenía en las manos. Era cierto. Tal vez iría bien. Olaus observó la tormenta por la ventana, ahora visible a la luz de la mañana.

—No mire —dijo ella—. Concéntrese.

—¿Es así como lo hace? —preguntó él; y no hablaba de ahora ni de la tormenta.

Maija se levantó y se pasó el jersey de lana por la cabeza.

—Vamos ya —dijo.

Se agachó para atarse las raquetas a los zapatos. Al levantar la vista, vio que el sacerdote miraba la puerta con expresión tensa, como armándose de valor.

Maija la abrió.

Fue como si el viento les gritara a ambos con la boca abierta. Ella giró la cara de lado. Cogió la pala, inspiró hondo y salió al porche. Primero se hundió hasta las rodillas y creyó que las raquetas eran un fracaso, pero al rato se dio cuenta de que sí servirían. Al menos le permitían andar. Dio un paso y se cayó hacia delante, con lo cual le entró nieve por las mangas, y también en la boca y en la nariz. Tuvo que forcejear un rato para ponerse de pie otra vez. Escupió. Iba a quitarse los mitones para limpiarse la cara, pero se lo pensó mejor.

«Exagera; exagera cada movimiento», pensó. El viento la azotaba de frente. Alzó todo lo que pudo el pie y lo depositó sobre la nieve. «Mantén el equilibrio. Así. Zancadas altas, largas». Echó un vistazo atrás. El sacerdote la seguía. «Concéntrate», se dijo; pero sintió un acceso de alegría y agitó la mano en el aire para que él lo viera. Estaban avanzando.



Pasaron unos días y la tormenta amainó. Los golpes del postigo sacudido por el viento se fueron espaciando.

Olaus se percató de que Maija le sostenía la mirada. O sea que ella también lo había notado. Sus hijas dormían junto al fuego.

Él volvió a escuchar con atención.

Sí, ahí estaba: un silencio. Un empujón más flojo del viento. Y un silencio.

Silencio.

¿Se había terminado realmente? Apenas se atrevía a creerlo.

Pero estaba todo inmóvil, sí.

Maija suspiró y se echó el pelo hacia atrás. Al sacerdote le pareció que la mano le temblaba. Él mismo, advirtió, todavía estaba como conteniendo el aliento. No sabía cuánto habrían logrado resistir. Estaban extenuados por el trabajo constante con la pala y por no comer de forma adecuada. Las cosas habían mejorado en cierta medida desde que habían conseguido entrar en el almacén, pero como no sabían cuándo terminaría la tormenta, habían tenido que racionar los víveres.

¿Qué día era? No lo sabía. Lunes o miércoles. En el infierno, cada día es igual que el anterior. Tal vez podría pronunciar un sermón sobre esa idea.

En el pueblo debían de estar preguntándose qué le había sucedido.

—Por qué viven aquí, no lo entiendo, sinceramente —dijo.

Maija se echó a reír. Él la miró, irritado. A poco lo entendió y se sumó a sus carcajadas. ¿Qué otra cosa se podía hacer en el infierno un lunes o un miércoles por la tarde? Rieron y rieron hasta hartarse.

Ella reía con la boca abierta y los ojos convertidos en dos ranuras. Los mechones del cabello le oscilaban. Tenía un pequeño hoyuelo en lo alto de una mejilla; o acaso era una cicatriz.

—Creía que Blackåsen no sería muy diferente de nuestra tierra —dijo ella cuando se hubieron calmado; y bastó con esa frase para que volviera a dispararse la hilaridad. Maija golpeaba la mesa con la mano abierta. Olaus se reía de tal modo que tuvo que agarrarse el estómago.

Finalmente, se enjugó las lágrimas. En la guerra había presenciado muchas veces lo mismo: la extraordinaria sensación de vértigo que se producía después de una batalla. Tu mente lo necesitaba: te sentías fuerte, feroz, dispuesto a cualquier locura, a probar cualquier cosa antes de que reapareciera la razón y comprendieras quién eras, dónde estabas y por qué...

Ambos se irguieron en las sillas a la vez. Se quedaron un rato en silencio. Ella sorbió por la nariz.

—Bueno, será mejor que duerma un poco —dijo el sacerdote.

—Sí —contestó ella.

—Buenas noches.

Maija no respondió.

Él durmió mejor que ninguna otra noche desde que se había puesto en camino.



Una vez, cuando Maija y Paavo eran niños, hubo una gran tormenta. Así la llamaban aún en el pueblo de Ostrobotnia, «La Gran Tormenta», y bajaban incluso la voz al nombrarla, como si la simple mención de la tempestad pudiera atraerla de nuevo. Lo más raro era que no hubo ningún signo que la anunciara. Por la mañana, cuando los hombres habían salido a cazar focas grises, el cielo estaba azul y lucía un delicioso sol veraniego. «Demasiado maravilloso: deberían haberlo presentado», dijeron algunos más tarde, aunque únicamente querían hacerse los listos. Pues, a decir verdad, era el día perfecto para salir de caza; la única pega, si acaso, era que no había suficiente viento. Las velas estaban flácidas y la barca tan sólo se veía impulsada por alguna brisa ocasional. Así pues, no hubo largas despedidas en el muelle esa mañana, y nadie se molestó en abrazar a los hombres que partían ni se dio la vuelta para decirles adiós con la mano. «Traednos pieles plateadas —fue lo único que les dijeron—. Traednos pieles plateadas».

Al principio, navegaron sin contratiempos. Se dirigían hacia las rocas que se adentraban en el mar, donde sabían que las focas grises se echaban a tomar el sol al tiempo que sus cachorros jugaban en el agua.

Y entonces, sin más ni más, se vieron con la tormenta encima. Apareció de forma tan repentina que era como si hubiera caído directamente del cielo sobre ellos.

Primero trataron de dejarla atrás, pues el capitán era un joven fuerte y animoso, pero la tormenta resultó ser más rápida que ellos. trataron de capearla, pero la barca enseguida se vio zarandeada como un corcho entre las gigantescas olas. Era cuestión de tiempo: acabarían perdiendo el control y el oleaje haría pedazos la barca.

Fue Pekka Sihvola quien comprendió que aquella no era una tormenta normal. Estaba plantado en mitad de la cubierta estudiando el viento, pese a que los demás lo llamaban a gritos para que echara una mano. En vez de soplar sobre ellos por un lado, el viento parecía girar y trazar una curva. ¿Acaso soplaba en torno a sí mismo en una especie de bucle? El viento requería espacio para mantener la velocidad. En el centro, razonó Pekka, tal vez fuese diferente. Quizás el viento tuviera allí menos fuerza. Pero, para llegar al centro, debían navegar hacia la tempestad, en vez de alejarse de ella.

Pekka Sihvola apartó de un empujón al capitán, agarró el timón y viró hacia el corazón de la tormenta. Y cuando ya todos creían que había llegado su fin y que iban a morir, encontraron un vacío libre de viento. Y siguieron navegando por aquel espacio hasta que la tormenta se extinguió en torno a ellos.

Cuando los marineros, todavía temblorosos por la odisea que habían vivido, contaron la historia esa noche ante los ancianos, los aldeanos se quedaron boquiabiertos. Gracias a un solo hombre, los diez miembros de la tripulación habían sobrevivido: diez maridos que podían renovar sus votos a sus esposas, diez padres que podían sostener en brazos a sus hijos...

—La razón, ahí está la clave —dijo el más anciano cuando terminaron su relato—. Lo que habéis vivido es una visión.

Maija todavía recordaba la escena: Jutta, con el brazo pegado al suyo, tenía la piel muy fría. Al otro lado estaba sentado Paavo, quien ya entonces parecía andar siempre cerca de ella. En la época de la Gran Tormenta, Maija todavía creía que todos los hombres y mujeres del círculo eran de la misma sangre que la suya. Se consideraba una más entre ellos.

—El viento circular es la vida —explicó el anciano—. Lo que había ayer regresa mañana. Corre de un sitio a otro y, al final, regresa. Pero en medio del desorden se encuentra la razón. Y si podéis aferraros a la razón, os mantendréis a salvo.

—¿Estás diciendo, pues, que las cosas no cambian?, ¿que no tenemos elección?

El que hablaba así era Ari Sihvola, el hermano menor de Pekka. Él se hallaría más adelante entre los que murieron en la Gran Guerra del Norte.

—Hay muy poco margen de elección —contestó el anciano—. Y sin embargo, nuestros actos tienen repercusiones.

Estas palabras fueron un alivio para algunos. Otros, en cambio, las encontraron inquietantes. Maija no creía que el anciano estuviera en lo cierto; ella creía en la capacidad de los hombres para influir en el curso de las cosas, pero de todos modos se quedó con la idea de la importancia de la razón.

Ahora, habiendo sobrevivido a la primera tormenta del monte Blackåsen, estaba horrorizada de sí misma. Se había aventurado por el bosque con dos niñas sin preparación alguna, sin reflexionar siquiera. ¿En que había estado pensando?

«Habríamos podido morir».

«Pero no nos hemos muerto».

¿Por qué lo había hecho? ¿Había sido por la sensación halagadora de que el sacerdote pensara que ella conocía la región como la palma de su mano? ¿O por la excitación de hallar una respuesta al enigma de la muerte de Eriksson?

Había subestimado la montaña. Fiándose de su rechoncha silueta, la había equiparado mentalmente a las mansas colinas de Ostrobotnia. Pero Blackåsen no se parecía en nada a su tierra. Había sido una idiota y una orgullosa, y su hija pagaría un alto precio por ello. Cada grito de Dorotea se le clavaba en el corazón. Cada uno de sus chillidos vibraba dentro de ella hasta que tenía que agarrarse la cabeza con ambas manos para que no le explotara. Y la idea que la había asaltado durante el camino había arraigado en su interior: no estaba escrito de antemano que fueran a sobrevivir

a ese invierno.

Si Paavo hubiera estado presente, todo eso no habría ocurrido. Él habría sido más sensato. Ella misma debería haberlo sido. Pero era temeraria. Era un peligro.

—No es culpa suya —dijo el sacerdote en ese preciso momento. Como si le leyera el pensamiento.

Él estaba preparando la mochila. Metió a presión por un lado su libro negro. Ella se acercó a la ventana. Afuera, el cielo era de ese azul reluciente que sigue a una tormenta. A primera hora de la mañana habían despejado la nieve acumulada frente a la puerta del establo. Como la nieve nueva ya se había congelado, les había costado mucho trabajo. Cuando al fin habían logrado abrir la puerta, las cabras les echaron un vistazo y se habían vuelto a dormir. «Son como las malas hierbas —había pensado Maija—. Siguen creciendo pase lo que pase».

—Fui yo quien la convenció para que viniera —dijo el sacerdote—. La responsabilidad es mía, si acaso.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

Él cerró la mochila y ajustó la correa de cuero. Maija sintió que la cabaña parecía vacía sin sus pertenencias. Quizá podía pedirle que dejase allí el alzacuello. La idea le dio ganas de echarse a reír en medio de la congoja.

—Maija. —Olaus la miró fijamente—. Ya sé que es mucho pedir, pero venga conmigo a ver a Daniel, por favor. Ahora que sabemos lo que sabemos sobre él y sobre Elin...

Ella negó con la cabeza. Ya había causado demasiado daño.

—El obispo me exige que averigüe qué le pasó a Eriksson. Y yo creo... que a los colonos tal vez les resulte más fácil hablar con uno de los suyos.

Maija volvió a negar con la cabeza. Pero entonces se acordó de Anna. Esperaba que hubieran resistido la tormenta sin demasiadas dificultades. Era duro tener que dar a luz por tu propia cuenta, o con la única ayuda de tu marido. Pero Daniel sabría lo que había que hacer si ocurría algo, ¿no? Claro que sí.

Ella había hecho un juramento solemne. Se había comprometido a ayudar a las mujeres en los trances difíciles, igual como ella misma había recibido ayuda en tales momentos.

Dorotea estaba dormida. Frederika, tendida a su lado, la miró a los ojos. Asintió.

—De acuerdo —dijo.

Daniel ya había despejado el camino desde la cabaña hasta el establo. Cuando ellos llegaron, estaba arrojando paladas de nieve sobre las paredes de la casa, como si pretendiera enterrarla. Qué extraño. El ruido de la pala les llegaba amortiguado. Aguardaron unos momentos antes de acercarse más. La luz del sol había transformado el paisaje en un panorama de ensueño. Los grandes árboles blancos arrojaban sombras azuladas sobre la nieve centelleante. Resultaba difícil imaginar

que esa fuera la misma región de unos días atrás.

Cuando se aproximaron, Daniel se irguió, se quitó un mitón y se limpió la nariz con la mano. Tenía las pestañas y las cejas blancas de escarcha. Y los ojos inyectados en sangre.

—Menuda tormenta —dijo el sacerdote.

Daniel asintió.

—¿Este tiempo es normal? —preguntó Maija sin poder evitarlo.

—No —dijo el hombre—. Yo no recuerdo nada parecido.

Ella notó la mirada del sacerdote. «Ya se lo he dicho —venía a decir—; usted no podía haberlo sabido».

—Elin no vino a Blackåsen con Eriksson, sino con usted —le espetó Maija, a pesar de que no era para eso para lo que había ido allí.

Daniel la miró fijamente. Era evidente que estaba sopesando sus opciones: hablar ahora, o arriesgarse a que ella volviera a plantear la cuestión delante de Anna. Maija endureció la expresión. Él apretó los dientes y contrajo la mandíbula.

—Estábamos prometidos —dijo al fin.

—¿Qué sucedió?

—Mi hermano.

Aguardaron. Daniel echó un vistazo a la cabaña y prosiguió:

—Tras el incendio del bosque, yo me fui de Blackåsen. El incendio desató en mi hermano algo que quizá siempre había estado ahí, pero que hasta entonces había podido mantener a raya. Él... lo disfrutó. No hay otra forma de decirlo. Le tenía sin cuidado si alguien había muerto o resultado herido. Le encantó lo que había de incontrolable en el fuego; le encantó luchar contra él, formar parte de él. Después de ese suceso, a mí no me pareció seguro quedarme aquí.

»Estuve trabajando en la costa. Quise enrolarme en el ejército... De hecho, lo hice. Pero cuando ya estaba a punto de partir, conocí a Elin.

Daniel tenía la nariz roja. Se la volvió a limpiar.

—Habíamos ahorrado dinero para casarnos cuando mi padre vino a buscarme. Se estaba haciendo viejo, me dijo, y quería que yo volviera a la montaña. No quería que Eriksson se quedara allí solo. No sé lo que pensó mi padre que yo podía hacer con mi hermano, ni sé lo que yo mismo pensé que podía hacer. Pero era el último deseo de un anciano. Así que Elin y yo decidimos casarnos más adelante. Creí que podríamos instalarnos en el valle, donde el terreno todavía sería fácil de despejar a pesar del incendio. —Hizo un gesto negativo con la cabeza—. Estaba en su mirada desde el principio... En su modo de mirarla. Pero yo me fie. De ella, de él, no. Y Elin se marchó.

—¿Por qué?

—¿Quién sabe por qué hace la gente las cosas? Quizá él la forzó la primera vez. Quizá ella creyó que no tenía alternativa. Quizá lo amaba. A mí nunca me dijo nada. Y un día desapareció.

—La Iglesia podría haberlo ayudado —dijo el sacerdote—. Una promesa de ese tipo es un lazo vinculante.

Daniel se encogió de hombros, pero Maija recordó a la mujer del reclinatorio para putas. «Tú todavía amabas a Elin —pensó—. No querías que la castigaran».

—¿Fue por eso por lo que se mató? —le preguntó ella, bajando la voz—. ¿Porque él había muerto?

—No puedo creer que esa fuera la razón por la que mató a los niños —dijo Daniel.

—No tenía medios para mantenerlos.

—A Elin la pobreza no le daba miedo.

—Entonces, ¿por qué?

—¡No sé por qué! —gritó él con un brusco espaviento.

Ninguna desesperación ante el futuro ni ninguna aflicción del pasado podían ser lo bastante fuertes como para empujar a una mujer a cometer tal atrocidad. Elin no debía de estar en sus cabales cuando lo había hecho.

—Yo debería haber matado a mi hermano —murmuró Daniel—. Pero no lo hice.

—Pocos hombres habrían dejado pasar algo así... Que un hermano les robara a su mujer —terció Olaus.

—No voy a convertirme en un hombre como él —aseguró Daniel—. Eso nunca. Además, si hubiera deseado matarlo, ¿no cree que lo habría hecho entonces, en lugar de esperar siete años? No, no. Yo me casé con Anna. Traté de seguir adelante.

«Es lo único que podemos hacer todos —pensó Maija—. Tratar de seguir adelante».

El sacerdote asintió.

—¿Dónde está Anna? —preguntó Maija.

—Vaciando las trampas —dijo Daniel.

¿Vaciando las trampas? Era una tarea demasiado dura.

—El niño nació muerto durante la tormenta.

«¡Oh, no! —pensó Maija—. Eso no».

Daniel miró al sacerdote. A ella se le anegaron los ojos de lágrimas.

—No tuvimos tiempo de bautizarlo —murmuró Daniel, y la voz se le quebró. Desvió la mirada, inspiró hondo—. Era un chico. Ahora su alma estará condenada.

El rostro del sacerdote se crispó mientras reflexionaba, y por fin dijo:

—Quizá Dios es más compasivo de lo que creemos.

Al volver a casa, Maija vio que Frederika estaba muy pálida y miró el bulto tendido en el suelo frente al fuego.

—Ahora se ha vuelto a dormir —dijo la muchacha.

Maija se le acercó y le recogió el pelo con la mano.

—¿Tú cómo estás? —le preguntó.

—No soporto sus gritos —susurró Frederika.

—Lo sé.

—No es eso; no soporto que esté sufriendo, pero tampoco soporto el sonido de sus gritos.

—Lo sé. No es fácil escuchar el sonido del dolor.

Miró a Dorotea. «Señor —pensó—, haz que conserve los pies, por favor». ¿Qué harían si Dorotea perdía los pies? Cerró los ojos. Es horrible. «Nosotros también tratamos de seguir adelante», se dijo. Inspiró hondo, volvió a abrir los ojos y alzó la barbilla, como si con su actitud pudiera atravesar la angustia, atravesarla y superarla.

Frederika se sacó algo del bolsillo. Era el vidrio azul que Maija había tirado.

—Antti... Uno de los lapones dijo que le había dado este trozo a Nils —murmuró.



En las semanas siguientes a la tormenta, Frederika y su madre trabajaron más duramente que nunca. Habían visto el verdadero rostro del monte Blackåsen y ambas eran conscientes de que lo habían subestimado. La joven no se apartaba de su madre. La asustaba quedarse sola y no paraba de hablar ansiosamente, pero Maija callaba. Aunque quizá fuera simplemente porque había mucho que hacer: tenían que recoger gran cantidad de leña y construir un almacén de víveres pegado a la pared de la cabaña; debían fabricar nuevos esquís y también pensaban confeccionar más raquetas de nieve. En fin, había que reparar el postigo y la ventana rota.

La montaña parecía tranquila. Por ahora se mantenía en silencio. Pasaron los días. Frederika descubrió que le gustaba el frío. Le gustaba el efecto que causaba en ella: su cerebro funcionaba mejor. Cuando espiraba y contemplaba el vapor que ascendía, se sentía como si hubiera sufrido una pesadilla: el recuerdo de la tormenta la estremecía, pero al mismo tiempo le parecía que era una tonta por dejarse asustar. El estado de Dorotea, no obstante, hablaba a las claras de la gravedad de lo que había sucedido: las puntas de los pies se le ennegrecieron y era como si se le hubieran disuelto. Su madre se las limpiaba, apretando los labios. Le arrancaba tiras de piel, levantaba trocitos de tejido, se las untaba con manteca fundida...

A las dos semanas de la tormenta, llegó el momento de que Dorotea comenzara la escuela. Cuando Frederika salió fuera, vio a su hermana con una gruesa rama en la mano.

—Un bastón —dijo la pequeña, sonriendo. Llevaba puestos los grandes zapatos de su madre, pues los pies vendados no le cabían en los suyos, y había aprendido a andar con un paso oscilante para no cargar demasiado peso en los pies. Sujetaba el grueso bastón con ambas manos y lo iba arrastrando por la nieve.

—Es demasiado pesado —replicó Frederika. Y ante la mueca de su hermana, añadió—: Te buscaré otro cuando volvamos.

Dicho lo cual, le quitó la rama de las manos y la dejó clavada en un montón de nieve junto al porche. Dorotea se sentó en el trineo que habían construido, y su hermana mayor cogió la cuerda y tiró. Costaba más de lo que había supuesto y tuvo que echarse hacia delante para hacer más fuerza.

—Bueno, ¿te hace ilusión ir a la escuela? —le preguntó.

—Más o menos —respondió Dorotea—. No es que te enseñen mucho.

—No es cierto. Aprenderás a leer y a escribir.

—Yo ya sé leer. Lo que pasa es que no hay nada que leer.

Eso sí que era verdad.

—¿Y tú?, ¿por qué no vas ya a la escuela? —inquirió Dorotea.

—Soy demasiado mayor.

Durante un tiempo Frederika había soñado con la idea de ser maestra. Había procurado hacerse notar ante su profesor, con la esperanza de que dijera que estaba excepcionalmente dotada y convenciera a sus padres para que la dejaran continuar. Pero su madre la necesitaba. Al menos a ella no la habían enviado, como a la mayoría de las chicas, a trabajar para otra familia.

El tejado de la casa del maestro estaba combado bajo el peso de la nieve. Pero salía humo de la chimenea y el porche estaba despejado.

Ayudó a su hermana a bajarse del trineo y a subir los escalones. El señor Lundgren las recibió en el vestíbulo. Había cuatro niños sentados a la mesa de la cocina: tres chicos y una chica. La chica llevaba trenzas, pero se le habían aflojado, y el pelo se le disparaba en todas direcciones como si fuese un erizo. Dos de los chicos eran pelirrojos, el otro, moreno. Todos tenían la nariz respingona.

—Bienvenidas —las saludó el señor Lundgren—. Vaya un tiempcito hemos tenido. —Señaló unos ganchos de la pared—. Ahí puedes colgar la chaqueta. ¿Tú te quedas con nosotros?

La pregunta iba dirigida a Frederika.

—No. Tengo cosas que hacer —contestó ella—. Vendré a recoger a Dorotea al terminar.

El señor Lundgren observó cómo cojeaba la pequeña hasta llegar a la mesa, pero no hizo ningún comentario.

—Empezaremos por lo más básico —dijo. Frederika salió y cerró la puerta—. Os preguntaré los Diez Mandamientos y la explicación que da Lutero de cada uno de ellos. También leeremos un poco.

—Todavía no —dijo Eriksson—. El hielo no aguanta todavía.

Frederika sofocó un grito. El hombre había aparecido de golpe a su lado; estaba contemplando el río. A ella el corazón le retumbaba de tal modo que estaba segura de que él lo oía.

—Por favor —dijo la chica—. No haga eso, por favor.

Él se echó a reír y, guiñándole un ojo, se disculpó:

—Lo siento.

Al cabo de un rato, ya más calmada, Frederika le preguntó:

—Entonces, ¿cuándo podremos pescar?

—Dentro de unas semanas. Tres, como máximo. —Asintió y prosiguió—: Gustav se puso una vez a caminar por el hielo demasiado pronto. Fue cuando acababa de

llegar. Ese hombre no sabía nada de nada cuando vino. Estaba ahí arriba. —Señaló la curva del río—. Dio un paso y se hundió. La corriente lo arrastró. Yo estaba aquí. El hielo se endurece más pronto en esta parte, porque hay menos rocas. Eché a correr y recorté con el hacha un agujero en el hielo. Gustav se las arregló para nadar hacia la luz. Lo pesqué como quien pesca un pez. —Se rio—. Tuvo suerte. A pesar de todo, cuando salió estaba enloquecido. No le pude sacar una palabra coherente. Por lo visto, le daba mucho miedo aquello; quiero decir, quedarse atrapado y no poder salir.

Frederika pensó en su temor a que la secuestraran y sintió un escalofrío.

—He de irme —musitó ella—. He de pasar por la escuela para recoger a mi hermana.

—Te acompaño.

Frederika pensó en lo que Antti había dicho: que la sangre de Eriksson clamaba venganza.

—¿Es para averiguar quién lo mató? —preguntó al tiempo que caminaban—. ¿Por eso acude a mí?

Él se encogió de hombros.

—No me parece un camino peor que cualquier otro.

—¿No me puede contar simplemente lo que ocurrió?

—No soy yo quien debe recorrer ese camino, sino tú.

Habían alcanzado la curva del río, y él, deteniéndose, le dijo:

—Mira esos árboles.

Dos grandes robles se alzaban en la orilla, uno junto a otro. El tronco de uno de ellos estaba retorcido como si hubiera ido rotando a medida que crecía. El tronco del otro estaba lleno de bultos, pero era recto. Las dos copas se entrelazaban en lo alto.

—El viento es muy fuerte aquí, en la curva del río —dijo Eriksson—, y azota a estos árboles de lleno. Ambos han sufrido las mismas dificultades, pero han reaccionado de forma diferente.

—Los dos están dañados, no obstante.

Él se inclinó y la miró a los ojos.

—Cada vez me gustas más. Eres lista.

Frederika sintió que la respiración se le descontrolaba. Eriksson se irguió de nuevo y continuó caminando.

—Te di una pista la última vez que nos vimos —dijo, al poco rato—. ¿Qué has hecho con ella?

Ella se sintió avergonzada.

—Nada —respondió.

—¿Nada?

—Hubo una tormenta.

—No tienes que apresurarte por mí; yo dispongo de todo el tiempo del mundo. Es por ti. Los oyes, ¿no? ¿Cuánto tiempo crees que te van a esperar? Te lo advierto, Frederika. Yo no soy lo más peligroso que hay por aquí.

—Entonces ¿se supone que he de averiguar qué le pasó?

—Las mujeres de tu especie poseen algún don especial. Elin veía cosas en el espejo, tenía sueños. Descubre cuáles son tus dones. Prácticalos. Y procura aprender deprisa.

Se agachó por debajo de una rama y apartó algunas más para que pasara ella.

—Dicen que usted pidió que siguiera adelante el juicio contra su esposa por brujería.

Eriksson escupió en la nieve.

—Eso te lo ha dicho Nils.

Frederika no lo desmintió y añadió:

—¿Por qué?

—Ella no corrió ningún peligro. En realidad aquello no tenía nada que ver con ella. Yo estaba haciendo una prueba; una idea que se me había ocurrido.

—¿Haciendo una prueba?

Ya estaban llegando a la escuela. Se detuvieron entre los árboles, a unos pasos del patio.

—Nils... —repitió Eriksson—. Esos nobles se creen mejores que todos los demás. Pero lo único que tienen de diferente es que salieron de las partes de una mujer vestida de seda. Nosotros lo tratábamos con demasiado respeto. Mi hermano también. A mí me rechazaban. Me trataban como a un piojoso. Te quedarías horrorizada si te contara las cosas que me hizo esa gente...

—Usted también hizo cosas.

Él se quedó callado.

—Robó a Elin. Se la robó a su hermano.

Silencio. Y de pronto, él le lanzó un golpe. Frederika dio un grito y se dobló sobre sí misma del dolor. ¿Era sangre? Sí, era sangre lo que goteaba sobre la nieve. Se protegió el brazo sobre el pecho.

Los ojos de Eriksson eran tan transparentes como el hielo del río. La muchacha vio cómo limpiaba el cuchillo en los pantalones y volvía a guardarlo en la funda.

—Usted no puede tocarme —dijo ella con voz trémula—. Está muerto, no puede tocarme.

—¿Y eso quién lo ha dicho?

Frederika sentía que el brazo le palpitaba de dolor. Retrocedió unos pasos, apartándose de él.

—No puede —repitió.

—¡Ah, créeme! Soy capaz de hacer cosas peores. Recuérdalo, Frederika. Recuérdalo bien.

—Frederika, ¿puedes venir un momento, por favor? —la llamó el señor Lundgren.

La puerta de la casa estaba abierta y los niños salían. El maestro los despedía desde el porche.

—Comienza por lo que está dañado —le susurró Eriksson, y volvió a desaparecer.

—Frederika.

—Sí.

Tenía la pechera manchada de sangre. No podía permitir que el señor Lundgren lo viera. ¿Cómo iba a explicárselo? Aún no sabía lo profundo que era el corte. Arrancó una tira de la bufanda, se envolvió la herida y cruzó los brazos, apretándolos sobre el pecho, como si tuviese frío.

En el patio, pasó junto a Dorotea sin mirarla a los ojos. La niña se acercó cojeando al trineo y se sentó de cara al bosque.

Frederika se detuvo al pie de los escalones.

—Dígame —le dijo al maestro. El brazo le dolía.

El señor Lundgren miraba hacia Dorotea.

—Tendré que hablar con tu madre —dijo, quejoso—. O tú puedes decírselo de mi parte: Dorotea no tiene suficientes conocimientos de la Biblia y debería saber leer mejor.

La pequeña estaba inmóvil en el trineo. Iba a coger frío si seguía allí mucho rato.

—Necesitaré más horas de clase que los demás.

—Se lo diré a mi madre.

—Dile que no se preocupe por el coste. Tu hermana puede quedarse una o dos veces por semana cuando se acabe la clase. Sin cargo alguno. Yo me ocuparé de que no tenga problemas con el sacerdote cuando llegue la sesión de catequesis.

—Gracias. Se lo diré —repitió, y se volvió a medias para irse.

—¿Va todo bien, Frederika?

Se le habían notado las ganas de marcharse.

—Sí, sí. Pero no quiero que mi hermana coja frío.

—Ah, bueno —asintió él—. Hasta pronto.

Frederika cogió la cuerda del trineo y tiró. En cuanto estuvieron en el bosque, se detuvo y se subió la manga. Estaba demasiado oscuro y alzó el brazo hacia la luz de la luna. La herida, negra, se abría en mitad del brazo. Su cuerpo por ahora estaba reteniendo la sangre, pero pronto se relajaría y la hemorragia fluiría de nuevo. Era una herida seria.

Sintió que le afloraban las lágrimas y apretó los dientes. Eriksson estaba loco. Ella necesitaba ayuda. Pero no podía contárselo a su madre; no la escucharía. Además, ya tenía bastantes cosas en que pensar por su propia cuenta.

Tal vez podía hablar con el profesor... Se volvió para mirar las luces de su casa. Pero ¿qué iba a decirle? ¿Acaso le diría: un muerto me ha dado una cuchillada?

—¿Qué pasa? —preguntó Dorotea desde la oscuridad.

—Nada —dijo Frederika—. Me he hecho un rasguño en el brazo cuando venía del río.

Se bajó la manga y se agachó a recoger la cuerda del trineo.

La montaña ya no permanecía en silencio. ¡Pom. Ratatapom! La oscuridad que la rodeaba parecía palpitar al ritmo del redoble que sonaba en el aire. Nunca se había sentido tan sola.



—Sofía no está en casa —dijo la criada. Hizo una reverencia y la cofia se le cayó sobre un ojo—. Digo, la señora.

—Ya entiendo —contestó Olaus Arosander—. Te preguntaba cuándo volverá.

—No lo sé. Se ha ido a la costa. Quizá vuelva mañana, o pasado. —La criada hizo otra reverencia.

¿A la costa? Eso era un largo viaje.

—La vi hace poco —dijo él—. Y no mencionó que pensara marcharse.

—Fue algo repentino. Hace seis días. Tuve que preparar las maletas a toda prisa.

El sacerdote bajó los escalones del porche de la casa parroquial. El invierno no era la época más adecuada para viajar, al menos si podías evitarlo. Tampoco emprendías un largo viaje impulsivamente. Las compras se planeaban con mucha antelación. Y si necesitabas algo, lo pedías prestado hasta que hubiera mercado. ¿Un pariente enfermo, tal vez?

Reinaba la oscuridad cuando cruzó el prado de la iglesia. No era el cielo propiamente lo que estaba oscuro, sino más bien como una negrura suspendida en el aire. No había luz en la casa del sacristán. A Olaus no le habría importado charlar un rato con él.

De nuevo en casa, se instaló una vez más frente al fuego. Al día siguiente hablaría con el jornalero de su granja, para ver cómo estaban los animales. También hablaría con el ama de llaves para que lo pusiera al día.

Los muros de la casa parroquial provisional gemían. Se preguntó cómo estarían Maija y sus hijas. Ojalá su cabaña hubiera estado mejor construida. El frío se colaba por los resquicios y las grietas, y los cristales de las ventanas eran muy delgados. Los cristales gruesos eran, para él, un signo de riqueza. Recordó cómo, en cierta ocasión, estos crujían bajo las suelas de sus zapatos prestados, cuando aún era un mocoso. En Estocolmo, todo el mundo sabía que cuando el rey y sus amigos salían de noche, apedreaban las ventanas de la gente que les caía bien. Esa era la idea que tenían de una broma.

Una noche, cuando volvía a casa al acabar el trabajo, los había visto. Caminaban hacia él. Lucían chaquetas de seda de vistosos colores, con amplias mangas de terciopelo. Dos de ellos llevaban sombrero. El rey parecía haber perdido el suyo. Iban del brazo, dándose empujones, riendo, pegando gritos. Él se había quedado allí plantado, sobre los cristales rotos. Lleno de envidia, deducía ahora. Ya entonces había deseado con toda su alma ser uno de ellos. Uno de los amigos del rey captó su mirada y se separó del grupo. Se quedó frente a él, tambaleante, y se agachó para mirarle a la cara. Su abrigo tenía botones de plata. Y entonces el hombre le sacó la lengua.

Había corrido sin parar hasta llegar a casa.

Tal vez nunca lo habían considerado realmente como uno de ellos. Él había creído que lo aceptaban, y no solamente por respeto al rey. ¿Y si en realidad había sido el propio monarca quien había pedido que lo relevaran? No, eso no lo creía.

La habitación parecía más grande esa noche. El fuego no lograba iluminar los rincones. Los relucientes sillones clamaban a gritos que estaban vacíos.

Quizá el ama de llaves estuviese todavía levantada.

En el oscuro pasillo que iba a la cocina flotaba un olor a col hervida que le hizo arrugar la nariz. Abrió la puerta de un empujón. Una mujer dio un grito y retrocedió, asustada. Sonó un gran estrépito...

—Lo siento mucho —dijo la joven criada. Era rubia y menuda. Aniñada. Se agachó a recoger los trozos del plato y se los puso sobre el delantal—. No esperaba que fuese usted. Normalmente, no entra en la cocina...

—No te apures —la tranquilizó—. Sólo quería...

¿Qué?, ¿compañía?

—Necesito comer algo.

Ella le hizo una reverencia.

—Enseguida.

El resto de la velada lo pasó deambulando de una ventana a otra, a pesar de que no se veía absolutamente nada. Aun así, no tenía la paz mental necesaria para volver a sentarse.

La viuda regresó al día siguiente.

—Me han dicho que me buscaba —dijo ella—. Llegué anoche, ya muy tarde.

El sacerdote le indicó que se sentara. Ella se quitó el abrigo de piel y tomó asiento. Llevaba un vestido azul oscuro con cuello de lazo. Se había recogido el pelo en la nuca. En la chimenea ardía el fuego. La habitación ahora parecía pequeña y cálida y los sillones de relucientes colores resultaban acogedores. Era curioso cómo cambiaban las cosas a la luz del día, pensó el sacerdote. O quizá cuando había otras personas presentes.

—¿Ha tenido buen viaje?

—Sí, para lo que son los viajes...

Ambos sofocaron una risita.

—¿Así que fue a la costa? ¿Asuntos familiares?

Ella sonrió.

—Y a usted, ¿cómo le fue su viaje?

—Nada fructífero. Fuimos al campamento lapón.

—¿Fuimos?

—Me acompañó Maija Harmaajärvi. Ella y sus hijas. Ya sabe, los nuevos colonos finlandeses.

La sonrisa de la viuda pareció enfriarse. Dijo:

—He oído hablar de ellos.

—Fearless me aseguró que ninguno de los suyos intervino en la muerte de Eriksson. Y le creo. Pensar que pudieran haber recurrido a medidas tan drásticas por un asunto de tierras no parece verosímil. —Hizo una pausa—. De lo que nos hablaron, en cambio, fue de Daniel y Elin. ¿Sabía usted que Elin vino aquí con el hermano, o sea con Daniel, y no con Eriksson?

Ella entreabrió los labios, mostrando unos dientes pequeños y blanquísimos.

—Sí —dijo.

—¿Por qué no me lo contó?

—Temía que se tratara de un secreto de confesión. Anvar no era siempre tan cuidadoso como correspondía con lo que me contaba. Yo procuraba ser cautelosa. Lo comprende, ¿no?

Él asintió. Algunos sacerdotes hablaban más de la cuenta. Encontraba comprensible la lealtad de la mujer hacia su marido. Hacia la Iglesia. De hecho, era una actitud loable.

Ella se inclinó un poco y le tocó el brazo.

—Elin perteneció a Daniel hace mucho. Si yo creyera que sabía algo que pudiera arrojar luz sobre la muerte de Eriksson, no se lo ocultaría. —Su mano era cálida—. Sin considerar las circunstancias en las que hubiera adquirido esa información —añadió mirándolo a los ojos.

Él asintió de nuevo.

«Una mujer deliciosa», pensó el sacerdote cuando ella se fue. Era un placer tenerla cerca. Distinguida, virtuosa, capaz.

Sonó un carraspeo. El ama de llaves. Qué entrometida. Aunque la verdad era que nada funcionaría sin ella.

—Dígame.

—Creo que hubo algún problema anoche con Beatrice.

¿Beatrice?

—La criada.

Él seguía sin entender...

—Es torpe por naturaleza —explicó el ama de llaves—. Se le caen las cosas continuamente.

Ah, eso. Desechó el asunto con un gesto.

—Beatrice necesita el empleo, ¿entiende? Sus padres son pobres. Viven aquí porque ella tiene su trabajo.

Él asintió.

—Si no, me habría deshecho de ella hace mucho. Aunque no es que haya demasiadas candidatas entre las que escoger.

El sacerdote sintió una punzada de irritación. La mujer hizo ademán de retirarse.

—Espere —le dijo él—. ¿Cuánto lleva usted al servicio del sacerdote de esta iglesia?

—Quince años.

—No habrá muchas cosas que no sepa usted sobre la parroquia, después de quince años. —Sonrió con rigidez.

—Supongo que no.

—¿Sabía que Daniel y Elin estuvieron... juntos?

El ama de llaves —notó él— se debatió entre cierto sentido de la delicadeza exigido por su puesto y la oportunidad de chismorrear con el sacerdote. Pero ella no era una mujer delicada.

—Daniel y Eriksson intercambiaron la esposa —informó.

—No sabía que Eriksson tuviera mujer —replicó él, pasmado.

Ella frunció los labios.

—Quizá no —tuvo que reconocer—. Lo que es seguro al menos es que Elin vino al pueblo con uno de ellos, y luego se quedó con el otro.

—¿Qué opinaba el sacerdote anterior?

—No estoy segura de que se diera cuenta.

Claro que se habría dado cuenta. El viejo sacerdote lo había dejado correr. Quizá también él le tenía miedo a Eriksson.

—Otra cosa. Hubo un caso, hace muchos años, que aparece escuetamente en los libros como «K contra la Iglesia». ¿Sabe de qué podría haberse tratado?

El ama de llaves negó con la cabeza. Sus ojos destellaron; se relamió. El sacerdote se imaginó la consternación de la mujer ante la mera idea de haberse perdido algo. «Así pues, la reclamación contra la Iglesia, cualquiera que hubiese sido su naturaleza —pensó—, no había provocado habladurías». El anterior sacerdote había mantenido el asunto en secreto, y ni siquiera se lo había comunicado a su esposa.

«No sé qué estoy buscando —se dijo Olaus—. Es como andar a tientas en la oscuridad». Recordó lo que había dicho la viuda sobre el estado de su marido justo antes de morir.

—¿Se acuerda usted de la última vez que el anterior sacerdote fue al monte Blackåsen? —le preguntó Olaus al ama de llaves.

Ella asintió.

—Fue con el sacristán a celebrar la sesión de catequesis.

—¿Cómo estaba cuando volvió?

—Se sentó en ese mismo sillón donde está usted sentado y se echó a llorar.

—¿A llorar? ¿Está segura?

Ella volvió a asentir.

—«Mi buen reverendo, ¿qué ocurre?», le pregunté. «No llore». «¡Ay, querida Lydia! —me respondió él—. ¿Qué otra cosa puedo hacer con lo que he

descubierto?».

El sacerdote no acababa de creer que el diálogo se hubiera producido de aquel modo, pero le indicó que prosiguiera.

—«Dile a mi jornalero que prepare los caballos y el carruaje —me ordenó—. Debo ir al sur».

—¿Le dijo qué había pasado?

La mujer hizo un gesto negativo.

—«No quiero mancillar la pureza de su mente, querida Lydia», me dijo cuando se lo pregunté.

¡Ay, Dios!

El ama de llaves suspiró y miró al techo. Era uno de esos largos suspiros con un temblor a la mitad.

—Bien. Gracias —dijo el sacerdote.

Ella hizo una reverencia y su boca adquirió el rictus habitual.

—Ahora que la viuda... Sofia... ha vuelto de visitar a sus parientes, me gustaría invitarla un día a comer.

—Claro. —La mujer volvió a hacerle una reverencia—. Aunque Sofia no tiene ningún pariente.

Hizo el comentario tan de pasada que a Olaus estuvo a punto de escapársele.

—¿Qué quiere decir?

—Ella es huérfana. El sacerdote anterior decía que su Sofia no tenía a nadie más que a él.



—¿Alguna vez has visto a los muertos? —le preguntó su hija mayor.

—Claro que no —contestó Maija, que estaba sentada junto a la mesa. Era por la mañana, pero la noche todavía flotaba afuera.

Frederika, de pie, miraba por la ventana. Había algo en su rostro que Maija no reconocía. Y que no le gustaba.

—No te quedes delante de la ventana —le dijo—. No sé qué crees que vas a ver en la oscuridad.

Su hija dio un suspiro y fue a sentarse frente a ella.

—Los lapones ven las almas de los asesinados en la aurora boreal —dijo Frederika.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Creo que fuiste tú.

—¿Yo? No lo recuerdo en absoluto.

—¿Por qué lo dijiste, si no lo creías?

—Quizá entonces necesitaba creerlo —replicó Maija, irritada—. No lo sé.

—El sacerdote diría que ver a los muertos está mal.

Maija se levantó.

—Hija, no tenemos tiempo para estas cosas. Hay mucho que hacer. Tú y tu hermana tenéis que ponerlos a hilar la lana; y yo voy a colocar las trampas.

La noche había sido tremendamente fría, pero tranquila. Sin el aullido del viento, se oían los crujidos de los maderos de la cabaña. Costaba decidirse a salir. El cuerpo protestaba como, si por una vez, fuese a tener voz y voto. La conversación con su hija seguía resonando en el fuero interno de Maija. Encontró los esquís donde los había dejado, apoyados contra la pared de la casa; los colocó en el suelo y metió los pies en las correas.

«¿Alguna vez has visto a los muertos?». Vaya pregunta. Maija no sabía cuándo se había iniciado esa... tendencia de Frederika. Tal vez había sido cuando ella y su hermana habían encontrado el cuerpo de Eriksson. Tenía que hablar con ella. Tenía que poner fin a todo eso de inmediato; explicarle por qué era tan importante atenerse a la razón. Tal vez tuviera que explicarle lo que podía suceder cuando la gente no lo hacía. Que ella misma invocara a Jutta en su imaginación era otra cosa. Una mala costumbre. Jutta solía decir que cuanto más envejecías, más presente se volvía tu pasado. Y quizá fuera cierto.

«¿Alguna vez has visto a los muertos?». ¡Bah! Era evidente que era hija de su

padre.

No, qué afirmación tan horrible; y no era cierta, además. Frederika era la que más se parecía a ella. Y era fuerte. Ya de recién nacida, sabía lo que quería: cuánto quería comer y cuándo. Nunca la había necesitado tanto como Dorotea. Qué extraño. Frederika era la hija que Maija siempre había deseado tener, la que había salido a ella, la que tenía su carácter. Dorotea no se le parecía en lo más mínimo. Sus rasgos eran tan nítidos, tan puros, que le hacían pensar en el cristal. Y sus huesos eran finos. Maija pensaba que Dorotea era como un regalo. Nunca había esperado tener una hija como ella. Era un don del cielo. Y sin embargo, era Frederika la que nunca había sido del todo suya. Si Maija se le acercaba por la noche, se despertaba y se apartaba. Por el contrario, a su hija pequeña aún le gustaba tenderse a su lado y acariciarle el brazo con sus delgados dedos. «Dedos vagabundos», solían decir Maija y Paavo en broma, peleándose por el lado de la cama más cercano a Dorotea. Los pies de la niña buscaban los tuyos para calentarse, como ranitas heladas y diminutas.

Sus pies... Todavía tenía ampollas y zonas ennegrecidas, pero parecía estar mejor. No podía caminar mucho rato, pero se las arreglaba en los trechos cortos. Resistía bien el dolor, salvo cuando Maija le limpiaba las heridas. Entonces el sufrimiento la superaba y Dorotea lloraba, y su madre no podía hacer nada para aliviarla. Nada. La impotencia que sentía se transformaba en rabia en esos momentos. La enfurecía pensar que tuvieran que pasar solas todo aquello.

No habían recibido ni una sola carta de Paavo.

Se suponía que eran ellas las débiles. Se suponía que él debía preocuparse por ellas, y no al revés. Antes de que se casaran, era diferente. Entonces estaban al mismo nivel. Maija deducía que en algún momento tal vez le había permitido apoyarse en ella para coger fuerzas. Conocía a otras mujeres que no lo habrían aceptado. Aunque también conocía a otras que habían tenido que apechugar con mucho más.

Había un viento ligero y algo de luz en el cielo. La nieve colgaba un velo soñoliento sobre la ladera que descendía frente a la cabaña. Pondría un par de trampas cerca del río, alguna en el bosque y otras junto al marjal. Ya había repasado muchas veces mentalmente cuánta carne y cuánto pescado tenían almacenado. No bastaba para pasar todo el invierno. Había heno en abundancia para las cabras; si era necesario, podían matar algún animal, pero esperaba que no tuvieran que llegar a ese extremo. Los animales daban leche y ropa. Matarlos era entrar en una espiral descendente que resultaba difícil revertir. Cuando el río se congelara del todo, podrían pescar otra vez. Entretanto intentaría atrapar un conejo o algún pájaro. Tal vez había sido eso lo que había vuelto loca a Elin: la perspectiva de no tener suficiente comida para pasar el invierno.

El recuerdo de la reciente tormenta era una nube oscura que la acechaba en el fondo de la mente, pero había que seguir adelante, mantenerse en marcha, buscar otros medios de subsistencia. Se las arreglarían. Pero a decir verdad se había sentido mejor cuando el sacerdote estaba con ellas. Alguien con quien compartir las cosas:

aunque fuese la desesperación.

El hielo del río parecía bastante grueso. Se lo imaginó endureciéndose y aumentando de espesor bajo la nieve. Con unos cuantos días más de frío, podrían caminar tranquilamente por encima. En el bosque, de camino al marjal, encontró un rastro de conejo y colocó dos trampas cerca. Intentó visualizar al animal avanzando a saltos por su senda cotidiana, casi como si creyera que pensándolo pudiera convertirlo en realidad.

«¿Alguna vez has visto a los muertos?», pensó otra vez, presionando con las manos la boca dentada de hierro de la trampa. Apartó una capa de nieve para colocarla.

Puso todavía otra trampa al sur del marjal y, hecho eso, bajó esquiando hacia la ciénaga misma.

Una vez más, lo vio sólo en mitad del campo. Viró bruscamente con los esquís para arrimarse a una píceca y evitar que la viera. Gustav estaba hurgando en la nieve con un palo grande. ¿Para qué? Maija no creía que hubiera ningún pez en el marjal. Así pues, ¿qué andaba buscando?

Gustav echó a correr. Ella se sentó y lo observó. Corría con pasos torpes por la espesa nieve. Cuando estuvo más cerca, lo oyó jadear y gimotear. De pronto cayó de hinojos y aulló hacia el cielo hasta que se le quebró la voz.

Maija temblaba de pies a cabeza. Era horrible escuchar los gritos de un hombre hecho y derecho.

La guerra. No se le había ocurrido que los soldados también podían sufrir daños. Ella sólo había pensado en la angustia y el sufrimiento que iban sembrando allá donde iban. Tal vez antes de la guerra, Gustav había sido normal.

Estaba cansada cuando llegó a la granja y clavó los esquís en el montón de nieve del porche. Había una gruesa rama clavada también, e hizo ademán de cogerla.

—¡No la toques! —gritó Frederika, que venía del establo con un cubo en la mano.

—¿Por qué?

—Porque voy a usarla.

Maija estaba cansada y tenía frío, y no preguntó nada más.



Cuando Olaus llegó, la viuda estaba cortándole el pelo a su criada. Ella lo llevaba recogido en la nuca. Se reía y tenía las mejillas encendidas.

—Bueno, ya está. —Le quitó la toalla de los hombros a la criada—. Como nueva. La chica se tocó la nuca rapada y se retiró con una reverencia.

Ella sonrió al sacerdote.

—Había que hacerlo. Y ahora usted —dijo indicándole la silla que tenía delante—. Vamos a aprovechar, ya que estamos. No podemos tener un sacerdote con aspecto desaliñado.

Él tomó asiento. La viuda humedeció el peine en el cuenco que tenía sobre la mesa de la cocina y le alisó el pelo. Él notó que el agua le resbalaba por la garganta y le goteaba sobre el esternón. Se le puso la carne de gallina. Detestaba que le cortasen el pelo en invierno. Ella tomó un mechón entre dos dedos y se lo cortó un poco por debajo de la barbilla.

—Su viaje a la costa... —dijo Olaus.

—¿Mmm?

La viuda le pasó un dedo por el cuero cabelludo, cogió otro mechón.

—¿Dijo que había ido a ver a su familia?

Ella no respondió.

Olaus giró la cabeza a medias, pero no podía verla. El ¡chac, chac! de las tijeras lo adormilaba.

—Creía que no tenía ningún pariente.

Sofía dejó de cortar. Esperó un poco, rodeó la silla y se situó frente a él. Su figura se destacó sobre la oscura ventana, flanqueada por unas cortinas verdes de algodón.

—No —respondió mirándolo a los ojos y cruzando los brazos—. No tengo ningún pariente.

—Entonces, ¿por qué me mintió?

Ella lo miró boquiabierta y exclamó:

—¿Mentir? Yo no le mentí. Usted dio por supuesto que había ido a ver a mi familia y yo no le corregí.

—A mí me parece que eso cuenta como una mentira.

Ella movió la cabeza y volvió a situarse detrás de la silla. Le tiró del pelo con los dedos.

—De hecho, fui allí por usted —afirmó.

Él intentó girarse, pero ella le sujetó la mejilla sin excesiva delicadeza.

—Es demasiado joven y demasiado bueno para consumirse aquí. —Soltó un mechón, tomó otro. Ahora con eficiencia—. Yo no acababa de entender por qué

quería Karl-Erik que fuera usted quien investigara la muerte de Eriksson, en lugar de las autoridades de la costa.

—Quizá pretendía evitar que se propagase el temor —insinuó él.

—Es posible. Pero al no comunicárselo a las autoridades, él mismo se convierte, en el fondo, en culpable de un delito. Y un obispo que comete un delito puede acabar siendo relevado.

Hablaba con un tono afable, como si quisiera reducir el impacto de sus palabras. Pese a ello, dejó al sacerdote consternado. Acusar a alguien situado más arriba en la jerarquía establecida por Dios venía a ser como acusar a Dios mismo. Además, él había creído que la viuda y el obispo tenían una estrecha relación.

—Cabía la posibilidad, pues, de indagar entre las personas situadas en los lugares adecuados para ver si un joven sacerdote, un antiguo sacerdote de la corte, podría resultar más adecuado para ocupar el puesto.

Él se giró de nuevo. Esta vez ella se lo permitió.

—¿A quién se refiere? ¿Al rey...?

—Me refiero a algunos amigos de mi difunto esposo —aclaró Sofia—. Amigos míos.

Olaus no pudo evitar cierta decepción.

—Cierre los ojos —indicó ella, y le peinó el flequillo. El frío borde de las tijeras le presionaba con fuerza mientras se las deslizaba a lo largo de la frente.

—Mi esposo estaba aquí por propia voluntad —continuó la viuda—. Se sentía llamado a cumplir una misión. Pero hubo una época anterior en la que era más ambicioso, y entonces tuvimos muchos contactos.

Lo dijo con un tono neutro, pero el sacerdote se imaginó que para ella debía de haber representado una gran decepción la posterior vocación pastoral de su marido.

—Usted no tiene por qué quedarse aquí, pero necesita nuevos amigos —añadió ella—. El rey no es el hombre más... constante del mundo en lo que a amistades se refiere.

Él recordó una ocasión en la que había aparecido un nuevo personaje en la pequeña camarilla de la corte. El soberano estaba entusiasmado con su nueva adquisición. A él, en cambio, no le había gustado el recién llegado; la ambición brillaba claramente en sus ojos. Durante la cena, uno de los veteranos, Maximilian, le había hecho una seña discreta. «No te preocupes —le había dicho con una sonrisa en los labios—. El rey se cansa enseguida. Pronto habrá desaparecido».

Pero, por el contrario, el que había desaparecido de la corte había sido Olaus Arosander.

La viuda le dio unos golpecitos en el hombro y dejó las tijeras sobre la mesa de la cocina. Cuando fue al fregadero a vaciar el cuenco de agua, el sacerdote observó cómo le ondeaba el vestido morado sobre el suelo. El pelo recogido se le había soltado y le caía sobre los hombros. «Nuevos aliados», pensó. Aliados que habrían de llegar sin duda a cambio de ciertos compromisos.

—Entonces, ¿qué propone que hagamos? —preguntó.

Ella giró la cabeza para mirarlo y sonrió.

—En la costa, los mercados se celebran unas semanas antes de los nuestros: tanto del próximo como del mercado del día de la Anunciación. —Se habían sentado ambos en un banco frente a la mesa del salón. Ella se balanceaba en el borde, con una pierna cruzada sobre la otra. Sobre la mesa tenía desplegados todos sus dibujos—. La gente del sur va a comerciar con los *birkkarlarna*, los mercaderes, que más adelante vienen a su vez a comerciar con nosotros. Este año decidí ir yo también para ver a mis viejos amigos y averiguar las últimas noticias. —Le dirigió una sonrisa—. Y les hablé de un extraordinario nuevo sacerdote de Laponia que debería llegar lejos.

Él carraspeó.

—También me llevé mis dibujos.

El pie de Sofia, calzado con zapato de tacón, oscilaba en el aire. El fuego crepitaba en la chimenea.

—Había algo extraño en Eriksson —dijo ella—. Era un hombre muy insolente. Aunque yo era la esposa del sacerdote, me sostenía la mirada un poco más de la cuenta cuando nos veíamos.

Dio un resoplido y le miró. El sacerdote era consciente de que debía indignarse, pero no lo hizo.

—La gente de Blackåsen le tenía miedo. Yo siempre me pregunté cómo se explicaba su dominio sobre los demás, y deduje que nos convenía conocer mejor el pasado de los colonos. Debo reconocer que lo que averigüé resultó más bien divertido.

Señaló el dibujo de Gustav y lo situó en fila con los demás.

—¿Qué averiguó?

Sofia cogió el dibujo.

—Un teniente amigo de mi esposo reconoció a Gustav. Había sido soldado de su regimiento. Al parecer, lo dieron por muerto en la batalla de Fraustadt.

Fraustadt. Según esa noticia, Gustav y el sacerdote habían estado en el mismo lugar: una de las grandes victorias de Suecia. Sí, murieron centenares de soldados suecos, pero del otro lado habían sucumbido miles de eslavos de Sajonia, Polonia y Rusia. Gustav habría desertado, o bien habría sido capturado.

—Su viuda y su hijo se vieron obligados más tarde a abandonar la pequeña granja que tenían. Y murieron durante la peste.

Pobre diablo. Olaus se preguntó cómo habría descubierto Gustav lo de su familia.

Ella cogió otro dibujo y se lo mostró. Nils lo miraba con hosquedad desde la hoja.

—Nils era funcionario. Su padre fue ennoblecido durante el reinado del padre del rey. Pero la más interesante es Kristina...

Buscó entre los dibujos esparcidos por la mesa y encontró el retrato: una mujer

rubia y corpulenta con ojos de acero.

—Kristina procede de una de las familias aristocráticas más antiguas —dijo Sofia—. *De la Gardie* —pronunció con afectación.

—¿Magnus Gabriel de la Gardie? —preguntó él, incrédulo.

Ella se echó a reír y contestó:

—Era su abuelo.

El sacerdote soltó una risita. La familia De la Gardie había sido la más afectada cuando el padre del monarca redujo los privilegios de la nobleza. Su caída en desgracia había resultado realmente espectacular.

—¿Y qué hay de Nils?

—Lo suyo eran los sobornos —dijo ella.

Ah, las influencias que se ejercían sobre la corona eran innumerables. Todo el mundo deseaba una porción. El sacerdote no había tenido más remedio que coincidir a veces con quienes decían que mientras el rey combatía en el extranjero, la verdadera guerra se estaba perdiendo en casa. El rey consideraba esos comentarios como una traición. «Cree en mí, o me traicionas».

—Mi amigo me dijo que Nils fue demasiado lejos. En un momento dado, antes de que el rey pusiera fin a sus privilegios, él parecía el dueño de Estocolmo.

Olaus recordó la solicitud que le había hecho Nils para construir un pueblo en Blackåsen. Un intento, probablemente, de crearse otra vez un pequeño reino para él.

—¿Algo más?

Ella negó con la cabeza y añadió:

—También pregunté a mis amigos sobre el obispo. Sabían de él, claro, pues forma parte del Consejo Privado, pero nadie tenía mucho que contar. Me dijeron que en el Consejo casi siempre guarda silencio. El soberano parece mantener respecto a él una posición neutral. Alguien me dijo que a algunas personas, en el sur, el obispo las había impresionado... que pocos hombres de la Iglesia sabían mostrar tanta misericordia. Aparte de eso, nada más. Y nada sobre Henrik o Daniel.

—¿En qué circunstancias?

—¿Cómo?

—¿En qué circunstancias mostró el obispo misericordia?

—No lo sé.

—De la Gardie —repitió él asintiendo.

Ambos se quedaron callados. El sacerdote pensó en Gustav. Así que los muertos reaparecían en Blackåsen. No le sorprendía lo más mínimo.

—Bueno, ¿qué propone ahora? —dijo él, al rato.

—Hacer amigos —respondió Sofia—. Cuando se celebre nuestro mercado, le presentaré a algunas personas: sobre todo al recaudador de tributos, Mårten Broman. Él conoce a todo el mundo en el sur. Mientras tanto, quizá debería ir a ver a Nils y a Kristina. El mundo de la nobleza es muy pequeño. Es probable que todavía tengan contactos.

Ella le apoyó la mano en el brazo. Él se puso tenso y evitó mirarla. Se dio la vuelta para contemplar el fuego.



—Voy a vaciar las trampas —dijo Frederika a su madre.

—Pero si las puse ayer.

La muchacha se sacudió el zapato contra la jamba de la puerta.

—Quiero ver si todavía funcionan. Y quién sabe...

—De acuerdo —dijo su madre—. Pero Dorotea se queda aquí.

—Ah, bueno —Frederika fingió que lo lamentaba.

Maija la observaba con atención. Ella cogió el gorro y se lo ciñó bien para ocultar los ojos.

—Hasta luego —murmuró.

Cruzó el patio, aguzando los oídos, casi esperando que sonara la voz de su madre diciéndole que se detuviera. Cuando llegó al bosque, echó a correr. No le gustaba mentirle a su madre. Hacía algún tiempo, si lo hubiera intentado, Maija se habría dado cuenta. Pero, últimamente, había descubierto con una mezcla de excitación y tristeza que podía hacerlo y salirse con la suya. Quizá era que su madre se estaba haciendo vieja, o que tenía la mente ocupada en otras cosas. Lo cierto era que veía y oía menos que antes.

Ya no estaba lejos de la granja de Elin, pero se vio obligada a aflojar el ritmo. Le palpitaba el brazo y temía que la herida volviera a sangrar. Se la había limpiado bien, había juntado los bordes del corte y se había vendado firmemente el brazo con una tira de tela. Pero era una cuchillada grande y no estaba segura de que la venda fuese a aguantar en su sitio. Si no, no le quedaría más remedio que contárselo a su madre y habrían de coserle la herida. Confiaba en que no hubieran de llegar a ese extremo. Tenía que librarse de Eriksson por su propia cuenta antes de que sucediera algo aún peor. Tenía que averiguar qué le había ocurrido. Y parecía que Eriksson quería que empezase por Elin.

Pasó largo rato observando la cabaña de Elin y planteándose si se atrevería a entrar. Al final, pensó en Eriksson y suspiró. Había que hacerlo. Cruzó el patio. No se percibía ningún movimiento. De hecho, estaba todo demasiado silencioso. Se armó de valor, apretó el paso. Subió los escalones del porche. No sabía bien si lo más maligno estaría dentro o fuera.

La cabaña había quedado como detenida en el tiempo. Las tablas del suelo eran de un blanco inmaculado y no crujían ni rechinaban al caminar; eran completamente mudas. Las paredes estaban relucientes. Había rosas de hielo en las ventanas. La chimenea abría sus fauces negras. Sintió un escalofrío. Elin había descubierto algo;

algo que la había destruido. ¿Tal vez la identidad del que había matado a Eriksson? Pero en ese caso, ¿por qué no se lo había contado a nadie?

Frederika abrió los cajones de la cocina y sacó los cubiertos. Nada. Había un cesto en el suelo, junto al banco de la cocina, que contenía un ovillo de lana, unas tijeras y unas agujas de tejer. Alzó las macetas, con sus plantas marchitas; pasó los dedos entre las hierbas congeladas que había en un arca de madera; buscó entre la leña del cesto de la chimenea. Acarició el respaldo del banco con la yema de los dedos.

«¿Cómo averiguaste lo que te trastornó tanto? —le envió ese pensamiento a Elin—. Tú y tus hijos apenas salisteis de la granja después de aquella vez que te encontré en el río. No vinisteis a segar las juncias. La única vez que te vieron fue en la iglesia, y ya nadie más habló contigo».

Miró hacia el dormitorio. Se resistía a entrar. Su madre le había explicado que había sido ahí donde había ocurrido todo. ¿Y si aún quedaba algo ahí dentro? Apretó con fuerza los dientes y se acercó a la puerta. Asomó la cabeza, con el corazón palpitante, dispuesta a salir corriendo. Pero la habitación estaba vacía; tan vacía que parecía incluso posible que nadie hubiera vivido allí. Nada indicaba que esas paredes hubieran presenciado la pura desesperación. Y la sangre que se hubiera derramado sobre ellas se había vuelto de color marrón.

Habían quitado la ropa de cama, pero Frederika levantó los colchones manchados, uno a uno, para mirar debajo. No había nada. Abrió los armarios, fue sacando las ropas, las sacudió. Lo mismo hizo con las sábanas. Nada. En el alféizar de una ventana había varias piedras y unos palos con los que probablemente debían de jugar los niños.

Recordó lo que Eriksson había dicho sobre los dones que tenían las personas «de su especie». Puso las manos planas sobre la pared helada. Inspiró hondo, cerró los ojos. «¿A quién se encontró Elin? —preguntó—. ¿Alguien la visitó?». Las paredes de madera se mantuvieron en silencio.

¡Ah, qué tontería! Se apartó de la pared.

Además, nadie habría ido a visitarla. La gente temía a Elin tras la muerte de su esposo.

«Aparte del asesino, claro —pensó en ese momento—. Él sí que habría sabido que no había nada que temer».

«Descubriste algo —continuó pensando Frederika—. Algo que te destruyó, pero que aun así no contaste a nadie. Debías de estar asustada de verdad».

La luz se estaba yendo deprisa. El ambiente ya se llenaba de sombras cuando llamó a la puerta. Eriksson se había referido a lo que estaba «dañado». Y, además, había otra persona que ella consideraba «dañada».

Gustav abrió la puerta.

—¿Puedo pasar? —le preguntó.

La cicatriz que tenía bajo la nariz le mantenía la boca abierta. Frederika dio un paso y él la dejó entrar al vestíbulo.

Debería haber pensado de antemano lo que iba a decirle.

—Quería preguntarle sobre Elin —dijo.

Él la miró fijamente y contestó:

—Yo no conocía a Elin.

Podía estar mintiendo, pensó ella. Trató de captar su mirada, tal como Jutta le había enseñado, para ver lo que había dentro. «Relájate —le había aconsejado Jutta—. Intenta entrar flotando en mis ojos y dime qué ves».

Era a finales de verano. Hacía calor y las moscas zumbaban en torno a ellas.

Frederika había soltado una risita.

—Ahora en serio —le dijo Jutta.

Ella se concentró.

—No —protestó Jutta—. Así no. Sin tanta fuerza. Flota. Relájate.

Frederika lo había intentado una y otra vez. Al fin, se había dado por vencida y se había tumbado boca arriba. La cabeza de Jutta, por encima de ella, le tapaba el sol; el ralo cabello le oscilaba en torno al rostro como el halo de María en el cuadro de la iglesia. Frederika percibía el olor del cabello: algas, manzanilla. Deseaba hundir la nariz en él. Y entonces, de repente, entró flotando en los ojos de Jutta y vio lo que había allí: un amor puro y rojo y una niña pequeña llamada Frederika.

Se había echado a reír. Jutta sonrió, pero un momento nada más.

—Usa este don con cuidado —le había dicho—. La mayoría de las veces los secretos son horribles.

Ahora Frederika miró a Gustav a los ojos de la misma manera. Le sonrió. Al principio, los ojos de Gustav eran azules. Un mar. Las ondas formadas por un pez al zambullirse.

No, no eran ondas. Era una abertura. Un agujero en la tierra. ¿La madriguera de un animal? Había grilletes adosados a un muro de piedra. El hierro, sucio y ennegrecido.

Dolor. Un dolor tan inmenso que ella ni tan siquiera sabía que existiera.

Frederika caminó hacia atrás. Y corrió.

Corrió con todas sus fuerzas por la orilla del lago y se internó en el bosque. Le dolía la garganta. Sus jadeos resonaban como sollozos.

No lejos de casa, unas manos la sujetaron de golpe. Ella dio un chillido. Era Antti. Siguió gritando igualmente. Él la hizo girar en redondo y la abrazó.

—Veo a Eriksson —gritó Frederika.

Antti se puso tenso, pero no la soltó.

—Lo veo —repitió ella—. Y oigo hablar a la montaña.

Él continuó callado.

—Eriksson no es bueno —dijo Frederika.

Antti la soltó. A ella, sin su abrazo, le entró frío.

—Se supone que los muertos viajan —dijo el joven lapón—. Si se quedan, traen problemas.

—Pero ¿qué es lo que lo retiene aquí?

—Tú lo ves; o sea que eres tú.

¿Cómo podía decirle algo tan espantoso? Antti la empujó para que caminara y siguió empujándola para que no se detuviera.

Su voz sonó detrás de ella:

—No podía dejar de pensar en ti. Me hiciste unas preguntas... Si los espíritus te están llamando, Frederika, debes responder.

Ella trató de hacer oídos sordos.

—Es para protegernos —insistió él—. A todos. Los signos son terribles. Tú puedes ayudarnos.

Hizo una breve pausa.

—Fearless tenía hace tiempo un tambor. Le servía para viajar entre los mundos. Era su arma más poderosa: lo mantenía vivo. Pero cuando se hizo cristiano, lo quemó.

Llegaron al patio de la granja. Frederika continuó caminando porque sabía que él no la seguiría. Antti permaneció entre las sombras del bosque.

Ella se volvió una vez.

—Eriksson es malo. ¿Por qué se fue Elin con él? —preguntó.

Imaginó que Antti movía la cabeza. Cuando él respondió, lo hizo con voz vacilante:

—En verano, algunos renos no quieren marcharse cuando llega el momento de que salgan a vagar por su cuenta. Quizá Elin se sentía más a salvo en cautividad.

Aunque no podía verlo, Frederika notó en ese momento que la herida del brazo le sangraba de nuevo.



En noviembre el tiempo se volvió todavía más frío, aunque pareciera imposible. El aire era tan gélido que los orificios nasales se les quedaban pegados al inspirar. En las mejillas y los lóbulos de las orejas tenían zonas cubiertas de escarcha. A las cabras les crecía en el cuello un pelo tan largo y espeso como el de un perro. Los días seguían acortándose. La oscuridad se prolongaba un poco más cada mañana, rondaba junto a los escalones del porche, se aferraba a las ramas congeladas de las píceas. Y cada noche regresaba más temprano.

—¿Cuánto tiempo durará el frío? —preguntó Frederika—. Quiero que se acabe ya.

—La noche se impondrá del todo —dijo su madre. Estaban trabajando las dos en la leñera. A Maija se le había ocurrido en los últimos días que, si era necesario, podían poner serrín en el suelo de la cocina para absorber la humedad y colocar encima otra capa de planchas de madera—. Pero sólo se impondrá unas semanas —añadió—. Al fin dará media vuelta y nos aproximaremos lentamente hacia el verano.

Esa lenta aproximación duraría varios meses. Pero eso no lo dijo. ¿En qué estaba pensando cuando le había dicho a Paavo que podía dejarlas allí?

Pateó el suelo. «Tú mantente firme —se dijo a sí misma—; tampoco te va tan mal». Los senderos de la cabaña hasta los cobertizos y el establo estaban despejados de nieve. Los pesebres de los animales rebosaban de hierba seca. Quedaba comida congelada en el almacén de víveres, al menos la suficiente para un par de semanas; tal vez para tres, si la racionaban. Habían atrapado dos faisanes con las trampas. Y ahora, con las planchas de serrín descongelándose en la cocina, su hogar tenía un olor veraniego a madera cortada y agua fresca. Las cosas no iban tan mal. Aparte de los pies de Dorotea, claro. La niña parecía más animosa, pero la putrefacción de la piel proseguía. Ese pensamiento trituraba todos los demás.

Dorotea abrió la puerta y dijo:

—Mami, viene alguien.

Nils la estaba esperando en el patio.

—Buenos días, Maija —la saludó.

—Buenos días —respondió ella, maldiciendo por dentro, pues apenas pudo contener el impulso de hacerle una reverencia.

Él llevaba un abrigo de piel de pelo largo. Se le veía cómodo, abrigado, orondo. Ella apretaba los puños bajo el jersey. La piel de sus manos era roja y escamosa.

—Ahora se ha llevado a Elin —dijo Nils.

—¿Cómo? —No lo seguía.

—La montaña.

—Eso es absurdo. Ella se mató.

—Lámelo como prefiera, pero esta montaña está acabando con nosotros, uno a uno. Nos hiere a todos de un modo u otro. Y una vez debilitados, se nos lleva.

—Elin acababa de perder a su marido. No veía salida. Otros más fuertes que ella han tomado ese mismo camino.

—No. Supongo que recordará que hablamos de formar un pueblo. Si nos unimos todos, nos tendremos unos a otros para ayudarnos. Hemos de hacerle frente.

—¿Hacerle frente... a qué?

—Estoy convocando a todos los colonos a una reunión en mi casa, pasado mañana a mediodía. Me han dicho que Paavo se fue a la costa, así que la invito a venir a usted.

Maija estaba decidida a no involucrarse más en la búsqueda del asesino de Eriksson. Sus dedos, sin embargo, como movidos por voluntad propia, hurgaron hasta encontrar el bolsillo y se cerraron en torno al trozo de vidrio que volvía a guardar allí. La asaltó la idea de que si había seguido llevándolo encima era porque no había pensado darse por vencida, en realidad. Lo sacó.

Nils lo miró.

—Los lapones dicen que esto es suyo —dijo Maija.

—Los lapones... —Guardó silencio un momento—. Bueno, entonces supongo que lo será. —Se quitó los mitones y abrió la mano.

Ella no se lo dio aún.

—Lo encontré en el lugar donde mataron a Eriksson —afirmó mirándolo a los ojos—. Allá arriba, en el claro.

Nils soltó una risa seca y se encogió de hombros.

—Hay un sitio allí que llamamos el Trono del Rey. ¿Lo conoce? Ofrece una vista preciosa. Todo el mundo sabe que voy a sentarme a ese lugar a menudo. El vidrio se me debió de caer. —Volvió a ponerse los mitones—. Nos veremos en la reunión. —Antes de irse, señaló la cabaña—. Si amontona nieve contra las paredes, verá que actúa como aislante.

Maija se acordó de golpe de Daniel. Claro: era eso lo que estaba haciendo cuando habían ido a verlo con el sacerdote. Suspirando, lo añadió a la lista de las cosas que debería haber sabido y, en cambio, había ignorado hasta ahora.

Hacía mucho más frío en el valle que en la montaña. Era como si hubiese rodado por las laderas y formado un depósito gélido abajo de todo. Igual que la primera vez que había ido a la granja de Daniel, fue el perro quien le salió al encuentro. Esta vez con menos bravuconería. Llegó corriendo, le ladró un par de veces y se dispuso a acompañarla. Corría con las orejas apuntando hacia delante. «Quizá una podría

acostumbrarse a ti», pensó Maija. El animal alzó los ojos, como diciendo: «¿Tú crees?».

Daniel y Anna estaban dentro. En cuanto Maija abrió la puerta, el perro la adelantó y se tendió junto al fuego. Daniel interrumpió su labor y miró ceñudo al animal.

—¿Puedo pasar? —solicitó Maija.

Daniel volvió a concentrarse en el trozo de madera que estaba tallando con un cuchillo. Estaba tenso. Ella habría deseado decirle que no estaba allí para hacerle más preguntas sobre Elin.

—Quería ver cómo te encontrabas —le dijo a Anna.

La mujer se encogió de hombros. Estaba pálida y ojerosa, y todavía conservaba la redondez del embarazo. Maija sabía lo que era moverse con esa corpulencia a cuestas, sentirla cada vez que dabas un paso o movías un brazo: un recordatorio constante de lo que, finalmente, había acabado en nada.

—¿Quieres que compruebe cómo estás? —preguntó.

Se produjo un silencio incómodo.

Daniel se levantó. Ya en la puerta, se dio una palmada en el muslo y el perro lo siguió afuera.

Maija señaló la cama; Anna se sentó en el borde, se quitó los zapatos y los pantalones y se tumbó. Maija puso un poco de agua en un cuenco; se lavó las manos y se las frotó bien para calentárselas.

—¿Tienes un trapo limpio? —preguntó.

Anna le señaló un arcón de madera. Maija cogió lo que necesitaba y le alzó la camisa a Anna hasta el estómago. Aún estaba hinchada, pero al menos no tenía desgarros.

—El invierno es frío aquí —dijo Maija, dejando que sus manos hicieran su trabajo.

—Este año es más frío de lo normal. —Anna miraba el techo—. Nunca había visto un frío como este antes de Año Nuevo.

—¿Lo sacaste todo? —preguntó Maija.

Anna asintió. Una lágrima solitaria le resbaló por la mejilla, pero ella no dijo nada.

Se quedaron las dos calladas. Maija le bajó la camisa y fue a lavarse las manos. Cuando terminó, Anna ya se había vestido.

—Gracias —musitó.

Maija negó con la cabeza, como diciendo que no hacía falta.

—Quiero decir, gracias por preocuparte.

—Según mis conocimientos, no hay daños —dijo Maija—. Ningún daño físico.

—No resultó doloroso. Era como si el niño no encontrara asidero dentro de mí.

—Ocurre a veces. Ojalá supiéramos por qué.

—No tiene sentido darle más vueltas, supongo. —Anna se acercó a la mesa de la

cocina y se sentó en el banco.

—No trabajes demasiado —le aconsejó Maija—. Procura reposar cuando puedas.

—Pensaba ir mañana a la reunión de Nils.

—Si te sientes con fuerzas para caminar...

Anna alisó con los dedos los flecos del mantel.

—¿También ha ido a verte a ti? —preguntó.

Maija asintió y se sentó frente a ella en silencio.

—Eriksson, Elin y ahora nuestro bebé... —La voz de Anna se quebró. Se sorbió la nariz y se frotó la frente con la mano—. Quizá Nils tenga razón. Quizá sea la montaña.

—Son hechos independientes, Anna. No es un conjunto.

—Pero son demasiados.

Maija vaciló. Anna acababa de perder un hijo. Optó por cambiar de tema.

—¿Cómo era Eriksson? —preguntó.

Anna volvió a jugar con los flecos del mantel. Suspiró. Le sostuvo la mirada a Maija mientras cedía y se decidía a hablar:

—Venía por aquí de vez en cuando. Se quedaba unos minutos. Él hablaba y yo continuaba con mis tareas.

—¿Por qué venía?

—Era su modo de arreglar las cosas, quizá. Creo que quería convencerme de que él no tenía la culpa de la ruptura con su hermano. Por alguna razón, creo que era importante para él.

Anna llevaba suelto su largo cabello castaño; sus ojos azules parecían más grandes. Sorprendía descubrir que lo que habías considerado rudeza en una persona era, de hecho, resistencia; que lo que habías considerado hostilidad era cautela.

—Eriksson no era tan malo —añadió—. Resultaba divertido por su modo de pensar, y también por las historias que contaba.

—Deduzco que no se llevaba bien con Nils.

—Los dos estaban acostumbrados a mandar. Pero Nils era un noble. Era quien tenía el mando.

—Lo cual debía de molestar a Eriksson.

Anna sonrió y dijo:

—No. Yo creo que él esperaba su momento.

Maija la miró con extrañeza.

—Él lo sabía todo sobre cada uno de nosotros. Se preocupaba de averiguarlo. Y lo usaba contra la gente para salirse con la suya.

Maija recordó lo que el sacerdote había dicho: «Todos ustedes han venido huyendo de algo o de alguien». Pero no parecía tan fácil descubrir lo que la gente había decidido ocultar.

—¿Cómo lo hacía? —preguntó.

—Viajaba a la costa para comerciar con los *birkkarlarna*, los mercaderes, incluso

fuera de temporada. Quizá sólo le contaban chismorreos. Pero yo creo, sobre todo, que era muy perspicaz. Era como si husmeara la debilidad de la otra persona. Intuía algo y seguía indagando. La última vez que lo vi, acababa de volver de la costa. Parecía muy ufano de sí mismo, decía que había descubierto un secreto. Algo muy gordo sobre un pez gordo, dijo. Yo supuse que tenía que ver con Nils.

—¿No tienes idea de qué se trataba?

Ella negó con la cabeza.

—¿Cómo es posible que Elin se quedase a su lado?

—A mí no me sorprende que se quedara con él. —Anna titubeó—. Eriksson... era único. Y además, había algo retorcido en su relación. Siempre que los veías juntos, él actuaba como si ella no existiera. Y ella misma actuaba como si no existiese.

—¿Qué quieres decir?

—Ni yo misma estoy segura. ¿No has observado que algunas personas han sufrido tantas malas experiencias que, al final, ya sólo entienden los maltratos? Yo siempre supuse que en el pasado de Elin había habido algo así y que por esa razón seguía a su lado. Para ella no existía nadie más. Y cuanto más desagradable se ponía Eriksson con ella, más trataba de complacerlo. Sí —prosiguió Anna—, él podía resultar divertido. Pero tenía otro lado: un lado cruel. Será una tontería, pero a veces yo pensaba que la montaña vivía en él. O a través de él.

Estuvieron un rato en silencio.

—Si fue ese algo lo que lo mató, entonces debemos formar un pueblo —dijo Anna.

Maija deseaba decirle que esa clase de miedo no desaparecía cuando la gente se unía. Todo lo contrario, aumentaba, se inflamaba. Se adueñaba de la situación y exigía sacrificios. Era lo que había ocurrido en Ostrobotnia.

Se puso de pie.

—Lo que mató a Eriksson no fue «algo» —aseguró—, sino alguien.

«Un solo tajo —pensó de regreso a casa—. Un tajo profundo, asestado sin vacilación». Si alguien mataba de ese modo era o por falta de sentimientos o por un exceso de ellos.

¿Nils poseía un estoque? Claro que sí. Debían de haberlo criado con uno de ellos en la mano. Pero eso no significaba nada. Había habido muchas guerras, y muy largas. La mayoría de los hombres habían estado en el ejército y poseían armas del mismo tipo. Muchos habían desertado. El propio Paavo lo había hecho, sin llegar a ver nunca el campo de batalla. Él y otros aldeanos se habían ido una mañana y habían vuelto a los dos días. Ella debería haberse alegrado, pero había sentido algo más. Desilusión, tal vez. Desilusionada con quién o con qué, no lo sabía. El estoque que Paavo había llevado a casa lo había usado para mantener cerrada la puerta del establo cuando se rompió el pestillo.

«Quizá es simplemente que no me gustan los nobles —pensó—. Aunque un secreto muy gordo sobre un pez gordo... Sí, podría haberse tratado de Nils».

Divisó la granja entre los árboles, pero siguió adelante. Antes de regresar, quería echar un vistazo a las dos trampas que había armado junto al marjal. «Por favor —rogó, pero enseguida se reprendió a sí misma—. Siempre haces lo mismo: rezar para recibir un favor, cuando lo cierto es que nunca te sirve de nada. Se te hace un nudo en el estómago de tanto desear. Para que luego vayas diciéndole a Frederika que se atenga a la razón, cuando tú misma no eres capaz de hacerlo».

La ladera sur de la montaña no había sufrido la acción del viento, de manera que la nieve estaba lisa e intacta. Y la nieve misma era como una sucesión de capas de polvo blanco. Maija se hundía al caminar. Había de levantar las rodillas a cada paso, y no paró de jadear hasta que encontró un ritmo adecuado.

Al llegar al marjal, tuvo que buscar un rato. Con la nieve nueva, el terreno cambiaba; o más bien, todo parecía igual. Encontró la primera trampa y suspiró al ver que estaba vacía. En la segunda había un pájaro. Era diminuto, y el cuerpo estaba congelado y completamente blanco. Le sacudió la nieve y lo sostuvo cerca del rostro. «Bueno, no es que seas para dar gritos de alegría», le dijo. En circunstancias normales habría dejado una presa tan pequeña para las alimañas, pero esta vez no lo haría. Una sopa. Al menos le daría cierto sabor a carne. Dio medio vuelta y echó a andar hacia casa.

Le dolían las piernas. Cuando llegó a la base de la montaña, continuó descendiendo, en vez de atajar. El camino sería más largo, pero también mucho más fácil si encontraba su propio rastro y lo seguía hasta casa.

Le costó un poco hallarlas, pero más abajo, entre los pinos, estaban en efecto sus propias huellas: depresiones a intervalos regulares en la nieve azulada.

De repente se detuvo en seco.

Había otras huellas dentro de las suyas.

Se acercó y se agachó a mirar.

Lobos.

Todavía agazapada, escrutó el bosque.

Las marcas indicaban que eran varios, tres o cuatro. Adultos. Habían estado siguiendo sus huellas por lo menos desde aquel punto. Iban de caza. No. Los lobos no cazaban personas.

Se incorporó y echó a andar. Ahora deprisa y concentrada en su propio rastro. Miró hacia atrás. Nada. Todavía no. Ya no estaba lejos de casa. La nieve ahí era menos profunda. El aire frío le escocía en la garganta. Redujo el ritmo de la respiración y se acordó de los renos de los lapones.

¡Dios! No, no debía pensar en eso. Eriksson. Nils. Se enojó a propósito para espantar esos pensamientos. Había que afrontar los hechos, se dijo, dejándose llevar por la irritación, entregándose a su impulso. «Debemos averiguar la verdad y no permitir que el miedo se adueñe de nosotros». Ya divisaba la cabaña entre los árboles.

Sonó un lento aullido. El corazón se le subió a la garganta.

Patas-grises a su derecha. Uno de ellos estaba inmóvil, mirándola fijamente. Ojos amarillos. Pelaje erizado. Los otros tres deambulaban detrás, retenidos por la inmovilidad de su líder.

No debía correr. Los lobos no atacaban a la gente. ¡Oh, Dios!

Se dio media vuelta y anduvo hacia atrás. «Canta —se dijo a sí misma—. Canta».

No recordaba ninguna canción.

—*EEn iungfru födde itt barn jdagh.* —Se le quebró la voz. Tragó saliva con un jadeo. Volvió a tragar. De nuevo. Sonaba como si estuviera boqueando y le faltara el aire. «No te dejes ganar por el pánico. Ahora no».

—... *thet skole wij prijsa och ära.*

Cuidado. Paso a paso.

—... *j thet haffuer gud itt gott begagh.*

Tropezó. Estuvo a punto de caerse. Era aquella gruesa rama que Frederika le había dicho que no tocara. Se agachó, sintió en la mano su tacto sólido y recio. Todo lo demás parecía endeble e inestable. Se levantó. El jefe de la manada entreabrió las fauces. Colmillos blancos, encías rosadas.

Siguió andando hacia atrás, con la rama bien alzada.

—... *han biudher oss höra hans lära.*

Se lanzaron hacia ella cuando llegó al porche. Se aproximaban corriendo. Maija blandió la rama, golpeó al primero en la cabeza y el animal cayó de lado. Arrojó la rama. Dos pasos. La puerta.

Una dentellada a su espalda. Un chasquido de colmillos.

Dio un grito, cerró de un portazo. Un cuerpo pesado se estrelló al otro lado con tanta fuerza que tuvo la sensación de que la puerta cobraba vida bajo sus manos.



El frío había llegado por fin al pueblo y el viento contribuía a hacer el ambiente más gélido. El sacerdote se preguntó qué significaría ese tiempo en Blackåsen. Una ligera ventisca en el pueblo podía equivaler a un serio temporal en la montaña.

La nítida silueta blanca de la iglesia se veía interrumpida por unos puntos negros. Colonos de visita. O mendigos. Era noviembre, y la gente ya se había quedado sin comida. Debía recordarle al sacristán que pusiera cerrojos en los edificios.

Caminó hacia el templo, alargando el paso y rehuyendo las miradas, con las manos en los bolsillos.

Ya en su despacho, se sentó junto al escritorio sin encender el fuego. Hacía tanto frío como afuera. Se levantó, cogió el manto y se lo echó sobre los hombros. «Hacer nuevos amigos», le había dicho Sofia. Parecía fácil. Era fácil. Durante toda su vida, había deseado un puesto como el de sacerdote de la corte. Y sus deseos no habían cambiado. Lo único era que él había creído que la amistad que mantenía con el rey era auténtica.

Comenzaba a aceptar con resignación que si este no había ordenado su relevo, al menos había dado su consentimiento. Tenía que haberlo hecho. El rey estaba en todo; lo sabía todo. Para volver a ascender, se vería obligado a intrigar; debería actuar a espaldas del obispo y ganarse de nuevo el corazón del monarca. En cierto modo, estaba seguro de ser capaz de hacerlo. Pero pensarlo le provocaba un vacío. Para él, la amistad con el soberano ya no podría volver a ser personal. Habría de mantenerse siempre alerta, distante. Debería ser falso. Lo había sido otras veces, pero en situaciones muy distintas; y entonces no se había sentido deshonesto con las personas a las que amaba.

Pensó en Sofia: en sus ojos azules, en su pequeña nariz, en los hoyuelos que se le formaban junto a la boca, en esa piel que parecía suave como el terciopelo... Habría de casarse con ella. Debería casarse con ella. Poseía todo lo que un hombre podía desear. La mujer era importante en el mundo en el que se movía. ¿Por qué se sentía, entonces, tan reacio?

Hacía demasiado frío. Se acercó a la chimenea, se agachó y preparó el fuego. En su imaginación, vio a Maija. Recordó la precisión con que colocaba las tiras de corteza y su manera de sentarse en cuclillas para estudiar cuándo la llama tenía la fuerza suficiente para admitir más leña.

El sacristán, con la cabeza descubierta y sin mitones, estaba en el vestíbulo ordenando los libros de salmos.

—¿Cuándo piensa salir para Blackåsen? —preguntó Olaus. Su aliento formaba una nube blanca.

—Mañana al amanecer —respondió el sacristán, recorriendo los suaves lomos de los libros con los dedos—. Tenemos clases los martes, miércoles y jueves. Estaré aquí de vuelta antes de la misa del domingo.

El sacerdote titubeó, pero al fin planteó:

—Johan, usted asistió con el sacerdote anterior a las sesiones de catequesis del año pasado...

—Sí.

—¿Sucedió algo? ¿Algo fuera de lo normal?

—No, que yo recuerde.

—¿El sacerdote estaba disgustado, o inquieto?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Hubo algo que le disgustase a usted?

—¿A mí? ¿Como qué?

—Bueno, no sé. Cualquier cosa.

—No.

Típico.

—En los libros consta un caso ocurrido hace muchos años. Escribieron tal cual: «K contra la Iglesia».

—La mayoría de los casos son triviales. Riñas, insultos...

—Aparte del caso de Elin —dijo el sacerdote.

—Sí, aparte del de Elin —asintió el sacristán.

—Ese caso del que hablo era contra «la Iglesia».

—¿Ah, sí? Suena raro, realmente.

Olaus lo miró ceñudo para indicarle que no estaba nada contento con él. Como sacristán, debería mantenerse mejor informado sobre los asuntos de la parroquia.

—Lo acompañaré mañana —le comunicó—. He de ver a algunas personas.



Maija y Jutta caminaban hacia la granja de Nils. El pasado flotaba entre ellas como una nube.

—Lo que te digo es que tengas cuidado —dijo Jutta—. A la gente no le gusta que alguien vaya a decirles las verdades.

Maija no respondió. Aguzaba todo el rato el oído por si andaban cerca los lobos, pero en el bosque reinaba el silencio.

—No puedes deshacer los errores del pasado. Mis errores.

—Puedo evitar que se repitan.

Jutta chasqueó la lengua para mostrar su desacuerdo.

—Además, no tengo miedo.

—A veces, es de sabios tener miedo.

Maija se burló de ella. Recordó que Jutta, cuando ya estaba claro para ambas que iba a morir, no quería desnudarse por la noche, como si así fuera a detener la llegada de la oscuridad. «Cógeme la mano», le había pedido. «Coge la de Frederika», habría deseado responder Maija. Pero tenía que ser ella y al final se la había sostenido. Había sentido la piel de su abuela contra la suya, y también repugnancia por la debilidad de la anciana, así como remordimientos por esa repugnancia. Le habría gustado que Jutta fuese lo bastante fuerte como para ahuyentar el miedo a la muerte. Asimismo había sido consciente de que eran los errores del pasado los que provocaban que a Jutta le resultara tan difícil irse. «Yo nunca seré como tú —pensaba—. Nunca».

Se detuvieron, una junto a la otra. Había soplado mucho viento, y gran parte del hielo había quedado al descubierto. Todavía seguiría creciendo y resquebrajándose. Al final del invierno estaría lleno de vetas blancas: las cicatrices de la edad. Por ahora, aunque joven, se veía oscuro y denso.

—Frederika se está haciendo mayor —comentó Jutta.

Sí; era verdad. Había en su hija una actitud pensativa nueva, una pausa antes de cada acto. A Maija le vino a la cabeza una imagen de los árboles al final del verano: a veces mostraban los lados cubiertos de una masa de tuétano sanguinolento, el tuétano de las astas de los renos, que se endurecían y convertían en hueso, y que los animales restregaban contra la corteza para despojarlas de la preciosa piel aterciopelada. El crecimiento a menudo llegaba así, mediante el dolor.

—Se está volviendo como tú —contestó Maija—. Aunque Dios sabe que me he esforzado para evitarlo.

—No —dijo Jutta—. Frederika no es en nada como yo.

Maija se giró para mirarla, pero su abuela seguía contemplando la extensión de

hielo.

Los colonos se reunieron en casa de Nils y Kristina. Fueron llegando solos, o de dos en dos. Algunos de los hijos mayores también estaban allí. Se apretujaron en la puerta para entrar. Había fuego en la chimenea y, frente a ella, una piel de oso extendida sobre una silla. En la pared trasera había colgado un gran tapiz, cuyo estampado relucía como la luz dorada del sol, o con ese brillo de la leche batida antes de convertirse en mantequilla. Eran colores que Maija sólo había visto en la naturaleza. El tejido también era distinto: parecía tan terso como la superficie del agua; ese tipo de tejido hacia el cual se te iba la mano para tocarlo. Quizá fuese seda. Maija merodeó cerca de él. Pero enseguida se impusieron otras impresiones más vulgares: la habitación olía a perro mojado y a lana agria; la luz que entraba oblicuamente por la ventana trazaba una cruz desvaída sobre los presentes... Poco después los cristales se empañaron, y quedaron aislados del mundo exterior.

Nils se subió a una silla. Iba en mangas de camisa. Kristina estaba de pie detrás de él.

—He convocado esta reunión para hablar de la idea de formar un pueblo —dijo—. Eriksson ha muerto, también su esposa; la cosecha ha quedado una vez más en nada, y algunos de nosotros hemos visto... cosas en el bosque. La montaña está imponiendo su dominio. Es hora de que nos unamos todos. Es hora de que pongamos los medios para vivir sanos y salvos.

¿Cosas en el bosque?

—¿Qué cosas? —preguntó Maija.

Nils miró a uno de los hijos de Henrik y Lisbet.

El joven se sonrojó, pero dijo:

—Una forma. Estaba detrás de nuestra cabaña, entre los árboles. Era negra. Corría muy deprisa. —Su voz se agudizó, como si fuera la de un niño. Carraspeó.

—Lobos —insinuó Maija.

—No —replicó el joven—. Era mucho más grande.

—Era el diablo —dijo su madre—. La montaña le pertenece.

Daniel, a su lado, frunció el entrecejo y, apartándose de la pared en la que estaba apoyado, dijo:

—Eso son fábulas. Existen cientos de historias parecidas en toda Suecia que los padres cuentan a sus hijos para que no salgan solos al bosque.

—Únicamente que aquí, de hecho, desaparecieron niños —recordó Nils.

Daniel palideció.

Nils suavizó el tono:

—Yo también vine a Laponia a vivir en un pedazo de tierra de mi propiedad y a cultivarlo con mi familia, colonizando así esta región para la corona. Pero aquí está pasando algo que no es natural... —Alzó las manos—. No digo que sea el diablo.

Pero afirmo que estaremos más seguros juntos que separados.

Era astuto. Maija percibió el atractivo de formar parte de un grupo, de dejar que fuese otro quien decidiese.

—Me gustaría saber por qué dice Maija que eran lobos lo que vio nuestro Hans —intervino Henrik.

Henrik se parecía a ella en cierto modo, pensó Maija. También él sabía lo que era convivir con el miedo.

La mujer se acordó de las marcas de garras que habían quedado en la puerta de su cabaña; en los golpetazos de los animales lanzándose toda la noche contra las paredes; en los gritos aterrorizados de su hija.

Todos la estaban mirando.

—¿Usted ha visto lobos? —le preguntó Henrik.

—Los lobos no se acercan a las personas —sentenció Daniel.

—A veces tienen hambre de carne humana —terció Lisbet.

La habitación quedó en silencio.

Maija volvió a oír los golpes contra las paredes de la cabaña, aunque la sensación que le había quedado era que si los patas-grises hubieran querido, la habrían atrapado. Y sin embargo, no se decidía a hablar. Las cosas se torcían con facilidad y tomaban un sesgo equivocado.

—Quizá los lapones siguen practicando su magia y son ellos los que nos están trayendo todo esto —insinuó Lisbet.

—Alguien debería hablar con el sacerdote —dijo una voz.

¿Anna, tal vez?

—La Iglesia nunca ha hecho nada por nosotros. Esto es un asunto de Blackåsen.

—Si es brujería, es asunto de la Iglesia.

Maija alzó la voz:

—Hemos pasado un verano frío y una helada mortífera, y nuestras cosechas se han echado a perder, cierto. Y sí, he visto lobos. Eran todos machos adultos. No sé qué significa eso, pero quizá es que su conducta cambia al no haber hembras entre ellos, ¿no? En cuanto a Eriksson... A Eriksson lo mató un hombre de carne y hueso como nosotros.

«Uno de nosotros», pensó.

La habitación quedó de nuevo en silencio, pero esta vez era un silencio más sosegado, no tan preocupante. Maija captó la mirada de Henrik; vio que le hacía un gesto de asentimiento, quizá animándola a continuar. Ella se volvió hacia el joven.

—Dinos otra vez lo que viste.

—Una... silueta.

—¿Corriendo... has dicho?

—Más bien... flotando. —El chico la miró a los ojos, al mismo tiempo que se frotaba los nudillos contra los muslos.

«No está inventándoselo —pensó Maija—. Realmente cree lo que está diciendo, y

ahora se da cuenta de que ver algo en medio del bosque no es emocionante, sino aterrador».

—¿Habría podido ser una persona? —le preguntó con amabilidad.

El chico lo negó.

—¿O la luz te causó un efecto engañoso?

Ahora el chico titubeó y, arrugando la frente, dijo:

—Tal vez.

—Es un error corriente.

—Quizá fue cosa de la luz. —El chico asintió.

Volviéndose hacia los demás, Maija aconsejó:

—No nos dejemos llevar por el pánico.

Cuando ya lo habían dicho todo y no se había decidido nada, la gente se saludó con un gesto escueto, salió de la casa y desapareció por el bosque para volver a su hogar. Maija también salió y se detuvo a contemplar la oscuridad. Esta era tan densa que tuvo la sensación de que si extendía la mano, podría tocarla. Le dejaría los dedos manchados de algo parecido al centeno quemado. «Si no tenemos cuidado, todos veremos cosas», pensó. Gustav pasó raudo junto a ella. Le sorprendió que hubiera estado en la reunión.

Se había levantado viento. Y al notar que no se había tapado el cuello, se lo envolvió con la bufanda. El cielo estaba totalmente cubierto: más nieve en camino. Mucha más. Prepararía el faisán para cenar y usaría los restos para hacer sopa. La puerta volvió a abrirse a su espalda y sonó un crujido en la nieve. Nils había salido también y alzaba la vista hacia el cielo.

—Nieve —murmuró y, alzando las cejas, se giró hacia ella y le dijo—: O sea que se atreve a minimizar los temores de los que llevan aquí mucho más tiempo que usted, ¿no? Qué valiente. O qué imprudente, dirían más bien algunos.

No era una pregunta, así que no respondió.

—Que una mujer pretenda discutir los asuntos importantes y cuestionarlo todo es blasfemo y peligroso a la vez —afirmó—. Recuerde lo que es usted, Maija. A veces se nos olvida, y cuestionamos incluso el orden de Dios. Manténgase en su sitio, a menos que quiera acabar como Elin: apartada y aislada de los demás.

—Usted no puede hacer tal cosa —le espetó ella.

Él se dio media vuelta para entrar en la casa. Parecía casi divertido.

—No me hará falta —dijo con toda cordialidad—. A la gente no le gusta lo que es diferente.

«¿Qué era lo que Eriksson descubrió sobre ti?», pensó ella.



—¡Abran la puerta!

El sacerdote se incorporó en la cama. Estaban aporreando la puerta de abajo. Una voz masculina, pero débil. ¿Un chico?

—¡Abran!

Buscó el manto en la oscuridad. Sonaron unos pasos precipitados en la habitación de abajo; a continuación se oyó el cerrojo de la puerta.

En su despacho se encontró al ama de llaves, que llevaba un camisón blanco y cuyo canoso cabello le asomaba bajo la cofia, y a un joven de mejillas enrojecidas. Olía a escarcha.

—Un mensaje del rey —dijo el joven, y le tendió un rollo.

¿Un mensaje del...?

Olaus Arosander cogió el rollo. Sintió el tacto del pergamino en la yema de los dedos.

«Un mensaje de mi rey».

El corazón le retumbaba en el pecho. Llegó la criada y se acuclilló junto a la chimenea para encender fuego. Él les dio la espalda. No quería compartir ese momento con nadie.

Desenrolló el pergamino con manos trémulas.

«Por orden real...».

Volvió a leer las breves líneas. No era un mensaje del rey. Figuraba su sello, pero el texto había sido dictado, o incluso lo habían escrito sin la intervención del monarca. Se solicitaba a su parroquia que aportara al ejército real veinte hombres capaces al comienzo de la primavera: tres del pueblo mismo y diecisiete de las montañas circundantes.

Le dio la vuelta al pergamino, pero el dorso estaba en blanco.

Veinte hombres. Eran prácticamente todos los hombres de la parroquia.

—Quemaron el pueblo entero... —estaba diciéndole el joven al ama de llaves.

—¿Cómo? —Olaus se le encaró, todavía con el rollo en la mano.

—Los rusos —dijo el joven—. Hace una semana. Atacaron el pueblo costero que queda al norte de nuestro campamento. La gente se refugió en el templo. Los rusos atrancaron las puertas y le prendieron fuego. Murieron todos carbonizados.

—¿Cómo? —repitió el sacerdote—. ¿Cuándo?

—Hace una semana —dijo otra vez el joven.

—¿Dónde están los rusos ahora?

—Se fueron una vez concluido el ataque, pero volverán. Siempre vuelven. Había más de un centenar de personas en ese templo.

«Basta —pensó—. Basta». Alzó la mano y salió.

El sacerdote yacía en la cama con el pergamino en la mano. Él nunca había conocido un mundo sin guerra. Cuando estaba en el ejército, sin embargo, la guerra le había parecido en cierto modo menos real que ahora. Durante el día libraban terribles combates, pero al llegar la noche se engalanaban para cenar con el rey. Él había visto en el campo de batalla cosas que nunca sería capaz de olvidar. Pero por la noche bebían vino y comían cerdo asado y charlaban de política y de mujeres. «Nosotros sabemos por qué estamos haciendo todo esto», decía el soberano a veces. Y sí, todos lo sabían.

Ahora, obligado como estaba a decirles a veinte de sus feligreses que habrían de viajar al sur para alistarse en el ejército (y la guerra para los campesinos era muy distinta de la que él había vivido), sintió que las guerras, todas aquellas guerras, eran como unos filamentos con raíces llenas de espinas que habían penetrado en las profundidades del país, que se habían entrelazado con las entrañas de este y se habían apoderado de todo.

«No pueden hacerles esto —se dijo pensando en los colonos—. Están muertos de hambre. No tienen nada. Ya no pueden luchar».

Un decreto. Centenares de decretos iguales habrían sido enviados a todos los rincones del país. Estrujó el pergamino.

Pero el rey era el representante de Dios en el mundo. Era el decreto de Dios lo que acababa de estrujar con la mano. ¿Qué pasaría si uno se dedicaba a cuestionar estas cosas?

«Los jóvenes, no —pensó—. No me llevaré a los jóvenes».

Pero ¿voy a llevarme a los padres?

«Quizá permitiré que cada montaña escoja a los suyos», pensó. Pero, en ese caso, los hombres como Nils —o como Eriksson, si aún hubiera estado vivo— no serían considerados siquiera.

Yació insomne en la cama, apretujando con la mano el arrugado decreto.



La nieve les llegaba a la altura del pecho. El sol ya no ascendía por el horizonte; se había iniciado la noche polar.

A media mañana, Johan Lundgren fue a verlas. Tomó asiento junto a la mesa. Frederika notó que su madre lo miraba con expectación. Pero pronto pareció que llegaba a la conclusión de que él no iba a darle lo que esperaba y bajó la cabeza.

—¿Hablaste con tu madre? —le preguntó el maestro.

Frederika lo había olvidado. Su madre alzó la mirada.

—Dorotea necesita más clases que los demás —afirmó él.

—¿Ah, sí? —se extrañó Maija.

—Unas cuantas horas más a la semana le vendrían bien. Lectura y conocimiento de la Biblia.

—Me sorprende. En casa lee correctamente.

Frederika pensó en lo que decían los sacerdotes que ocurría si no respondías bien en la sesión de catequesis. Hasta los niños pequeños podían arder en el infierno.

—Igual le iría bien —le dijo a su madre.

Maija se volvió a mirarla con los ojos bien abiertos, como si Frederika hubiese dicho algo importante.

—El señor Lundgren asegura que no nos costará nada —informó la muchacha, irritada con su madre. Era evidente que no estaba prestando atención.

El maestro asintió:

—Podemos empezar hoy mismo.

—Muy bien. Frederika, acompáñala —ordenó su madre—. Yo tengo que... salir a buscar más leña —añadió asintiendo. Se levantó y cogió sus prendas de lana.

El maestro se levantó también y se acercó a Dorotea.

Frederika se situó junto a la chimenea para que no viera que la cesta de la leña estaba llena.

—Así que ya ha llegado la gran oscuridad —comentó el señor Lundgren.

Dorotea iba sentada en el trineo y Frederika tiraba de la cuerda. Los patines del trineo cantaban sobre la nieve.

—¿Qué te parece Blackåsen, Dorotea? —preguntó él.

—Nos estamos adaptando —dijo Frederika al ver que su hermana no contestaba.

Echó un vistazo atrás. Le había parecido oír un ruido de pisadas, como si los siguieran.

—El sacerdote iba a venir a veros —dijo el señor Lundgren—, pero recibió un

mensaje del rey y tuvo que quedarse.

Frederika trataba de hacer una pausa entre cada paso para poder escuchar.

Atisbó una forma oscura a la derecha. Un hombre. Avanzaba entre los árboles y, a poco, llegó a un claro iluminado por la luna. Era Eriksson. El cuchillo le destellaba en el puño.

A ella se le aceleró el corazón.

—Me sorprendió su interés. —El señor Lundgren soltó una risita—. Hasta ahora no se ha interesado por ninguno de sus feligreses. ¿Para qué quería ir a veros?

—Él y mi madre estuvieron hablando de cómo murió Eriksson —informó Frederika.

Eriksson la miraba fijamente. Le mostró los dientes y emitió una especie de resuello.

¿Los demás también lo veían? De repente le pareció crucial no decírselo al maestro, ni hacerle ningún gesto. Él no sería de ninguna ayuda. Se dejaría llevar por el pánico y echaría a correr. Y Eriksson se lanzaría al ataque. Debían seguir adelante normalmente hasta... Bueno, hasta que llegaran.

—¿Y ellos quién creen que lo mató? —preguntó Lundgren con una sonrisa.

—No lo saben —respondió Frederika, haciendo en esfuerzo para dominar la voz—. Intentarán averiguarlo.

—¿Y cómo diablos van a hacer eso?

Ahora ya no le gustaba el maestro. Quería saber demasiado.

—Ya estamos —dijo él, y entró en el patio.

Frederika se colocó detrás de su hermana. Le puso las manos en los hombros y la empujó a tal velocidad que estuvo a punto de estrellar el trineo contra las piernas del sacristán.

«Deprisa —pensó—. Deprisa». Eriksson se detuvo en la linde del bosque. Alzó los dos brazos y los estiró apuntando a la luna.

El señor Lundgren subió al porche y se sacudió los zapatos en el marco de la puerta.

Eriksson emergió del bosque y caminó hacia ellos a zancadas. Frederika se apresuró a ayudar a su hermana a subir los escalones.

«Abre la puerta. Ábrela».

Al maestro se le cayó un mitón; se agachó a recogerlo.

Eriksson se detuvo bajo el porche. El maestro se volvió hacia Frederika. «Ahora —pensó ella—, ahora lo verá, y Eriksson se lanzará sobre nosotros».

—Seguro que tu madre te necesita, Frederika —dijo el señor Lundgren—. No hace falta que esperes. Yo puedo acompañar a Dorotea a casa cuando terminemos.

Entonces Eriksson echó la cabeza hacia atrás y soltó un aullido. Un largo y prolongado aullido. El maestro y Dorotea miraban a Frederika como si nada.

«No lo oyen —dedujo—. Ni tampoco lo ven».

Eriksson se echó a reír.

Frederika se hizo a un lado y Eriksson inmediatamente lanzó una cuchillada, cortando el aire justo delante de ella. No iba a dejar que se fuera. Volvió a aullar. El sonido le provocó un escalofrío que le recorrió toda la columna.

—Esperaré —dijo ella.

—No tienes por qué —insistió el maestro.

—No, ya. Pero lo prefiero.

Frederika se había sentado junto a la ventana. Eriksson permanecía inmóvil en el patio. Detrás de ella, el señor Lundgren leía frases; Dorotea las repetía y él la iba corrigiendo.

En el marco de la ventana había una serie de iniciales mayúsculas grabadas a cuchillo. Una tosca J, una U, una K, de patas muy largas, una A, una B... ¿Las habían grabado los niños? Quizá lo habían hecho antes de abandonar para siempre la escuela. La muchacha se preguntó cómo se las habrían arreglado para que el maestro no los viera hacerlo. Él debía de haberse enfadado mucho al descubrirlo. Resiguió las letras con un dedo. Tenía que ingeniárselas de alguna manera para que Dorotea y ella pudieran quedarse allí el mayor tiempo posible. Pero iba a resultar difícil si el señor Lundgren no era capaz de ver a Eriksson.

Entonces la silla del maestro rechinó sobre las tablas del suelo.

—Ya hemos terminado —anunció.

¿Tan pronto? Afuera, el patio estaba desierto.

—¿Qué haces? —preguntó Dorotea de camino a casa.

—¿Qué?

—No paras de mirar atrás.

Ahora no había luna y estaba muy oscuro. Frederika no veía a su hermana. Apenas veía dónde ponía los pies en la nieve.

—Con lo que le ocurrió a nuestra madre con los lobos, procuro andar con cautela —se excusó.

—¿Qué lobos?

Aguzó la vista para tratar de ver a la niña, pero fue en vano. La asaltó un pensamiento.

—¿Tú has visto algún animal desde que llegamos?

—Sí —dijo Dorotea desde el trineo—. Arañas, hormigas...

—No, no. Animales grandes. Como un oso. O un lobo.

—Una vez vi a un zorro. En Ostrobotnia.

Frederika trató de recordar lo que su hermana había hecho durante el ataque de los lobos: la niña estaba en la cama con ella; ambas se habían abrazado, pero su hermana tenía los ojos cerrados, y ella había notado que el cuerpo de la pequeña se

quedaba flácido. ¿Había estado dormida todo el rato? ¿Y su madre?, ¿había visto a los lobos? Sí; su madre los había visto y oído. Seguro.



No era de noche, pero la oscuridad interminable te inducía a comportarte como si lo fuera. No tenías fuerzas para realizar una tarea enérgica o para aguantar demasiado ruido. La gente se desplazaba despacio, los animales estaban silenciosos en los corrales y los perros mantenían la cabeza baja y se arrimaban al fuego. De día el sacerdote intentaba leer, pero casi siempre acababa con la cabeza apoyada en una mano y el libro abierto en el regazo por cualquier página. Por la tarde recorría a veces las calles de aquel pueblo fantasma que el obispo le había confiado. Le quedaba poco tiempo antes de verse obligado a hacer públicas las órdenes de reclutamiento del rey. Faltaban sólo unas semanas para la Navidad, para que los colonos llegaran al pueblo a pasar seis semanas.

Trató de obligarse a salir de su inactividad. «Una lista», pensó. Necesitaban hacer una lista de desperfectos, pues el invierno congelaba completamente las casas. Al llegar la primavera, cuando se fundiera el hielo que recubría las paredes y todo se combara y se ladeara, podrían estimar cuáles eran realmente los daños. Pero algunas cosas debían repararse antes de que llegaran los colonos, y el sacristán no iba a disponer de mucho tiempo entre las clases de los niños y sus obligaciones en la iglesia.

Vio que había ventanas rotas en dos casas del Barrio de los Colonos, y se quitó los mitones para dibujarle al sacristán un mapa de la ubicación. Los dedos le escocían; por ello, se apresuró. En alguna parte, oyó rechinar los goznes de una puerta; debía intentar averiguar dónde era. Una puerta mal cerrada dejaría entrar la nieve. Volvió a ponerse los mitones y alzó el farol para ver si la localizaba. Pero iba a resultarle imposible, a menos que la tuviera justo al lado, porque el farol no daba la luz suficiente. Su padre utilizaba un farol adosado a una vara que llevaba apoyada en el hombro. No era mala idea. De chico, cuando andaba detrás de él, el débil resplandor oscilante le bastaba para ver dónde ponía los pies. Y su padre, mientras tanto, iba contándole alguna historia interminable. «Somos lo que somos. Somos aquello para lo que hemos nacido. Da gracias, Olof. Da gracias».

Una vez le había hablado al rey de su padre. Era una noche cálida y despejada en Polonia: olor a pasto, un lago espejeaba a la luz de la luna, tropas de valientes soldados... Augusto II aún no había sido derrocado.

—Él no creía que el hombre fuera dueño de su propio destino —había dicho el sacerdote con pasión—. Nunca creyó que el hombre pudiera cambiar.

—¿Y tú, sí? —le había preguntado el rey. No había luz. El sacerdote no le distinguía más que el perfil.

—Es lo que vos hacéis cada día: modelar Suecia para las generaciones venideras.

El monarca no respondió de inmediato. Al fin le preguntó:

—Pero ¿puedes asegurar que ambas cosas son iguales? ¿Cambiar el carácter de un hombre es tan fácil como realizar gestas guerreras?

—Ambas requieren tomar decisiones y mantenerse firme.

«Miraos a vos y a mí —habría deseado decir—. Aquí estamos sentados juntos, vos, el rey, y yo, el sacerdote de vuestra corte». Se había sentido tremendamente emocionado en aquel momento. Había pensado en su vida, en cómo había ascendido. Ahora se preguntaba si aquella conversación encerraba mucho más de lo que él había creído. Si quizás el rey había sentido dudas en ese momento y necesitaba hablar con su sacerdote.

Los goznes de la puerta volvieron a rechinar a causa del viento.

Pero no había viento.

Olaus alzó cuanto pudo el farol, apuntando a la izquierda y a la derecha. Probablemente, era un animal el que provocaba ese ruido.

En verano había inspeccionado muchas de esas casas y pensado en quienes las construyeron por orden de la corona. El objetivo era cristianizar Laponia. O más bien, cobrarle tributos. Pero ahora, en pleno invierno, las casas desiertas parecían distintas. Las oscuras ventanas relucían en la negrura, como si lo estuvieran observando.

Sonó un portazo, y él dio un respingo. El corazón se le subió a la garganta. Alzó el farol todavía más, esta vez no tanto para ver bien como para mantener las sombras a raya. Había pasado la mayor parte de su infancia en la oscuridad y nunca le había importado. Y ahora que era todo un hombre, iba a resultar que le daba miedo.

Echó a andar. Hacía frío. Volvería a casa y se sentaría al lado del fuego. Alargó el paso. Las paredes de las casas relucían, pero él se negó a mirarlas y se concentró en sus pies.

El final de la calle estaba igual de oscuro, pero él sabía que allí estaba el prado de la iglesia. Al llegar, suspiró.

Tampoco es que hubiera mucha diferencia, pensó, y volvió a avivar sus pasos.

El pomo de la iglesia destellaba entre las sombras. El invierno anterior, un chico estaba lamiendo su superficie de hierro justo cuando alguien abrió la puerta. La sangre había teñido la nieve de un rojo violento.

Empujó el pesado portón y entró con sigilo en el vestíbulo. El portón se cerró a su espalda. Suspiró con alivio.

Había una vela encendida en la entrada. No podía ser el sacristán; él no volvería hasta el fin de semana. Sus pisadas resonaron en la escalera al subir corriendo a su despacho.

Sofía lo esperaba en el salón de la primera planta.

—¡Ah, aquí está! —dijo con un ronroneo.

Iba con abrigo y un gorro blanco de piel, y se había trenzado el cabello. Hablaba

en voz baja. Era la clase de mujer que cualquier hombre desearía que lo esperara en casa.

—No lo veía desde hace días —dijo, burlona—, y ya me estaba preocupando.

—Recibí un mensaje del rey —explicó Olaus.

—¿De veras?

Ella no apartaba los ojos de sus labios.

—Se trata de un decreto más que añadir a la pesada carga de mis deberes.

—¡Ah! —exclamó ella, y volvió a sonreír—. Venga esta noche a cenar.

—Muy bien —aceptó él.

Cuando Sofia se hubo ido, el sacerdote decidió que más valía terminar con aquel engorroso asunto de una vez.

Fue la joven criada quien le abrió la puerta. Sus manos le parecieron más grandes y más rojas que nunca. La chica sofocó una exclamación al verlo.

—Señor —dijo en voz baja haciéndole una reverencia.

—He venido a ver a tu padre —le dijo él.

Estaban sentados a la mesa tomando una sopa de col. Los viejos padres de la criada se sobresaltaron cuando entró. La madre vaciló sin saber qué hacer. Olaus supuso que la mujer se devanaba los sesos para ver qué podía ofrecerle, y él le dijo que no hacía falta con un gesto.

—Me temo que traigo malas noticias.

Los tres intercambiaron miradas en silencio.

—Bengt, cuando llegue la primavera te reclutarán. El rey te necesita en su ejército.

¿Qué edad debía de tener ese hombre? Anodino y menudo, de manos temblorosas. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? El sacristán estaba a cargo de la escuela. Su propia candidatura no sería aceptada, ni tampoco la del vigilante; las ocupaciones de ambos se consideraban imprescindibles en un pueblo. Los únicos disponibles eran este hombre y los dos jornaleros.

Ninguno de los tres reaccionó al principio.

Al fin la joven criada dijo: «Mi padre está enfermo», al tiempo que su padre decía: «¿Y los chicos? ¿Los del establo?».

—Ellos también irán —dijo el sacerdote.

El viejo rompió a toser y a resollar espasmódicamente, como si todo su cuerpo se esforzara por sacar fuera el aire.

—Tenga piedad —suplicó la madre.

—No hay otro remedio —aseguró él.

Silencio.

—Lo siento mucho —dijo, y salió.



La cuarta vez que Frederika se encontró a Eriksson fue nuevamente en el establo. Ella abrió la puerta, lo vio allí dentro, giró en redondo y echó a correr. Pero él era más rápido y enseguida la atrapó. La chica cayó hacia delante y se estrelló sobre la nieve tan violentamente que se quedó sin resuello. La nieve le ardía en las mejillas y en la nariz. Él le dio la vuelta, se montó encima a horcajadas y le tapó la boca con la mano.

—¡Chist! —le susurró junto al rostro. Le apestaba el aliento. Olía a habitación enrarecida, a agua estancada.

A Frederika se le llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeó una y otra vez.

—No tienes que armar tanto escándalo —masculló Eriksson.

Ella asintió; él le quitó la mano de la boca.

La muchacha tuvo que tragar saliva varias veces. El hombre se levantó y la tiró del brazo para ponerla de pie.

—Me hace daño —dijo ella—. La herida todavía no se me ha curado.

—Así aprenderás.

Se quedaron unos momentos mirándose.

—Elin tenía algo en su pasado —afirmó Frederika—. Algo atroz.

—Así es. Lo supe en cuanto la vi. Había una fragilidad en medio de toda aquella energía suya. Lo veías en sus ojos cuando te miraba por primera vez, antes de que sus rasgos se endurecieran. Una preciosa pepita de temor. Una vez que lo descubrí, todo resultó muy fácil. Estaba tan obsesionada con su temor, que siempre optaba por él.

Frederika pensó en lo que había visto en el interior de Gustav. Pensó en los árboles del río que Eriksson le había mostrado. Elin y Gustav habían tenido experiencias semejantes: no compartidas (ella estaba convencida de que Gustav no mentía cuando le había dicho que no conocía a Elin), pero sí semejantes. Gustav había estado preso en algún momento; de eso la joven estaba segura. Los rusos robaban niños. Su mente volvió a reproducir la secuencia: una fracción de segundo de vacío y luego el estallido de la violencia. Tal vez a Elin le había sucedido algo parecido. Se estremeció de pies a cabeza.

—¿Por qué no la dejó en paz? —le preguntó a Eriksson—. ¿No había sufrido bastante ya?

—¿No te das cuentas de que si no hubiera sido yo, habría sido cualquier otro? Era lo que ella buscaba. Yo amaba a Elin. Aunque tampoco es que ella lo supiera o le importara; estaba demasiado ocupada odiándome.

—Pero ella no lo mató a usted.

—Por supuesto que no. Ahora me decepcionas. Has de espabilar más deprisa, Frederika. Ya te lo dije. Yo no soy lo más peligroso que hay por aquí.

Y se alejó hacia los árboles.

Había alguien más entre los pinos. Eriksson lo rozó al pasar, pero el otro no se movió. Hombros erguidos. Pelo plateado. Barba plateada. Fearless.

Ella se le acercó trotando.

—Eriksson acaba de pasar por su lado —dijo al llegar.

Fearless no respondió. No era necesario que le explicara nada. Lo sabía todo.

—Os he oído hablar —dijo—. Esto no son cosas para una niña. Una niña sola aquí fuera, en pleno invierno...

—La montaña no me dejará sola.

Fearless permaneció largo rato callado.

—Antti me habló de ti —dijo al fin—. Me dijo que yo estaba obligado al menos a asegurarme de que no corrieras peligro.

La miró fijamente. Frederika quería que notara que ella tenía buenas intenciones. Pero él la miraba con frialdad.

—Por esa razón he venido —explicó él—. Porque Antti me lo pidió. Nosotros ahora somos cristianos. Habla con el sacerdote. Pídele misericordia a Dios. No vayas a mirar entre las sombras.

A Frederika se le encendieron las mejillas.

—Pero no soy yo la que mira —se defendió—. Es él. Son ellos. Los espíritus. Usted ya lo sabe.

—No sé de qué me hablas —dijo el lapón. Pero pareció cambiar de opinión, se inclinó hacia ella y le dijo en voz baja—: No tienes ni idea de con qué estás jugando; intentar domar a los espíritus por tu cuenta y riesgo. Si fracasas, te destrozarán.

—Yo no lo intento. Pero ellos no me dejan en paz.

—Entra en casa, Frederika.

—¿Qué pasó con su tambor? —susurró ella.

—Desapareció hace mucho. Lo quemé yo mismo.

Frederika observó cómo se alejaba.

No podía haberle recomendado en serio que rezara.

De niña, ella creía que las estrellas eran agujeros hechos por los ángeles en el cielo para vigilarla, y que la luz que se colaba era la gloria del cielo. Pero ahora, tras haber pedido ayuda, tras haber invocado al cielo, no creía que hubiera nadie allá arriba.

Por la noche, Frederika y su madre se hallaban sentadas a la mesa de la cocina. Maija tejía un calcetín de lana azul. Frederika se acercó la vela de sebo. Pensó en Fearless, en Eriksson... Apretó con el pulgar la cera caliente, aproximándola a la llama. Giró la vela. Apretó la cera del otro lado.

—Mamá...

—¿Mmm?

—Dorotea no oyó a los lobos.

Maija alzó la cabeza.

—El día en que te atacaron... ella no los oyó.

Ambas se volvieron hacia la cama donde dormía Dorotea.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Maija.

Frederika volvió a pensar en lo flácido que se había quedado el cuerpo de su hermana. En su peso. En su olor a dormida: un olor dulce y avinagrado a la vez.

—Me parece que estaba dormida —murmuró.

Maija arrugó la frente y dijo:

—Bueno, no sé. Dorotea aún es pequeña. Quizá la tensión...

—¿No te parece extraño que no lo oyera?

—Frederika, ¿recuerdas aquella rama?, ¿la que dejaste clavada en el montón de nieve del porche?

—Ha desaparecido.

—Ya. Pero ¿por qué querías que estuviera allí? ¿Por qué me dijiste que no la tocara?

Ella no lo sabía. Le había parecido que ese era su sitio.

—Pensaba utilizarla —dijo, aunque no recordaba para qué.

Irguiéndose en el asiento, Maija afirmó:

—Esto no me gusta nada. Los demás colonos también han visto a los lobos. Estuvimos hablando de ello en la reunión. —Apretó los labios y poco después añadió —: Tú, Frederika, tienes tendencia a buscar lo misterioso, a dejarte llevar por esas cosas. No debería haber permitido que pasaras tanto tiempo con Jutta cuando estabas creciendo. —Parecía preocupada—. Ese tipo de pensamientos acaban contaminándolo todo.

Frederika vio que la llama amarilla se contoneaba junto a las yemas de sus dedos. Apartó la vela.



En el pueblo, los mercaderes rivalizaban a voces para llamar la atención.

—Piel de reno.

—Piel de oso.

—¿Un trueque por sal?

—Este invierno ha sido como ningún otro.

—Necesito zapatos.

—Tengo perdices blancas.

—Esas las consigo fácilmente.

—¿Y qué me dice de este cristal?

Maija suspiró. La última vez que habían estado allí, al poco tiempo de la muerte de Eriksson, sólo habían acudido los colonos. La última vez, todavía tenía a su esposo a su lado. Paavo. ¿Dónde estaría?, ¿qué andaría haciendo? «Volverá —pensó—. O bien cuando empiece a fundirse la nieve, o bien en cuanto se haya fundido. Pero podía haber escrito...».

En todo el contorno del prado de la iglesia, las casas habían cobrado vida. Había tiendas abiertas. Afuera, los mercaderes habían levantado soportes donde colgar los animales muertos y las gruesas pieles que los colonos y los lapones aportarían para comerciar. Detrás del templo, en lo alto de una colina, el vigilante había subido al patíbulo y había colgado una cuerda nueva. Junto al río congelado, alguien había montado una pequeña cervecería. Maija se alegraba de estar allí. El viaje había sido horrible, pero suponía que el tiempo en el valle sería menos feroz. Y ahí no estarían solas. La gente caminaba en la oscuridad arrastrando los pies. Los caballos, que tenían el pelo de las pezuñas cubierto de hielo y nieve, inspiraban lenta y profundamente por los ollares. La columna pasó frente a la casa parroquial, donde, a través de los altos ventanales, se veían candelabros dorados. La gente viraba para no pisar la zona de nieve iluminada, como si incluso esa luz, dada su procedencia, fuese sagrada.

Y entonces Maija vio al sacerdote y retrocedió instintivamente, aunque él no podía verla. Se hallaba junto a la ventana con una mujer rubia que llevaba un vestido rojo. Ella se giró hacia él y le tocó el brazo. Él sonrió. Maija había supuesto que no tenía a nadie, aunque no sabía por qué había pensado tal cosa. Al fin y al cabo, era un hombre educado, alto, flemático... Podría decirse incluso que bien parecido.

La mujer llevaba el pelo recogido. Ella y el sacerdote estaban de pie observando a la gente, como dos personajes de la realeza en un balcón.

Junto a la mole azulada y silenciosa de la iglesia, todos giraron y entraron en el Barrio de los Colonos. A ambos lados de la calle, relucían las llamas amarillentas de

las antorchas de brea. Entonces sonó la campana de la iglesia.

Tenían que compartir una casa con Daniel, Anna y sus hijos, de modo que habían viajado juntos: las dos familias y sus animales.

—Nosotros compartíamos casa con los Jansson —dijo Anna, pero se interrumpió de golpe.

La familia que había desaparecido. A Maija le entraron ganas de decirle que ella no era supersticiosa, pero el hecho de decirlo habría dado la impresión de que sí lo era.

Mientras ayudaba a Dorotea a sentarse sobre la cama, pensó en el sacerdote y en la mujer. La luz en la casa parroquial era amarillenta y parecía cálida. La casa que habitaban, en cambio, estaba helada y faltaban algunos cristales en la ventana. Daniel se acuclilló. Sonó el chasquido de las piedras de sílex.

Maija miró por uno de los huecos abiertos de la ventana. Afuera seguían desfilando las sombras oscuras de la gente. Sus pisadas crujían sobre la nieve y sus voces sonaban amortiguadas.

—¿Y quiénes son nuestros vecinos? —preguntó.

—Todos los colonos de Blackåsen estamos en la misma calle.

Ahora ardía un fuego incipiente en la chimenea. Daniel le indicó a Anna que lo cuidase y salió a la calle. Volvió al poco rato con unas planchas de madera y tapó los huecos.

—¿Podemos salir? —pidió Frederika a su madre tirándole de la manga. Dorotea estaba de pie detrás de ella.

Maija titubeó, pero al fin dijo:

—Sí. Id a ver dónde se harán las clases y averiguad qué hemos de hacer para registrarnos en la Aduana.

Observó cómo cojeaba su hija menor cuando iba hacia la puerta.

—No te vayas a exceder, Dorotea —le recomendó—. Y fíjate bien en dónde vivimos para que sepas encontrar el camino de vuelta.

Se las imaginó a las dos caminando de la mano hacia el mercado; admirando boquiabiertas el tamaño de los terrones de azúcar, estornudando ante el olor de las especias, o contemplando las hogazas de pan con la boca hecha agua. Ella les habría dado el mundo entero. Se lo daría, si pudiera.

El Barrio de los Lapones era el que quedaba más lejos de la iglesia. Las casas de madera eran parecidas a las cabañas de los colonos, pero también había chozas cónicas, y todo el barrio estaba vallado. Los renos ya se hallaban en su redil. Los lapones habían colgado grandes antorchas anaranjadas en los postes de la cerca. Maija observó a los animales un rato. Había centenares, flanco contra flanco,

hurgando con las patas entre la nieve para buscar líquenes, o enlazando las cornamentas si se acercaban demasiado. De vez en cuando, uno de ellos daba unos brincos para apartarse, otros seguían su ejemplo y, a continuación, descendía sobre el rebaño una nube centelleante de polvo de nieve. Maija alzó la cara hacia el resplandor, pero tuvo que bajarla de nuevo cuando la nube descendió sobre ella y le picoteó la cara.

Se le acercó una mujer. Llevaba un vistoso vestido con anchas cintas y un chal triangular sobre los hombros. Le dijo algo en una lengua extraña.

Maija soltó el travesaño de la cerca.

—Estaba buscando a Fearless.

El lapón le pareció más bajo y más viejo que la última vez que lo había visto. Tenía la piel quemada, y las arrugas alrededor de los ojos parecían talladas a cuchillo. No dio la menor muestra de reconocerla, pero se hizo a un lado para que entrara. Había otros dos hombres dentro. Uno removía una olla que había en el fuego. El otro, sentado con las piernas cruzadas, cosía. Era el joven lapón del pelo largo y negro.

Fearless le indicó que se sentara en el banco. La mesa que había delante estaba cubierta con una piel de reno. Él cogió un cuchillo y se dedicó a cortarla con breves y rápidos movimientos, como si estuviera serrándola. «Podrías pasarte la vida mirando —pensó Maija—. Un hombre que sabe hacer su trabajo».

—Me gustaría saber para qué ha venido esta vez —dijo él.

Sí, ¿para qué había ido? Había sido una decisión impulsiva. Aunque, si tenía que ser sincera consigo misma, había sabido que iría a verlo en cuanto habían llegado. Tal vez se debía a la sensación de culpa que le había dejado su último encuentro.

—Las cosas no van muy bien en Blackåsen —dijo ella.

Él alzó la piel para examinar su forma contra la luz.

—Me preocupa que algunos colonos puedan apresurarse a culpar a su gente —continuó diciendo Maija.

—No sería la primera vez.

Fearless se dispuso a cortar otra vez el pellejo. Al terminar, cruzó la habitación para darle los trozos al joven lapón que cosía sentado en el suelo. Volvió, dio un suspiro y, mirando a Maija, le preguntó:

—¿Y cuál es el agravio esta vez?

—La cosecha arruinada. La muerte de Eriksson... Algunos colonos dicen haber visto cosas en el bosque. Y, además, se acuerdan de los niños que desaparecieron.

—Todas esas cosas también nos han pasado a nosotros —dijo él.

Maija asintió. Los otros dos hombres no les habían echado ni un vistazo, pero sus movimientos se habían vuelto más lentos.

—Están asustados —justificó ella—. Es por las antiguas tradiciones de su pueblo.

—Ahora hay entre ustedes algunos que tienen más destreza que nosotros en esas

prácticas.

—¿Entre nosotros?

Fearless debía de saber que Elin había muerto, ¿no?

Él no continuó.

—Bueno. —Maija se levantó—. Era eso lo que he venido a decirle.

Al cerrar la puerta, vio que los otros dos hombres se volvían hacia Fearless.



La misa de Navidad comenzaba al alba. Era complicado: la cuestión era llegar temprano pero no demasiado. Los muertos, decían, celebraban su propia misa antes de que lo hicieran los vivos. Pero a esa no quería asistir nadie.

Frederika suspiró aliviada al ver que ya había gente dentro. En la entrada, el sacristán le tendió el libro de salmos.

—Ayer dijo que ya no me hacían falta —susurró Dorotea, que renqueaba a su lado por la nave del templo.

Frederika iba mirando los candelabros del techo. No creía haber visto nunca tantas velas encendidas a la vez.

—¿Cómo?

—Que el señor Lundgren dijo ayer, en el mercado, que ya no necesito clases extra. Hay otra niña que va peor que yo.

La voz de su hermana rebosaba hasta tal punto de alegría que Frederika la miró. No se había percatado de que le importara tanto que la considerasen una mala lectora.

Hacía frío en la iglesia. Maija señaló un banco y tomaron asiento. En la parte delantera, se veía el rubio cabello de Henrik. Ese gorro que había a su lado debía de pertenecer a Lisbet. Y junto a ellos, una cabeza alta y plateada: Nils. Llegó entonces el sacerdote y se dirigió hacia el púlpito. Mientras pasaba, sonó atrás un murmullo, y Frederika se volvió. Estaban entrando los lapones: Fearless en medio del grupo, con la cabeza bien alta. La muchacha recordó la conversación que habían sostenido. Debería haberse sentido enojada, pero se sentía avergonzada más bien: por su inexperiencia, por su precipitada gratitud al creer que él había ido a ayudarla, por su incapacidad para decir las cosas adecuadas... Su mirada se encontró con la de Antti. El joven alzó la cabeza de un modo casi imperceptible y salió.

El sacerdote estaba subiendo al púlpito.

—Tengo que salir —susurró Frederika a su madre.

—¿Ahora? —Maija la observó. Se giró hacia la puerta, miró al sacerdote y otra vez a su hija mayor.

—He de salir. Volveré a entrar sin hacer ruido.

Antti la estaba esperando en la escalera de la torre. Al verla, subió. Ella trató de seguirlo con la misma ligereza, pero se sentía torpe. Cada uno de sus pasos crujía en los escalones de madera. Antti entró en una habitación en la que había una chimenea encendida y estantes llenos de libros desde el suelo hasta el techo.

Frederika vaciló.

—El sacerdote no necesita esta habitación ahora —dijo el joven lapón.

Ella aún se demoraba en la entrada.

—Hace frío afuera —la instó Antti, y se acuclilló frente al fuego. Ella hizo lo mismo a su lado.

—Eriksson todavía me sigue —dijo la chica—. Aunque aquí, no.

Tomó conciencia de ello al decirlo. Eriksson no había ido al pueblo. ¿Acaso necesitaba estar cerca de la montaña?

Antti contemplaba el fuego.

—Además, están los lobos. Atacaron a mi madre, pero solamente ella y yo podemos verlos. Aunque mi madre dice que no debería hablar de estas cosas.

Como no estaba acostumbrada a permanecer en cuclillas, se sentó sobre el trasero.

—Le pregunté a una de nuestras ancianas —dijo Antti—. No quieren hablar. Pero ella me dijo que dos cosas son ciertas: cuando una persona, sea quien sea, recibe la llamada de los espíritus, ha de demostrarles que es digna de ello. La otra cosa es que esa persona contará con una orientación especial.

—Yo lo intenté, pero Fearless no quiere ayudarme. Me dijo que me mantuviera al margen.

Ambos se quedaron callados.

—Esos espíritus... ¿son malignos? —preguntó Frederika.

—No. Bueno, supongo que podrían serlo. Según en qué manos estén. La anciana dijo que los dones que ellos conceden pueden ser empleados para hacer el bien o el mal.

—¿Qué dones?

—Justicia, protección, respuestas. —Se encogió de hombros—. Sanación.

Sanación. Frederika pensó en los pies de Dorotea.

Entonces sonó un crujido junto a la puerta. Durante un segundo escalofriante, la muchacha creyó que el sacerdote los sorprendería allí. Había alguien, una sombra. Pero en lugar de irse, se desvaneció. Antti aún estaba contemplando el fuego.

—Si te consideran digna, podrás dar a los que te rodean más de lo que nunca habrías imaginado.

El lapón se levantó.

Ella deseaba decirle que se quedaran un poco más, aunque sabía que debían volver antes de que terminase la misa.

—No tengo ni idea de cómo hablar con los espíritus.

—Yo no puedo ayudarte en eso. Vete con cuidado con la gente, Frederika. — Ahora la miró a los ojos—. No cometas ningún error. Las cazas de brujas son muy recientes aún. El miedo todavía sigue presente, a punto para resucitar. Si hablas con la persona equivocada, te quemarán en la hoguera. Incluso lo harían personas que jamás habrías imaginado.

Estaban en la pausa posterior al sermón. Frederika vio desde la entrada de la iglesia que su madre giraba la cabeza a medias. «Estoy aquí, mamá», pensó.

Su madre asintió como si la hubiese oído y se giró de nuevo hacia delante. La corona de la cabeza de Dorotea se ladeó y acabó apoyada sobre el hombro de su madre.

Frederika miró fijamente el perfil de Fearless. «Ayúdame —pensó—. Ayúdame, por favor».

Pero Fearless continuó inmóvil.



En Ostrobotnia, las celebraciones de Navidad empezaban con una misa y proseguían con un baño. Paavo encendía fuego debajo de la enorme bañera de hierro que había en el establo, y la llenaba de nieve. Se iban metiendo en ella por turnos, se lavaban el pelo y se restregaban el cuerpo; las niñas daban grititos de horror que en realidad eran de placer.

En esta ocasión, Maija había llenado de nieve el barreño y colgado del techo una manta para que tuvieran un poco de intimidad. No era como en Ostrobotnia, pero al menos quedarían limpias.

—¿Puedo pasar yo primera? —dijo Dorotea.

—Pregúntaselo a tu hermana.

Frederika asintió sin mirarlas. Se había quitado las ropas y se había sentado sobre ellas, de cara al fuego.

Dorotea se sentó en el barreño, con las piernas por encima del borde. Maija le restregó el pelo con nieve, y también la cara y el cuello; la niña soltaba grititos.

—Antes de vestirte —le indicó Maija—, frótate la piel con un trapo hasta secarte del todo.

Frederika se levantó. Ahora era alta y delgada, larguirucha. Maija titubeó. Qué raro. Ya no sabía si debía ayudar o no a su hija mayor.

—¿Quieres que te lave el pelo? —le preguntó.

—No. Ya lo hago yo.

Frederika se acurrucó como buenamente pudo en el barreño. Las costillas le sobresalían bajo la piel. El largo cabello le ocultaba la cara. Ese ya no era el cuerpo de una niña, pensó Maija. Tampoco enteramente el de una mujer, pero la niña ya había desaparecido. Frederika cogió nieve con las manos y se frotó el pecho y el cuello. Se le puso la piel de gallina.

—¿Qué es esto? —le preguntó su madre.

—¿El qué? —respondió Frederika, aunque se apresuró a pegar el brazo al cuerpo, como tratando de ocultarlo.

Maija se le acercó.

—Esto —dijo alzándole el brazo izquierdo.

Tenía una herida de cinco centímetros de largo. La mitad ya se había cerrado, dejando una cicatriz rojiza; la otra mitad todavía estaba cubierta por una costra amarillenta.

—Me lo hice yo sola al principio del invierno —explicó Frederika.

—Pero esto es una herida seria...

La muchacha se levantó.

—Déjame verla —dijo Maija—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No es nada.

—¿Cómo que «nada»?

Frederika se zafó de ella y se agachó para recoger las ropas. Se pasó el vestido por la cabeza, se lo bajó hasta que le cubrió las piernas, apartó la manta y desapareció al otro lado.

Maija la siguió con la mirada, estupefacta. Su hijita tenía heridas de las que ella no sabía nada. ¿Cuándo había dejado de contarle las cosas? «Ya no la conozco», pensó.

—Se hizo daño en el bosque cuando yo estaba en la escuela —dijo Dorotea.

Maija alzó, una a una, las prendas que tenía al lado, las dobló y las apiló en un pulcro montón.

—Si yo no tuviese que ir a la escuela, podría ayudar a cuidar de ella —añadió Dorotea.

—Hemos traído reno en salazón —anunció Anna cuando Maija retiró la manta que había colgado.

—Nosotros tenemos túmalo —dijo Frederika. Su madre no le quitaba los ojos de encima, pero ella le rehuyó la mirada—. Voy a poner la mesa.

La joven se recogió el pelo en un moño y llamó a las hijas de Anna para que la ayudaran. Entretanto ponían los platos en la mesa, Maija siguió observándola: sus muñecas eran delgadas; sus movimientos, fluidos y precisos. «Ya no te conozco», pensó otra vez. Seguramente, debería hablar con ella de algunas cosas; de esas cosas que una madre ha de decirle a su hija.

—¿Qué te ha parecido el sermón? —preguntó Anna cuando se sentaron a comer—. Es bueno, creo yo, el nuevo sacerdote. —La luz de las velas le volvía más verdes los ojos y le teñía de rojo los labios y las mejillas.

—A mí me gusta escuchar las lecturas de la Biblia en Navidad —dijo Maija—. Es la tradición, supongo.

Daniel alargó el brazo para coger pan.

—Estaban todos los lapones —terció Anna.

El brazo de Daniel se quedó en suspenso un instante.

—¿Por qué no iban a estar? —preguntó Maija, mirándolos a ambos.

La mujer le echó un vistazo a su marido, y dijo:

—Nils comentó que hablaría con los colonos de las otras montañas para averiguar si, últimamente, habían tenido problemas con ellos.

Maija se planteó si eso quería decir que ya no la invitaban a las reuniones de los colonos. Entonces preguntó:

—No creerás que la mala racha de Blackåsen tiene algo que ver con los lapones, ¿verdad?

—Ellos tienen poderes —metió baza una de las hijas de Anna.

Su madre la hizo callar y apoyó la mano en el brazo de Maija.

—Mira, tú eres nueva aquí. Es mejor que aprovechemos ahora para hacer averiguaciones.

—Quizá seamos nuevas, pero conocemos a los lapones —soltó Frederika.

—¿Cómo? —se extrañó Anna.

Daniel puso cara de sorpresa.

—Yo no diría que los conocemos —aclaró Maija—. Pero Fearless nos dejó sus cabras para que se las cuidáramos en invierno.

—¿Os las dejó a vosotros? Normalmente, recurre a Nils —comentó Anna.

—Mi madre tiene buena mano con los animales —intervino Dorotea—. Consiguió que nuestra vaca estéril diera leche.

Ahora fue Maija la que hizo callar a su hija, y dijo:

—Quizá nuestra granja quedaba este año más cerca de su ruta.

—¿Qué le pasó a la familia de Fearless? —preguntó Frederika.

—Desaparecieron —dijo Daniel.

Maija miró a su hija y acto seguido a Daniel. Con razón había dicho Fearless que también a ellos les había pasado de todo. Nils había olvidado mencionar esa desaparición.

—Ya, pero ¿cómo?

—Su esposa se llevó al bebé al pueblo para que lo bautizaran. Fearless se quedó en el campamento porque había algún problema con los renos. Fue, precisamente, cuando se desató el gran incendio del bosque. Nunca los encontraron.

—O sea que murieron en el incendio —dijo Frederika.

—Fearless pasó meses buscando —explicó Daniel—, pero no encontró nada. Tenían que haber aparecido los restos, al menos.

—¿Y él qué cree que sucedió? —preguntó Maija.

—El anterior sacerdote —respondió Daniel— dijo que Fearless encontró la paz en Jesucristo y abandonó la búsqueda.

Maija se estremeció. Esa debía de ser la peor despedida: que no hubiera despedida, que un ser querido desapareciera bruscamente de tu vida sin poder decirle adiós. Como si no hubiera significado nada, como si nunca hubiera existido. Le vino a la mente la imagen de Paavo.

Dorotea la miró. Estaba ruborizada y los ojos le relucían.

«Sí —pensó Maija—. Olvidémoslo por una noche. Olvidemos todo eso. Finjamos que esta noche no hemos de preocuparnos más que de las celebraciones navideñas». Se echó hacia delante y le guiñó un ojo a su hija pequeña. La cara de la niña se iluminó. Maija se levantó para buscar el paquete que tenía escondido debajo de la cama.

En agosto había hilado lana, la había teñido de un tono azul muy claro y había tejido una tela en el telar del establo. El color que le había salido la había asombrado:

era como tener un pedazo de cielo en el establo. Los vestidos los había confeccionado y cosido durante las noches de finales de otoño.

—¡Ah! —exclamó Dorotea al verlo—. ¿Me lo puedo probar, por favor?

Al contemplar su alegría, Maija no pudo evitar reírse. Frederika se limitó a acariciar la tela de su vestido.

—¿No te gusta el tuyo, Frederika? —le preguntó.

Ella asintió, pero dejó el vestido sin desplegarlo siquiera.

Dorotea se plantó ante su madre y le dio un hongo de abedul: uno tan elástico que podría utilizarlo como alfiletero.

—Lo encontramos Frederika y yo —dijo— cuando buscábamos ramas para hacer nuevas escobas. Lo he tenido escondido todo el otoño.

Maija la abrazó.

—Es justo lo que necesitaba.

Frederika le regaló unas trenzas de hierbas aromáticas secas.

—Qué buena idea —dijo Maija—. Cuando volvamos a casa, las pondremos entre las ropas de verano y, al llegar la primavera, oleremos como si fuésemos damas del sur.

Dorotea todavía tenía un paquete en la mano.

—Esto es para el sacerdote —dijo, al ver que Maija lo miraba.

—¿Para el sacerdote?

—Es su regalo de Navidad.

Maija no se atrevió a mirar a Daniel ni a Anna.

—¿Me acompañas para dárselo? —le preguntó la niña.

Maija y Dorotea fueron caminando a la casa del sacerdote. El aire fresco y limpio les llenaba los pulmones. Había luces encendidas en las ventanas y sonaba música en alguna parte. Al acercarse al prado de la iglesia, vieron cómo se recortaban a lo lejos las montañas blancas sobre el cielo oscuro. Dorotea iba de la mano de su madre. Tenía un curioso modo de cogerse de la mano: mantenía la suya totalmente extendida, lo cual significaba que era Maija la que debía sujetársela.

Apenas se veía luz en la casa del sacerdote.

—No está en casa —dijo Maija. Se imaginó a la mujer rubia en cuya compañía lo había visto. Seguramente, estaban celebrando la Navidad con amigos o parientes.

Dorotea subió de todos modos los escalones para llamar a la puerta. Tuvieron que esperar un rato, pero, por fin, se oyó el cerrojo y abrió el propio sacerdote.

—Ah, está en casa —exclamó Maija—. Quiero decir... qué bien.

Él había alzado la barbilla un instante, pero enseguida volvió a bajarla. No llevaba puestas sus ropas sacerdotales, sino pantalones y camisa. Parecía distinto sin su atuendo habitual. La garganta descubierta le daba un aire más vulnerable. Maija se preguntó si echaría de menos el alzacuello.

—¿Podemos pasar? —preguntó Dorotea.

Cuando habían llamado, Olaus estaba sentado solo frente al fuego. En la mesa había un único plato y un vaso de vino. También él echó un vistazo a la mesa. Maija creyó que diría algo para justificar su soledad, como solía hacer la mayoría de la gente en estos casos; pero no dijo nada, y eso le gustó.

—¿Les apetece comer algo? —preguntó él.

—No, no —contestó Maija—. Nosotras ya hemos cenado. Es que Dorotea... tiene algo para usted.

La niña le cogió la mano al sacerdote y, atrayéndolo hacia sí, le dio el paquetito. Además, le indicó que se agachara y le susurró algo al oído. Finalmente, añadió en voz alta:

—Sí que me gustaría comer algo. Un pudin sería fantástico.

—¡Dorotea! —exclamó Maija.

—Será un placer —le dijo el sacerdote haciendo una reverencia. No quería burlarse de ella, observó Maija. Sonreía con ternura.

Él tocó una campanilla colgada junto a la pared. Sonaron pasos en el corredor y apareció una mujer rolliza.

—¿Podemos tomar unos postres, por favor? —pidió el sacerdote—. Tengo invitadas.

El ama de llaves había traído arroz con leche, nueces, manzanas y galletas de jengibre. Dorotea charló, comió y pidió una servilleta para llevarle algo a su hermana. Finalmente, se quedó dormida en la silla.

El sacerdote y Maija se quedaron en silencio, mirando el fuego. «Debo irme —pensó ella—. He de despertar a Dorotea e ir a casa. Frederika se preocupará. Daniel y Anna murmurarán». Pese a ello, permaneció en su sitio. Sólo un poquito más.

—Me alegra que haya venido —dijo él.

A la luz del fuego, los ojos del sacerdote eran de un azul bondadoso. De repente también ella sintió el deseo de regalarle algo y le dijo:

—Ha caído bien a los feligreses.

Él se echó a reír. Ella lo miró con severidad, pero acabó riéndose también. Qué comentario tan ridículo.

Olaus se levantó y tapó a Dorotea con una manta. Volvió a sentarse.

—Navidad —dijo él—. Navidad... y otro año.

—Sí. Te transmite esperanza.

—¿Esperanza? Yo lo que siento siempre es agitación.

Ella lo miró sorprendida y observó:

—Es algo limpio. Algo nuevo. Una ocasión para empezar de cero.

—Justamente. Uno ha de comenzarlo todo de nuevo.

Ella entendió lo que quería decir.

—No sabía que los sacerdotes sintieran agitación.

—¿Realmente cree que son tan distintos de ustedes?

«Sí», pensó. «No», pensó. Qué extraño. Le lanzó una mirada. Él había entornado los ojos para contemplar las llamas, apoyando el mentón en una mano. Quedarse solo en una época como la Navidad era una receta infalible para caer en la melancolía, se dijo ella; e incluso estuvo a punto de expresarlo. Pero aquel sacerdote le gustaba, precisamente, por su fragilidad.

—Algunas personas de Blackåsen están culpando a los lapones de la muerte de Eriksson —dijo ella—. Me preocupa que la cosa vaya a más. Hablé con Fearless. Quise prevenirlo, aunque ciertas cosas quizá es mejor callárselas.

Se sorprendió de sí misma. «Debe de ser porque es un sacerdote —pensó—. Y te asalta el impulso de confesar, de contárselo todo».

—Nils quiere crear un pueblo —añadió.

—También a mí me habló de ello. Me dijo que ustedes lo deseaban para garantizar la tranquilidad. Pero creo que él lo ha visto como una oportunidad para dirigirles a todos.

«Es lo más probable —pensó Maija—. Ojalá no pretendiera lograrlo a base de sembrar el temor. Nosotros, el sacerdote y yo, somos recién llegados y no entendemos por qué los demás están tan llenos de miedo».

—¿Existe algún registro del proceso de Elin? —preguntó ella.

—No he encontrado ninguno, pero se lo podemos preguntar a la viuda del anterior sacerdote. Ella estaba aquí entonces.

Maija asintió.

—El rey quiere contar esta primavera con veinte hombres de la parroquia para el ejército —dijo el sacerdote.

Veinte hombres. ¿Y por qué se lo explicaba a ella? Tardó un rato en atreverse a mirarlo.

—Sé que no hay alternativa. —Olaus seguía mirando el fuego. Se encogió de hombros con aire cansado y gris.

—Ha habido guerra desde hace mucho tiempo —musitó ella.

Él, nuevamente, se encogió de hombros.

—Los reyes no siempre lo han decidido todo —prosiguió Maija—. En otra época, escuchaban a la gente.

Sus miradas se encontraron, y ninguno de los dos la apartó durante largo rato. Él tenía la piel muy fina bajo los ojos y unas arrugas diminutas en las comisuras interiores.

—Estamos pisando un terreno peligroso —dijo él en voz baja.

A ella le faltaba el aliento.

—Ya va siendo hora de que me vaya —dijo levantándose.

—La acompañaré a casa.

Olaus sujetó a Dorotea por las axilas, de manera que le apoyara la cabeza en el

hombro, y la alzó en brazos.

Maija cogió la bufanda, tapó bien a su hija y remitió los bordes sobre el pecho del sacerdote. Vio el abrigo de este colgado en el respaldo de una silla, lo fue a buscar y se lo echó sobre los hombros. Todo sin mirarlo a los ojos.

Afuera, la aurora boreal giraba alrededor de las estrellas formando volutas de un verde y un azul sobrenaturales. En algunas zonas, las volutas parecían colgar sobre la Tierra como cortinas de cuento de hadas.

—¿Qué le ha regalado mi hija? —preguntó Maija. Y añadió enseguida—: No tiene por qué responder, si no quiere.

—Plumas —contestó él—. Me ha dicho que eran para las alas del pájaro del cuento: aquel pajarito para el cual las plumas del halcón eran demasiado pesadas.

Maija sintió una oleada de amor casi dolorosa. «¿Qué habré hecho para merecer una niña como esta?», se preguntó.

Al acercarse a la casa, Maija vio que Daniel había encendido antorchas de brea en las cuatro esquinas. Arderían toda la noche y, supuestamente, los mantendría a salvo del mal. Ella no se mofó ni tampoco se enojó. Le daba completamente igual.



La multitud fue apartándose y abriéndole paso. Olaus Arosander se acordó de Moisés en el mar Rojo. Podía resultar muy solitario ser sacerdote. Le había dicho a Maija que se verían en el mercado. Era mejor que la gente creyera que se habían tropezado por causalidad; eso era lo que había pensado. Pero ¿por qué se le había ocurrido eso?

La vio antes de que ella advirtiera su presencia. Estaba frente a uno de los puestos, señalando algo. El cabello rubio casi blanco le resplandecía en la oscuridad. Sin que Olaus pudiera evitarlo, el corazón le dio un brinco en el pecho y sintió una punzada de dolor. Se detuvo. Debería marcharse a casa. Si no cumplía su palabra, sin embargo, ella seguramente iría a buscarlo.

—Buenos días, sacerdote —saludó el mercader, aunque miraba a Maija con ojos relucientes.

Ella no se dio por enterada de la llegada de Olaus.

—El tapiz —dijo Maija señalándolo.

—¿Este? —El mercader se dio la vuelta y lo alzó con ambas manos. Era del color del sol y de la nata brillante, con parpadeos anaranjados de la luz de las antorchas. El mercader desplegó el tapiz ante ella, pero no se lo ofreció para que lo palpase. Podía ser atractiva, pero a los ojos del mercader no era más que una campesina, pensó el sacerdote con un punto de irritación.

—¿Es caro? —preguntó la mujer.

El mercader se relamió y contestó:

—Procede de las rutas comerciales de Oriente. Créame, no se lo puede permitir.

—Será porque cobra demasiado por sus cachivaches —le dijo Maija, y le guiñó un ojo.

El mercader alzó la mano y luego se la llevó al corazón, riéndose.

Maija se volvió hacia el sacerdote.

Con el frío, pensó él, aquella mujer resplandecía.

—¿Lista? —le preguntó.

Él caminaba delante de ella. Alargó el paso, obligándola a apresurarse para mantener su ritmo. «Bien —pensó—. Así aprenderá». Aprender... ¿qué? No se entendía a sí mismo. Llegaron a la casa parroquial, que estaba en el lado de la plaza opuesto a la iglesia. Entró sin llamar. Una criada los recibió en el vestíbulo. Él le entregó el abrigo de piel que llevaba. Maija estaba dubitativa.

—Voy a decirle que está usted aquí —dijo la criada, y les invitó a pasar a un salón.

Maija miraba alrededor. El sacerdote trató de ver lo que ella veía: los altos

ventanales con marco de hierro que se alzaban hasta el techo; las largas cortinas de seda marrón; los muros de piedra enjalbegados de blanco; los dos sillones junto al fuego; el banco, la mesita de madera...

—Sofia es la viuda del anterior sacerdote —dijo.

Maija le echó una mirada.

Se abrió la puerta. Sofia sonrió al verlo, pero parpadeó de forma casi imperceptible, aunque innegable: un titubeo al reparar en Maija. Su vestido crujió al acercarse a Olaus. El rubio cabello, ondulado junto a las orejas, le caía en una espesa cascada sobre los hombros. Tocó el brazo del sacerdote. La piel de su mano era reluciente; las uñas, pálidas y cortas. En el ambiente flotaba una fragancia veraniega a rosas.

—Yo soy Sofia —le dijo a Maija.

—Maija —contestó ella con un leve gesto. Se notaba la lengua trabada.

En ese momento, Olaus se percató de lo que ella no quería mirar siquiera: su propio jersey gris, deshilachado en las mangas; la piel áspera de sus manos; la falda de lana negra, los remendados zapatos de cuero...

Maija se desató el pañuelo y se lo quitó de la cabeza.

Sofia mantenía la mano apoyada en la manga del sacerdote. Él tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no quitársela de encima.

—Maija es de Blackåsen —explicó—. Hemos venido a pedirle que nos hable más ampliamente del proceso de Elin.

—¿Por qué?

—Para comprobar que el proceso no tuvo nada que ver con la muerte de su esposo.

—¡Ajá! —Sofia retiró la mano, y Olaus suspiró aliviado. Ella se alejó, abrió la puerta y le dijo algo a la criada. Enseguida regresó junto a sus invitados—. Tomen asiento, por favor —dijo señalando la chimenea.

La viuda se sentó en el banco y el sacerdote ocupó uno de los sillones. Ella, lanzándole una mirada rápida, se recolocó mejor el vestido y lo extendió en el asiento. Maija fue a sentarse en el borde del otro sillón.

—El proceso de Elin... —dijo Sofia, y se puso las manos en el regazo—. ¿Qué es lo que quieren saber?

—Cómo surgió, qué ocurrió exactamente... todo —respondió Olaus.

—Humm —murmuró Sofia, y miró hacia el techo como ordenando sus pensamientos—. Bueno, Elin siempre se mostraba muy reservada, se mantenía al margen. No creo que ninguno de nosotros la conociera realmente. Yo había oído decir que empleaba hierbas y examinaba heridas, pero... —Se encogió de hombros—. Primero fue acusada por un colono de Blackåsen. Ella había ayudado en el parto del ternero de ese hombre. No se pusieron de acuerdo en alguna cosa y, dos días más tarde, el ternero murió.

Un ternero era extremadamente valioso, pensó el sacerdote. Habría resultado

difícil aceptar que, simplemente, se había muerto.

—A partir de ahí, se disparó todo. Uno de los hijos del vigilante dijo que había visto a Elin hablando con el caballo que ella tenía, y que el caballo se agachó para que ella lo montara. También la vieron caminando sobre las aguas junto al Puente del Pobre...

¡Ay, Dios! El sacerdote había escuchado historias similares un centenar de veces.

—Ya no había modo de pararlo. Cada día surgían nuevas acusaciones. Era como si la gente hubiese estado esperando la ocasión para culpar a alguien de cualquier desgracia.

—¿Quién era el colono? —preguntó Maija.

—¿Cómo?

—El colono cuyo ternero murió.

—Se llamaba Eronen. Hace mucho que se fue.

Maija soltó un resoplido, y la cara se le iluminó de golpe.

Sofía la miró perpleja.

—Así se explica todo —exclamó Maija—. Eronen es nuestro tío. Él no nos contó nada de todo eso. Debió de pensar que no estaríamos dispuestos a cambiar nuestra granja por la suya si sabíamos que aquí había habido problemas. Es lo más probable. Me sorprende que se atreviera a acusar a la esposa de Eriksson. ¿Cómo se lo tomó este?

—Irrumpió furioso en el despacho de mi esposo y exigió que anulara el proceso. Por suerte, Karl-Erik, el obispo, ya había llegado. De lo contrario, no sé qué habría hecho Eriksson.

»Fue todo muy extraño. El proceso se prolongó tres días. Era algo realmente aterrador. Los dos primeros días, en cuanto alguien hablaba contra Elin, Eriksson se revolvía y lo acusaba a su vez... Según dijeron, Lisbet podía identificar a las brujas porque veía una especie de luz, y ella afirmó rotundamente que Elin era una de ellas. La gente contó un montón de historias sobre todo lo que había hecho esa mujer... Y sin embargo, por la mañana del tercer día, el obispo declaró que lo que había escuchado no bastaba para abrir un juicio. Iba a dar por finalizado el proceso. Y fue entonces cuando Eriksson se puso en pie y pidió que el juicio se celebrara de todas formas. Dijo que prefería que la juzgasen y saliera absuelta, antes que verla siempre rodeada de sospechas.

—¿De veras? —intervino el sacerdote—. Asumía un gran riesgo.

—¿Cómo reaccionó la gente? —preguntó Maija.

—Todos nos quedamos atónitos. Elin miraba a su esposo sin decir nada.

—¿Y el obispo? —inquirió Olaus.

—Primero se puso blanco. Se trabucó con las palabras. Pero a partir de ahí, el proceso se convirtió en una batalla entre ellos dos: Eriksson a favor del juicio y el obispo en contra.

—¿Cómo acabó la discusión? —preguntó Maija.

—Por la tarde, Eriksson pidió la palabra y dijo que él había querido asegurarse de que examinaban el asunto a fondo, pero que no deseaba que Elin tuviera que pasar por esa experiencia terrible de nuevo. Qué cara más dura. Yo creo que ya se había aburrido y quería volver a casa.

—¿Y el obispo aceptó su propuesta?

—Inmediatamente declaró cerrado el proceso.

«El obispo se sintió aliviado al ver que todo había terminado», pensó el sacerdote.

—¿Lisbet estaba enferma antes del proceso? —quiso saber Maija.

—No lo creo —contestó Sofia.

Maija asintió para sí, y Olaus le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Estaba pensando que por eso está ahora tan asustada. Quizá considera su enfermedad como una venganza de Elin.

Se quedaron unos momentos en silencio.

—¿Ocurrió algo que impulsara a Eriksson a defender la celebración del juicio y al obispo a oponerse? —preguntó Maija.

—No lo sé —confesó Sofia.



Frederika estaba lavando los platos. El montón era enorme. Y debía escurrirlos bien, uno por uno, pues los platos de madera, si permanecían mucho tiempo mojados, se inflaban y, al secarlos, se resquebrajaban. Se sentía cansada. Había tenido más sueños. Eran tan vívidos que se despertaba con la sensación de haber estado toda la noche levantada. Seguía soñando con el hombre de la trinchera. Esos sueños la asustaban mucho. Le resultaba evidente que las sombras que seguían al individuo abrigaban malas intenciones. Pero el momento que le infundía más terror era cuando las paredes que lo flanqueaban se iban derrumbando. Era un desmoronamiento general. Y ella se quedaba cada vez con la sensación de que era el mundo entero lo que se le venía encima a aquel hombre.

También había tenido sueños sobre Eriksson. Lo veía de espaldas subiendo por la montaña hacia el claro. A él también lo seguían. Pero Frederika nunca veía las caras de sus perseguidores.

Hizo un alto y apoyó las muñecas en el borde del barreño. Ojalá hubiera estado allí Jutta. Con Dorotea no podía hablar, era demasiado pequeña; Antti sólo se interesaba por los espíritus de su gente, y su madre habría podido entenderlo si hubiera querido. Esa idea removi6 algo en su pecho.

Bajo sus manos la mugrienta agua parecía centellear. Una luz verde azulada. «Saluda al mar», pensó. «Hola agua» susurró, desplegando los dedos todo cuanto pudo. El agua se agitó, pareció vacilar y enseguida se abrió, apartándose de sus dedos. Frederika sofocó un grito. El agua hizo gorgoritos, como si la hubiese acariciado.

Entonces se abrió la puerta a su espalda.

—Entra —le dijo Maija a Dorotea.

Frederika le dio una patada a la silla sobre la que se apoyaba el barreño. Se derramó un poco de agua por el borde, mojándole las piernas. El agua chilló. Frederika tiró el trapo al suelo.

Y así fue como acabó saliendo y yendo a la iglesia.

El templo estaba vacío. O eso pensó. Entonces, demasiado tarde, advirtió que él estaba sentado en uno de los bancos que había precisamente junto a ella. Con los brazos cruzados sobre el respaldo del banco de delante, Fearless se inclinaba en actitud de oración. Frederika pensó en marcharse. Pero ella también tenía derecho a estar allí. Bruscamente, como en un fogonazo, vio una serie interminable de días y noches: Fearless solo, en la iglesia, arrodillado en el suelo de piedra bajo la cruz,

llorando, suplicándole a un Dios silencioso.

Fearless se irguió en el banco. La muchacha comprendió que acababa de introducirse en su mente y que él lo había notado.

—Así que aún continúas —dijo el lapón.

—Ayúdeme —contestó ella.

Fearless no respondió.

—No tengo elección —insistió Frederika.

Entonces sintió una presión repentina en el pecho. Como si alguien le hubiera puesto la mano sobre el corazón. Una sensación cálida se le extendió por todo el torso, como abriéndola por dentro, y le recordó el centelleo del agua. A poco la presión desapareció. Sintió frío.

—Te gusta demasiado —dijo Fearless.

Ella no consiguió descifrar del todo el tono. No era tanto de irritación como de tristeza.

—Todavía puedes escoger, Frederika —prosiguió él—, y creo que tú lo sabes. Pero una vez que hayas iniciado este viaje, ya no tendrás elección. Entonces ya sólo algo de enorme importancia podrá apartarte lo bastante del camino como para que puedas abandonarlo sin acabar muerta.

—¿Usted es libre ahora?

—Sí.

Frederika no estaba segura de que dijera la verdad.

—¿Fue la desaparición de su familia lo que lo alejó de ese camino? —inquirió ella.

Él la miró con unos ojos negros de cólera. No debería haber aludido a su familia. Pero ella también estaba furiosa ahora.

—Está actuando de un modo egoísta —prosiguió—. El que oye a los espíritus tiene... —buscó la palabra—... una responsabilidad hacia los que vienen después; y un deber con todos los demás.

—Hablas de cosas que no comprendes —dijo Fearless levantándose—. Y esto no es ninguna fantasía, ni un juego de niños. Es sólo para guerreros.

—Eriksson viene a verme —replicó ella—. Hemos de averiguar quién lo mató.

Fearless se mofó:

—¿Eriksson, nada menos? Si permites que los espíritus tomen la iniciativa, cometes tu primer error.

¿Los espíritus? No, ella hablaba de Eriksson.

Cuando Fearless pasó junto a Frederika, la muchacha lo sujetó del brazo y lo increpó:

—Tengo sueños. Está a punto de ocurrir algo espantoso. No entiendo mis sueños.

El viejo lapón se zafó de ella. Ni siquiera se volvió a mirarla cuando salió de la iglesia.

Frederika habría querido gritar. Estúpido Fearless. Tenía que ayudarla. También

se enfureció con Jutta. Estúpida Jutta. No debería haberse muerto. Se lo había prometido.

—No te mueras hasta que yo sea mayor —le decía.

—No me moriré —le prometía Jutta.

—Hablo en serio.

—Yo también. Porque tu madre no te enseña las antiguas tradiciones, y es mi deber guiarte.

Y aun así, se había muerto.

Y entonces, claro, Frederika se enfureció con su madre.



Caminando desde la iglesia hasta el Barrio de los Colonos, Frederika notó el mordisco del aire frío. Se subió la bufanda por encima de la barbilla. La lana humedecida por su aliento le quedó ahora sobre la base de la nariz.

Se veían velas encendidas en las ventanas. En las calles, sin embargo, el cielo negro parecía haber caído de bruces sobre la tierra y reinaba una profunda oscuridad.

Llegó a casa justo cuando su madre abría la puerta. Se había echado al hombro las dos pieles de conejo que habían llevado consigo para comerciar.

—Voy al mercado —dijo—. Ven conmigo.

—No me apetece —contestó Frederika.

—Esos malos humores tuyos no te sientan nada bien. Si yo te pido que vengas, tú vienes. —Se interrumpió—. ¿Has estado llorando?

Hablaba con un tono expeditivo. Como si las cosas de su hija fueran sólo una tarea más.

—No —dijo Frederika y, dando media vuelta, echó a andar.

Su madre vaciló, pero enseguida se situó a su lado.

—Hacen falta sal y alcohol.

—¿Alcohol?

—Para limpiarle los pies a Dorotea. —Maija le echó un vistazo—. Ella es muy valiente, pero la cosa no va bien.

—¿Qué quieres decir? Está mucho mejor.

—La putrefacción continúa. Lo vengo pensando últimamente: en estos procesos curativos, a menudo se produce una aceleración del cuerpo tras haber sufrido la herida. La persona afectada se siente mejor y tú crees que se está curando. Pero entonces parece como si el daño le diera alcance, y es cuando las cosas se tuercen con frecuencia. —Maija apretó los labios—. Estoy preocupada.

—¿Y por qué no haces algo?

—Ya lo hago.

—No, no es cierto.

Su madre la sujetó del brazo y, entornando los ojos, le espetó:

—Será mejor que te expliques.

—Tú podrías curarla.

—Yo sé algunas cosas, pero no lo sé todo.

—No me refiero a eso. Jutta me dijo que tú te curaste tus propias piernas.

—¡Dios mío! —Su madre la soltó y echó a andar otra vez—. Tu bisabuela causó la desgracia de muchas personas con sus supersticiones y, pese a todo, no fue capaz de prescindir de ellas. Yo hice ejercicios, estiré los músculos, trabajé para que se

desarrollaran. No tuvo nada que ver con la magia. Por eso decidí convertirme en mujer-tierra. Quería conocer mejor el cuerpo humano y sus trastornos, saber lo que podía hacerse para solucionarlos. En el caso de Dorotea, hemos de mantener la infección a raya.

Ya habían llegado al mercado. La plaza estaba atestada de una oscura masa de gente que deambulaba entre los puestos iluminados con antorchas de brea.

Maija enfiló una de las hileras de puestos y su hija la siguió. La nieve seca crujía bajo sus pisadas. Frederika se distrajo un momento frente a un puesto de ámbar: piedras redondeadas de color ocre y marrón.

—Mira, toma. —El mercader, un hombre de mejillas rollizas, tenía los ojitos achicados de tanto examinar las piedras contra la luz. Se inclinó hacia delante, sacándose los mitones, y cogió una de las más grandes. Su mano era muy ancha, de dedos cortos y dorso velludo. Ella se quitó los mitones y la cogió. Le sorprendió lo ligera y lo cálida que era, a pesar de su tamaño y a pesar del frío.

—Pueden curar —aseguró el mercader—. El cuerpo y el alma.

Lo sabía. Se veía en la luz irisada del interior de la piedra.

Entonces oyó la voz de su madre a su espalda:

—Necesitamos sal y alcohol...

Maija se interrumpió de golpe, se colocó junto a Frederika y exclamó:

—¡Ah, también tiene hierbas!

—Claro. —La voz del hombre se llenó de inflexiones untuosas, mirando a la mujer—. ¿Para qué mal busca ayuda?

Maija señaló uno de los tarros, que tenía un brillo anaranjado a la luz de las antorchas.

—¿Estas? —El mercader cogió el tarro.

Las hierbas que contenía, observó Frederika, eran tan largas como una uña. Parecían verdes o grises, resultaba difícil distinguirlo con esa luz. El mercader levantó la tapa y su madre se inclinó para olerlas. Entonces el hombre le puso a Frederika el tarro delante y ella hizo otro tanto. Las hierbas olían a bosque, pero con un matiz dulce mucho más intenso. No procedían de aquellos bosques, de eso estaba segura.

—¿Puedo probar un poco? —preguntó Maija. Introdujo un dedo en el tarro, se lo restregó por las encías e hizo una mueca—. ¿Qué es?

—Mejorana —informó el mercader—. Del sur de Europa. Ha escogido una hierba muy buena.

Su madre puso cara de sorpresa.

—La mejorana va bien para todo —continuó el mercader—. Suprime el dolor, cura las heridas. Sea cual sea su dolencia, flema, estornudos, problemas intestinales, dolores de muelas, es la hierba curativa que le hace falta.

—Dolor de muelas... —repitió Maija.

—No vaya a dársela a su esposo, sin embargo. —El mercader le guiñó un ojo—.

Mata el deseo.

Ella frunció el entrecejo. Miró al mercader a los ojos y bajó la voz:

—¿No sabe si se le atribuyen... poderes mágicos?

¿Qué? Frederika observó a su madre.

—La lista es larga. —El mercader también habló en voz baja—. Felicidad, amor, dinero, protección...

Su madre asintió y se irguió de nuevo.

—En fin —dijo—. Si mata el deseo, no me interesa.

El mercader soltó una gran carcajada, de ese tipo que resulta contagiosa.

Frederika seguía mirando intrigada a su madre cuando ambas se alejaron.

—Encontré unas hierbas como esas en la manga de Eriksson —le explicó ella—.

No sabía lo que eran.

—Le has preguntado por sus propiedades mágicas.

—Eriksson tenía una marca en el dedo. Esa clase de quemadura que te queda cuando se te escurre deprisa una correa entre los dedos, ¿sabes? Se me ocurrió pensar que tal vez sujetaba un amuleto y que alguien se lo arrancó de un tirón.

—O él se lo arrancó a alguien del cuello.

Los ojos de su madre relampaguearon. Pero hizo un gesto de ignorancia.

—No es que nos diga mucho. Todo el mundo quiere felicidad y amor.

—O alguien usaba las hierbas con fines curativos —sugirió Frederika.

Caminaron un rato en silencio.

—Nils tenía dolor de muelas —añadió la muchacha.

—Lo sé —respondió su madre.



Tiempos de agitación: sermones que pronunciar, reuniones parroquiales que dirigir, disputas que resolver... Olaus Arosander cenaba ahora todas las noches con Mårten Broman, el recaudador de tributos, que había resultado ser una agradable compañía. Sofia se había encargado de presentarlos.

—Creo que ustedes dos tendrán mucho de que hablar —había dicho. Y así era, en efecto.

—Administrar castigos es tarea de la Iglesia —estaba diciendo esa noche el sacerdote—. O del Estado. No le corresponde a un hombre corriente decidir lo que es apropiado.

Mårten se retrepó en la silla y se llevó una mano al estómago. Se le habían enrojecido la nariz y las chupadas mejillas. Olaus había aportado nabos, vino y pan a la cena. Mårten, la carne.

—Los gremios tienen normas que son esenciales para su supervivencia. Ayer oí en el mercado que un mercader no había devuelto la cantidad correcta una vez realizada una transacción. Su gremio se ocupó del asunto. Tienen que hacerlo; si no, se perdería la confianza en su profesión —razonó Mårten.

—O sea que lo obligaron a retirar el distintivo de su gremio.

—La vergüenza es un poderoso elemento disuasorio. ¿Quién lo sabe mejor que la Iglesia? Más aún cuando eres humillado por los tuyos.

—La retirada del distintivo gremial parece una pena bastante leve, pero si permitimos que cada grupo ejerza su propia justicia, ¿a dónde iremos a parar? ¿Sabe lo que solían hacer los lapones? Y no hablo de hace tanto tiempo. Enterraban vivos a los asesinos, cara a cara con sus víctimas. Tal vez no era peor que el castigo de la Corona, pero se aplicaba sin llevar a cabo primero un juicio como es debido.

—La Corona... —murmuró Mårten.

Se quedaron callados, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—La Corona —repitió Olaus.

Sus miradas se encontraron.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó el sacerdote.

Mårten titubeó un momento y respondió:

—No muy bien. Ve traiciones por todas partes. Ha destituido a Arvid Horn de su Consejo.

—Pero si el rey respeta mucho a Arvid.

—Ya no, al parecer. Por lo visto, ahora lo culpa de las discrepancias en el Consejo.

Olaus había coincidido por primera vez con el político cuando este era aún uno de

los generales del rey, y de nuevo cuando había llevado a cabo misiones diplomáticas. Arvid había sido uno de los hombres más leales al monarca, y era juicioso. Muy juicioso.

—¿Y es cierto? ¿Él está entre los discrepantes?

—¿Quién sabe? —dijo Mårten—. Se rumorea que algunos miembros del Consejo Privado se reúnen en secreto para redactar el borrador de una nueva Constitución.

Olaus sofocó una exclamación. ¿El rey lo sabía? No. Los castigos del soberano eran fulminantes. Si sospechaba que el Consejo estaba maquinando contra él, pronto lo disolvería. No debería haber destituido a Arvid. ¿Acaso pensaba que le bastaba con el Ejército? No, no bastaba. El rey necesitaba también a sus políticos.

—¿Quién sabe? —repitió Mårten.

Llamaron a la puerta y ambos se quedaron paralizados. Era el ama de llaves. Sonrojada y apretando los labios, no paraba de retorcerse las manos.

—Perdone que interrumpa —le dijo al sacerdote—, pero se niega a marcharse hasta haber hablado con usted.

—¿Quién? —preguntó él.

—Bengt Svensson.

—Con permiso —le dijo a Mårten Broman.

El padre de la criada aguardaba en el pasillo, con el sombrero en la mano. A la criada no se la veía por ningún lado. El ama de llaves se plantó en un lado y cruzó los brazos.

—Ya puede dejarnos —le indicó el sacerdote.

Ella lo miró fijamente, y giró sobre sus talones.

El viejo tenía un aspecto lúgubre. En las hundidas mejillas le asomaba una incipiente barba blanca.

—Se trata del reclutamiento —dijo.

El sacerdote asintió.

—¿Y si pago a otro para que vaya en mi lugar?

¿A quién iba a pagar?, se preguntó el sacerdote. ¿Y con qué dinero? El viejo le recordaba a su padre. Le puso la mano en el hombro y notó los huesos bajo los dedos.

—No quiero morir en cualquier parte —musitó el hombre.

—Lo sé —contestó Olaus. Y este hombre moriría, sin ninguna duda. Solo. Pasando frío y hambre.

—Quiero morir aquí, entre mis seres queridos.

—El rey ha exigido que le enviemos soldados. Debemos confiar en él.

—Yo miro alrededor —dijo el viejo—, y no veo nada que me haga confiar en él.

«Traición».

El sacerdote le puso los dedos sobre los labios. No diga más. Se giró a medias. El pasillo, a su espalda, estaba desierto y la puerta del salón, cerrada. Mirando al viejo,

dijo:

—Váyase.

Cuando volvió adentro, Mårten Broman estaba examinando los libros de la estantería situada junto a la puerta, sujetando la copa de vino entre dos dedos.

El sacerdote titubeó con inquietud. La puerta, sin embargo, había permanecido cerrada. El recaudador de tributos se volvió hacia él. Se tambaleaba ligeramente. Quizá había bebido más de la cuenta, pensó el sacerdote.

—He oído lo de Eriksson —dijo Mårten—. ¿Qué le ocurrió?

—¿Lo conocía?

—Claro. Venía a menudo a la costa. —El hombre soltó un bufido. El sacerdote no supo cómo interpretar esa reacción.

—Todavía no sabemos qué pasó. Lo mataron, pero quién, o por qué, sigue siendo un misterio. El obispo ha exigido que lo averigüemos, pero yo estoy totalmente perdido. No sé cómo abordar el asunto. El prelado vendrá otra vez para la Candelaria, y yo sigo sin haber hecho el menor progreso.

—El obispo... —Mårten dio un sorbo de vino.

—¿Lo conoce?

—Bueno, no sé si uno puede llegar a conocer a los hombres de la Iglesia, dicho sea sin ánimo de ofender.

El sacerdote hizo un gesto con la mano.

—No me doy por ofendido.

El recaudador dio un nuevo trago de vino. A Olaus se le ocurrió otra idea y comentó:

—Alguien me indicó que, para ser un hombre de la Iglesia, el obispo había demostrado una misericordia inusual...

—Humm —murmuró Mårten.

El sacerdote frunció el entrecejo. Ahora sí se sentía ofendido. Dejó que su mirada hablara por él: mi mesa, mi comida, mi invitado.

—Bueno, un año antes de que usted llegara —dijo Mårten—, me encargó que organizara un asunto. Un viaje al sur para una familia cuya hija se hallaba en una situación... comprometida.

Con la mano dibujó en el aire un vientre hinchado.

—¿Qué?

—Como digo, me ocupé personalmente de organizarlo todo. Los padres estaban inmensamente agradecidos por el hecho de que el obispo los ayudara, en vez de condenar a la hija.

Olaus Arosander no pudo por menos que sofocar una exclamación. Una cosa era negarse a seguir investigando un caso de supuesta brujería, y otra muy distinta, no condenar a una puta. ¿A qué estaba jugando el obispo, por el amor de Dios?

—¿Cómo se llamaban? —inquirió.

—No lo pregunté.

—¿El antiguo sacerdote estaba al corriente?

—No lo creo.



Si había algo en Paavo de lo que te podías fiar era de su lealtad. De hecho, era la persona más leal que Maija conocía. Se lo recordaba a sí misma una y otra vez. Incluso durante los cinco años que ella estuvo ausente, nunca había albergado la menor duda de que la esperaba. Y cuando volvió al pueblo, en efecto, allí estaba: con el pelo algo más canoso y una nueva arruga que le ascendía entre los ojos y viraba a la izquierda. La arruga de los «años solitarios», la llamaron.

—Me parece que te vas mucho tiempo cuando te vas —había dicho al verla. Paavo se encontraba en ese momento limpiando el casco de madera de la barca, pese a que la embarcación llevaba mucho tiempo en tierra y estaba impecable.

Ella se había reído. Y él había arrojado al suelo el trapo y la había abrazado. Entonces, por detrás de él, apareció una niña larguirucha que era casi un bebé la última vez que Maija la había visto. Y detrás de la niña, una abuela cuyo pelo se había vuelto blanco.

Paavo habría escrito. Estaba segura.

El recuerdo de su visita al sacerdote en Navidades se le coló en la mente. Sacudió la cabeza para desembarazarse de él. Eso era otra cosa. Paavo era diferente.

Los mercaderes venían de la costa. Quizá alguno de ellos había conocido a su esposo. Deambuló de un puesto a otro, preguntando: «¿Paavo Ranta, de Ostrobotnia? De pelo rubio y largo...».

No sabía cómo describirlo. La gente le decía que no; la miraba compasiva. Otra esposa abandonada por su marido.

Pero una mujer dijo: «Paavo, el finlandés». Era rolliza y anodina; sus manos se movían rápidamente entre la mercancía —harina, sal—, o bien cuando la pesaba en la balanza. No se perdía detalle.

—Las perdices las consigo cuando yo quiera —le dijo al hombre que tenía delante—. Traiga piel para comerciar. Piel.

—Sí —afirmó Maija—. Es él.

—Trabaja en las cuadras del obispo cuidando a los caballos. Está con mi marido.

—¿Y sabe...? —Se interrumpió sin saber qué decir.

—Zorro. Prefiero piel de zorro.

—¿Sabe si está bien? —preguntó Maija al fin.

—Estaba bien la última vez que lo vi. Tiene buena mano con los animales. Y con la gente. —Le dio un golpe a un niño con el cucharón—. He dicho que no se toca.

Buena mano con...

Y si estaba bien, ¿por qué no había escrito?

Se le ocurrió que tampoco ella había escrito durante el tiempo que había estado

ausente. Pero Paavo era distinto. En su caso, no haber enviado ningún mensaje debía significar algo.

La mujer la miraba fijamente.

—¿Quiere decirle, por favor, que a su familia le gustaría saber cómo está?

—Claro, claro.

La mujer le dijo adiós con el cucharón. Pero, de repente, se detuvo en seco. Entornó los ojos. Estaba mirando a alguien que había aparecido junto a Maija.

—Acompáñeme —le dijo Fearless.

El lapón caminaba deprisa. Parecía escurrirse entre la gente sin que nadie advirtiera su presencia. Maija intentaba no rezagarse, chocaba con algunas personas y se ganaba miradas de enojo. A su lado, en la oscuridad, sonó una maldición. De vez en cuando perdía de vista a Fearless, pero enseguida vislumbraba el reluciente azul de su túnica o su gorro con borlas. El hombre siguió el camino hasta la iglesia, pero en lugar de entrar, fue bordeando su largo muro blanco. Maija lo seguía a trote ligero para darle alcance, pero no acababa de conseguirlo. Llegaron a la parte trasera de la iglesia.

El cementerio era un prado totalmente blanco. Entraron directamente. Junto a la iglesia, las lápidas eran solemnes bloques de piedra. Un poco más lejos, las tumbas estaban marcadas con simples cruces, o de ninguna manera. Pasaron junto a algunos hoyos abiertos. Esas tumbas nuevas se cavaban cuando hacía buen tiempo, las cubrían con planchas de madera durante las nevadas, y ahora aguardaban la llegada de inquilinos. Maija se estremeció. Una forma oscura se ocultó entre las lápidas.

«¡El guardián de la Iglesia!», pensó la mujer, y el corazón le dio un brinco en el pecho.

No, claro que no. Eso eran historias que les contaban a los niños pequeños y que estos escuchaban petrificados de terror. Se preguntó si aún emparedaban animales vivos en los muros de los templos cuando los construían. Como si el templo necesitara guardianes que lo custodiaran.

Él se detuvo y le preguntó:

—¿Qué le ocurre?

Ella movió la cabeza.

Fearless se hizo a un lado y le señaló un trecho de tierra junto a un arbusto cuyas negras y despojadas ramas se extendían hacia el cielo. Maija advirtió, de repente, que no era un arbusto, sino una cornamenta. Había un rastro oscuro que cruzaba la nieve en zigzag. De izquierda a derecha. De arriba abajo. El corazón le palpó desbocado.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Eso mismo quería preguntarle yo.

—¿A mí? ¿Por qué? ¿Qué es?

Fearless, cuyo rostro quedaba velado por las sombras, la miraba fijamente. Parecía que el lapón contenía el aliento. Al fin explicó:

—Eriksson estaba enterrado aquí. Anoche, alguien mató a uno de mis renos. He encontrado esta mañana el cuerpo sin cabeza, y he seguido el rastro del culpable hasta aquí.

Ella se acercó más. Ahora vio la cabeza del reno, o más bien el cráneo, porque no estaba la cabeza completa.

—Tiene que haber sido alguno de los suyos —musitó ella. Y por la gracia de Dios, confiaba en que fuera así.

—¿Matar a un animal, quitarle una parte y abandonar el cuerpo? Nosotros jamás haríamos nada parecido. Esto es... —Buscó la palabra adecuada.

—... como un ritual —insinuó Maija.

—... aberrante —concluyó él.

Un ritual. Aberrante. Sí.

—¿Qué han hecho con la cabeza? —preguntó ella—. ¿Por qué está negra?

—La han quemado.

—¿Por qué iba a hacer alguien una cosa así?

—La han quemado hasta que solamente ha quedado el cráneo.

«Sangre —pensó Maija—. Rociar el suelo de sangre y dejar un sacrificio...». Pero los sacrificios se hacían para pedir un favor, o bien en gratitud por los dones otorgados. O para pedir protección. Para apaciguar a un ente celestial —contempló la cornamenta—, o a un ente abominable de la tierra.

«Algo maligno», se dijo.

—¿Por qué me lo enseña a mí? —preguntó.

—Es usted la que vino a vernos —respondió Fearless—. La que dice que los colonos quieren acusar a los lapones. Sólo sé lo que usted me ha dicho. Y la brujería forma parte de su familia. La conexión con Eriksson está en su sangre.

Maija no sabía en absoluto qué quería decir el lapón.

—¿Se da cuenta —prosiguió él— de qué podría significar esto para algunos de los míos, si llegaran a verlo?

Y sin aguardar su respuesta, añadió:

—Una declaración de guerra. Usted no tiene ni idea.

—Este asunto no tiene nada que ver conmigo —se defendió ella—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Nada. Yo me ocuparé de todo. —La apuntó con el dedo y le ordenó—: Usted no se lo cuente a nadie y manténgase lejos, bien lejos de nosotros.



—Ve a echar un vistazo a los animales —le mandó su madre golpeando la olla con el cucharón. Torcía la boca de tal manera que parecía un arañazo.

—Sí —dijo Frederika. Ya había ido hacía un rato, pero más valía volver a hacerlo cuando su madre estaba de ese humor.

Se encontró a Daniel en el umbral y le hizo una mueca: «Será mejor que no hables con ella». Él ya estaba mirando a Maija.

Frederika bajó por la calle hacia la plaza. Había luces en las casas. Le gustaba pasearse atisbando por las ventanas. Sola, pero no solitaria. Al llegar a la plaza, se entretuvo un rato bajo el enorme árbol; daba la impresión de que, a causa de la escarcha de las ramas, el musgo grisáceo crecía directamente hacia el cielo. Fue desplazando el peso de un pie a otro. Gustav salió de las cuadras y se dirigió hacia el Barrio de los Colonos; su modo de andar era inconfundible. Aunque ahora también Dorotea andaba así. Si ella tuviera un don, pensó, lo primero que haría sería curarle los pies a su hermana pequeña. Y también conseguiría comida.

¡Pom. Ratatapom!

El sonido era débil, pero nítido. Provenía de Blackåsen, cuya mole blanca se recortaba a la luz de una pequeña luna llena.

Curioso. La montaña parecía muy cercana, a pesar de que ella sabía que estaba a una jornada de camino.

¿Había...? ¿Había algo en la ladera de la montaña?

Guiñó los ojos y atisbó. Algo se había movido, estaba segura.

Sonó el aullido de un lobo solitario.

El aullido rodó montaña abajo y fue aumentando de volumen. Llegó a la plaza y la golpeó de lleno como una ráfaga violenta. Cayó hacia atrás sobre la nieve.

Y ahora la manada de lobos se puso en marcha y, lanzándose por las laderas de Blackåsen, se elevó por los aires: negras siluetas salvajes recortándose sobre la luz de la luna. Bestias de caza. Aunque estas no buscaban carne, sino algo inmortal.

Frederika se incorporó torpemente. Cruzó corriendo la plaza hacia la iglesia. Los pies le resbalaban en la nieve, de modo que los ladeó para hundir en su espesor el canto de las suelas, pero avanzaba demasiado despacio.

Llegó al templo, se abalanzó sobre la puerta con las palmas abiertas, la abrió y, una vez dentro, la empujó con todas sus fuerzas. La puerta se cerró con un leve chasquido. Ahora reinaba un completo silencio. Caminó hacia atrás sin apartar la vista de la puerta.

Ruido de arañazos. Garras sobre la madera. Silencio. Frederika aguardó. Esto era una iglesia; aquí estaría a salvo.

Sonó un aullido tan largo y penetrante que se le puso la carne de gallina. Dio media vuelta y cruzó corriendo el vestíbulo y la nave central. Los grandes velones de los candelabros estaban encendidos, pero el templo se hallaba desierto. Jesús estaba colgado en la cruz sobre el altar. Corrió hacia Él.

La puerta se abrió rechinando. Entró una ráfaga de viento y apagó las velas. Ella se detuvo en seco. Sonaron jadeos, pisadas húmedas sobre el suelo de piedra. Se giró.

Los amarillos ojos de los lobos destellaban en la oscuridad. Se le aproximó una silueta; aguardó a que las demás recorrieran los pasillos laterales y la rodearan.

—¡Marchaos! —gritó.

Parecía que el jefe de la manada se reía.

—Marchaos —repitió, esta vez suplicante.

Un gemido. ¿Era ella? Le salía de muy adentro.

Y entonces, ahí mismo, una ola empezó a crecer, a hincharse como en un mar agitado, a elevarse y a amontonarse.

La muchacha se apretó las sienes con los puños y elevó un grito por encima de los tejados, por las calles y las casas del Barrio de los Colonos, hasta atravesar las paredes de su cabaña:

«¡Mamá!».

El lobo de la nave central salió despedido hacia atrás y cayó de lado. Otro lobo de la manada rodó y cayó también; sus garras rechinaron sobre el suelo de piedra al incorporarse lanzando gañidos.

Maija arrugó la frente y se dio la vuelta de golpe, todavía con el cucharón en la mano. La sopa goteó en el suelo. ¡Plop, plop!

«¡Mamá!».

El jefe de la manada alzó la cabeza y se incorporó tambaleante sobre las cuatro patas.

«Dejadme en paz».

Le lanzó el pensamiento al lobo, empujándolo con él, atravesándolo. El animal retrocedió gruñendo. Tenía un brillo peculiar en los ojos. No era ferocidad, no. ¿Miedo, tal vez?

«Dejadme en paz».

Se debilitaba. No le quedaban muchas fuerzas. El lobo arrancó a correr, recorrió la nave central y saltó hacia ella. Frederika cayó sobre el suelo de piedra con el animal encima.

Intentó zafarse, rodar de lado, pero el lobo pesaba demasiado. Sonó el ruido de la tela desgarrada por los colmillos. Ella se revolvió, buscó la garganta del animal, empujó. Le flaquearon los brazos.

El Hijo de Dios observaba desde lo alto en silencio.

Frederika sintió el hocico del lobo en la mejilla, junto a la oreja. Lo último que le vino a la cabeza fue la imagen de Dorotea cojeando sola por la calle. Sin nadie que la protegiera. Sin nadie que se ocupara de mantenerla a salvo.

Su madre la estaba sacudiendo por el hombro.

—¿Se puede saber qué haces durmiendo en la iglesia? —le preguntó.

Frederika se incorporó con un sobresalto. Se llevó las manos al cuello y sofocó un grito. No había nadie más allí, salvo ella, su madre y Jesús en la cruz.

—No era un reproche —dijo su madre, acucillándose a su lado—. O no muy severo. Cualquiera puede quedarse dormido.

La joven la abrazó y se echó a llorar. Su madre le dio unas palmaditas en la espalda.

—Bueno, bueno.

—Han intentado matarme.

Su madre se apartó sin soltarla y la miró fijamente.

—¿Cómo? ¿Quién?

—¡Ay, mamá! Eran los espíritus.

Incluso en la penumbra, percibió cómo se le oscurecían los ojos a su madre. Todavía la sujetaba con los brazos extendidos.

—Escucha, Frederika, la gente se vuelve loca con esta clase de fantasías. Lo he visto otras veces. Los miedos se apoderan de uno y ya no lo sueltan más.

—Pero mira cómo tengo el cuello.

Su madre bajó el farol y le apartó el pelo.

—No tienes nada.

Eso era imposible. Frederika no la soltó. Su madre se agachó otra vez, no ya para abrazarla, sino para ayudarla a levantarse. Le rodeó la cintura con el brazo.

—Yo te he llamado —dijo Frederika, mientras recorrían la nave—. Te he llamado con el pensamiento. Y tú has venido. Debes de haberlos asustado antes de que pudieran terminar.

—Lo has soñado —dijo Maija, y abrió la puerta.

—Yo te he llamado —insistió ella—, y sabía que vendrías...

—¡Escucha, Frederika! —Ahora le salió un grito. Ambas se detuvieron. En la oscuridad, el aliento de Maija era una niebla blanca—. La reunión de la parroquia de Blackåsen se celebra esta noche. He venido para decirte que vayas a casa y te quedes con Dorotea el rato que yo estoy fuera. Nada más.



Ojalá Frederika hubiera sido todavía una niña, pensó Maija, apresurándose por las calles del Barrio de los Colonos; o por lo menos lo bastante pequeña como para creer a su madre cuando le decía lo que era real y lo que no lo era. Entonces todo habría sido más fácil. Pero su hija mayor era prácticamente una mujer, y para los jóvenes como ella la experiencia de los mayores resultaba arcaica y superflua. Más tarde, demasiado tarde, ya adultos, lo lamentaban: «Mi madre sabía lo que se decía», o bien: «Mi padre solía decir...».

Qué estupidez.

Maija cruzó el prado de la iglesia casi al trote. «Cálmate», se dijo. Habría tiempo de sobra para hablar con Frederika. Subió corriendo la escalera de la casa parroquial, hizo un alto para sacudirse la nieve del dobladillo del vestido y abrió la puerta.

Llegaba tarde. El vestíbulo se hallaba desierto y el portón del fondo estaba cerrado. Lo abrió y se coló dentro. La habitación estaba caldeada y en penumbra. Al fondo ardía un fuego. Nils, de pie junto a la chimenea, con la mitad de la cara iluminada por las llamas, estaba hablando cuando ella entró. Procuró serenar su respiración.

—Los colonos del monte Dagsle también han tenido problemas. No tan graves como los nuestros, pero se han mostrado igualmente preocupados.

Maija se desabrochó el abrigo e hizo un gesto con el hombro para bajárselo por un brazo. El sacerdote estaba sentado en un sillón al otro lado de la chimenea, con la cabeza gacha y la barbilla apoyada en una mano. Daniel y Anna permanecían de pie junto a Nils; más allá, se hallaban Henrik, Lisbet y Gustav.

Todos miraban a Nils.

—Por eso —prosiguió este—, los colonos de Blackåsen piden a la Iglesia que sea inflexible con los lapones.

¿Inflexible con los lapones? ¿De qué estaba hablando?

Olaus Arosander alzó la vista. Al cruzarse su mirada con la de Maija, denotó sorpresa. Parecía que el sacerdote movía la cabeza, pero de un modo tan sutil que quizá eran imaginaciones de ella.

Maija pensó en la cornamenta de reno del cementerio; en lo que Fearless le había dicho que haría su gente si lo descubría; en los delirios de Frederika sobre espíritus malignos, en la tendencia de la gente a actuar bajo la bandera del miedo...

—Supongo —dijo sin poder contenerse— que se refiere a los hechos ocurridos este año en Blackåsen. Y que está diciendo que los lapones podrían tener algo que ver con ellos.

El sacerdote bajó la cabeza. Los demás la miraron.

—Yo no creo que los lapones sean culpables —opinó ella.

Todos la observaron en silencio.

—¿Cómo va a saber lo que he dicho? —replicó Nils. Y, antes de que ella pudiera replicar, añadió—: Si hubiera estado aquí, habría oído que la petición que he hecho es que se nos permita construir un pueblo en nuestra montaña. Desapariciones, asesinatos, desgracias... Tenemos derecho a protegernos. Me he limitado a sugerir, además, que la Iglesia compruebe si los lapones siguen todavía por el buen camino.

—¿De qué conoce a los lapones, Maija? —preguntó Lisbet.

La voz de Nils se volvió más crispada al decir:

—Maija se opone a construir un pueblo. Como su esposo está fuera, tiene derecho a hablar y a expresar sus inquietudes, pero quiero advertirle que lo haga con moderación y sabiduría para no crear alarma.

—No soy yo quien anda sembrando el temor —afirmó ella.

—Esto es una comunidad y todos nos ayudamos mutuamente. Si ahora nos dedicamos a sospechar unos de otros, ¿a dónde iremos a parar?

Daniel asintió. Anna también. Maija pensó una vez más en los secretos. En los secretos inconfesables.

—Lo dice uno que sería capaz de cualquier cosa para que no se conozcan sus pecados —sentenció ella.

—¡Maija! —exclamó el sacerdote, consternado.

—Me está acusando a mí —dijo Nils con un tono que inquietó a Maija—. A un noble. Delante de todas estas personas. ¿Puedo preguntar de qué se me acusa?

—Creo que usted mató a Eriksson.

Alguien sofocó un grito.

—¡Maija! —repitió el sacerdote.

Un hombre grueso emergió entre las sombras de la pared del fondo. El manto púrpura barrió el suelo de piedra y llenó con su colorido la umbría habitación. ¿Un obispo? Todos lo miraron como hechizados. Él alzó la mano.

—Hable —le dijo a Maija.

Ella tragó saliva. No lo había visto hasta ahora.

Los demás rehuían la mirada de la mujer. Todos, salvo uno.

—Eriksson sabía cosas de todo el mundo. Secretos. —Le sostuvo la mirada a Nils—. Pero lo que descubrió sobre usted, fuera lo que fuese, era muy grave.

—Tonterías —dijo Nils.

—Lo bastante grave como para que lo matase.

—Esto es absurdo —se defendió Nils.

—En su casa, colgado de la pared, hay un tapiz que vale una fortuna. Usted no necesita una exención de tributos. ¿Qué era lo que Eriksson sabía de usted y de su pasado? ¿Le hizo chantaje? ¿Por qué se fue del sur, Nils?

—¿Usted quiere saber algo sobre Eriksson?, ¿sobre cuál de nuestros secretos conocía?

La voz de Kristina sonaba tranquila. Maija se giró en redondo. La buscó en la oscuridad y vislumbró su figura junto a uno de los grandes ventanales.

—Como parece que ahora las mujeres dicen lo que piensan, voy a hacerlo yo también —dijo Kristina, y dio un paso al frente—. Por supuesto, Eriksson sabía por qué abandonamos Estocolmo. Él hizo averiguaciones sobre nosotros, como hacía con todos los demás. Mi esposo tenía muchas, digamos, amistades entre los embajadores extranjeros. El rey consideró que su lealtad estaba en entredicho y nos obligó a marcharnos.

»Por mi parte, no sé lo que imagina el rey que sucederá si no recompensa a sus hombres. Y no sé qué efectos cree usted que tendrá para nosotros que la gente llegue a saberlo.

La mente de Maija zumbaba a toda velocidad. Secretos; el claro donde encontraron el cadáver; el cuerpo mismo...

—Había un pedazo de vidrio azul en el lugar donde mataron a Eriksson. Los lapones dijeron que se lo habían dado a Nils.

—Eso ya se lo expliqué —dijo él.

—En la manga de Eriksson había unas hierbas —añadió Maija—. Mejorana. Sirve para curar heridas y quitar el dolor. Y Nils tenía dolor de muelas.

Kristina la escrutó en silencio.

Maija recordó que le había dado a Fearless su palabra de que no contaría a nadie lo ocurrido en el cementerio, pero aun así continuó implacable por el camino que había tomado.

—Y anoche alguien mató a uno de los renos de Fearless, se llevó el cráneo y lo dejó encima de la tumba de Eriksson. Había un rastro de sangre.

—Eso no hace más que demostrar que los lapones están tramando algo —terció Lisbet.

—Realmente, no sé de qué está hablando, Maija —masculló Nils.

El pueblo. «Piensa —se dijo a sí misma—. ¿Cómo se relaciona la idea de crear un pueblo con la muerte de Eriksson?». No acababa de verlo claro. Nils se había entusiasmado con la idea de un nuevo pueblo a partir de la muerte de Eriksson, pero no antes. ¿Qué era lo que se le escapaba? Le faltaba una pieza.

—Nils no habría podido matar a ese hombre —dijo entonces el obispo—. Lo sé con certeza. Él y Kristina eran mis invitados en el momento en que, según creo, se produjo el asesinato.

Imposible. Maija se quedó sin aliento.

El sacerdote no dijo nada. Anna clavaba la vista en el suelo. Nils y Kristina miraban al obispo.

El prelado tenía los poros de la piel muy dilatados. A la luz de las llamas, parecían manchas negras. Maija concentró la mirada en los que quedaban a la izquierda del prelado.

—Han dejado el cráneo de reno en la tumba de Eriksson para que nos asustemos

y acusemos a los lapones —aseveró Maija.

—A mí me preocuparía de verdad —dijo el obispo—, si no supiera que es una mentira.

—Pero Maija —dijo Olaus, titubeando—, yo he acompañado al obispo esta misma mañana a la tumba de Eriksson. Y no había nada fuera de lo normal.

Maija se había sentado en la oscuridad, junto a la ventana. La luna cantaba sobre la nieve y los ecos se propagaban por las calles del Barrio de los Colonos. Daniel y Anna ya habían regresado. Nadie había dicho una palabra. Ahora dormían, llenando el ambiente de roncosp suspiros.

Alguien le había dicho en una ocasión que la esposa perfecta de un noble debía dirigirse en latín a los cultos y hablar como una campesina a los campesinos. Maija evocó los rasgos de Kristina: la barbilla cuadrada, las comisuras de la boca curvadas hacia abajo, y esas arrugas entre los ojos tan profundas que casi llegaban a juntarle las cejas. Esa mujer estaba a la misma altura que Nils. Acaso lo superaba. Recordó la historia que le había contado Henrik (la del mercader que al volver a casa se había encontrado las alforjas llenas de gusanos), y tuvo la convicción de que no había sido Nils quien había estado detrás de esa venganza, sino su esposa.

¿Y la expresión del sacerdote, pensó, cuando la había mirado? ¿Era compasión lo que había en su rostro? Tenía toda la razón para mirarla así: era digna de lástima.

Jutta estaba sentada a su lado, con los brazos cruzados. La mancha del pasado de su linaje las coloreaba a ambas.

—Hay que detener a Nils —murmuró Maija—. Es la gente como él la que desata las cazas de brujas.

Jutta no dijo nada.

Maija se irguió en la silla sin rozar siquiera el respaldo de madera. Si se relajaba ahora, se moriría. Seguro.



—¿Cómo ha podido permitir algo así?

Olaus Arosander estaba de pie en medio de la habitación, en compañía de Fearless. El obispo deambulaba frente a ambos de aquí para allá. Los faldones del abrigo le arrastraban por detrás, dejando entrever destellos de color púrpura. Sofia, pegada a la pared, había bajado la cabeza.

—¡Y en la casa parroquial! Que Dios se apiade de usted.

Dando la vuelta una vez más, añadió:

—Una campesina acusando a unos nobles. Una mujer acusando a un hombre. ¿Acaso no ve que...? —Tenía la cara congestionada. Buscó las palabras—. Esto es una blasfemia: un desafío al orden divino, al mismísimo Dios Todopoderoso...

Sacó un pañuelo, se secó la frente y, clavando la mirada en el sacerdote, dijo:

—Le ordené que averiguase la verdad. Le dije que se cerrara el asunto. Con discreción. Y lo que me encuentro ahora es a todos los feligreses desbocados. Controle a su rebaño, por el amor de Dios.

Alzó la mano para impedir que el sacerdote replicara y pasó a situarse frente a Fearless, que estaba inmóvil e inexpresivo.

—Usted forma parte de la Iglesia —le dijo el obispo—. No vaya a creer que esto no le concierne. —Miró al lapón fijamente, como si quisiera grabarle en la frente sus palabras—. Y si llego a descubrir que su gente ha recurrido otra vez a las prácticas del pasado, lo pagará caro, muy caro.

Guardó silencio un momento.

—Voy a decirles lo que ocurrirá ahora —prosiguió—. Si la muerte de Eriksson no queda aclarada al llegar el sermón de la Anunciación de Nuestra Señora, yo mismo me haré cargo de la investigación. Y si no consigo encontrar respuestas, entonces, tal como señala la ley, ustedes, como semejantes de Eriksson, tendrán que compartir el peso del castigo.

El obispo volvió a secarse la frente y sentenció:

—A esa... tal Maija... hay que escarmentarla, por supuesto.

El sacerdote captó la expresión de Sofia al mirar al obispo: no sonreía, pero sí se le apreciaba un rictus de satisfacción. Como una gata al sol, lamiéndose las garras.

«Déjalo —habría dicho el padre del sacerdote—. Agacha la cabeza y déjalo correr. Acepta la reprobación de los que son más sabios que tú». El sacerdote lo había visto cien veces: cómo las cosas le resbalaban a su padre.

—¿Realmente es necesario? —objetó Olaus—. Su esposo está ausente durante el invierno. Ella vive asustada. Pueden pasar semanas sin que los colonos vean a otras personas, lo cual no es un ambiente saludable para nadie. La gente puede ofuscarse.

—Ha acusado a un noble falsamente. Y en público.

—Es una simple campesina.

—Razón de más para imponerle todo el peso de la ley.

—Maija puede ser impetuosa, pero tiene buenas intenciones.

El obispo entornó los ojos, evaluando si había allí tal vez algún otro pecado que descubrir.

—No podrá asistir más a misa —sentenció.

¿Indulgencia con una bruja en potencia, misericordia con una puta y, en cambio, expulsión de una campesina asustada?

—Es un castigo muy severo —dijo el sacerdote lentamente—. Ninguno de nosotros se halla enteramente libre de pecado. Estoy seguro de que Dios toma en consideración los motivos que hay detrás de nuestras acciones.

«Cuidado —le dijo la expresión del obispo—. Sólo estoy esperando la ocasión de descubrir las faltas que *usted* ha cometido».

—Dígale a esa mujer —dijo el prelado en voz alta— que yo personalmente expondré su sentencia restante en el sermón de la Anunciación.

Era su obligación comunicárselo a ella, pero no lo haría delante de los demás feligreses. Olaus esperaba que la pena definitiva del obispo consistiera en avergonzarla, en lugar de infligirle algún daño corporal; aunque sospechaba que Maija tal vez prefiriese lo contrario.

Cuando entró, ella estaba poniéndose el pañuelo en la cabeza, pero se interrumpió.

—Dejadnos solos —pidió el sacerdote a las hijas, sin mirarlas.

Ella aguardó muy erguida a que hablara.

—Ya no puede asistir al templo —le dijo—. El castigo restante será expuesto personalmente por el obispo en el sermón de la Anunciación de Nuestra Señora.

Ella entreabrió los labios y exhaló.

—¿Y mis hijas?

—Ellas pueden asistir a los sermones, si así lo desean.

La gente era cruel. Los feligreses se ensañarían con ellas en lugar de hacerlo con su madre descarriada.

—Le prometo que haré todo lo posible para mantener la paz si deciden asistir —ofreció el sacerdote.

Maija asintió varias veces.

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó él.

Ella se estrujaba los dedos contra las palmas de las manos como para darse fuerzas. Se irguió cuanto pudo, inspiró y dijo:

—Recogeremos nuestras cosas y volveremos a Blackåsen.

Olaus Arosander estaba inmóvil, pero murmuró:

—Acusar a Nils ha sido una temeridad, Maija... Aunque hay algo que no acaba de encajar.

—Es sólo que... —balbuceó ella. Pero entonces se calló—. Adiós —dijo al fin, rehuyéndole la mirada.

La Candelaria también resultó deprimente.



Era la primera noche que pasaban de nuevo en la cabaña del monte Blackåsen. Maija se incorporó, con el camisón pegado a los pechos y a los riñones, y aguardó a que su respiración se normalizara. Entonces se levantó, se quitó el camisón por la cabeza, se secó el cuello y el vientre, y lo tiró al suelo.

No había sido más que un sueño. Buscó en la oscuridad los pantalones y la camisa, y se los puso. Se quedó un momento junto a la cama. Escuchó, a sus pies, la respiración nasal de Dorotea. Deseaba tenderse a su lado, rodearla con un brazo y absorber sus sueños. Eso nunca había podido hacerlo con Frederika, pensó; ella nunca —ni una sola vez— se había relajado y entregado a los achuchones de su madre. Volvió a asaltarle el pensamiento desagradable, pero insistente: no la conozco.

Se estremeció. Se debía a la pesadilla, que aún tenía metida en los huesos. Ya la había sufrido otras veces, aunque no se le había repetido desde que habían salido de Finlandia. Los hechos ocurridos en el pueblo habían dejado su huella. Tenía derecho a estar asustada. Ella había visto a gente totalmente quebrada, tanto en cuerpo como en alma, porque las cosas nunca volvían a ser iguales después de un castigo de la Iglesia; y ahora ella habría de esperar seis semanas para conocer el suyo.

Sobre la mesa había un pequeño plato tapado con las sobras del pescado de la cena. Era para que lo comieran las niñas por la mañana. Maija levantó el paño. Se le hizo la boca agua. No había tomado nada en todo el día, salvo un té. Volvió a envolver el plato con el paño. Ella creía que ya había conocido el hambre antes de ese invierno, pero estaba equivocada. El hambre de verdad no sólo te volvía débil e irritable, o te provocaba retortijones; el hambre de verdad era un dolor.

Quizá por eso había soñado.

En ese sueño, ella siempre estaba enferma. La enfermedad variaba: a veces padecía fiebres; otras, la peste del cangrejo. En ocasiones era una enfermedad sin nombre. Lo que no variaba era que, al iniciarse el sueño, sabía que iba a morir en cuestión de días.

A ella no la asustaba morir. No sabía bien qué pensar acerca de la muerte, aunque nadie en el mundo tendría jamás una idea clara del asunto. Cuando le llegara la hora, quería hacerse su propia idea de la muerte y aferrarse a ella. La Iglesia, desde luego, ofrecía su propia verdad al respecto, pero Maija no quería hacerla suya. Era una verdad que exigía demasiado.

Jutta había puesto todas sus esperanzas en Jesús más tarde de la cuenta.

—Jesús, Jesús, perdóname, perdóname.

Las letanías de Jutta en el lecho de muerte flotaban en el patio y llegaban a todos los rincones de la casa. Allí donde estuviera, hiciera el trabajo que hiciera, Maija las

oía constantemente y sentía como si le martillearan la cabeza.

—Maija, cógeme la mano, sujétala con fuerza, no me dejes.

«Yo nunca seré como tú», se había dicho Maija una y otra vez. Entonces ya sabía por qué Jutta tenía tanto miedo.

No había sido su abuela quien se lo había contado, sino Paavo. Maija tenía a la sazón diecisiete años. Estaban los dos sentados junto a la barca. Hacía mucho que eran amantes. Él contemplaba el mar con los ojos entornados. Se moría de ganas de marcharse, pero permaneció a su lado.

—He de contarte una cosa —le había dicho él.

Paavo le habló de su abuelo, del abuelo de Maija: un hombre alto y flaco, con fuego en los ojos y en el corazón; un hombre que sembraba el fuego allá a donde iba.

Maija se echó a reír. Pero él la miró con ojos de perro apaleado y a ella se le inmovilizó la risa en la cara y ya sólo le quedó una sonrisita tonta en los labios.

—Yo me habría enterado —dijo Maija con voz agarrotada.

—Era mejor que no lo supieras.

—¿Quién lo ha dicho?

—Los ancianos. Ocurrió mucho antes de que tú nacieras. Saberlo sólo habría servido para hacerte daño.

«¿Y por qué me lo estás contando ahora?», habría deseado gritar. Pero lo que hizo fue mirar el mar: mirar a tal distancia que hasta le dolieron los ojos.

—¿Y me lo habéis ocultado todo este tiempo?

Él asintió. Sí, se lo habían ocultado.

¿Por qué no se lo habían explicado?

«La culpa», pensó Maija. A fin de cuentas, eran los pueblos los que quemaban a la gente, no hombres aislados. Estaban todos en falta y no habían hablado de ello por sentimiento de culpa.

Pero, en ese caso, ¿por qué lo sabían los demás niños?

La mente le giraba enloquecida, tratando de recordar. ¿Acaso no había habido siempre cierta vacilación de la gente en el modo de tratarla, una celeridad especial en castigarla severamente? ¿Acaso la observaban, buscando en ella las características de su abuelo?

Y Jutta... ¿Qué papel había jugado en todo eso?

Apartó la mano que Paavo tenía sobre la suya.

—¿Cuántas?

—Maija...

—¿Cuántas?

—Trece.

Y cuando Paavo le estrechó los dedos otra vez y se los apretó con fuerza para decirle que la amaba igualmente, esperando que ella se sintiera agradecida, Maija no sintió otra cosa que asco. La misma repugnancia que, posteriormente, le provocó Jutta.

—Jesús, Jesús, perdóname, perdóname.

—¡Trece mujeres!

Maija gritó a Jutta con furia cuando se la encontró junto al lago.

—¿Y seguiste casada con él? —Tenía el corazón tan henchido de rabia que se ahogaba—. ¿Quiénes eran ellas?

—Maija... —La cara de Jutta se puso cenicienta.

—¿Quiénes?

—Aino y Eeva, la madre y la abuela de Mielikki —dijo Jutta con dificultad.

Mielikki había vivido en la puerta de al lado desde que Maija tenía memoria. Todavía recordaba el olor que salía de allí cuando la mujer horneaba pan, y ella corría a pedirle un pedazo.

—Helli, la hermana de Katri...

Katri era la maestra de Maija.

—Eira, la abuela de Paavo...

¡Oh, Dios!

Anneli, mi hija... o sea, tu madre.

Así fue como Paavo y Maija abrieron juntos las puertas del pasado y del futuro. Ya nada sería igual. Habían desenterrado algo sepultado en una tumba demasiado poco profunda.

Jutta no podía parar de hablar. Como si estuviera en manos de Maija absolverla: *El miedo incontrolable, el fervor... Dios mío, una fuerza maligna asolando todo el país. Su esposo ya era viejo y ella no se lo tomaba en serio. Él rezaba y rezaba. Las mujeres acudían a Jutta a que les leyera el futuro: reían, quizá bailaban. Midsummer, era en Midsummer. Alguien dijo algo, alguien habló de brujería diabólica. Las mujeres fueron acusadas, una a una: Helli, Eira, Anneli... Anneli... Mi hija, Anneli. Jesús, Jesús, perdóname, perdóname. Nadie defendió a las acusadas. Tienes que entenderlo: nadie. ¡Mi hija! Seguro que todo quedaría en nada, acabaría pasando, la gente era sensata. Se conocían de toda la vida. A menos que fuese verdad: ¿y si alguna de ellas pertenecía al otro lado? ¿Y si alguna había copulado con el diablo? El olor a carne cocida y pelo quemado cuando se sentaban en sus porches bajo la luz ambarina del atardecer... ¿Cómo sonarían los gritos de los quemados...?*

Las imágenes salieron a borbotones de los labios de Jutta y se grabaron en Maija para siempre.

Pero, cuando Jutta yacía agonizante, cuando se aferraba a los últimos jirones de vida con unos dedos esqueléticos que ya tendrían que haberse soltado, Maija se quedó a su lado, pensando en la madre que habría podido tener; en la madre que había tenido, de hecho, pero que no recordaba. «Deberías haber sido tú la condenada —pensó—, y no ella».

—¿Y por qué tú no? —le preguntó.

—Fui acusada —dijo Jutta—, pero retiraron la acusación. Tal vez mi esposo... Jesús, Jesús, perdóname, perdóname.

«Yo nunca me volveré como tú —se juró Maija a sí misma—. Jamás le impondré mi desgracia a nadie. Llevaré mi propia carga con dignidad. Nada de emoción. Ni ahora, ni nunca. Me las arreglaré siguiendo adelante. Sabré morir sola. Y nunca, nunca, nunca más, volveré a usar los dones».

La voz de Paavo en su mente: «No sabemos lo que habríamos hecho nosotros en su situación».

Pero sí lo sabían. ¡Claro que lo sabían! Simplemente, decidías lo que era correcto. Y te mantenías firme. Luchabas.

Y una vez más: el sueño.

Maija agonizaba. Pero más espantoso aún que morir se era el hecho de que, en el sueño, tanto esta vez como las demás, mientras cobraba conciencia de su muerte inminente, lo primero que hacía era tender las manos para aferrarse: a Frederika, a Dorotea. A veces, a gente cuya cara ni siquiera reconocía. Se aferraba a ellas, chillaba, les decía que pronto se habría ido.

Era así como sabía que todavía no era lo bastante fuerte.

Maija quitó el paño del plato y se comió el pescado. Hecho esto, salió corriendo y vomitó en el porche.



Frederika yacía despierta. Le dolía la garganta y le costaba tragar.

En su mente, seguía viendo lobos. Los oía jadear.

Su madre se había levantado y había salido. Había dejado húmedas las sábanas sobre las que descansaba junto a su hija mayor, y ahora estaban heladas. La joven no había dado ninguna muestra de estar despierta; no era una noche para hablar. Bajo la colcha, Dorotea se apretujó contra ella. Notó sus latidos: ¡papum, papum, papum!

Eriksson había entrado y vuelto a salir cuando su madre aún estaba en la cabaña. Frederika no lo había mirado, y su madre tampoco había reaccionado. Ya era más que suficiente vértelas con tus propios fantasmas sin tener que enfrentarte a los fantasmas de los demás.

Se estremeció. Los espíritus no esperarían más. Vendrían otra vez a por ella, y no estaba preparada para esa lucha. Aunque había ocurrido algo en su interior: cuando les había gritado mentalmente, durante un instante, ella había sido la más fuerte. Pero al final había perdido las fuerzas.

Se mantuvo boca arriba. No se atrevía a moverse. Sentía una opresión en el pecho. Como le inquietaba hacer ruido si inspiraba normalmente, lo hacía de forma superficial y entrecortada, y no absorbía suficiente aire.

Jutta era capaz de percibir a la gente sin necesidad de verla. Y había tratado de enseñarle.

—Quédate quieta. Intenta sentir a dónde voy, en vez de verlo.

Transcurría el mes de junio, en Ostrobotnia. Ella y Jutta estaban colgando la colada en el tendedero. Habían extendido un buen trecho de cuerda entre dos pinos. Los vientos primaverales eran fuertes, y las sábanas daban latigazos en el aire, como grandes velas blancas flameando relucientes sobre aquella barca que ya no servía para nada.

Frederika cerró los ojos. ¡Chac, chac! Imaginaba el chasquido de las jarcias golpeando los mástiles, pero no captaba a Jutta de ningún modo.

—Nada —dijo.

—Prueba otra vez. —La voz de Jutta venía de la izquierda.

—Nada.

—No quieras oírme. Siente.

Una presencia. A su derecha. Como una huella en el aire. Y de nuevo el viento cálido en su mejilla.

—Quizá —dijo Frederika, y volvió a probar. Sí, como una marca. Una forma—. Te tengo —dijo abriendo los ojos.

—Ahora trata de retenerme ahí —le había dicho Jutta.

—¿Cómo?

—Imagínatelo como si intentaras ponerme un anillo alrededor. Un anillo de viento, o de fuego. Algo que me impida salir.

Ella se concentró. Trató de imaginar un círculo alrededor de su bisabuela. Pero enseguida sintió que esta la abrazaba.

—Hace falta practicar —le había dicho al oído.

Jutta había conseguido saber mucho. ¿Sería posible hacer lo mismo con los espíritus?

La muchacha trató de visualizar a los lobos frente a ella: los cuerpos fibrosos, el pelaje apelmazado, los colmillos afilados...

Sintió un escalofrío.

¡Ah, no! No os tengo miedo. Cerró los ojos y volvió a probar. No sabía cuánto llevaba probando cuando le entraron ganas de bostezar.

Y entonces notó un cambio brusco.

Era como si el espacio en derredor, o el tiempo, algo férreo e inflexible, se hubiera vuelto del revés, permitiendo que lo recorriera, que se desplazara por su interior. Hubo un movimiento, a lo lejos, y Frederika supo que los tenía. Se trataba de la ladera occidental de la montaña. Una guarida. ¿O un pasaje? El jefe de la manada, entretanto los demás deambulaban buscando comida, se mantenía erguido y miraba al frente. Alzó el hocico, dilató los orificios nasales. «Sabe que estoy aquí —pensó la joven—. También puede sentirme». Los demás lobos se alborotaron. Uno de ellos se acercó demasiado al líder, y este lo derribó con las garras, mostrándole los colmillos. El otro gimió, dio unos tumbos y se quedó boca arriba.

«No puedo poner un anillo en torno de ellos —pensó Frederika—. Nunca tendré la fuerza suficiente para inmovilizarlos».

A su lado, Dorotea se agitó en la cama. Ella giró la cabeza para contemplarla. Su hermana tragó saliva y abrió la boca. Frederika percibió un olor a leche agria, a dulzura. A hermana.

«Quizá —pensó—, si no consigo poner un anillo alrededor de ellos, puedo ponerlo alrededor de nosotras. Un anillo de protección». Cerró los ojos. Al principio intentó visualizar la granja, pero no era capaz de verlo todo a la vez. A continuación se imaginó la cabaña, pero tampoco consiguió mantener la imagen mucho tiempo; otros pensamientos la acosaban para desbaratarla. Se sentía cansada. Finalmente, abrazó a Dorotea, la atrajo hacia sí, y de inmediato vio mentalmente la imagen de las dos juntas. Trató de imaginar fuego, pero la cabaña era demasiado fría y oscura, y recordó la tormenta que habían sufrido. «El viento», pensó. Visualizó la nieve del exterior, y cómo el viento la alborotaba y perturbaba su pacífica quietud. «Vamos. Despierta». El viento sopló con más fuerza: la fuerza suficiente para alzar los cristales de hielo. Ya se alzaban. Deprisa, más deprisa. La nieve bajo la ventisca. Un torbellino blanco. Y en la calma de en medio: Dorotea y Frederika.

Su madre debería haber estado allí con ellas, pensó la joven, y se quedó dormida.

Pasaron los días y volvió a imperar la razón y la sensatez cotidiana: las riñas de las hermanas, el fastidio de tener que vestirse y salir a hacer las tareas diarias... Pasó otra semana. Los demás colonos ya debían de estar de vuelta en la montaña, pero nadie había ido a verlas.

—Hoy hay escuela —le dijo Frederika a Maija una mañana.

Su madre se apartó el cabello de la frente y contestó:

—Sí. Creo que sí.

—La escuela, la escuela —rezongó Dorotea detrás de ellas.

A Frederika le vino el recuerdo de un anillo hecho de viento. Ese pensamiento le transmitió calma y seguridad.

—Yo la acompaño —se ofreció.

Las dos hermanas se fueron andando por el bosque.

—Así que ya no necesitas que el señor Lundgren te dé clases aparte —le dijo a Dorotea—. ¿Cómo es eso?

—No lo sé. Quizá es por mis pies —contestó la niña.

—¿Por qué habría de ser por tus pies?

—No creo que le guste lo que les ha ocurrido. Además, me dijo que Sara necesitaba más que yo su atención.

Frederika pensó en lo que decían los sacerdotes que te pasaba si no lo hacías bien en la sesión de catequesis.

—Pero ¿eso significa que no precisas clases particulares, o qué?

—Eso es.

El maestro había dicho que Dorotea no tenía suficientes conocimientos de la Biblia. «Habré de preguntárselo —pensó Frederika—; no vaya a ser que mi hermana tenga problemas con el sacerdote». Tal vez había cosas que podían practicar en casa.

—Hoy entraré contigo —le dijo a la pequeña—. He de preguntarle una cosa al señor Lundgren.

Cuando llamaron, el maestro salió a abrir.

—Aún no hemos terminado, pero podéis esperar dentro —indicó.

Se quitaron los abrigo y los dejaron en el vestíbulo. Sara, la hija pequeña de Daniel, estaba con el sacristán en un banco junto al fuego, inclinada sobre el libro que sostenía en el regazo. Los pies le oscilaban en el aire sin llegar al suelo.

Frederika se aproximó a la ventana. Reinaba el silencio en el patio. La nieve llegaba casi a la altura del tejado en la parte trasera del establo, donde nadie había despejado el terreno. Pero entonces se dio cuenta: veía. Había luz. ¡Luz! Sí, un amanecer, aunque todavía endeble. La primavera se acercaba.

Apoyó las manos en el alféizar para pegar la mejilla contra el cristal y continuar mirando. Al hacerlo, sus dedos rozaron una muesca de la madera.

Había otra letra mayúscula grabada en el marco de la ventana junto a las demás: una S.

Frederika se volvió hacia Sara. ¿Ella había hecho eso? Pero si era muy pequeña... Tenía la edad de Dorotea. ¿Cómo se las había arreglado para hacerlo sin que lo viera el señor Lundgren? ¿Cómo se había atrevido? Le entraron ganas de reírse.

Llegaron los demás. Entraron en el vestíbulo arrastrando los pies y se quitaron los abrigos.

—Mira: me lo compró mi padre en el mercado —dijo uno de los mayores, mostrándole un cuchillo a un compañero, y lo guardó de nuevo en la funda.

Sara, de tez pálida, ojos enrojecidos y bracitos como palillos, fue a sentarse a la mesa. El sacristán abandonó la habitación para ir afuera.

Uno de los chicos se sentó junto a Dorotea, pero se volvió a levantar, rodeó la mesa y tomó asiento al otro lado. Otro chico que se estaba instalando, recogió sus libros y lo siguió.

El mayor, que tenía manchas en la nariz, se inclinó sobre la mesa y le dijo en voz baja a Dorotea:

—Tu madre es una hereje.

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó Frederika.

El chico le echó un vistazo.

—Lo dice mi padre, lo dice mi madre, lo dice todo el mundo en la montaña —respondió él.

—No eres más que un crío —le replicó ella—. No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—No puede volver a entrar en la iglesia.

—Es una bruja —afirmó el menor—. Atrae la desgracia sobre todos nosotros.

Frederika no respondió.

—Tu madre será castigada.

—Quizá tenga que soportar una carrera de baquetas. Y todos la pegaremos. ¡Pam, pam, pam! —El pequeño tenía las mejillas encendidas y golpeaba la mesa con un dedo.

—¡Aaaaay! —El mayor gimió y se abrazó a sí mismo como si estuviera herido. Pero sonrió con expresión burlona—. Además, te apestan los pies —le dijo a Dorotea arrugando la nariz.

Esta miró a su hermana.

Frederika nunca había sentido una rabia semejante. Era un odio tan ardiente que le palpitaban los oídos. Miró al chico con los ojos entrecerrados. «Arde —pensó—. Arde».

Él se derrumbó sobre la mesa, con las manos a los lados de la cabeza.

Frederika dio un respingo.

«¡Ay, Dios! ¿Qué he hecho? Lo he matado —pensó—. Lo he matado».

El sacristán entró.

El chico se incorporó de golpe.

—¡Aaaaah! —se mofó—. Así es como se quedará tu madre.

Frederika suspiró.

El chico la miró boquiabierto, esperando a que reaccionara. Y al ver que no lo hacía, le sacó la lengua.

—¿Te quedas hoy con nosotros, Frederika? —preguntó el señor Lundgren sonriendo.

—Sí —afirmó ella—. Hoy me quedo.

Había deseado hacerle daño a ese chico, pensó más tarde, cuando ya habían cenado. Estaba hilando lana, sosteniendo entre las manos las grasientas guedejas. Iba retorciendo las fibras con los dedos hasta convertirlas en hilo. No, era todavía peor: durante unos instantes, habría deseado verlo muerto.

Y al terminar la clase, continuaba tan disgustada que se le había olvidado preguntarle al señor Lundgren por Dorotea.

«He de tener cuidado. He de madurar deprisa. Cuando llegue el día en que estos poderes hagan lo que yo deseo, ¿qué pasará si no soy capaz de controlar mis arrebatos?».

Ese pensamiento le hizo torcer la lana con excesiva fuerza. El hilo estaba tan tenso que le cortó la yema del dedo.

¡Pom. Ratatapom!

«Cuando llegue el día», había pensado. No «si llega el día».

Paró la rueca con la mano y se metió el dedo en la boca. Tenía un sabor salado. Su madre, sentada frente al fuego, estaba remendando una falda y canturreaba. El chico la había llamado «hereje», pensó Frederika. Debería decírselo: debería decirle a su madre que la gente de la montaña murmuraba sobre ella. Pero no quería hacerlo. Ya la castigaría la Iglesia. ¿Acaso no era suficiente?

Apoyó el pie en el pedal e hizo girar otra vez la rueca.



Maija tuvo que salir al porche a verlo. Todavía muy débil, pero ahí estaba: un amanecer. El sol no había rebasado el horizonte, pero ella lo percibió allá lejos, en el fin del mundo. La luz grisácea se iría prolongando. Tal vez dentro de una semana aparecería la luz del sol. ¿Cuánto habría de transcurrir para que la naturaleza produjera algo comestible? Demasiado. Pero al menos eso reavivaba la esperanza.

Pasó un buen rato antes de que advirtiera su presencia en el lindero del bosque. Fearless parecía como surgido de la tierra. Cuando el viejo lapón estuvo seguro de que ella lo había visto, se acercó. Sus esquís arrancaban un silbido a la nieve. Se detuvo bajo el porche.

—Si viene a quejarse porque revelé lo que encontramos en la tumba de Eriksson, lo siento —se excusó Maija—. No quería meterlo en un aprieto con el obispo.

Él no respondió.

—Se me escapó —añadió ella.

—Usted me dijo —dijo Fearless— que poner la cornamenta sobre la tumba de Eriksson era como un ritual.

Maija se encogió de hombros.

—También dijo que lo habían hecho para asustar y acusó a Nils.

—Sí, bueno. Me equivoqué.

—¿Y si era un ritual?

Fearless no la estaba mirando cuando le hizo esa pregunta. Miraba hacia el cielo, como si pensara en voz alta.

—Pero usted dijo... —titubeó la mujer.

—No me refería a uno de nuestros rituales —replicó él—, ni a los rituales suecos o finlandeses.

—La sangre estaba esparcida sobre la nieve como si hubieran querido trazar algo parecido a una cruz.

—No hablo de la sangre, sino del cráneo.

—Explíquese.

—Un lapón que vino del este me explicó que en el sur de Rusia existe una tradición: queman la cabeza del animal que han sacrificado y que están a punto de comerse, y colocan el cráneo carbonizado junto al lugar de los ancianos.

—En señal de respeto.

Él asintió.

—Pero ¿quién habría querido mostrar su respeto a Eriksson? ¿Y un ruso, además? No.

Volviendo a mirar el cielo, el lapón añadió:

—No se deje engañar. La primavera aún no ha llegado. Todavía hará más frío.
Maija alzó también la vista hacia el este. Fearless tenía razón: el viento anunciaba hielo.



Frederika se hallaba en el establo, sentada a horcajadas en el banco, practicando. Al principio trató de colocar un anillo de viento alrededor de las cabras para impedir que se movieran, pero ellas no se movían de todos modos, así que no sabía si lo había hecho bien. Entonces intentó ver dónde estaba Fearless. Cerró los ojos y se concentró. Vio su rostro frente a ella, pero no consiguió retener sus rasgos. Era casi como si se apagara una vela. El proceso se repitió una y otra vez.

Cuando apareció Eriksson, no se sorprendió lo más mínimo.

—Hola —lo saludó.

Él no respondió. Estaba de pie, con la barbilla alzada y una expresión fría en los ojos. Evitaba su mirada.

—Estoy practicando, como me recomendó.

Él se mofó.

—¿Qué pasa? —preguntó Frederika.

—La otra noche me ignoraste.

—Es que había habido problemas en el pueblo. Necesitaba tiempo para pensar con calma. Lo entiende, ¿no?

Él seguía sin mirarla.

—Lo siento —dijo Frederika.

—Vine a traerte un don.

—Lo siento —repitió ella.

Eriksson se sentó a su lado en el banco, con los brazos apoyados en las rodillas. No la miraba a ella, sino a las cabras.

—Aún no tengo ni idea de lo que hago —comentó Frederika.

Él vaciló. Pero asintió, se irguió y buscó en el bolsillo de la chaqueta.

—Toma —dijo, y le dio un objeto envuelto en un pañuelo.

Era un espejo: un espejo cuadrado y pequeño con un marco de hierro retorcido. Estaba muy frío. Frederika le dio la vuelta. La parte posterior era de metal negro.

—Pertenece a Elin —informó Eriksson—. Lo utilizaba para hablar con lo que llamaba sus espíritus guardianes.

—¿Es así como se contacta con ellos?

—No lo sé. Creo que hay muchas maneras. Tú has de encontrar la tuya.

La joven sabía que él decía la verdad: la calma era provisional. Ahora, al pensar en el círculo de viento, vio de nuevo a los lobos. Sombras en la tormenta. Avanzaban lentamente con la cabeza gacha, pero avanzaban. Estaban en camino.

Afuera sonó un chirrido. Hubo un silencio, y se oyó el golpe de unos esquiés al ser apoyados en la pared del establo. La muchacha se metió el espejo en el bolsillo. Un

nuevo silencio, y se abrió la puerta. Era Antti. Inclino la cabeza, a modo de saludo, y entro.

Eriksson se habia ido. Antti se quitó los mitones y el gorro. La negra melena le cayó sobre los hombros.

—He venido con Fearless —dijo—. Él ha ido a ver a tu madre.

—¿Ha ido a ver a mi madre? ¿Para qué?

—No lo sé.

Frederika sintió el agujijoneo de los celos. Fearless habia preferido hablar con su madre, aunque era ella la que estaba intentando seguir las huellas del viejo lapón.

Antti miró alrededor, vaciló y se sentó en el banco, justo en el sitio que Eriksson acababa de ocupar.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien —dijo ella sin pensarlo—. Muy bien —se corrigió—. No lo sé —concluyó.

Permanecieron en silencio.

La mano de Antti se apoyaba en el banco, junto a ella. Era una mano ancha y vigorosa; todavía lucía el bronceado del verano. Tenía pelos negros en la muñeca. Frederika sintió una punzada en el estómago. Su propia mano, también en el banco, parecia paliducha y flaca en comparación. Le hubiera gustado saber cómo sería el tacto de la piel del joven lapón.

Alzó la vista. Descubrió que él la estaba mirando.

—Me pregunto cómo será el tacto de tu piel —dijo Frederika.

—Ni se te ocurra —replicó él, y se puso de pie.

Ella miró cómo se calaba el gorro y salía. Sus movimientos eran distintos de los de cualquier otro. Estaba segura de que sería capaz de reconocerlo de lejos. Siguió inmóvil en el banco hasta mucho después de que el establo hubiera quedado en completo silencio. Al fin, notó un escozor en los ojos y se levantó. Se habia sentido sopesada y evaluada, y juzgada demasiado liviana. Sacó el espejo que Eriksson le habia dado y se echó un vistazo. Era su madre la que parecia devolverle la mirada desde el espejo: el mismo pelo rubio casi blanco, los mismos ojos grises... Examinó los demás rasgos.

Año tras año, a medida que se sucedían las estaciones, habian ido alargando y ensanchando el vestido para adaptarlo a las necesidades: centímetro a centímetro, volante a volante. En cuanto al cabello... Le caía indómito por la espalda. Se lo recogió en una larga trenza. Ella habia creído que era guapa. Le habia echado miraditas a Antti. Pero era una chica desaliñada, sencillamente.

Los ojos le escocieron otra vez. Los cerró. Pensó en la mano de Antti, en los tendones del dorso. Imaginó la cara del lapón frente a ella, su boca acercándosele. Sintió un espasmo en las entrañas. Él debía de preferir a una chica de su pueblo, pensó. Pero era ella la que captaba a los espíritus, en lugar de alguna de sus mujeres.

Permaneció largo rato en el establo, mirando el espejo.

—Háblame —exigió.
Pero sólo se vio a sí misma.

Esa noche Frederika soñó con hormigas negras, de diminutos cuerpos relucientes. Estaban en la escuela. Al principio sólo había unas pocas. Vio una; luego otra. Al poco rato se dio cuenta de que había todo un reguero que avanzaba por el suelo hacia la chimenea. Afuera, había muchas más. Se acercaban desde todas las direcciones: del sur, del oeste, del norte y del este. Trepaban por los escalones del porche, se amontonaban unas sobre otras llevadas por su ardor. El porche estaba lleno de ellas, pues buscaban el diminuto orificio en la puerta que les permitiría entrar. Muy pronto, el suelo del interior se convirtió en un denso manto en movimiento: como una corriente de melaza negra sobre las tablillas de madera.



Pasaron las semanas. Como la mayoría de los días, Olaus Arosander acabó sentado en un banco de su iglesia. Conocía de memoria el cuerpo clavado en la cruz que tenía delante: las piernas míseras, el pecho hundido, las gotas de rojo intenso pintadas en el costado y en las manos, la cabeza inclinada con la gran corona de espinas...

Érase una vez un pajarito...

«Ve a ver a Sofia —se dijo—. Anímate». Dos días atrás, había visto cómo entraba el coche de caballos de la mujer en la plaza, de vuelta de otro viaje a la costa, y había observado desde la ventana cómo descargaban el equipaje. Ya tenía decidido pedirle que se convirtiera en su esposa, pero al final no había ido a saludarla y se había sentido aliviado al ver que ella no acudía a visitarlo.

Volvió a alzar la vista hacia la efigie de Jesús. Si guiñaba los ojos, había como un halo alrededor de ella. La cabeza estaba completamente caída sobre el pecho, de modo que no podía saber si la figura tenía los ojos abiertos. Esperaba que sí. Aunque Jesús estaba crucificado. Probablemente, era mucho pedir.

«Podrías intentar rezar». La idea se coló en su interior como caminando de puntillas.

Su padre solía rezar: un hombrecillo pálido que musitaba todas las mañanas con las manos entrelazadas y dos agujeros negros en los lados de la cabeza, allí donde antes había orejas.

El rey también rezaba. Vivía de acuerdo con la Palabra divina; se retiraba a su alcoba y cerraba la puerta para orar. Durante el sermón, al llegar el momento en que el sacerdote leía la plegaria, el rey escuchaba y asentía. Como si la invocación fuese dirigida a él, y no a Dios. Lo cual, en muchos sentidos, era cierto. El monarca sostenía el peso de la relación con Dios. La Iglesia acordaba con él las oraciones adecuadas.

«Si hablara contigo —le preguntó a Jesús—, ¿qué me dirías?».

Curiosamente, lo que le vino a la cabeza fue la cara de Maija.

El enorme portón de la iglesia se abrió rechinando. Se volvió a mirar. Sofia se estaba quitando el chal y le sacudía la nieve.

Sus pisadas resonaron en la nave al acercarse por el pasillo. A él se le encogió el corazón.

—Estaba rezando —musitó.

Ella se detuvo.

—No pretendía molestarlo.

—No, no. Ya había terminado. Bienvenida de vuelta.

Se desplazó en el banco para hacerle sitio. Ella se sentó en el borde. Parecía muy

sería. Tenía un brillo en el labio superior. ¿Estaría enferma?

—¿Va todo bien? —preguntó Olaus.

—No lo sé —respondió ella.

Sofía inspiró hondo y, dilatando las narinas, dijo:

—Me encontré a Mårten Broman cuando estuve en la ciudad. Naturalmente, siendo Mårten quien es... No entiendo en qué estaba yo pensando...

Carraspeó.

Al sacerdote le entró frío. Aguardó.

—Mårten intentó hacer averiguaciones sobre usted desde que se conocieron en el mercado. Quería saber quién era exactamente. Usted fue sacerdote de la corte, pero él me dijo que era como si hubiera surgido de la nada. Que no hay nadie que haya estudiado con usted en el seminario, ni nadie que lo haya tenido como sacerdote... Su vida parece iniciarse cuando emerge al lado del rey. Y nosotros nos preguntamos: ¿cómo es posible que un sacerdote no tenga pasado?

Al salir del templo, unas manos se aferraron al manto del sacerdote. Él se giró en redondo. Era el viejo.

¡Oh, no! Ahora, no.

El hombre tenía los labios pálidos y resquebrajados; los ojos completamente hundidos.

—Por favor —musitó—, tenga piedad. Haré lo que sea. Sáqueme de la lista, por favor...

—Yo no puedo hacer nada —dijo Olaus.

—Por favor.

—No está en mis manos. No hay instancia a la que apelar. ¿Es que no me oye?

Estas últimas palabras las dijo gritando, casi al mismo tiempo que el viejo chillaba con desesperación:

—¡Tiene que ayudarme!

Ambos jadeaban.

—Yo no puedo hacer nada —insistió el sacerdote—. Es la voluntad de Dios.



El frío de abril era muy distinto del de enero o febrero. Si bien el frío de principios de año era afilado y estresante, este era lento y monótono, pero se te metía igualmente en los huesos. Los cuerpos ya estaban desgastados y agotados a estas alturas. Y más doloridos. Era la víspera de la Anunciación, que supuestamente constituía el primer día de primavera. Si corrías descalza el mismo día de la Anunciación, no te harías daño en los pies durante el resto del año; tampoco pillarías un resfriado. Aunque Frederika no creía que fuera a correr por ahí descalza, habiendo un metro de nieve. Si el espejo funcionaba, ella misma debería ser capaz de decir cómo habría de resultar el año. Había practicado todos los días desde que Eriksson se lo había dado, pero todavía no veía nada en él, aparte de su propia cara.

De camino hacia el pueblo, Eriksson las seguía entre los árboles. Se mantenía a una buena distancia por detrás de ellas, pero Frederika percibía de vez en cuando su mirada vigilante. Ella le había pedido que fuera al pueblo y se lo había suplicado cuando él se había negado. No sabía muy bien cómo había conseguido hacerle cambiar de parecer. «Necesito que esté allí», le había dicho, aun sabiendo que a él le tenían sin cuidado sus necesidades. «Quizá será así como podré ayudarlo: si está todo el mundo a la vez en el mismo sitio».

Por lo demás, pensó que debería acostumbrarse a la idea de tener cerca a aquel individuo. Tal vez algunas personas llevaban a los muertos a costas toda su vida, porque eran incapaces de empujarlos a que siguieran su camino. No, imposible. No se imaginaba a Eriksson quedándose quieto sin protestar. No era la clase de persona que se somete a los deseos de nadie.

Esta vez el viaje lo hacían solas.

«No», había dicho su madre, cuando ella le preguntó si irían al pueblo con Daniel y Anna. Había captado un asomo de pesar en su voz, lo cual la había entristecido. No debería habérselo preguntado. En el sermón del día de la Anunciación, el obispo le asignaría a Maija un castigo. Ya habían hablado de todo eso: qué harían las dos chicas si ella resultaba lastimada, o si tenía que pasar un tiempo en el cepo. Obviamente, les habría venido bien tener algunos amigos.

Su madre añadió otro «no». Secamente, esta vez. Se echó el pelo hacia atrás y alzó la barbilla con orgullo. Frederika cedió. La culpa no era de su madre.

Cruzaron la cima de la montaña. El pueblo se extendía a sus pies, en el fondo del valle, bajo una luz rosada. Alrededor se veía la blanca nieve intacta.

—¿Puedo salir? —le preguntó a su madre esa tarde, cuando ya estaban instaladas

en la cabaña del Barrio de los Colonos y habían acomodado a los animales en el corral.

—Sí —dijo su madre—. Frederika... —Vaciló un instante—. ¿Sabes dónde hemos puesto las pieles?

No iba a preguntar eso; Frederika estaba segura. Todo resultaba difícil ahora, porque a cada paso se alejaban más una de otra. «Te quiero —pensó la joven—; te quiero y siempre te querré, pero... somos diferentes».

—Allí —contestó Frederika señalando con el dedo.

Su madre le dio la espalda.

El pueblo, aún asolado por el invierno, estaba vacío y cubierto de escarcha. El polvillo que levantaba la nieve discurría sin rumbo por la calle. Frederika bajó la cabeza y caminó hacia el Barrio de los Lapones. Descubrió que sus residentes no habían llegado, pero albergaba la esperanza de que Antti ya estuviera allí. Deseaba hablar con él. Sobre todo, deseaba sentarse en su regazo, aunque no ignoraba que era demasiado mayor para eso. Recordó cómo olía la tienda del joven lapón: un olor a humo, sudor y algo más. Y de repente se sintió extraña, porque la idea de sentarse en el regazo de Antti y de olerlo la excitó. Notó que se ponía colorada. Le echó un vistazo a Eriksson, pero le pareció que él no lo había notado.

En la plaza del mercado, el gran árbol estaba cubierto de nieve. Habían llegado algunos mercaderes y abrían los postigos de madera de los puestos, estampándolos contra las paredes con un golpe, como si quisieran despertar a todo el pueblo.

—¿Vamos a ver la iglesia? —le propuso Frederika.

¿Eriksson podía acercarse al templo? No lo sabía. No debería habérselo propuesto. Al fin y al cabo, estaba muerto.

—Quizá no debemos hacerlo —dijo ella, y se quedaron de pie en la plaza.

Entonces la muchacha notó que el espejo que guardaba en el bolsillo se estaba calentando. Al principio fue una sensación agradable: el calor se le extendía por el muslo a través de la lana. Pero el espejo se fue calentando más. Hizo una mueca. Eriksson la miró. Metió la mano en el bolsillo para sacarlo y se quemó los dedos. Se desabrochó los botones del abrigo para librarse de aquel objeto que le estaba abrasando el muslo. Eriksson le pasó su pañuelo y ella lo usó para coger el espejo y arrojarlo lo más lejos posible.

Se oyó cómo se cerraba la puerta de una casa al otro lado del prado. Con el rabillo del ojo, la joven vio que un hombre caminaba hacia ellos.

Se acercó al espejo. Aún relucía, y la nieve de alrededor se estaba fundiendo. Había una imagen en él. Se inclinó y vio a Dorotea en brazos de alguien. No, se equivocaba; no era Dorotea. Esa niña era pelirroja. Su cuerpecito era muy blanco. Iba desnuda. ¿Por qué no llevaba ropa? La criatura abrazaba el cuello del adulto. Lo hacía con tanta fuerza que casi se izaba por encima del brazo en el que se apoyaba. Entonces la persona que la sostenía giraba, y la niña volvía la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de Frederika; estaban desorbitados; la boca entreabierta. El rojizo

y rizado cabello se le encrespaba en torno a la cara. «Es Elin —pensó Frederika—. Es ella, de niña». Y entonces la cara de la pequeña cambió otra vez, y ahora era la de otra niña: rubia, pero también desnuda y en brazos de alguien, y con la misma expresión angustiada.

—Has llegado temprano —dijo una voz.

A Frederika se le desbocaba el corazón en el pecho. Sentía las manos heladas, y sin embargo, sudaba.

—¿Te pasa algo? —preguntó el señor Lundgren—. Pareces indispuesta.

La niña que había visto en el espejo era Sara, la hija menor de Daniel y Anna. Frederika tenía la boca seca y las piernas entumecidas. Si intentaba moverse ahora, se caería.

—Frederika... —repitió el señor Lundgren, y le puso la mano en el hombro. Se le acercó tanto que ella sintió su aliento en la cara. Tenía una gota de saliva en el labio.

—¿Por qué ya no le da clases a Dorotea? —susurró ella.

Él la miró con aquellas espesas cejas alzadas en un interrogante perpetuo.

—¿Es a causa de sus pies?

Se miraron fijamente.

—Hay una letra nueva en el alféizar de su ventana.

La S de la pequeña Sara. Pero no eran los niños los que grababan las iniciales, como ella había creído, no. Aquella era la lista de un conquistador. Le entraron ganas de vomitar.

El maestro la miró con sorpresa. Y acto seguido, reconociéndolo.



—Quédate aquí, Dorotea —dijo Maija. La niña estaba tumbada en una de las camas—. ¿O quieres venir?

—Mis pies tienen cada día mejor aspecto, ¿no, mamá? —preguntó Dorotea.

—Sí, cariño, cada vez mejor.

—Estoy cansada. Creo que me quedaré aquí.

Maija salió. El crepúsculo daba paso a la noche. Se detuvo en el exterior. Había resultado más agradable cuando compartían cabaña con Daniel y Anna. Pero esta vez estaban en una vivienda distinta. Apoyó la nuca en la pared. «Soy yo —pensó—. He conseguido que todo el mundo se aleje de mí».

Dorotea. Su hija estaba cansada. Sufría dolores. ¿Qué iban a hacer? Se apartó de la pared y se dispuso a recorrer la calle. La niña había perdido la mitad de los dedos de los pies, y aún tenía más carne ennegrecida. Ella no se veía capaz de practicarle los cortes necesarios.

—No siempre entendemos los caminos del Señor —dijo Jutta a su lado.

Maija sintió un arrebató tan violento que tuvo que detenerse.

—A mí no me hables nunca jamás de la voluntad de Dios —exigió.

«Ya basta», pensó. Necesitaban ayuda. Tal vez el sacerdote estaría en la iglesia. Era su sacerdote. Seguro que si le suplicaba, él sabría qué hacer y se apiadaría.

La entrada del templo estaba oscura.

—¿Hola?

Nadie respondió. Caminó por las losas de piedra hacia la figura de Jesús en la cruz, y aguardó un rato bajo el amarillento cuerpo de escayola.

El crucificado giraba la cabeza hacia un lado, como si estuviera examinando sus propias heridas.

Salió de la iglesia y pasó junto a la casa de Aduanas. Había luz dentro. El recaudador de impuestos ya había llegado y se había instalado en su escritorio. Al doblar la esquina, tropezó con otra mujer. Chocaron con tal fuerza que ambas gritaron. Maija sujetó del brazo a la otra para evitar que se cayera.

Rubia, de pelo ondulado y ojos azules: la viuda del anterior sacerdote.

Sofía la miró boquiabierta. Al cerrar la boca, sus blancos dientes chascaron.

—Maija —dijo—, si no recuerdo mal.

—Perdone —se disculpó ella—, iba a ver al sacerdote y...

Sofía la miró como sopesando una idea. Al principio pareció llegar a la conclusión de que aquella mujer no merecía que se tomara ninguna molestia. Hizo

una mueca. Pero cambió de parecer, lo cual quizá no tuvo nada que ver con la propia Maija. De manera que le dijo:

—Acabo de hablar sobre él con una persona.

Maija esperó. Sofia se disponía a contarle algo.

—Comentábamos que resulta curioso que no haya registros de él por ninguna parte.

¿Por qué habían hecho averiguaciones sobre el sacerdote?, pensó Maija. Entonces comprendió lo que Sofia estaba diciendo.

—Él era sacerdote de la corte —apuntó Maija.

—Por lo visto —dijo la viuda—, ahí es donde todo el mundo lo conoció por primera vez.

—Quizá estudió en el extranjero. Quizá vivió y trabajó fuera.

A pesar de decirlo, sabía que no era cierto. El mundo era muy pequeño, y el de los nobles y los personajes que rodeaban al rey, aún más. Todos tenían el mismo historial, y sus padres se conocían entre sí... Alguien debería de haberlo conocido en su vida anterior.

«Algo muy gordo», le había explicado Anna.

Antes de que lo matasen, Eriksson había afirmado que había «descubierto algo muy gordo sobre un pez gordo».

—¿Por qué me lo cuenta a mí? —preguntó Maija.

Sofia parecía cansada.

—Sí, la verdad, ¿por qué? —dijo—. Realmente, no lo sé.



La noche más negra, pero sin nubes. El sacerdote se imaginó una serie de puntitos negros que iban horadando la nieve de la montaña. Se imaginó las pisadas de centenares de pies. Los colonos venían ya. Estiró el cuello, pero no los vio.

Oyó a su espalda un carraspeo y se giró en redondo.

¿El vigilante aquí?, ¿en su casa? Sintió frío.

—Hay algo colgado del campanario —anunció el hombre.

—¿Qué?

—Alguien colgado.

La noche más negra, pero sin nubes. Infinidad de estrellas. Corrieron. El cuerpo se veía desde el pie de la torre. Estaba colgado de la viga más alta; apoyaba la espalda contra la campana y las piernas —de rodillas para abajo— asomaban por el borde del campanario y oscilaban en el aire. Una persona menuda. El cuello se le había torcido y guardaba una posición increíble.

¡Dios mío!

—Bájela de ahí.

Por qué pensó que se trataba de una mujer, no lo sabía.

El vigilante trepó por la torre y se deslizó por encima de la campana como un duende negro. Olaus Arosander se sujetó con ambas manos a las paredes de madera del campanario. Puso un pie en una de las vigas y trepó también hacia el cielo de esa noche negrísima plagada de estrellas. No había trepado de aquel modo desde niño. Su padre decía que era la agilidad en persona; se habría sentido orgulloso de él.

—Tiene un nudo corredizo en el cuello —gritó el vigilante.

Y a poco:

—El nudo está demasiado fuerte.

—¡Deprisa!

El sacerdote llegó arriba, puso el pie en una de las vigas y apoyó la espalda contra otra. Agarró por las piernas el cuerpo suspendido y trató de izarlo.

Pero las piernas se doblaban a la altura de las rodillas. Las soltó y trepó aún más hacia lo alto, de tal modo que acabó con la cabeza dentro de la campana. Se echó hacia delante y volvió a agarrar las piernas. Unas piernas enclenques.

—Más arriba —gritó el vigilante.

Olaus apoyó la frente contra el metal de la campana e izó el cuerpo de nuevo.

—Ya tengo el nudo —dijo el vigilante—. Cuando yo diga, suéltelo. Ahora... ¡suéltelo!

El sacerdote abrió los brazos y dejó caer el cuerpo, que se desplomó ante él como una exhalación y cayó sobre la nieve con un golpe seco.

Alzó la cabeza. En el borde interior de la campana, allí donde el calor de su frente había fundido la escarcha, distinguió algo. Se acercó. Limpió con un mitón la superficie metálica. Era una inscripción. La restregó mejor. Decía: «Aquí vive un sacerdote con una disonancia en su alma».

De buenas a primeras no lo entendió. Pero enseguida cayó en la cuenta: el forjador de la campana.

El vigilante ya había llegado abajo. Estaba poniendo el cuerpo boca arriba.

—Todavía está vivo.

La noche más negra y ni una sola nube. Infinidad de estrellas. Y una luna no más grande que un recorte de uña.

El sacerdote arrojó el abrigo sobre una silla. Se lavó las manos en la jofaina. El agua estaba helada. Volvió a lavárselas; se restregó una mano con las uñas de la otra. Pero esa suciedad no podía limpiarse, la tenía bajo la piel. Restregó y restregó hasta que le dolieron las manos. Al fin, se obligó a dejarlo correr e, inclinándose, las apoyó en la jofaina. Todavía sentía el frágil cuerpo del ahorcado entre sus brazos, el peso liviano mientras lo llevaban a su casa, el dolor terrible cuando la esposa del viejo les había abierto la puerta y había soltado un grito al verlos. Y todo esto ¿por qué?

Entonces notó que no estaba solo y se irguió. Había una figura delgada, de pelo rubio casi blanco, junto a la ventana. ¿Por qué no le asombraba encontrar a Maija en su casa?

Ella salió de las sombras. Se miraron fijamente.

—No soy sacerdote —murmuró él.

—No —corroboró ella—. Entonces ¿qué es?

—El hijo de un verdugo.

La mujer sofocó una exclamación.

—Sí, ya sé. Es gracioso, ¿no? Lo más despreciable de todo. El escalón más bajo que puedes ocupar en la vida.

—¿Cómo conseguí...?

—Tenía buena cabeza. Y el sacerdote del pueblo me enseñó. Me hice soldado.

¿Cómo se lo explicaría a ella? Aquel día de aire enrarecido, aquel sol salvaje... Y el éxtasis posterior a la victoria, cuando todavía tenían las mangas y la pechera del uniforme ensangrentadas, y él se había dedicado a cantar los salmos.

¿Quién podía decir entonces lo que era o no era? ¿A quién le importaba?

El rey inspeccionaba a caballo las tropas y se detuvo allí a escuchar. Hubo una resuelta voluntad del soberano de olvidar dónde lo había encontrado. Quizá lo había olvidado realmente. Y en ese caso, ¿quién iba a hacer preguntas?

—Eriksson lo sabía —musitó Maija.

—En efecto —dijo Olaus.

—¿Cómo se enteró?

—No lo sé. Tal vez hizo averiguaciones. Tal vez no era más que una sospecha; aventuró una conjetura y yo me delaté. Si hubiera seguido vivo, seguramente habría convertido mi vida en un infierno. Pero yo no lo maté.

Ella soltó un bufido. El sonido tenía un sentido diáfano: ¿por qué habría de creerle? Pero la pregunta que formuló fue otra:

—¿Por qué no lo hizo?

Él se desconcertó.

—Había representado tanto tiempo el papel de sacerdote, que acaso llegué a creérmelo.

En cierto modo sentía alivio ahora que todo había terminado. Aunque no tenía ni idea de lo que quedaría de él cuando desapareciera el sacerdote.

Sonaron unos golpes en la puerta.

—Abran. —La voz amortiguada de una chica.

—Es Frederika —dijo Maija.

Olaus abrió. La muchacha entró y se derrumbó en el suelo. Llevaba un bulto a la espalda. El bulto rodó, desprendiéndose de ella, y se sentó. Era su hermana.

—El señor Lundgren. —Frederika seguía a cuatro patas.

—¿Qué?

—Ha hecho cosas horribles a los escolares.

Olaus soltó el aire lentamente.

La voz de Maija sonó como si viniera de muy lejos:

—¡No!

—No, no le ha hecho nada a Dorotea, mamá —dijo Frederika—. Pero sí a los demás. A Sara, la hija de Daniel, para empezar.



Cuando Olaus Arosander tenía diez años, se llamaba Olof y era el hijo del verdugo.

Su padre colgaba a los condenados con destreza, encendía las hogueras con celeridad, decapitaba con gran precisión: en silencio, con un increíble aplomo.

—No nos corresponde a nosotros juzgar —le decía a su hijo, entretanto lo limpiaban todo y enterraban los cuerpos—. Dios ha traído aquí a este hombre, lo ha puesto en nuestras manos. Sólo Él conoce el camino que ha seguido.

Una noche, como tantas otras veces, los despertaron cerca de medianoche aporreando la puerta.

—¡Arriba! —bramó una voz afuera—. Os necesitamos.

Se trataba de un padre que había abusado de su propia hija. Había conseguido escapar. El verdugo y su hijo pasaron horas con los miembros del jurado. Se había creado una extraña camaradería entre todos los que aguardaban a que el culpable fuera apresado. El odio estaba permitido, era bienvenido.

Capturaron al hombre, por supuesto.

—A este no lo enterraremos —había dicho su padre—. A este lo arrojaremos a los perros.

Olaus lo recordaba porque había sido la única vez en la que su padre no había mostrado ninguna piedad.

Quizá también lo recordaba porque fue la única vez en la que su padre y él habían formado parte de la comunidad.

Ahora se lo imaginó: jinetes a caballo, lapones con esquís. Johan Lundgren se había dado a la fuga. Pero antes del amanecer tendrían a aquel demonio en sus manos.

Junto con Maija y sus hijas, Olaus había ido a ver a Sofia a la casa parroquial. Había preguntas que querían plantearle. La viuda los observaba con una expresión tensa. Había metido cada mano en la manga opuesta, como si sintiera frío.

—Su marido dijo que había visto al diablo cuando fue de visita a Blackåsen —le recordó Olaus—. Y había viajado con el sacristán.

—Tal vez vio algo —admitió Sofia—. O uno de los niños le dijo...

—¿Tú cómo lo has sabido? —le preguntó Maija a su hija mayor.

La voz de la mujer sonaba alicaída. El descubrimiento también le había provocado una conmoción. Según deducía Olaus, habría podido tratarse de su propia hija.

—Había unas letras grabadas en el marco de la ventana de la escuela —explicó Frederika—. Un día vi que había una nueva: una S de Sara... Dorotea me contó que

el sacristán no quería darle más clases a causa del estado de sus pies. Recordé que el señor Lundgren me había hablado una vez de lo que le gustaba ver el paisaje immaculado, sin imperfecciones. Todo acabó encajando.

A veces era así como se hacían los descubrimientos más importantes, a base de fragmentos dispersos. Dabas un paso atrás, y ahí estaba: un hilo que lo conectaba todo.

—¿Cuáles eran las otras letras? —preguntó Olaus.

—Había muchas —contestó la muchacha.

Olaus se armó de valor para escucharla.

—Había una B y también una U. —Frederika arrugó el entrecejo, intentando hacer memoria.

Sofia se llevó una mano a la boca. Cuando logró hablar, tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Las dos niñas que desaparecieron en Blackåsen —murmuró—, se llamaban Ulla y Beata. La primera desapareció al poco tiempo de que llegáramos aquí nosotros y el sacristán. Incluso celebramos vigiliass por ellas.

—También había una K y una J —desgranó Frederika—. Y una A.

Olaus miró a Sofia, pero ella denegó, diciendo:

—No conocía a todos los niños por su nombre de pila.

Él recordó que el anterior sacerdote había fallecido, según decían, cuando estaba intentando arreglar el tejado de su establo. Habría sido muy sencillo: un hombre frágil, un pequeño empujón. En medio de los corderos, se había ocultado un lobo.

Al darse la vuelta, vio que Maija miraba el suelo con el entrecejo fruncido. Estaba conectando todos los puntos con esa mente suya, pensó Olaus; reuniendo el cuadro completo: el cuadro que nadie deseaba ver, pero que ella no descansaría hasta que quedase totalmente claro.

—En el cadáver de Eriksson, encontré mejorana... —musitó Maija—. La mejorana, dicen, mata el deseo. Tal vez Lundgren llevaba un amuleto con hierbas y Eriksson se lo arrancó antes de que lo mataran...

Se quedaron todos callados.

—Alguien tiene que decírselo a Daniel —sugirió Sofia.

Sí, había que hablar con el padre. El obispo ya debía de estar en camino para asistir a la ceremonia de la Anunciación. Olaus podía dejar que fuese él quien comunicara al padre de la niña que un hombre de la Iglesia había abusado de su posición y de la confianza de todos. No. Lo haría él mismo. Había sucedido bajo su vigilancia. Debía hacerlo él. Y más tarde le tocaría enfrentarse con el obispo.

—Nosotras hemos de irnos —dijo Maija mirando a su hija pequeña.

Dorotea tenía las mejillas encendidas. Sí, era cierto; la niña no debería estar escuchando todo aquello. Olaus las acompañó hasta la puerta. El pasillo estaba oscuro y silencioso. Frederika abrió la puerta. Olaus sintió que el aire era gélido.

—Es raro que el obispo no supiera nada del sacristán —opinó Maija—. Sospecho

que en un momento u otro debió de albergar sospechas... Sobre todo, cuando el primer niño desapareció poco después de la llegada de ese hombre... En fin. —Le hizo un gesto de despedida—. Buenas noches.

Él le tocó un brazo.

En lugar de detenerse, Maija se le acercó. Se situó tan cerca que Olaus sintió su cuerpo contra el pecho. La cabeza de la mujer le llegaba a la altura de la mejilla. Él no se atrevió a moverse y se dio cuenta de que estaba temblando.

—El obispo llegará mañana —dijo Olaus en voz cada vez más baja, que se convirtió en un susurro—. En vista de... Bueno, ya me entiende, de mi...

¿De mi pasado? ¿De lo que soy? ¿De lo que no soy?

Tragó saliva. Sintió el cabello de Maija sobre su nuez de Adán.

—Estoy seguro de que el obispo ya no la castigará. Le perdonará todo lo que tenía contra usted. Yo me encargaré de hablar con Daniel. Pero quizá sea mejor que usted hable con el obispo sin que yo esté presente. Dígale que me encontrará en mi casa. Recogeré mis cosas y lo estaré esperando.

Ella echó la cabeza atrás para mirarlo a los ojos, alzó la mano y se la puso sobre la mejilla.

—Usted es mi sacerdote —murmuró.

Sus miradas se encontraron.

—Mamá.

Era una de sus hijas, desde el exterior.

Maija le sostuvo la mirada.

—Yo no tengo nada que decirle al obispo —dijo presionándole la mejilla con fuerza, como para dejarle una marca.

Entonces, allá en lo alto, la campana de la iglesia repicó, proclamando el día de la Anunciación. El sonido descendió del campanario, insulso y desacompasado, antes de hallar su ritmo correcto. Olaus permaneció pegado a Maija al mismo tiempo que la campana tocaba y tocaba, cantando con su voz rota, cada vez más sonora, y haciendo retemblar el aire incluso cuando ya hacía mucho que había enmudecido.



Maija oía cómo se propagaba la noticia sobre el sacristán por el Barrio de los Colonos. Los murmullos crecían junto al crepitar del fuego. «El sacristán». «¡El sacristán!». «¡Dios mío, el sacristán!». El pueblo se sumió en el silencio; y no era tanto un silencio como una expectación, una tensa espera para ver qué sucedería a continuación. Llegó la mañana y, con ella, una luz rojiza y chillona que recortaba nítidamente los contornos de cada casa, que volvía estridentes los colores y revelaba sin piedad sus defectos e imperfecciones. Tan sólo las montañas se salvaban de esa luz inclemente, y, en comparación con el pueblo, parecían a la vez difuminadas y acogedoras.

Ahí estaban: un rumor de esquís aplastando la nieve y de látigos fustigando el aire. Voces de hombres.

—Quedaos aquí —ordenó Maija a sus hijas.

—Pero mamá... —protestó Frederika.

—Quedaos aquí dentro —repitió la madre.

Maija siguió a la riada de gente armada con antorchas que fluía hacia el prado de la iglesia. Los carruajes se habían detenido en mitad de la plaza. Los caballos, cubiertos de espuma, resoplaban sin cesar de moverse. Los hombres bajaron de los trineos. En uno de ellos, aferrado a un costado, llevaban al sacristán. Alrededor de Maija se propagó un gran rumor entre el gentío. Los hombres arrastraron al sacristán sobre la nieve. Él gritaba algunas palabras. El murmullo de la gente fue subiendo de tono al avanzar hacia él.

Entonces llegó corriendo el sacerdote.

—¡Esperad! —chilló.

Aparte de Maija, nadie parecía oírle.

—Tenga cuidado —le gritó ella, intentando abrirse paso hacia él. Pero la masa de gente caminaba como un único hombre. Llevaron a rastras al sacristán por toda la plaza y lo empujaron hacia el cadalso de la colina. Allí la capa de nieve era profunda. Entre su espesor y el frío reinante debería haber bastado para detener el avance de la multitud, pero nada los frenó. Todos, de caras sombrías dominadas por el hambre y el odio, continuaron ganando terreno, como impulsados por el mismísimo diablo.

Sonó un disparo. Olaus Arosander se había subido sobre uno de los trineos y tenía una escopeta en las manos.

A Maija le dolía el pecho de respirar un aire tan cortante. La plaza y la colina entera enmudecieron.

—Todos los hombres tienen derecho a un juicio —dijo el sacerdote—. Por horrible que sea su crimen, todos los hombres deben poder hablar y ser escuchados.

Uno de los que estaban al lado del sacristán bajó las manos. Una mujer junto a Maija se limpió la nariz.

—Yo no lo hice —gritó el sacristán—. Yo no maté a Eriksson.

«No, no —pensó Maija—. Cállate». Pero ya era demasiado tarde. La muchedumbre rugía.

—Será condenado —gritó de nuevo el sacerdote. Pero la gente ya no lo miraba; todos se habían vuelto hacia Johan Lundgren—. Se hará justicia. Por cada pecado que haya infligido a uno de nuestros pequeños, recibirá un severo castigo.

Sonó un segundo estampido. Maija se sobresaltó. Vio que el sacerdote estiraba el cuello. «No ha disparado él —se dijo—. Está tratando de ver quién ha sido». Pero la gente había formado una muralla, protegiendo al que había hecho fuego.

Cuando se abrió un hueco entre el gentío, Maija vio al sacristán tendido boca abajo sobre la nieve.

Los feligreses aguardaban en los bancos del templo. La misa de la Anunciación llevaba dos horas de retraso cuando apareció el sacerdote, seguido del obispo. Este se adelantó y subió al púlpito con tal energía que tembló todo el almacén.

Maija trató de divisar al sacerdote entre la gente, pero no lo consiguió.

—Dadas las circunstancias, seré yo quien pronuncie hoy el sermón —dijo el obispo—. Por la infinita bondad de Dios, los actos malvados de Johan Lundgren han sido descubiertos. El sacerdote y yo hemos estado repasando detalladamente los hechos, pero nos es imposible saber quién apretó el gatillo, y nadie se ha presentado para confesarlo. Tal vez se trató, a fin de cuentas, de un desgraciado accidente.

Maija se acercó más a Dorotea y la rodeó con el brazo. Ahora sí vio a Olaus. Estaba de pie bajo el púlpito y, aunque tenía la cara demacrada, conservaba su porte aplomado. «El obispo no lo sabe», pensó, aliviada. Era una situación insostenible. Tarde o temprano, el pasado del sacerdote saldría a la luz, a menos que decidiera quedarse allí, con ellos. Quizá podrían convencer a Sofia para que dejara las cosas como estaban...

El obispo seguía hablando. Estaba diciendo que los hombres corrientes no podían tomarse la justicia por su mano. Los feligreses permanecían inmóviles en sus asientos. «Uno de nosotros disparó a Lundgren —pensó Maija—. Algunos de nosotros lo vieron. Pero nadie hablará jamás». Vio a Daniel y a Anna, un par de bancos más adelante, al otro lado del pasillo. Sus hijos no estaban con ellos. No había nadie sentado a su lado. Era como si sus rostros estuvieran tallados en piedra. A Maija se le llenaron los ojos de lágrimas. «Gracias, Dios mío —pensó, sintiendo que la culpa y la gratitud no le cabían en el pecho». Estrechó a Dorotea con más fuerza.

Ya habían empaquetado sus cosas, ya era hora de salir para Blackåsen. Maija había

retrasado varias veces la partida. En primer lugar, porque estaba convencida de que habían olvidado meter en las alforjas el alcohol que había comprado para limpiarle los pies a Dorotea, y tuvieron que sacarlo todo para buscarlo. En segundo lugar, porque no estaba segura de si le habían dejado una llave de la casa y debía devolverla cuando hubiera cerrado. Mientras ajustaba la puerta, tuvo que reconocerse a sí misma que había esperado que el sacerdote fuera a despedirse. Qué estúpida: ellas sólo eran miembros del rebaño.

Cogió la correa del trineo de Dorotea y tiró con tal fuerza que la niña dio un grito y tuvo que sujetarse para mantener el equilibrio.

—¿Quieres que tire yo? —le preguntó Frederika.

—No —contestó su madre.

Recorrieron la calle del Barrio de los Colonos. Eran las últimas en irse. El prado de la iglesia también estaba casi vacío. Al pasar frente a la casa del sacerdote, Maija lo buscó en cada ventana. Seguramente, estaba en la casa parroquial con Sofia.

Al final del prado, siguieron el rastro dejado sobre la nieve por todos los que se habían marchado antes. Cuando llegó el momento de internarse en el bosque, Maija se detuvo.

Sus hijas la miraron.

—A ver... esperad aquí —murmuró.

Y sin más, dio media vuelta y retrocedió apresuradamente por el camino. Llegó a la plaza y echó a correr, cruzándola directamente hacia la iglesia. La nieve se le arremolinaba alrededor de los pies. Tuvo que sujetar el pomo con ambas manos para abrir el pesado portón. Atravesó rápidamente el vestíbulo y accedió a la nave central.

Allí estaba: el sacerdote, su sacerdote, de pie frente a la figura de Jesús. Él se volvió y la mujer se quedó inmóvil. Esperó. Y entonces ella corrió a su encuentro por el pasillo central —no podía correr más deprisa—, y se lanzó a sus brazos abiertos. Él la alzó y la estrechó con fuerza. Maija sintió en la mejilla el tacto rasposo de su barba incipiente.

En el vestíbulo sonó de nuevo el crujido del portón y ambos se soltaron repentinamente, como si se hubieran quemado.

El sacerdote tenía la boca entreabierta, jadeaba. La miraba fijamente a los ojos. Ella contemplaba los suyos, pasando del uno al otro, tratando de abarcar los dos a la vez con la mirada y, naturalmente, sin lograrlo. Se echó a reír. El sacerdote sonrió también; una sonrisa sesgada, de felicidad y tristeza a la vez.

Oyeron cómo se aproximaban unos pasos.

—¡Ah, bien! —exclamó el obispo—. Así que ya le ha dicho a Maija que su castigo ha sido anulado.

—Sí —dijo el sacerdote con voz ronca.

—Olvidamos aclararlo en medio del alboroto —explicó el obispo—. Ve, hija mía, y no vuelvas a pecar.



Pero la primavera no llegaba aún.

Habían transcurrido tres días desde la Anunciación: uno de viaje y dos más en los que había la misma claridad difusa por la mañana y esa idéntica luz amortiguada por la tarde que traía las sombras demasiado deprisa. Las nubes parecían grises, aunque Frederika sabía que eran blancas.

Ella esperaba y observaba. Tendría que haberse sentido mejor, liberada de todos los pesos que la agobiaban, pero el redoble seguía sonando incesante en el aire, y ahora con más potencia que nunca. No dejaba de mirar hacia la cima de la montaña. «Ya lo hemos atrapado. ¿Por qué no te calmas?».

Eriksson apareció de improviso a su lado.

—No sé cómo darle las gracias —dijo Frederika, poniéndole la mano en la manga. Notó su brazo duro y frío—. Si no me hubiera forzado a quedarme con Dorotea cuando recibía sus clases particulares...

Él rehuía su mirada.

—Lo siento muchísimo —le susurró Frederika, y retiró la mano—. ¿También uno de los suyos cayó en sus garras? ¿Fue eso lo que descubrió Elin y lo que la destruyó?

Él no respondió, pero entornó los ojos con un rictus dolorido.

Al fin, dijo:

—Elin debería haberlo descubierto antes. Podría haberlo deducido. ¡Ella había sufrido lo mismo de pequeña, por el amor de Dios! Jessika no dijo nada. Pero cuando yo ya no estaba, Elin no tardó en figurarse lo que ocurría.

«Así que la J era de Jessika», pensó Frederika.

—Ninguno de los dos podía imaginar algo tan maligno —dijo él.

Se quedaron inmóviles mientras las sombras de los árboles se iban alargando.

—¿Se marchará ahora? —preguntó ella.

Eriksson apretó los labios y al poco rato dijo:

—Todavía no se ha terminado.

Frederika sabía que él tenía razón. Prefería no examinar el círculo protector de viento que había creado alrededor de ella y de Dorotea, pero notaba que estaba casi deshecho. Por la noche, oía los gañidos de los lobos. Sonaban cada vez más seguros. Más ansiosos. Podía tratar de crear otro círculo, pero no estaba segura de que fuese a salir bien una segunda vez.

Al cuarto día, estaba Frederika en el porche observando la cima de la montaña, cuando llegó Fearless; llevaba de una cuerda a un reno blanco.

—He venido a recoger las cabras —expuso.

—¿Eso quiere decir que llega la primavera?

—Dentro de poco, sí. Nosotros nos estamos preparando para partir hacia las grandes montañas.

—Gracias por el reno —dijo ella cogiendo la cuerda.

Cuando ya había recogido las cabras, Fearless no se fue. Se quedó allí plantado, estudiándola.

—Yo creía que la primavera ya habría llegado a estas alturas —comentó Frederika—. Que pasada la Anunciación, el invierno nos dejaría de una vez.

—Deduzco que Nuestra Señora de la Anunciación no trajo las cosas esperadas —dijo Fearless—. O quizá no todas.

¿Acaso él sabía lo que faltaba?

La muchacha se preguntó si uno podía seguir una vocación durante años y, en un momento dado, cortarla de raíz; o si todavía seguían filtrándose ciertas cosas: signos que no se dejaban de percibir. Si en el pasado habías considerado verdaderas tus creencias, ¿podías dejarlas totalmente atrás, una vez que las habías rechazado, o llevabas siempre contigo esa otra forma de vida?

Se miraron en silencio. Alrededor de ellos, el latido que flotaba en el aire aumentó de volumen.

—Usted jamás lo habría quemado —dijo Frederika, y su voz sonó como la de una persona mucho mayor—. Su tambor, quiero decir. Era sagrado.

—Pertenece al pasado.

—No habría podido. No lo habría hecho.

Él caminó hacia atrás, rompiendo el círculo que los había albergado a ambos.

Frederika observó cómo se alejaba; al poco se volvió hacia el animal. Parecía más una vaca blanca que un venado. Tenía el hocico redondo y las astas pequeñas. Habría deseado que su madre no lo matara, pero sabía que se verían forzadas a hacerlo. Ojalá el viejo lapón les hubiera traído un ejemplar más feo. El animal horticaba la nieve, pero los líquenes estaban enterrados a demasiada profundidad.

La muchacha tiró de la cuerda hacia el establo. Titubeó antes de entrar y decidió atarla a uno de los postes que había fuera. Entró a buscar un poco de forraje de las cabras y se lo puso delante al reno. Lo miró comer, acariciándole el flanco.

Sí, estaba segura. Fearless jamás habría quemado el tambor. Aunque ya no creyera, no lo habría destruido.

Pensó en el don que le había permitido ver el interior de otra persona o localizar a distancia el paradero de los lobos. En ambas ocasiones, había utilizado las enseñanzas de Jutta. No recordaba que le hubiera enseñado ninguna otra cosa, salvo las letanías que recitaba: «La astucia del zorro, la sabiduría del búho, la fuerza del oso...». ¿También podías aprender esas cosas? ¿Podías adquirir las cualidades de otros seres?

Pero no todo procedía de las enseñanzas de la antigua sabiduría. Cuando ella había llamado a su madre, la noche en que los lobos la habían atacado en la iglesia,

esa llamada había surgido por sí misma. Y lo que el espejo le había mostrado más tarde, también había sucedido por su propia cuenta.

Lo cual significaba que podías hacerlo sin que nadie te enseñara. Y no necesitabas un tambor; había otras vías. Pero debías abrirte a ellas. ¿Hasta qué punto? Totalmente. Sin ninguna reserva. Darlo todo, diciendo: «Estoy dispuesta. Tómame». Incluso dispuesta a morir. Y entonces... ¿Entonces, qué?

No lo sabía. No lo sabría hasta que lo hubiese intentado.

Era más fácil de lo que había creído. Pero también mucho más difícil. Ya no sería una persona sin ataduras. Los espíritus plantearían sus exigencias y ella habría de responder. A cambio, le concederían lo que les pidiera. Pero el sacrificio podía llegar a ser muy grande. Los espíritus podían exigirle algo que para ella tuviera un enorme significado.

Unas pisadas en la nieve.

—¿Así que ha venido a recoger las cabras? —preguntó su madre.

—Sí.

Observaron las dos al blanco animal.

—¿Sabes? —dijo Maija—, me parece que nos ha traído una vaca.

—Ya.

—Sí, en serio. Yo creo que este animal tiene leche. —Había entornado los ojos y se le habían formado arruguitas alrededor, como si estuviera riéndose.



Olaus se sentía expuesto y desnudo sin su fingida identidad. También se sentía renovado. Ah, y algo más cierto: nunca se había sentido tan en paz. Su futuro era muy turbio: todo había quedado destruido y hecho pedazos. Pero pese a ello, se sentía feliz. El poder de la confesión era inmenso, pensó. Qué lástima que no formara parte de la fe luterana. Confesárselo todo a otro ser humano y seguir siendo aún...

No se atrevía a buscar la palabra.

Despejó de nieve el camino frente a su casa. Hecho esto, obedeciendo a un impulso, cruzó el prado para despejar también el de Sofia. Ella estaba en la ventana y Olaus la saludó con la mano. Tendrían que hablar. «Cuanto antes», pensó.

Fue a echar un vistazo a los animales. Tenían los comederos llenos. Le acarició el flanco a una vaca.

A la hora de la cena, pensó en su padre. Evocó la cabeza medio calva, el mentón caído y los labios llenos (por una vez, llenos de algo que no era odio). No sabía lo que había hecho su padre para ser castigado con el papel del verdugo; nunca se lo había preguntado, pero ahora sentía un deseo acuciante de comprender. Se habían separado enfrentados: él, impulsivo y orgulloso, incapaz de demorar su marcha ni un momento más, negándose a aceptar su suerte; su padre gritándole cuando se alejaba: «Has rechazado todo lo que yo defiendo».

«Lo que yo defiendo», había repetido él en son de mofa al marcharse. Pero era cierto. Su padre había sido un hombre de principios y, además, un buen hombre, a pesar de su oficio.

Ojalá pudiera ver a Olaus ahora. «Perdóname, padre».

«Somos lo que somos —susurró para sí—. Y doy gracias».

No lograba dormirse, y la causa no era su padre, sino Maija. Continuaba viéndola frente a él. Esa figura enjuta, esos ojos enormes, el pelo rubio casi blanco...

«Es raro que el obispo no lo supiera». Mentalmente, imitó el pausado sonsonete de la entonación de la mujer.

Evocó el tacto de su mano en la mejilla. Una mano fuerte y seca. Cálida. Qué cerca la había tenido en ese momento. Tan cerca que debería haber sentido los latidos de su corazón.

Ay, ¿qué estaba haciendo?

Se puso de lado. Tenía la sábana enredada alrededor de las piernas. Dio una patada y, con exasperación, dio varias más. Liberó las piernas y se sentó.

«Usted es mi sacerdote», había dicho ella.

Suspiró. Le salió un gruñido desde el fondo de todo. Se puso la mano en la mejilla, como si la de Maija siguiera ahí y él todavía pudiera tocarla. Permitió que su cuerpo reaccionara a esa idea.

Beata, Ulla, Sara... ¿Qué otras letras había mencionado Frederika? Una K, una A y una J. Olaus recordó de repente la entrada del libro de registro: «K contra la Iglesia». Quizá alguna de las niñas había hablado con el anterior sacerdote sobre lo que estaba ocurriendo en Blackåsen y...

Un momento. La familia que había desaparecido de Blackåsen de la noche a la mañana... ¿Cómo se llamaban? ¿Jansson?

El frío lo estremeció cuando cruzó el patio. Abrió el templo con la llave, subió corriendo a su despacho, sacó antes que nada los libros de registro y, entonces, encendió una vela. Fue pasando las grandes páginas. Nacimientos, muertes... «Jansson». El dedo le temblaba al examinar las entradas. «Arva Jansson. Nacida en 1711». La A de Arva.

Una jovencita.

Olaus tuvo que sentarse. Sintió ganas de vomitar.

Si la K de «K contra la Iglesia» era la misma K cuya inicial había sido grabada en el alféizar de la ventana, eso quería decir que una de las niñas le había contado al anterior sacerdote lo que ocurría y que él había desestimado la denuncia.

Anvar habría sido muchas cosas, pero era un hombre escrupuloso. Podía haber desestimado una denuncia como esa (que un hombre de la Iglesia estaba comportándose de modo indecoroso), pero no podía haber obviado comunicársela al obispo. Tenía que habérsela comunicado. Era algo demasiado grave. Y, además, estaba lo que Mårten le había contado acerca del prelado: un año antes de la llegada de Olaus, en secreto, había enviado lejos a una chica embarazada. Esa debía de haber sido Arva. Arva Jansson.

Pero había algo más... Algo que había dicho el ama de llaves. «Al sur», recordó Olaus. Sí: mucho más adelante, justo antes de morir, al regresar de la sesión de catequesis de Blackåsen, el anterior sacerdote había pedido que le tuvieran preparado el carruaje para viajar al sur, en lugar de hacerlo al este. Fuera lo que fuese lo que él hubiera descubierto entonces, había llegado a la conclusión de que no podía contárselo al obispo y había hecho preparativos, por el contrario, para viajar al sur.

No cabía duda: el obispo lo había sabido.

Olaus dio un golpe sobre la mesa. «El muy cerdo», pensó. Aunque ni siquiera él mismo sabía si se refería al sacristán que había cometido esos actos, al anterior sacerdote, que no había escuchado a una chica angustiada, o al obispo, que lo había sabido y no había castigado al culpable. Tal vez se refería a los tres.

Tuvo que llamar mucho rato a la puerta para que se percibiera movimiento en el interior de la casa parroquial. Finalmente, se oyeron pasos, y Sofia abrió la puerta; todavía llevaba la cabeza cubierta con un gorro de noche.

—Usted —dijo, sonriendo, con la voz impregnada de sueño.

—Usted también lo sabía —le espetó él.

Ella se hizo a un lado para que entrara y cerró la puerta.

—¿Sabía... qué? —dijo, parpadeando.

—Lo de Lundgren.

Cuando comprendió lo que él estaba diciendo, puso cara de consternación.

—¡Dios me libre!

No se le podía negar, pensó Olaus, que hacía bien su papel.

—El recaudador de impuestos ayudó al obispo a organizar el viaje al sur de esa chica en apuros. Los Jansson jamás habrían podido acceder al obispo por su propia cuenta. Fue usted quien lo convenció para que echase una mano.

—No sé nada de ningún viaje. Esto es absurdo.

Él la sujetó del brazo.

—No me mienta.

Sofia abrió la boca y volvió a cerrarla.

Olaus le apretó el brazo con más fuerza.

—Lo que no acierto a comprender es por qué: ¿por qué quería proteger usted a alguien como Lundgren? Dígamelo, o la acusaré yo mismo. Y no crea que el obispo o sus poderosos amigos serán capaces de ayudarla.

Sofia se zafó de él.

—Después de todo lo que he hecho por usted. Por el amor de Dios, yo no lo sabía. ¿Qué clase de monstruo habría permanecido en silencio, sabiéndolo? ¡No son más que niñas!



«Bueno, se ha acabado», pensó Maija por enésima vez mientras barría el suelo de la cabaña con la escoba. Una vez arrinconada toda la suciedad, la recogió con un trapo húmedo y lo sacudió sobre el fuego. Tenía calor y se quitó el jersey. Encontraba fascinante cómo se había transformado su cuerpo por el hecho de comer tan poco durante tanto tiempo. Los brazos que le asomaban por la camisa de manga corta eran flacos y rectos, y les sobresalían las venas. Había observado cambios similares en los demás colonos. Todo el mundo pasaba hambre. Hasta el sacerdote había adelgazado; su figura se había vuelto angulosa y...

Le entró frío, y volvió a ponerse el jersey. Le dolía el estómago. Pronto llegaría la primavera y podrían comer. Comería pescado, carne asada con mantequilla y...

¿Por qué no había sacrificado al reno? Con eso tendrían carne al menos para dos semanas. Pero era tan precioso...

Se burló de sí misma. Como si pudiera permitirse el lujo de ponerse sentimental... Las cabras ya daban leche; lo que necesitaban era carne. Tendría que sacrificarlo. Mañana. Hablaría con las niñas esta noche, y lo harían al amanecer. Habrían de afilar los cuchillos. No resultaba fácil matar a un reno; era un animal grande y de pellejo duro.

¿Cómo se le había ocurrido insinuar que Nils había matado al reno de Fearless? Habían cortado la cabeza del animal. Nils no habría tenido la entereza necesaria para hacerlo, y carecía de motivos para mostrarle respeto a Eriksson.

Por la mañana había visto a Nils, Daniel y Henrik acarreando troncos hacia el lugar junto al lago que habían escogido para construir el pueblo. Recordó la cara de Daniel y Anna aquella última vez en la iglesia. Pobre Daniel. Durante largo tiempo se había explayado sobre la maldad de su hermano, y no había obtenido nada a cambio. Todo lo contrario: había perdido a Elin y al bebé; y ahora su hija había sufrido esa desgracia. Debería sacarse todo eso de dentro. Seguramente, intentaría volcarse en el trabajo para dar salida a su rabia.

Si Frederika no se hubiera quedado con su hermana, habría podido ser Dorotea. Sara... ¡Dios mío!

Se puso a lavar los platos y continuó con el fregadero. Lo restregó y restregó hasta que apareció la madera intacta por debajo de la gastada superficie. Acabó apoyada en el borde, apretándose los párpados con los dedos para mantenerlos cerrados y para vaciar de imágenes sus ojos. Volvió a sentir dolor de estómago y se apretó el flanco con el puño.

Anna estaba equivocada. Eriksson no tenía ningún lado bueno. Y pensar que había sabido lo de Lundgren y que había permitido que continuara... A menos, claro

está, que lo acabara de descubrir y que el sacristán lo hubiese matado cuando se lo había echado en cara. No, no encajaba. No era posible que Lundgren llevara un estoque encima. Y Eriksson habría estado preparado para una reacción violenta, ¿verdad? Habría ido dispuesto a defenderse, si hacía falta.

Otra cosa que no parecía encajar era la presencia de la mejorana. Si el sacristán llevaba colgado del cuello un amuleto con esa hierba, quería decir que había tratado de aplacar su lujuria. Pero Maija más bien pensaba que la gente que repetidamente cometía la misma falta, acababa entregándose a ella por completo.

«Déjalo ya», pensó.

¿Y por qué razón habría puesto Lundgren una cabeza de reno sobre la tumba de Eriksson tras haberlo matado? O quizá los dos hechos no estaban relacionados...

Recordó que el sacristán había gritado que él no había matado a Eriksson. Iba a morir de todos modos, ¿para qué negarlo?

Arrojó el cepillo húmedo al suelo y se golpeó el muslo varias veces con el puño. «Déjalo de una vez».

Paavo. Piensa en Paavo. Pronto estará en casa. En Pascua quizá. Faltaba una semana. Seguirían viviendo. Había deberes que cumplir. La pobre Dorotea, sus pies... Su vida ya nunca sería la que podría haber sido. Pero seguirían viviendo.

No... Había algo que no encajaba, sencillamente.

Al cabo de un minuto, ya se había vestido y estaba calzándose los esquís.

Anna puso cara larga al abrir la puerta.

Maija le cogió la mano y se la estrechó. Ella la tenía completamente flácida. Daniel estaba sentado a la mesa de la cocina. «Ni siquiera hablan —pensó Maija—. No pueden».

—Lo siento mucho —dijo—. Lo siento muchísimo.

Anna apartó la mano.

Maija inspiró hondo.

—Por favor, perdonadme por lo que voy a hacer —dijo con el tono más amable que pudo. Había vuelto a repasarlo todo. Tenían que descender a los detalles, aunque eso les causara más dolor. Si no aclaraban del todo lo sucedido, si no tenían la certeza de haber llegado al fondo, las cosas seguirían ahí enquistadas, como diminutas semillas malignas aguardando la ocasión para echar raíces y volver a crecer.

—Por favor, perdonadme —repitió, e inspiró hondo otra vez—. ¿Creéis que Eriksson lo sabía y guardó silencio?

—Saber... ¿el qué? —preguntó Daniel.

—Quiero decir: si Lundgren mató a tu hermano...

—¿«Si...»? No puedes decirlo en serio. Sabemos que lo mató.

Ella insistió.

—La cuestión es el estoque. Si el sacristán se había llevado al bosque un estoque

para matar a Eriksson, no podía tratarse de su primera conversación.

Daniel se puso pálido y le espetó:

—¿Qué derecho tienes tú a preguntarnos? Déjalo, Maija. Ya se ha acabado. Vete a tu casa. Alégrate de que no fuese una de las tuyas. Cuida de tus hijas.

Anna bajó la cabeza.

—Hemos de asegurarnos —insistió Maija—. Es por todos nosotros. Por nuestra propia seguridad.

Anna suspiró y murmuró:

—Eriksson era malo, pero no tanto.

Soltando un gemido, Daniel dijo:

—Sus hijos también estaban en la escuela.

—Entonces, si Eriksson no sabía nada, ¿por qué iba a matarlo Lundgren? —preguntó Maija.

Daniel explotó:

—¿No has hecho ya bastante, Maija? Nuestra familia está deshecha y tú no quieres parar. ¡No pararás hasta que nadie pueda fiarse de nadie en esta montaña!

Salió de detrás de la mesa.

—Tenemos que saberlo —se empeñó Maija, al tiempo que él la empujaba hacia la puerta—. Debemos asegurarnos.

Dorotea estaba dormida cuando Maija llegó a casa. Ella y Frederika, sentadas a la mesa de la cocina, escuchaban su respiración. Respiraba deprisa: tal vez era agitación, tal vez enfermedad. Maija apoyó las manos abiertas sobre la mesa.

—Mañana mataremos al reno —anunció.

Frederika bajó la cabeza, pero asintió.

El caos que reinaba en la cabeza de la mujer cesó. Se sintió mejor.

Dorotea tosió y dijo:

—Tengo calor.

Su madre cruzó la habitación y se sentó en la cama junto a ella.

Tenía las mejillas enrojecidas. Maija le acarició la frente. Estaba caliente; demasiado. Era fiebre.

Frederika le llevó un vaso de agua.

—Toma, bebe —le dijo a su hermana.

Dorotea abrió los ojos, dio un sorbo.

—Más —aconsejó su madre.

La pequeña se negó y se recostó sobre la almohada.

Maija le quitó las vendas de los pies. Lo que le quedaba de los dedos estaba ennegrecido y lleno de ampollas. La putrefacción continuaba. Pero esta vez había algo más: el rojo intenso que antes tenía junto a los dedos afectados se había extendido por los tobillos. Había infección.

No, eso no, por favor. Le tocó los tobillos enrojecidos. Ardían. Maija notó que Frederika la observaba, pero no fue capaz de enfrentarse a su mirada.

—Vamos a tener que amputarle una parte de los pies —susurró.

—No.

—Si no lo hacemos, morirá. Se está extendiendo.

—Tú no puedes decidir una cosa así.

—Tu padre no está aquí, Frederika. Tenemos...

—Aún hay esperanza. Debemos confiar.

—¿En qué? ¿En Dios? ¿Confiar en qué?

Ahora se miraron fijamente.

—Hay algo más de lo que tú crees en esta montaña —dijo Frederika.

Maija se levantó. El corazón le martilleaba en el pecho. Sintió como si el estómago se le estuviera cayendo por un abismo.

—No quiero oír una palabra más. Escúchate a ti misma. Piensa, Frederika. Usa el cerebro.

—Eres tú la que no escucha. La que no ve. Algo te pasa. Ya no tomas decisiones sensatas.

Se le quebró la voz y salió corriendo de la cabaña.



—Frederika.

Se incorporó en la cama. Algo la había despertado.

—Frederika.

La voz de Fearless parecía sonar en la misma habitación.

Tanteó con los dedos las tablas del suelo: los pantalones, la blusa. Mentalmente, ella lo hizo callar: «No hagas ruido o las despertarás». «Ellas no lo oyen», pensó; pero aun así estaba tan inquieta que se abotonó mal la blusa y tuvo que abrochársela de nuevo. Sin embargo, se dio cuenta de que no importaba.

El cielo estaba encapotado, sin luna ni estrellas que lo iluminaran. Cruzó el patio con los brazos extendidos por si tropezaba. La forma del establo se perfiló en la oscuridad. Al acercarse, atisbó un resplandor entre las tablas de madera.

Fearless la esperaba dentro con un farol encendido. Sin decir una palabra, cogió un bulto que había junto a él sobre una bala de paja. Quitó el envoltorio de piel de reno y le tendió el objeto. Frederika se aproximó. Era el tambor. El lapón asintió; ella lo cogió.

—Dominarás o serás dominada —sentenció Fearless.

Había unas pinturas de color marrón en la tensa piel del tambor: renos, perros, el sol, y otros signos que Frederika no reconoció. Acarició la superficie: era tan suave que parecía aterciopelada.

—Escúchame —dijo él. Cuando estuvo seguro de que prestaba atención, repitió —: Dominarás o serás dominada. Dependerá de lo fuerte que seas. ¿Qué animales estás viendo?

—Lobos.

—¿Lobos? —Se rascó el mentón—. Casi imposibles de domar. El tambor te permitirá acceder a otros mundos; a su mundo. Será allí donde habrás de vencerlos. —La sujetó del brazo—. Usa los dones con mucho cuidado, Frederika. No cedas al mal. No sucumbas a la arrogancia. —Suspiró—. El camino que has escogido... Te has propuesto ser el instrumento de la justicia.

—Sí —afirmó ella.

—No —replicó Fearless, moviendo la cabeza como si ella no le hubiera entendido—. No es tan fácil impartir justicia.

El lapón se marchó, y ella se quedó sentada contemplando el tambor.

Permaneció en el establo hasta que llegó la mañana. El instrumento parecía vibrar al ritmo del sonido del aire. ¡Pom. Ratatapom! La incitaba a tocarlo.

Había un olor caliente y acre en la cabaña. Maija estaba junto al fuego. Se dio la vuelta. De lado, se la veía tan flaca que las llamas parecían visibles a través de su cuerpo. La hoja del cuchillo, calentada al fuego, destellaba al rojo vivo.

—No —exclamó Frederika.

—Se está muriendo —dijo su madre.

—No te dejaré.

—Míralo tú misma. Es septicemia.

Maija se encorvó, aferrándose a un lado de la chimenea, y estuvo así unos instantes; haciendo un gran esfuerzo, se incorporó.

Al volver a hablar, lo hizo en voz baja:

—Frederika, puedes quedarte y ayudarme, y no sabes cuánto necesito tu ayuda; o puedes irte y regresar cuando haya terminado. Pero voy a hacerlo.

—Tienes que esperar. Estoy recibiendo los dones. Yo curaré a Dorotea.

—Has perdido el juicio. Escúchate.

—Tú te curaste a ti misma cuando eras pequeña.

—Ya te lo he explicado. No fue así.

—Tienes que creer.

Su madre se dirigió hacia la cama.

Frederika la siguió y Maija se giró de golpe. La chica notó un pinchazo, como ortigas ardiéndole en la garganta. Alzó la mano y vio que tenía sangre en los dedos.

«Me ha cortado —pensó, consternada—. Me ha cortado».

El cuchillo todavía estaba entre ambas. Su madre dio un paso hacia ella. Tenía los ojos vidriosos, la boca torcida: Frederika no la reconoció.

—Te lo he advertido —dijo Maija, y le puso la punta del cuchillo bajo el mentón, de tal modo que ella tuvo que echar la cabeza hacia atrás para no resultar herida.

Sintió que se le revolvía el estómago. Rabia.

—Te lo he advertido —repitió su madre.

Dentro de Frederika, esa... cosa negra creció, se inflamó. Sintió un mareo. No podía respirar. Su madre se acercó aún más, todavía apoyándole en la piel la punta del cuchillo. Ella retrocedió.

«Me has cortado», pensó. Quiso gritarlo.

Con un esfuerzo que casi parecía imposible, se dio la vuelta, encontró el pomo de la puerta y salió precipitadamente.

Corrió hacia el bosque. La nieve era profunda; el viento, intenso. A su espalda, sonó un grito amortiguado.

Entonces, entre los troncos, distinguió unas siluetas oscuras: hombres. Reconoció a Nils, a Daniel y a Henrik. De algún modo dedujo que iban a buscar a su madre.



Amanecía sobre la llanura de la costa. La iglesia tomaba cuerpo bajo las primeras luces, junto a la vasta extensión blanca del mar helado.

La nieve que levantaban las pezuñas de los caballos ya no le salpicaba a Olaus en la cara. Los deslizadores del carro seguían murmurando, pero con un ruido más amortiguado que cuando se habían puesto en camino. También resbalaban o se quedaban atrapados más a menudo: los surcos eran más blandos y la nieve estaba cubierta de cristales quebradizos. El aire era más cálido. La primavera no estaba lejos.

En los alrededores del pueblo costero, había restos calcinados que hablaban de la guerra y del enemigo del otro lado del mar.

Los caballos entraron al galope en el patio de la iglesia. Salió un chico corriendo, sujetó las riendas y ayudó a detener a los animales. Olaus se bajó del carro, entumecido por el largo viaje. Se envolvió en la capa y caminó hacia el palacio del obispo. Antes de llegar al porche, se abrió la puerta. Una criada lo recibió con una reverencia, le cogió la capa y lo hizo pasar a un salón en el que había una gran chimenea. El mundo de un obispo: provisto de sirvientes dispuestos a resolver todo lo previsto y lo imprevisto.

No tardó en hacer su entrada el prelado.

—Olaus —dijo, dando una palmada como si sintiera una gran alegría—, qué agradable sorpresa. —Hizo una mueca burlona de horror, y añadió—: Ninguna espantosa revelación más, espero.

—Usted lo sabía —le espetó Olaus.

—Sabía, ¿el qué?

—Lo que ocurría con los niños de Blackåsen.

El obispo lo miró un segundo. Retrocedió dos pasos hacia la puerta, la abrió y ordenó a alguien que aguardaba fuera:

—Tráenos vino. Y pan. Del blanco. Nuestro visitante tiene un hambre de lobo después de un viaje tan largo.

Cerró la puerta y fue a sentarse en su sillón. Arregló someramente los pliegues que le formaba la capa sobre las rodillas, y le indicó a Olaus que tomara asiento. Al ver que este no lo hacía, ladeó la cabeza con un aire de ligera decepción.

—¿Y esto qué es? —preguntó—. ¿Una conciencia acusadora?

¿Una conciencia acusadora?

—Estamos hablando de niños —replicó Olaus—. De niños.

—Sí, qué lamentable. —Juntó las yemas de los dedos de ambas manos, asintiendo—. Ah, créame que no lo he sabido desde hace mucho. Pero a partir de

entonces, durante un breve período, fue necesario pasarlo por alto.

A Olaus se le agarrotó la garganta. No podía hablar.

—Estaban ocurriendo cosas más importantes.

—No hay nada que pueda justificar algo así.

—Despierte, Olaus. —El obispo alzó la voz—. Mire por una vez más allá de sí mismo. Nuestro país está hecho pedazos. Nuestra gente se muere. Eso es algo que podemos solucionar. Pero nos hacía falta más tiempo. Teníamos que priorizar nuestros objetivos. Lo demás debía esperar.

—¿Qué es lo que andan tramando? —La mente de Olaus Arosander giraba enloquecida; no sabía muy bien si deseaba escuchar la respuesta—. ¿Qué andan tramando?

El obispo titubeó.

—Algo malo de verdad, ¿no? —dijo Olaus—. Pero ¿qué?

El obispo escupió las palabras:

—La muerte del que se hace llamar rey.

Inconcebible.

—El rey ha sido instituido por Dios —sentenció Olaus.

—¿Dios? —El obispo soltó una seca risotada—. ¿Ni siquiera es sacerdote y se atreve a hablar de Dios? Ah, parece sorprendido. Sí, ya lo sabía, por supuesto. Siempre lo he sabido. Si lo traje aquí fue porque pensé que, con su conocimiento de los hábitos del monarca, podría resultarnos útil. Pero eso fue antes de descubrir que sentía una adoración tan grande por él. —Se retrepó en el sillón y continuó diciendo—: No, el mandato que el rey haya tenido de Dios ha concluido hace mucho.

—¿Y qué relación tiene eso con Blackåsen?

—Matar a un rey no es difícil. Yo mismo podría hacerlo quizá. Pero administrar las consecuencias es mucho más complicado. —El obispo bajó la voz—. Ya se está redactando una nueva Constitución que habrá de devolver el poder al pueblo. Gracias a las conexiones de Kristina con la alta burguesía, contaremos con el apoyo de las dos mayores facciones del Gobierno: la Iglesia y la aristocracia. Una vez desaparecido el rey, la nueva Constitución será aprobada por mayoría.

Olaus recordó las entradas de los libros de registro de la Iglesia. La siguiente a aquella, que reflejaba que Elin estaba siendo investigada por actos de brujería, recogía la llegada de Nils y Kristina. «Eso fue lo que sucedió durante el proceso», pensó. El obispo reconoció a Kristina y vio en ella la oportunidad para contactar con la burguesía. Eriksson debió de oírlos hablar. O, simplemente, dedujo que tal vez había alguna razón para que el prelado hubiera perdido tan de repente todo su interés en el proceso. Y se opuso a su decisión de darlo por concluido sólo para ver hasta que punto estaba dispuesto a llegar.

Lundgren, por otra parte, había llegado a la región procedente del sur, pensó Olaus. Si lo hubiesen llevado a juicio y hubieran hurgado en su pasado, a saber a dónde habría podido ir a parar el asunto. Y lo último que deseaba el obispo era llamar

la atención sobre sí mismo o sobre su región. La muerte de Lundgren había resultado en este sentido muy oportuna. No era de extrañar, pues, que el obispo enseguida hubiera estado dispuesto a calificarla de «accidente».

—¿Sofía lo sabe? —preguntó Olaus.

—¿Sofía? —El obispo se echó a reír—. Ella no tiene nada que ver con esto. Es una de esas raras personas que es exactamente lo que aparenta: una excelente esposa de sacerdote.

Olaus no estaba seguro de que dijera la verdad, pero apenas importaba ya.

—Se lo diré al rey. Me encargaré de prevenirlo —aseguró Olaus.

—Ya es demasiado tarde. Además, ¿a quién le parece que creería el monarca? ¿A un obispo, o a un sacerdote que ni siquiera lo es?

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el obispo.

Al entrar la criada, ambos hombres guardaron silencio como únicamente los sacerdotes saben hacerlo.

El rey no debería haberlo apartado de su lado, pensó Olaus. Él lo había amado. Había luchado por él. Habría muerto por él.

—Déjalo ahí, junto a la chimenea, por favor —indicó el obispo.

La criada salió y cerró la puerta, y ambos volvieron a quedarse solos.

—No pienso tomar parte en esto —dijo Olaus—. Nadie puede decidir acabar con una vida. No importa de quién sea. Ni cuáles sean los motivos.

—No es eso lo que pensaba anteriormente, según creo.

—Usted estaba dispuesto a sacrificar a los niños. Y sí importa. Yo no soy como usted.

—Es cierto. —El prelado parecía divertido—. Usted no se parece a mí en absoluto. ¿Cuándo ha hecho algo para alguien que no sea usted mismo?

Entonces la sonrisa le desapareció del rostro, y dijo:

—A mi modo de ver, ahora puede elegir, Olaus. Atrévase a luchar contra mí, y por Dios que yo lucharé contra usted. O bien olvide todo esto. Todo... —describió un movimiento circular con los dedos, como disolviendo algo en el aire—... esto.

Se arrellanó de nuevo en el sillón.

—Al fin y al cabo, Olaus, yo ya soy mayor. Tengo que pensar en quién podrá reemplazarme como obispo y como miembro del Consejo Privado. —Apoyó las manos en el reposabrazos del sillón, se levantó y, abriendo la puerta, mandó a la criada—. Prepara una habitación para mi invitado.



Los demás colonos ya se hallaban en la cabaña de Henrik y Lisbet cuando llevaron allí a Maija. Anna y Lisbet estaban sentadas a la mesa de la cocina. Kristina se hallaba de pie junto a la ventana.

Maija necesitaba volver a casa. ¿Sería capaz Frederika de cuidar a Dorotea? Sí. Seguro que sí.

A menos que hubiese huido demasiado lejos.

Recordó el leve peso del cuchillo en su mano, la torva imagen de la hoja afilada sobre la pálida piel. Cuando había empezado a cortar, a serrar el tejido y el hueso, el pie se había convertido en otra cosa, y sus manos se habían teñido de rojo y su hija había gritado. Ella había procurado darse prisa, pero la carne era correosa.

Bruscamente, sintió una arcada y se agachó para vomitar.

Daniel soltó una maldición y se apartó de su lado.

Ella se secó la cara con la manga.

—Está enferma —murmuró alguien.

—El diablo que tiene dentro está asustado. —Esa era Lisbet.

Le he cortado los dedos de los pies a mi propia hija, deseaba decir Maija, aunque no logró articular una palabra. Y si mi otra hija no hubiera huido, tal vez también la habría matado.

—Átala para que no escape.

¿Atarla? ¿Escapar?

Acercaron una silla y la obligaron a sentarse.

—Vamos a aclarar este asunto de una vez por todas. —Daniel se hallaba de pie ante ella. Estaba demacrado y ya no era dueño de sí mismo—. Todo se relaciona contigo. Y esto termina aquí.

—Pero si sucedió antes de que yo llegara... —Maija miró a Daniel a los ojos, pero no consiguió que él le devolviera la mirada.

—Tú haces que las vacas estériles den leche. Fuiste una de las últimas personas que vieron a Elin antes de que matara a sus hijos y se quitara la vida. —Se le quebró la voz—. Mataste a nuestro bebé con las hierbas que le hiciste beber a Anna.

Anna había bajado la cabeza. Fue entonces cuando Maija lo percibió en el ambiente: miedo.

—Daniel... —musitó.

Alguien llamó a la puerta. Nadie reaccionó al principio, pero cuando se abrió la puerta y apareció Fearless, todos se sobresaltaron. Enmarcado por el umbral, parecía más menudo. El lapón escrutó las caras, una a una, hasta dar con el dueño de la cabaña.

—Mi gente también forma parte de esta montaña. Esto nos concierne a nosotros tanto como a ustedes.

Henrik miró a Nils y a Daniel. Ellos asintieron.

—Muy bien —aceptó Daniel—, pero es un asunto de los colonos, de manera que guarde silencio.

Entonces se volvió hacia Maija, manteniendo la mano en la funda del cuchillo.

Ella miró hacia el fondo de la estancia, buscando a Henrik, y dijo:

—El asesino de Eriksson todavía anda suelto.

Henrik detestaba tanto el miedo como ella. Quizá él la escuchara; tal vez fuera el único dispuesto a hacerlo. Y aparte de Daniel, era quien llevaba más tiempo en la montaña; tendría voz y voto en lo que sucediera a continuación. Maija vio que arrugaba la frente, y se dispuso a presionar ese atisbo de incertidumbre.

—Fue Lundgren quien mató a Eriksson —dijo Henrik.

—No —replicó ella—. Los hijos de Eriksson también iban a la escuela. Él no sabía lo que estaba haciendo Lundgren. Y si lo hubiera descubierto, no habría ido él sólo a echárselo en cara. O habría ido preparado, en todo caso. No se habría dejado sorprender, ni mucho menos matar.

—Eriksson nos echó en cara nuestros secretos a solas.

—Porque quería sacaros algo a cambio de su silencio. Pero lo que hizo el sacristán era demasiado abominable. Eriksson no lo sabía. Por lo tanto, Lundgren no lo mató.

Miró alrededor. «No, no fue Lundgren, sino uno de vosotros», pensó Maija. Titubeó. Faltaba algo. ¿Qué era?

—Tú no eres de fiar, Maija. —Era la voz de Nils. Kristina le dio la espalda a su marido y volvió a mirar por la ventana.

Nils había hablado lento y resuelto. Ella lo miró a los ojos. Él asintió y añadió:

—Sí. Tú no eres la única que puede hacer averiguaciones sobre el pasado.

De repente Jutta se plantó allí, pero del lado de los acusadores de Maija. Sus dientes de conejo no cesaban de moverse.

—Es así como te sucede siempre, ¿verdad? —dijo Nils—. Te obsesionas con una cosa y llega un momento en que tu mente se apodera de ti.

—¿De qué estás hablando? —dijo Henrik, vacilante.

—¿Quieres contárselo tú misma a todos? —le preguntó Nils a Maija.

Ella permaneció callada.

Nils se giró hacia los demás y les explicó:

—Cuando Maija me acusó de haber matado a Eriksson, yo le pedí a un pescador que conozco que indagara en Ostrobotnia sobre el pasado de ella y Paavo. Él volvió diciendo que, en el lugar de donde proceden, todo el mundo cree que ella mató a su abuela. Había un antiguo delito en juego, decían los aldeanos, y Maija lo descubrió y se obsesionó con el asunto. Pasó un tiempo encerrada en un manicomio del sur y su hija, en ese período, estuvo viviendo con su bisabuela. Por fin, Maija fue dada de alta,

regresó y le aplicó a la anciana el castigo que creyó justo.

Hubo gritos sofocados entre los presentes.

No había sido así en absoluto. Maija miró a Jutta y se le anegaron los ojos en lágrimas.

—La anciana murió de asfixia, pero no se pudo probar nada. Maija y Paavo se quedaron en el pueblo y tuvieron una segunda hija, pero los aldeanos se sintieron aliviados cuando decidieron marcharse la primavera pasada.

Maija trató de ignorar lo que Nils acababa de decir; intentó concentrarse en las líneas definidas que tenía trazadas en la mente, en el cuadro de lo que había ocurrido. Nils contaba con la coartada del obispo. Y no había sido Daniel, seguro. Henrik... No. Lisbet lo vigilaba de cerca. Gustav... Miró en derredor.

Gustav no estaba.

Volvió a resonar en su interior una cosa que había dicho alguien: Elin. Al parecer, cuando murió, Eriksson había salido a comprobar si se podía cultivar una zona más extensa del marjal. Pero ¿no había dicho Elin también que había ido a hacerlo acompañado de otra persona? ¿No había dicho que iba con Gustav? Recordó que, en una ocasión, había visto a este hurgando en el marjal con un palo. ¿Qué era lo que había en ese marjal?

—¿Eriksson... dijo algo sobre Gustav alguna vez? —preguntó Maija, y se volvió hacia Anna.

La mujer rehuyó su mirada.

—¿Por qué habría de saberlo ella? —se extrañó Daniel.

—¡Anna! —insistió Maija—. Por favor.

—No respondas —dijo Daniel a su esposa.

—Por favor —repitió Maija—. Por favor, Anna.

La mujer alzó la cabeza. Silencio absoluto en la cabaña.

«No responderá», pensó Maija.

Pero Anna dijo:

—Creo que eran amigos.

Todas las miradas se concentraron en ella.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Maija.

—Los vi una vez. A Gustav y a Eriksson. Gustav estaba de rodillas. —La voz de Anna adoptó al recordarlo un tono incrédulo—. Era como si estuviera abrazándole las piernas a Eriksson. Y este, mientras tanto, le daba palmaditas en la cabeza... Era extraño. Pensé que Gustav estaba pidiendo clemencia. Y entonces Eriksson le dio una bofetada. Gustav cayó al suelo. Pero volvió a acercarse a rastras y le abrazó las piernas de nuevo.

Gustav no habría tenido ningún reparo en matar al reno de Fearless, pensó Maija. Tenía ese tipo de fuerza bruta, y era un cazador. También un soldado. Era posible que hubiera pasado un tiempo en Rusia, donde habría adquirido las costumbres y los rituales del país.

—Maija no parará hasta que nos haya destruido a todos —afirmó Daniel.

«No hagas caso, no dejes que te distraiga. Henrik. Dirígete a Henrik», se dijo Maija, y continuó explicando:

—Gustav era un ser destrozado cuando volvió de las guerras, y Eriksson sabía detectar todo aquello que estaba dañado. Sólo Dios sabe lo que le hizo a ese hombre.

Henrik fruncía el entrecejo. «Piensa en tu esposa —le dijo ella mentalmente—. Piensa en los motivos que tiene para seguir llena de miedo durante el resto de su vida. Durante el resto de tu vida».

—Mientras no estéis del todo seguros de lo que ocurrió —dijo Maija en voz alta — dudaréis. Siempre tendréis miedo.



Los colonos caminaron por el lago helado. «Sería la última vez que lo cruzaban este año», pensó Maija. En algunos trechos ya había agua. La primavera estaba llegando, aunque con retraso. Fearless también observaba la capa de hielo. Sus miradas se encontraron. Él estaba pensando lo mismo.

Dorotea.

Maija envió el pensamiento hacia el otro lado de la montaña. Trató de ver con la mente a Frederika, pero en vano. «Cuida de tu hermana —pensó, no obstante—. Ve a buscarla, por favor. No he tenido tiempo de comprobar que estaba bien».

Había algo así como una leve vibración en el aire. Maija notó que se le tapaban los oídos, igual que cuando subía a la cima de una montaña muy alta.

—¿Podemos pasar? —preguntó Henrik cuando Gustav abrió la puerta.

Gustav se encorvó y se puso tenso.

—¿Por qué? —inquirió. La cicatriz le estiraba la boca, agrandándola en demasía.

Henrik no respondió. Gustav titubeó un instante, pero retrocedió hacia el interior y todos lo siguieron.

Henrik miró a Maija. Ella habría preferido que fuese él quien interrogara a Gustav; lo habría hecho con menos brusquedad.

—Gustav —dijo Maija—. Diles lo que hiciste.

Él tenía la espalda tan rígida que le salió un gemido de la garganta. Ahora todos lo miraban con la piedad o la repugnancia que se reserva para los enfermos.

—Te sentirás mejor si lo haces —lo animó ella—. Todo habrá terminado. No fue culpa tuya.

Y no lo había sido, a decir verdad. Eriksson se había aprovechado del pasado de Gustav, tal como había hecho con el de Elin. Había utilizado y maltratado a un hombre que ya estaba roto. Y en un momento dado, había ido demasiado lejos.

Maija asintió varias veces para demostrarle que hablaba en serio. Los hombros de Gustav descendieron; al principio levemente, al poco rato, un poco más.

—Yo no quería hacerlo —murmuró.

—Lo sé.

Avanzó unos pasos. Los demás se apartaron, pero él no los miró; sólo la miraba a ella.

—Yo no lo sabía.

—Lo sé —repitió Maija.

—Y el fuego se descontroló.

¿El fuego? ¿Qué fuego?

Ella movió la cabeza, pero él seguía mirándola fijamente.

—Los oí gritar. Intenté rescatarlos, pero el fuego se extendió y no lo conseguí.

Buscó alrededor con la mirada, dio un paso vacilante y cayó de rodillas ante Fearless.

—Yo acababa de llegar —susurró alzando los ojos hacia el lapón—. Quería despejar el terreno por mí mismo. No sabía lo deprisa que podía propagarse el fuego. Había llamas por todas partes. Y no supe qué hacer con sus cuerpos y los enterré en el marjal.

¿El incendio del bosque? ¿La esposa y el hijo de Fearless? Y entonces... ¿lo de Eriksson?

Los ojos de Fearless estaban completamente negros.



Un ruido tan leve como el golpeteo de una uña sobre una superficie de madera, pero cada vez más fuerte.

¡Tam. Tam. Tam!

En el pueblo, una mujer se ha lavado, se ha puesto un vestido nuevo y se ha trenzado el pelo. Cruza el prado y ahí está: ese sol en el cielo. Pequeño pero impertinente, le acaricia las mejillas. Ella confunde esa sensación con la felicidad. Suspira.

—He de hablar con el sacerdote —dice cuando llega a la casa del extremo opuesto y le abren.

—Yo ya se lo dije antes de que saliera —responde la rolliza mujer que le ha abierto la puerta, retorciéndose las manos—. Ya se lo advertí. La primavera se acercaba, y él se arriesgaba a quedarse atrapado en la costa.

¡Tam. Tam. Tam!

En el río y en el lago, la nieve se va agrietando. Una píceca deja caer sobre el blanco suelo las semillas que ha mantenido ocultas dentro de sus piñas.

Bajo la nieve, en la tierra, hay cosas que todos daban por muertas hace mucho: flores, ramas enteras contenidas en yemas y brotes... Ahora comienzan a despertar, a hormiguesear.

¡Tam. Tam. Tam!

Al norte: un colono se halla junto a la ventana. «La luz del día», piensa. ¿Quién lo habría dicho? La luz del día otra vez, también este año. El tejado ya gotea, y él observa cómo crece cada gota cristalina, cómo adquiere colores y tiembla y cae finalmente.

Detrás, su esposa tose. Él se le acerca, le pone una mano en la espalda y la otra en el hombro. Bajo el vestido, nota sus huesos, duros y delgados como los barrotes de una celda. La ayuda a darse la vuelta y la pone de lado.

Contempla a ese ser marchito acostado en la cama y tiene la visión repentina de que ella le sobrevivirá.

¡Tam. Tam. Tam!

En un claro de la ladera occidental de la montaña, la nieve se mueve. Se

resquebraja desde debajo. Rompiéndola, surge una pezuña, y una camada de oseznos asoman el hocico y atisban desde su guarida.

Hay un aleteo en el aire. Son las pequeñas criaturas que ya se atreven a regresar: herrerillos y estorninos. Surcan veloces el cielo, esperando encontrar intactos los nidos del año anterior.

¡Tam. Tam. Tam!

Al sur: un colono no se atreve a mirar a su hija menor. ¿Qué podría decirle?

Con el rabillo del ojo, la ve en una silla a su lado. Las piernas no le llegan al suelo.

—Deja de mirar —dice él.

La niña no hace caso.

—¡Te digo que dejes de mirar!

El colono se levanta y sale.

Se queda un rato junto a la puerta. Al fin baja los escalones del porche. La nieve se quiebra bajo su peso, y él se hunde hasta la rodilla.

¡Tam. Tam. Tam!

Hielo en todas las ramas. Bajo los aleros, junto a las paredes, la nieve se vuelve transparente y forma lanzas alargadas.

Agua: se derrite, gotea, fluye. El sol convierte el lago en un campo de estrellas caídas.

Sonidos: murmullos, despertares. Junto al río, el suelo blanco está cubierto de puntos negros. Se mueve. Millares de insectos reptan, buscando algo que comer.

¡Tam. Tam. Tam!

La nieve se marcha. Los montones acumulados se hunden, se desmoronan y disuelven. Ya no quedan más que las primeras capas: bastas, granuladas, tan transparentes que el suelo casi resulta visible a través de ellas.

El río trata de librarse del yugo que lo aprisiona. Gime. Más abajo, roe lentamente el helado lago. Finalmente, empuja y se abre paso con un grito. Todo su centro se desliza; primero despacio, poco después, con ímpetu.

En el lago, el agua se calienta y sube de nivel.

Sólo el marjal se mantiene congelado.

¡Tam. Tam. Tam!

Empieza la primavera-invierno.^[3] Renos recién nacidos. Alumbramiento de lo nuevo. Los lapones se apresuran a partir. Las altas montañas los esperan.

Su líder no va con ellos.

¡Tam. Tam. Tam!

Los días se alargan, se encaminan hacia las interminables jornadas de verano. La nieve ha desaparecido y todo cuanto se ha podrido debajo queda al descubierto. Debería haber un olor repulsivo, pero no es así, no. El aire sigue impasible. Hay, simplemente, un cierto tufillo, como de tierra húmeda.

¡Tam. Tam. Tam!

Junto al lago, un colono se halla de pie en su porche mirando hacia el agua. Cerca de la orilla, en las últimas bolsas de aire que quedan aún, las percas y los besugos deben de rondar con desesperación, aguardando a que se rompa el hielo. «Ya no falta mucho —piensa. Y también—: Cuando la primavera se abra paso, todo esto habrá terminado».

Entra en la cabaña. Corre las cortinas y recuerda cómo se mezclaban como en un eco sus propios gritos con los que daban ellos en el bosque. Y también cómo se le deshicieron en las manos cuando trató de recogerlos. Se desmorona.

¡Tam. Tam. Tam!

Y entonces, sin previo aviso, el agua que baja de las montañas se abre paso impetuosamente... Una gran marea de todo lo fundido y de lo muerto.

El río se desborda. El lago devora su orilla. El agua anega el bosque y los árboles se hunden hasta las rodillas.

Y ahora también el marjal empieza a burbujear y a derretirse.

TERCERA PARTE



La mancha blanca de la iglesia se destacaba sobre el cielo azul con tanta intensidad que hacía daño a los ojos mirarla; y su aguja se alzaba a tal altura que parecía constituir un vínculo físico entre el cielo y la tierra. Olaus Arosander suponía que para eso justamente las construían así: para dejar grabada su divinidad —el carácter omnisciente y omnipresente de la Iglesia— en las mentes de los campesinos.

Tras su conversación con el obispo, había intentado regresar a Laponia. No había llegado muy lejos. Como el deshielo había comenzado, se había visto obligado a volver sobre sus pasos e instalarse en una austera habitación de la residencia del obispo, donde se había pasado los días de rodillas, atormentado, sopesando sus opciones, incapaz de rezar ni de hacer cualquier otra cosa. Y no había sido sino hacia el final de su estancia cuando había sentido algo, cuando había escuchado a alguien: no iba a decir que hubiera sido la voz de Dios, ni siquiera que se hubiera tratado de un dios, pero lo cierto era que, en medio del dolor, había sentido piedad. Al fin los caminos se habían vuelto practicables, y ahora ya hacía dos días que había vuelto a casa.

Una brisa cálida le acarició el cabello. Ladeó la cabeza para que le diera en la cara. Le llegó fugazmente el recuerdo de otro contacto en la mejilla, cálido como un rayo de sol, seguido de una punzada de dolor. No sabía cómo le iban las cosas a Maija. No sabía qué había ocurrido en la montaña (si es que había ocurrido algo). Se recordó a sí mismo que no era asunto suyo, que ella no era para él.

A su espalda, en la plaza, sonó un traqueteo. Se apresuró a arreglarse el alzacuello y se giró en el preciso momento en que llegaba un carruaje. El cochero detuvo al caballo frente a la iglesia, y Olaus se acercó a saludar.

—Bienvenido —dijo.

El caballo bufó. La voz del cochero que trataba de calmarlo era femenina. «La guerra se ha llevado a todos nuestros hombres», pensó Olaus.

El pasajero, de tez pálida y figura menuda, cansado por el viaje, tropezó al bajarse. Era rubio. Hizo una gran reverencia sobre la mano de Olaus.

—Me llamo Laurentius —dijo al erguirse de nuevo. Alzó la cabeza hacia atrás para abarcar la iglesia con la vista y abrió la boca, admirado—. Es preciosa —exclamó.

Su primer destino, Olaus estaba seguro.

—Sí, ¿verdad? —dijo él. Se quitó el llavero del cinturón y se lo dio al joven—. Las llaves de la iglesia, de los establos y de la casa. El jornalero y el ama de llaves le mostrarán los alrededores. Tendrá que buscar a un nuevo sacristán. El anterior... nos

ha dejado.

Laurentius tomó el pesado llavero y le dio la vuelta, como estudiándolo.

—¿Hay cerrojo en la iglesia?

«Qué joven», pensó Olaus.

—Es el más grande —precisó, y se agachó para recoger la mochila.

Una expresión desconcertada se pintó en el rostro de Laurentius.

—¿Se marcha? Creía que dispondríamos de tiempo. Para hablar de la iglesia... de su historia, de los feligreses. —A medida que asimilaba que quedaba abandonado a sus propios recursos, la cara se le fue ablandando hasta convertirse en la de un niño.

—No se preocupe —lo tranquilizó Olaus—. La viuda del antiguo sacerdote vive ahí. —Le indicó que se diera media vuelta y señaló con el brazo—. En la casa parroquial. Ella era la mano derecha de su marido. En ninguna otra parte he oído que una mujer haya contribuido tanto al servicio del Señor. Le recomiendo que otorgue prioridad a la tarea de conocerla, porque su año de gracia terminará pronto.

—Pero ¿no me la va a presentar usted?

Olaus vaciló, pero respondió:

—No.

Puso la mochila en el carruaje y subió.

—Pero dele recuerdos de mi parte.

Ya se iba. El dolor que sentía dentro era tan grande que, por un momento, pensó que no lo lograría. Inspiró hondo.

—Cuide de los colonos de Blackåsen —le aconsejó.

Y dejó al nuevo sacerdote plantado en mitad del patio.

—Tan al sur como pueda llevarme —le pidió a la chica que ocupaba el puesto de cochero.

—Se suponía que debía llevarlo a la residencia del obispo en la costa —dijo ella.

—No. Al sur —repitió.

Cuando el coche arrancó, Olaus se quitó el alzacuello y lo dobló. Titubeó y sacó el fajo de cartas que le había dado el obispo para Maija: las cartas de su esposo. Él había prometido entregarlas, pero no lo había hecho; temía lo que pudiera divulgar sin querer el nuevo mozo de cuerdas acerca de quién había pasado por el pueblo y cuándo, así como otros datos que carecían de significado para él, pero no para otras personas.

Olaus no volvería a ver a Maija. Y lo más probable era que Paavo ya estuviera haciendo el viaje de regreso. Tiró todas las cartas y el alzacuello en el bosque.

El carruaje avanzó bamboleándose por el camino. Olaus se giró para mirar. No miró la iglesia ni la antigua casa parroquial, no. Ni mucho menos las montañas. No. Quería ver el campanario. Por última vez.



Maija caminaba hacia la cima del monte Blackåsen. En las ramas de las píceas había brotes de color verde claro, y la hierba crecía entre la capa de materia descompuesta: puntiaguda y tan alta de golpe como si ya lo hubiera sido desde el principio. De lo alto de los árboles, le llegó el canto apresurado de un pajarito que pasaba volando. Con cada signo primaveral, el invierno se alejaba. Con cada sonido del tiempo nuevo, el pasado palidecía. Pensó que los otros colonos, incluidos Daniel y Anna y la pequeña Sara —eso esperaba—, sentirían lo mismo. Este sería el invierno del que no volverían a hablar: el invierno del que nadie sería capaz de explicar nada a alguien que no hubiera estado allí. Un invierno que todos decidirían olvidar. Cuando Gustav hubo confesado ante los colonos que él había sido el causante del incendio, un incendio que había desencadenado tantas cosas para Daniel, este le había soltado el brazo a Maija y había salido de la cabaña. Y ya ninguno de los demás la había tocado.

Su investigación para descubrir al asesino de Eriksson casi había provocado que lo perdiera todo. Ahora, a la luz de la primavera, no entendía por qué la había iniciado y por qué no había sido capaz de abandonarla. Suponía que nunca llegarían a saber lo que había ocurrido realmente con Eriksson, pero ahora todo había concluido.

Llegó a la cima y contempló el valle reverdecido, hasta las montañas azuladas del horizonte. Tuvo que protegerse los ojos con la mano: tan intensa era la luz. El viento venía del oeste. Un sople cálido en la frente. Inspiró profundamente. Saboreó el aire fresco. Era como si el invierno hubiera durado cien años.

Paavo llegaría en cualquier momento, pensó. No estaba segura de qué debía sentir. No quería que viniera y, sin embargo, sí quería. Juntos, arreglarían las cosas otra vez. Ella no volvería a ver al sacerdote hasta la sesión de catequesis de septiembre, lo cual estaba bien. Aunque era a él a quien echaba de menos, tanto que se le partía el corazón. Eso pensaba decírselo al sacerdote. Quizá se lo contaría todo sobre sí misma. Él era la clase de hombre con el que se podía hablar. Y, curiosamente, por el hecho de haberlo conocido, el pasado ahora parecía menos presente. Quizá pudiera reconciliarse con ese pasado. Hacía unos días pensó en los dones que había poseído en tiempos, y se preguntó si los había perdido para siempre, o si todavía seguían en su interior.

A Dorotea ya se le estaban curando los pies. Había perdido los dedos, pero actualmente las cicatrices eran blancas y limpias. Sufriría cojera toda la vida. Por un momento se le pasó por la cabeza la idea de que Frederika hubiese tenido razón y de que la amputación hubiera sido innecesaria. Pero esa era la clase de idea que no podía

permitir que echara raíces, así que la empujó por el barranco hacia el fondo del valle.

Sintió el deseo de estar junto a sus hijas. Dio media vuelta y, al bajar por el camino a trote ligero, le vino un recuerdo de cuando Frederika era casi un bebé. La niña estaba en brazos de Jutta. Maija llevaba un rato sentada con ellas: gorda y agotada, encerrada en sí misma, sumida en sus pensamientos... Alguien había hecho una broma; ya no recordaba quién ni qué había dicho, pero sí recordaba que se había echado a reír por primera vez en muchos meses. Y al levantar la vista, había visto que su niña la miraba con la cara risueña y la boca abierta. La niña se había reído porque su madre se reía.

Un movimiento a su izquierda hizo que se detuviera de golpe. Contuvo el aliento y, avanzando despacio, apartó las ramas.

Entre los árboles, en un reducido claro, había seis animalitos de color marrón oscuro acariciándose unos a otros con el hocico, mordiéndose, revolcándose. Cachorros de lobo. En el otro extremo del claro, bajo un tronco caído, se hallaba tendida la loba plateada. Miraba a Maija fijamente, con las cejas alzadas y las fauces abiertas. Sonreía.

La mujer observó cómo jugaban los cachorros. La manada restante no andaría lejos, sin embargo; y ya estaría dispuesta a asimilar a sus nuevos miembros y a cuidarlos como propios. Soltó lentamente las ramas, retrocedió. Y entonces se encontró cara a cara con Fearless.

El lapón tenía la cara sucia y el cabello, de un gris oscuro. Había envejecido. Ella no se había acordado de él y se sintió culpable por ello.

—Lo lamento mucho —se disculpó la mujer—. Yo estaba equivocada en... tantas cosas.

—Y acertada en otras —dijo él. Tenía el rostro sucio: varias rayas verticales en cada mejilla. Como si hubiese llorado barro.

Había perdido a su esposa y a su hijo. Hasta que ella... hasta que Gustav lo había confesado, Fearless no había tenido ni idea de lo que le había ocurrido a su familia. Ahora lo sabía.

—Dígale a su hija que he vuelto —dijo Fearless, y se hizo a un lado para pasar de largo.

A Maija le entró frío.

—¿Eso qué quiere decir? —Buscó los ojos del lapón, pero este miraba muy lejos—. ¿Qué ha hecho usted? —preguntó, asustada.

—Los ritos de venganza son más antiguos que usted y que yo —replicó Fearless, con el mismo tono que se emplea para consolar a un niño.

—¿Qué ha hecho usted? —repitió Maija, aunque en el fondo de su mente ya lo sabía.

—He enterrado vivo a Gustav, en el marjal. Cara a cara con ellos.



Frederika se sentó apoyando la espalda en la cálida pared de madera del establo. Las mangas del vestido que le había tejido su madre se le habían quedado cortas, y sus manos, que tenía apoyadas sobre la hierba, parecían muy grandes. El aire era suave y dulce. Antes habían sonado las ricas inflexiones del canto de un ruiseñor —la primavera había llegado, no cabía duda—, pero ahora el patio estaba en silencio.

Fearless todavía seguía en Blackåsen, pero sus pasos se alejaban. «Eso es bueno», pensó. Al fin podía viajar a su hogar en las altas montañas. Y no lejos de Blackåsen, vio en su imaginación a Antti, inmóvil junto al río, esperando al viejo lapón.

Su madre se había detenido. La agitación había dado paso a un mero temblor. Frederika se preguntó si estaba llorando. Pero como nunca la había visto llorar, no lo sabía.

Notó que se acercaba otra mujer: aquella a la que estaba esperando. Oyó sus pasos amortiguados sobre la hierba.

—Frederika...

El tono era jovial pero forzado. Llevaba el cabello recogido en un moño que se le había aflojado. Se había ruborizado y respiraba con dificultad.

—He tenido un sueño muy extraño. —Sus miradas se encontraron, y entonces Kristina dejó de sonreír. Asintió con expresión resuelta—. Tú me has llamado y yo he acudido. Qué curioso.

—Fue usted quien mató a Eriksson —le espetó Frederika.

Kristina suspiró y afirmó:

—Merecía morir.

—Quizá. Pero no fue por eso por lo que lo mató.

Haciendo una mueca, Kristina exclamó:

—¡Ah, así que eso también lo sabes! Mi esposo tiene una debilidad. Le gustan las niñas...

—Sí. Y por eso decidió mandar lejos a sus hijas.

—Sí... —dijo titubeando.

—Por si acaso.

—Por si acaso.

—Y por eso llevaba usted un amuleto con mejorana.

—Hago lo que puedo.

—Bueno, ¿y qué ocurrió?

—Cuando Nils ayudó a restaurar la escuela, él y Lundgren debieron de descubrir que tenían en común esa debilidad. Yo procuro vigilar a mi esposo, Frederika. Por Dios que lo hago. Pero no puedo estar siempre con él. No sabía que había reincidido hasta que una chica quedó encinta hace dos años. Me vi obligada a pedir ayuda al obispo. Creí que Nils había aprendido la lección, pero no...

La muchacha sintió que se le revolvía el estómago. Ni un solo pensamiento para las niñas. «Se te olvida que habría podido ser mi hermana», pensó.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—La jovencita, fuera quien fuese en esa ocasión, se lo contó a Eriksson. Y él vino a casa a buscar a Nils con un cuchillo en la mano. Le dije que subiera al Trono del Rey; que encontraría allí a mi esposo. Y en cuanto salió, lo seguí.

—O sea que el obispo mintió al decir que usted y Nils estaban con él cuando se cometió el asesinato —dedujo Frederika—. ¿Por qué está tan decidido a ayudarla?

—Hay cosas muy importantes en juego. Y no queremos ponerlas en peligro. Sobre todo ahora que estamos tan cerca.

Durante un instante, Frederika vio ante ella al hombre de la chaqueta azul y las botas altas caminando por la trinchera. Recordó las sombras sin rostro que lo seguían. De eso estaba hablando Kristina; era eso lo que consideraba más importante que el sufrimiento de las niñas.

—¿Nils sabe que fue usted quien mató a Eriksson?

—Yo no mentí al decir que Nils estaba en la cima de la montaña. Y me aseguré de que presenciara lo que tuve que hacer por su bien. Él estaba lleno de remordimientos, claro.

—Y lo incitó a que viniera a hablarnos de brujería.

—Sabíamos que la gente creería esa versión. Pero después él se entusiasmó con la idea de crear un pueblo. No puede evitarlo. Creo que, realmente, logró olvidar lo que había sucedido y también su propio papel en ello. Y la discusión sobre la creación del pueblo, a su vez, alertó a tu madre y la empujó a indagar.

—¿Y Lundgren?

—Eso fue obra de Nils. —Kristina hizo de nuevo una mueca, curvando las comisuras de la boca hacia abajo, como si la decisión de su esposo de disparar al sacristán la hubiera sorprendido—. El sacristán habría acabado hablando.

Las dos se quedaron calladas. Frederika vio el cuchillo que Kristina guardaba en el bolsillo y cómo aferraba con fuerza el mango.

—Únete a nosotros, Frederika —ofreció Kristina—. Eres joven, pero si posees unos dones como estos... Yo te enseñaré los modales de la nobleza y, una vez muerto el rey, tendrás todos los caminos abiertos. Tendrás todo lo que siempre has deseado.

«Todo lo que siempre he deseado», pensó la joven. Le dieron ganas de sonreír. No necesitaba a Kristina para eso. Sintió una especie de vértigo. Sonrió y se puso de pie.

—No podrás impedir lo que va a suceder, ¿sabes?

—No pienso intentarlo siquiera.

—¿Y qué harás, entonces?

Frederika se sacudió las manos en el vestido.

—Nada.

Miró hacia el bosque, por detrás de Kristina. Percibió las cuatro siluetas achaparradas que ella veía, pero la mujer de Nils, no.

«Yo no voy a hacer nada —pensó—. Pero ellos, sí».

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a mi muy querido amigo Fergal Keane. Sin ti, no habría empezado ni terminado este libro.

Muchas personas maravillosas han creído en este trabajo. Sus consejos, correcciones y ayuda han sido impagables: gracias a mis agentes, Janelle Andrew, Rachel Mills, y a su equipo en Peters, Fraser & Dunlop: sois las personas más sabias que conozco; gracias a Amanda Murray y a sus colegas de Weinstein Books en Estados Unidos; a Sara Nyström de Wahlström and Widstrand, Suecia; a Jennifer Lambert de HarperCollins, Canadá; a Martina Wielenberg de Droemer Knauer en Alemania. Y gracias especiales a Kate Parkin de Hodder & Stoughton, Inglaterra, por toda tu ayuda y estímulo, y por hacerme reír incluso durante la tercera revisión.

Gracias a mis queridos amigos escritores —Mary Chamberlain, Vivien Graveson, Haroon Hassan, Susanna Jones, Laura McClelland, Lorna Read, Alex Ruczaj, Saskia Sarginson, Lauren Trimble— por leer los muchos borradores que se sucedieron durante muchos años y por seguir la evolución de este trabajo. Vuestra franqueza, creatividad e infatigables observaciones —incluso cuando no resultaban fáciles de escuchar— me han ayudado enormemente.

Quiero terminar con el comentario que mi esposo me envió en un correo electrónico tras leer el primer borrador de esta página de agradecimientos, donde yo concluía dándole las gracias a él, a mi madre y a nuestras hijas gemelas:

«No creo que debas dedicarnos este libro a nosotros. Es un gesto bonito, pero corriente, y tú no lo eres. Claro que nos quieres y que nosotros nos sentimos partícipes de tu largo viaje. Pero es lo que tú has creado y el apoyo que has construido en derredor lo que ha hecho realidad este proyecto. Lo único que nosotros hicimos fue proporcionarte un poco de espacio».

Por ese tierno amor, Dave, y por el espacio, me siento profundamente agradecida.

Lobos

Nunca he visto un lobo en la naturaleza, sino en cautividad. Pero, de niña, cuando iba a ver a mi abuela, oíamos sus aullidos por las noches en lo alto de la montaña: unos aullidos espeluznantes y prolongados. Yo me levantaba de la cama, bajaba a la primera planta y me encontraba a mi abuela apostada junto a la ventana de la cocina, escrutando la oscuridad.

—Quizá son los perros de Kenneth —me decía con cara sombría.

Pero ambas sabíamos que no eran perros.

Mi abuela tenía miedo aunque estuviéramos dentro de casa. Era evidente que el lobo no sólo era un animal salvaje, sino algo más: era una parte de la noche. Y, obviamente, podía atravesar las puertas cerradas.

A la luz del día, era diferente. Ella misma me señalaba sus guaridas y ambas examinábamos sus huellas en la nieve.

—Ese es el risco desde el que aúllan. —Y me indicaba una gran roca.

De día éramos cristianas y no teníamos miedo.

Pobres lobos. Han sido considerados malignos, o instrumentos del mal, desde el principio de los tiempos. En el siglo XIII, la Iglesia católica declaró que Dios había puesto a los lobos en la Tierra para castigar a la humanidad por sus pecados. Y en Suecia, la gente les tenía tanto pavor que no usaba su verdadero nombre en nórdico antiguo —que era *ulv*— por si el hecho de pronunciarlo atraía a la bestia. Empleábamos, en cambio, una palabra libre de tabú, *varg*, que significa algo así como «el que comete actos de violencia». Más tarde, *varg* se convirtió en el término habitual y ya no pudimos usarlo tampoco. Entonces la gente lo denominó «patas grises», o «el gris».

La expresión sueca *vargavinter* («invierno-lobo») se refiere a un invierno muy largo y frío. A veces se empleaba para describir un invierno extremadamente crudo y con hambruna general. La gente temía que durante esos inviernos los lobos descendieran hacia el sur a buscar presas... Las antiguas religiones nórdicas hablaban del *fimbulvetr*, «el largo invierno», que precedía a la destrucción del mundo. Tenía lugar cuando *Fenrisulven*, el «lobo de los lobos», había devorado el sol. «Invierno-lobo» se usa ahora también para describir los tiempos más oscuros de la vida de un ser humano: esos períodos que te imprimen la conciencia de que eres un ser mortal y de que, al final, siempre estás solo. Y *vargtimmem* o «la hora del lobo» es ese momento del alba justo antes de que reaparezca la luz. El que puede dormir tiene entonces sus peores pesadillas; y el que no puede, se siente atenazado por una intensa angustia.

Para mucha gente, el lobo es un animal simbólico importante, un animal totémico. Como animal espiritual, simboliza una fuerte conexión con el instinto. El lobo es una representación de la noche: el período más solitario y espeluznante de la jornada. Pero así como el lobo se aventura en el bosque para buscar lo que requiere para su sustento, nosotros, si nos enfrentamos a nuestros temores más profundos, quizá descubramos cosas importantes acerca de nuestro verdadero ser.

Los lobos siempre han polarizado la opinión en Suecia. Y aún siguen haciéndolo. Los ganaderos los temen y quisieran verlos muertos. Los cazadores los admiran y desearían adquirir sus habilidades. El debate se produce actualmente entre quienes quieren permitir la caza y limitar la cantidad de lobos en el país, y quienes sostienen que los lobos son una parte vital de nuestra fauna y deben ser protegidos. Para tratarse de un animal que se ve con tan poca frecuencia, no puede negarse que desata muchas emociones.

Y es así, en efecto. Una vez, cuando vi un lobo en cautividad, sentí una tristeza increíble, pero también un gran temor. Era una reacción irracional, y no obstante...

—Está encerrado en una jaula —observó mi marido.

—Eso no quiere decir nada —repliqué secamente.

Todo esto —el temor profundamente arraigado al lobo; la expresión «invierno-lobo»; el hecho de que los personajes de mi libro se vean forzados a enfrentarse a sus temores más profundos—, me impulsó a elegir al lobo como animal espiritual de Frederika. Dicen que los espíritus-lobos son tremendamente difíciles de domesticar, pero esa chica es muy poderosa. Si alguien puede lograrlo, es ella.

Y ahora, aquí, en Calgary, oímos aullar al coyote por las noches. A mí no me inquieta en absoluto.

Nota de la autora

Para *El invierno más largo* quería encontrar una época en la que el mundo de mis personajes estuviera cambiando y desintegrándose, lo cual habría de crear una incertidumbre adicional en sus vidas. En los calurosos y polvorientos corredores de la London Library de St. James's Square, me tropecé con una serie de libros de historia con ilustraciones a todo color titulada *Svenska Folkets Underbara Öden* («Las maravillosas aventuras del pueblo sueco»), escrita por Carl Grimberg y publicada a principios del siglo xx por Nortstedt & Söners Förlag. Mientras leía el volumen que abarcaba el período 1709-1759, pensé: sí, es ahí cuando sucede todo. Aquel fue un auténtico “invierno-lobo” para Suecia. En la primera página, el libro lleva un epígrafe en grandes letras mayúsculas: “SUECIA ES ATACADA MIENTRAS EL REY ESTÁ EN UN PAÍS EXTRANJERO”.

En 1717, Suecia se hallaba en el umbral de una enorme transformación. Su posición como gran potencia, que se había iniciado a principios del siglo xvii y le había otorgado el control de gran parte de la región báltica, parecía cada vez más incierta. En ese momento, Suecia estaba librando la Gran Guerra del Norte contra Dinamarca, Polonia, Sajonia, Hannover, Prusia y Rusia. Aparte de breves períodos, el país llevaba más de 150 años en guerra. Todas estas guerras causaron estragos tanto en las finanzas del Estado como, naturalmente, en términos individuales. La población de Suecia en 1700 era aproximadamente de un millón y medio de habitantes. No se sabe cuántos hombres murieron en acto de servicio, pero la cifra que se cita a menudo se acerca al medio millón. Los pueblos quedaron despojados de hombres capaces, lo cual, además de los costes personales, tuvo graves consecuencias en la agricultura. Para financiar las guerras, el rey impuso tributos y aranceles más altos y, mientras fue posible, aceptó préstamos de países extranjeros. Si se añaden a todo esto los años de malas cosechas y la epidemia de peste que reapareció en 1710, es indudable que la época debió de ser realmente desastrosa.

Durante la mayor parte de su vida adulta, el rey Carlos XII combatió en el extranjero. Coronado a los quince años, era un extraordinario guerrero que contaba con la lealtad ciega no sólo de sus tropas, sino también de sus súbditos. Arrojado y valeroso, exhibía esa clase de seguridad basada en la convicción de que era el enviado de Dios. Se abstenía del alcohol y de las mujeres y, según todos los testimonios, únicamente parecía sentirse a sus anchas en la guerra, entre sus hombres, vestido como uno de ellos. Fue abatido de un tiro en la cabeza en 1718, en una trinchera de Fredrikshald, durante un intento de invadir Noruega. Algunas teorías

sostienen que en realidad fue asesinado por instigación del marido de su hermana, más tarde coronado como Federico I, o por un complot de la aristocracia. Para tratar de aclarar el misterio, su cuerpo fue exhumado tres veces: en 1746, en 1859 y en 1917. Fuera quien fuese el responsable, su muerte marcó el fin de la monarquía autocrática en Suecia.

La nobleza tenía infinidad de motivos para sentirse agraviada por el rey, puesto que el equilibrio de poderes en Suecia se desplazó durante el reinado de Carlos XII para descansar aún más firmemente en manos del monarca. El Parlamento tenía prohibido reunirse en su ausencia: el rey gobernaba el país desde el campo de batalla. Además, con la intención de apropiarse de una parte del dinero de los nobles (y para controlar hasta cierto punto su poder), a mediados del siglo XVII, la corona inició una «reducción», por la cual retiraba algunos de los feudos otorgados a los nobles en el pasado e imponía, en ocasiones, grandes multas o cuantiosos pagos. Esta medida tuvo un considerable efecto en la economía y en el estatus de la nobleza de Suecia. En 1710, desesperado por el colapso económico, la hambruna y el riesgo de perder una parte del territorio, el Consejo Real convocó el Parlamento por primera vez desde 1697, contraviniendo el mandato del rey. En 1713, el Consejo lo volvió a convocar y envió al rey una carta rogándole que buscara la paz y explicándole que ya no podían conseguir hombres ni dinero para defender Suecia. Cuando se hallaban reunidos, recibieron una carta que el rey había remitido cinco meses antes, tras oír los primeros rumores de una posible asamblea. En dicha carta, simplemente les prohibía reunirse.

Todos los personajes clave de *El invierno más largo* son ficticios. (Aunque el noble Magnus Gabriel de la Gardie existió, no tuvo ninguna nieta llamada Kristina, que yo sepa). A mí me interesaba que uno de los personajes tuviera un contacto directo con lo que estaba sucediendo en un contexto nacional más amplio; de ahí que el sacerdote Olaus Arosander sea alguien que ha mantenido una estrecha relación con el rey. Olaus habría sido un personaje muy influyente en su comunidad local. Los sacerdotes enseñaban, predicaban, castigaban, llevaban los libros de registro (desde 1686 debían celebrar sesiones anuales de catequesis y llevar el registro de nacimientos, matrimonios y defunciones en los libros de la Iglesia) y, además, jugaban un papel vital en el terreno de la propaganda. También debían explicar a sus feligreses lo necesarias que eran las guerras y vincular sus pecados con los malos resultados en el campo de batalla (o al contrario). Las guerras tendrían más tarde otra consecuencia para la Iglesia. Las tendencias pietistas se vieron reforzadas por los soldados suecos que habían sido prisioneros de guerra en Rusia y volvían con un tipo de fe más personal: una fe que los impulsaba a reunirse en sus casas para rezar y estudiar la Biblia en grupo. Como respuesta, se aprobó la *Konvetikelplakatet*, una ley que prohibía las reuniones religiosas «extraoficiales» y que establecía severos castigos a quienes osaran desafiarla.

Laponia se extiende por cuatro países: Noruega, Suecia, Finlandia y Rusia. Para recabar los detalles históricos, recurrí a obras locales, como *Om Tider som Svunnit*

(«Sobre los tiempos pasados») de Wolmar Söderholm, publicado en 1973 en Lycksele con motivo del 300 aniversario de esta población. Para los detalles sobre las condiciones de vida, la comida y la ropa, hablé con mi abuela, con su hermana y sus amigas. Mis abuelos procedían de dos pueblos de las afueras de Lycksele. Mi abuela materna se puso a trabajar cuando tenía ocho años. Deseaba con toda su alma convertirse en maestra (como Frederika), pero su padre le pidió al sacerdote que le permitiera dejar la escuela más pronto para poder ayudar a su familia. El sacerdote, al acceder a esta petición, sermoneó a mi abuela sobre el pecado del orgullo. Cuando mis abuelos se conocieron, mi abuela trabajaba cocinando para los hombres que acarreaban el carbón vegetal. Mi abuelo, que se había quedado huérfano a los doce años (y que sólo poseía las ropas que llevaba y una cuchara de plata), era uno de aquellos hombres. Son sobre todo sus historias personales y las de sus amigos las que han inspirado los elementos básicos de la vida que llevan Maija y sus hijas. La industrialización llegó a Laponia muy tarde. Mi abuela solía decir que no hubo una fase intermedia. Ellos vivían como había vivido siempre la gente, pero de la noche a la mañana pasaron del calzado de producción casera a los zapatos de tacón.

Como parte de su expansión nacional en Laponia a principios del siglo XVII, Suecia fomentó la colonización y distribuyó entre los nuevos colonos muchas tierras que habían sido utilizadas previamente por los indígenas, los sami (descritos como «laponés» en *El invierno más largo*, porque ese era el nombre que se utilizaba entonces). Al mismo tiempo, la Iglesia inició su labor misionera entre los sami. La religión sami, que incluía el animismo (todos los objetos de la naturaleza poseen alma), el politeísmo (una multitud de espíritus y dioses) y el chamanismo, fue objeto de ataques crecientes y acabo siendo condenada. Como en la mayor parte de Europa, el temor a la «brujería» era muy fuerte: entre 1667 y 1676 hubo en Suecia juicios por brujería y, a partir de la década de 1680, la Iglesia se esforzó en erradicar el «paganismo» sami. Se quemaron los tambores que los chamanes sami usaban para alcanzar un estado de éxtasis y acceder al mundo de los espíritus. Pocos quedan hoy en día, aunque hay uno en el British Museum de Londres. Como se ha escrito muy poco sobre la religión sami, he basado la espiritualidad emergente de Frederika en los viajes chamanísticos, en mi propia imaginación y en la creencia de que todas las religiones son, en último término, muy parecidas. El nombre del principal personaje sami de *El invierno más largo*, Fearless, lo he tomado de mis propios ancestros sami.



CECILIA EKBÄCK nació en Suecia en una pequeña ciudad del norte. Es licenciada en Escritura Creativa por la Royal Holloway.

Procedente de una familia de Laponia, se crió en Suecia y posteriormente se trasladó a Londres. Actualmente vive en Canadá con su esposo y sus dos hijas. *El invierno más largo* es su primera novela, con la que demuestra un asombroso talento literario, una voz original que ha seducido a su público y crítica en Inglaterra.

Notas

[1] El solsticio de verano, una de las festividades más importantes del año en Suecia.
(N. del T.) <<

[2] *Fearless* significa en inglés «valiente», «intrépido». (N. del T.) <<

[3] Se refiere a los meses de marzo-abril en Laponia. (*N. del T.*). <<